



16

DE!

ADENTOS

NOGIDO

ADENTOS

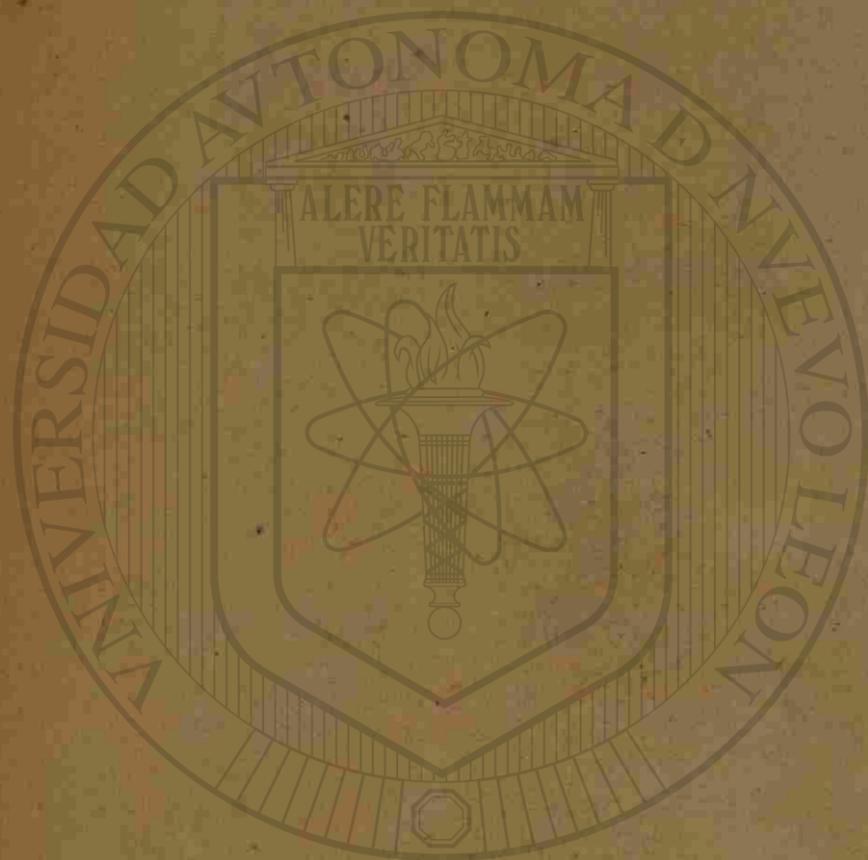
PQ2216

.C7

S6



1020026212



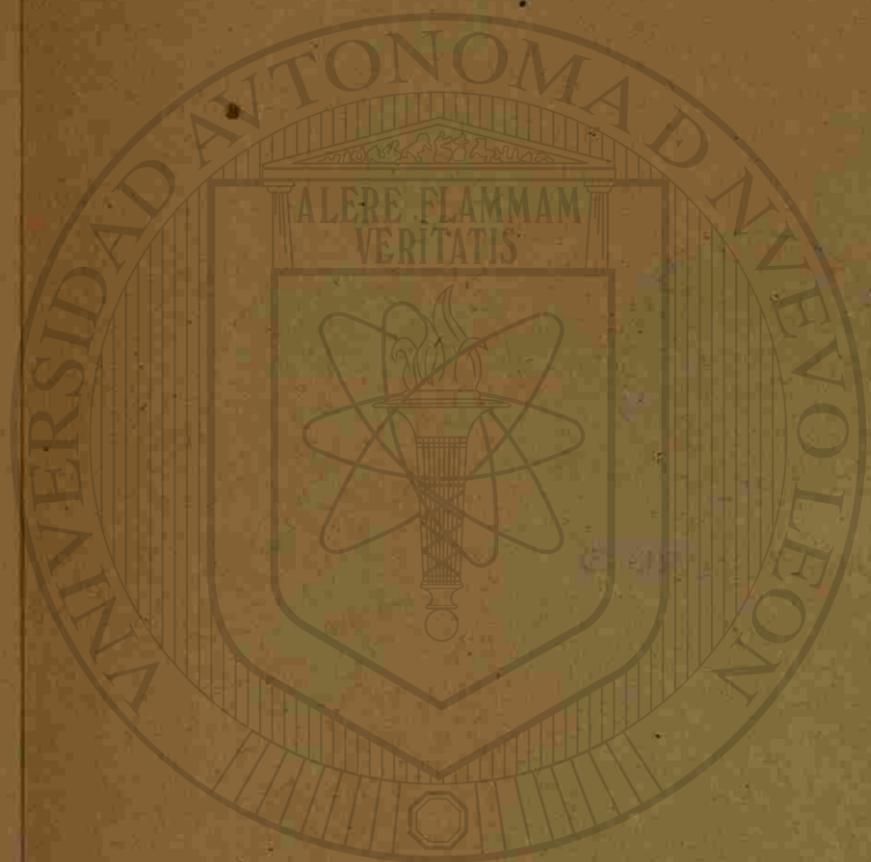
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



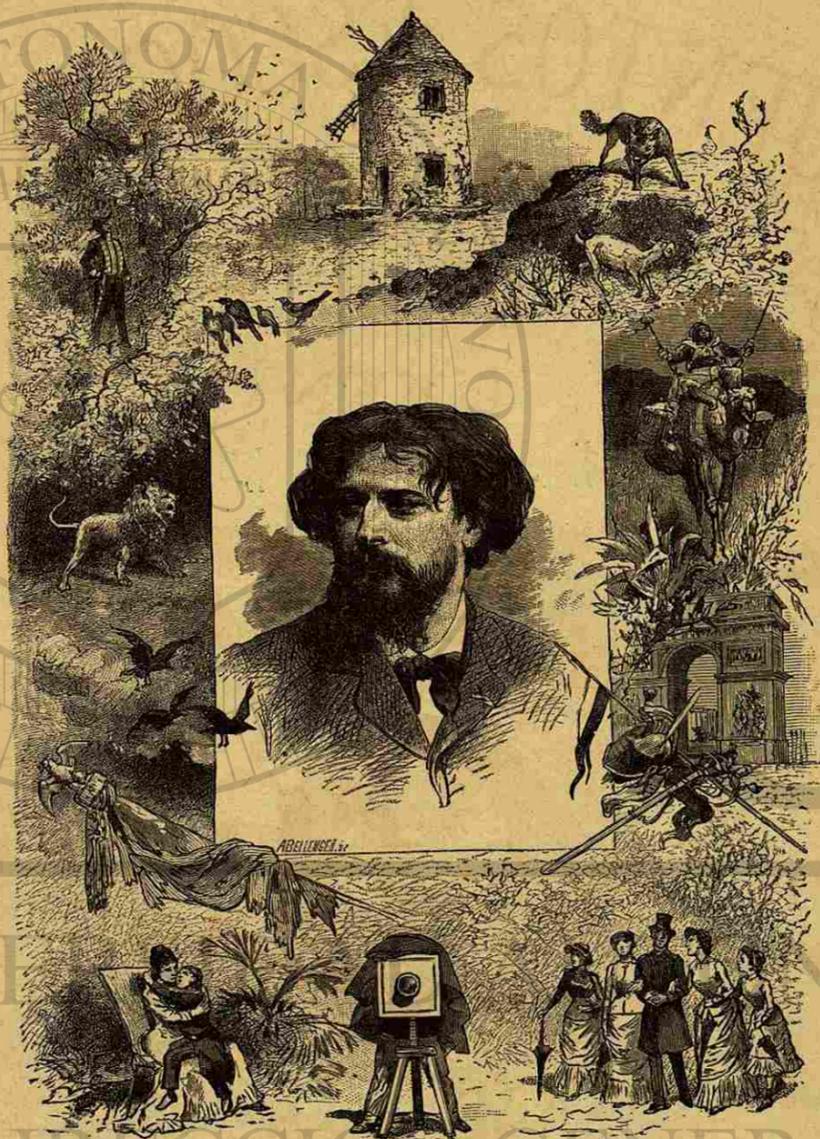


CUENTOS ESCOGIDOS PARA LA JUVENTUD

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

ee®
Núm. Clas. _____
Núm. Autor D 2381
Núm. Adg. 29885
Procedencia -L-
Precio _____
Fecha 1964
Destino _____
Observaciones _____



ALFONSO DAUDET

CUENTOS ESCOGIDOS

PARA

LA JUVENTUD

VERSIÓN ESPAÑOLA



CUADERNO PRIMERO

MADRID
AGUSTIN JUBERA, EDITOR

ALMACENES DE LIBROS
10, CALLE DE CAMPOMANES, 10
1889

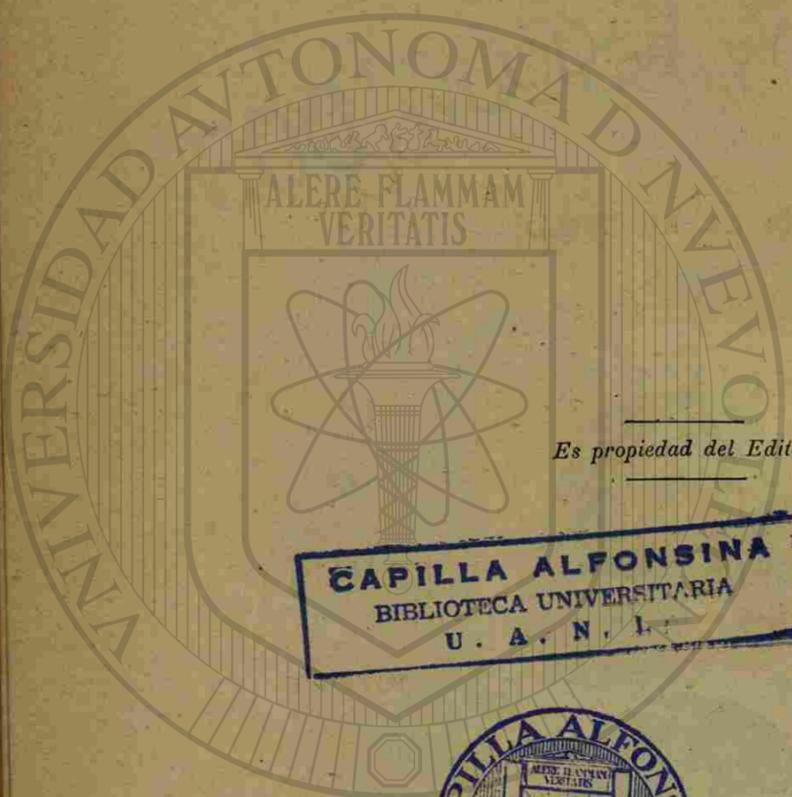
098481

29385

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

843
D.

PA 2226
.C7
S6



Es propiedad del Editor.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

IMPRESA DE ENRIQUE RUBIÑOS, PLAZA DE LA PAJA, 7, BIS.

CUENTOS ESCOGIDOS

PARA LA JUVENTUD



LA
FAMILIA
JOYEUSE

I

Los días de adversidad.

Todas las mañanas del año, á las ocho en punto, en una casa nueva y casi deshabitada de cierto barrio de París, se oían gritos, llamadas y estrepitosas risas en el hueco de la escalera.

- Papá, no olvides la música que te he encargado.
 - Papá, el estambre para bordar...
 - Papá, tráenos rosquillas...
- Y la voz del padre llamando desde abajo:
- Zazá, bájame la cartera...
 - Vaya, bueno; siempre la estás olvidando...

Y era de ver el estrépito con que subían y bajaban, con las señales del sueño en la cara y los cabellos en desorden, unas cuantas niñas cuya algazara no cesaba hasta el momento en que, inclinadas

sobre la barandilla, despedían ruidosamente á un anciano, limpio y bien cuidado, cuya silueta veían desaparecer al final de la escalera.

El Sr. Joyeuse se marchaba á su oficina. Entonces todas aquellas niñas subían rápidamente hasta el cuarto piso, y después de cerrar de golpe la puerta de la habitación, se asomaban á una ventana para mirar otra vez á su padre. El buen hombre se volvía de cuando en cuando para verlas de nuevo, les tiraba besos con la mano y las niñas hacían lo mismo, hasta que por fin la ventana se cerraba, y todo en aquella vivienda recuperaba su estado normal, excepción de los carteles y anuncios de las tiendas vecinas, á quienes el viento hacía danzar de un lado para otro, como si ellos también quisieran tomar parte en la alegría y la algazara de aquella casa.

Un momento después, el Sr. Maranne, fotógrafo, que ocupaba el quinto piso, bajaba para colocar en el portal su muestrario, compuesto, como siempre, del retrato del vecino del cuarto piso, rodeado de sus hijas, formando diversos grupos; y después de estas escenas, que se renovaban diariamente, la calma se restablecía de repente hasta la noche, pareciendo que todo aquel movimiento y aquella vida habían quedado encerrados bajo los cristales del muestrario, que contenía, sonrientes é inmóviles, los retratos del padre y las hijas.

Desde la calle de San Fernando, hasta la casa de banca *Hermelingue é hijo*, en donde estaba empleado, el Sr. Joyeuse tenía por lo menos que andar durante tres cuartos de hora. Marchaba con la cabeza muy erguida, como si temiera arrugar el hermoso lazo de la corbata, hecho por sus hijas; y como la mayor de ellas, siempre previsora y prudente, le levantaba en el momento de salir el cuello de la levita para evitar que se constipara, aun con una temperatura de estufa, el Sr. Joyeuse no lo bajaba hasta llegar á su oficina.

Viudo hacia unos cuantos años, este buen hombre no vivía más que para sus hijas, que eran su único pensamiento, y se sentía feliz viéndose rodeado

por aquellas cabecitas rubias que se agitaban sin cesar en su derredor como los ángeles en un cuadro de la Asunción. Todos sus deseos, todos sus proyectos, se relacionaban siempre con las citadas niñas.

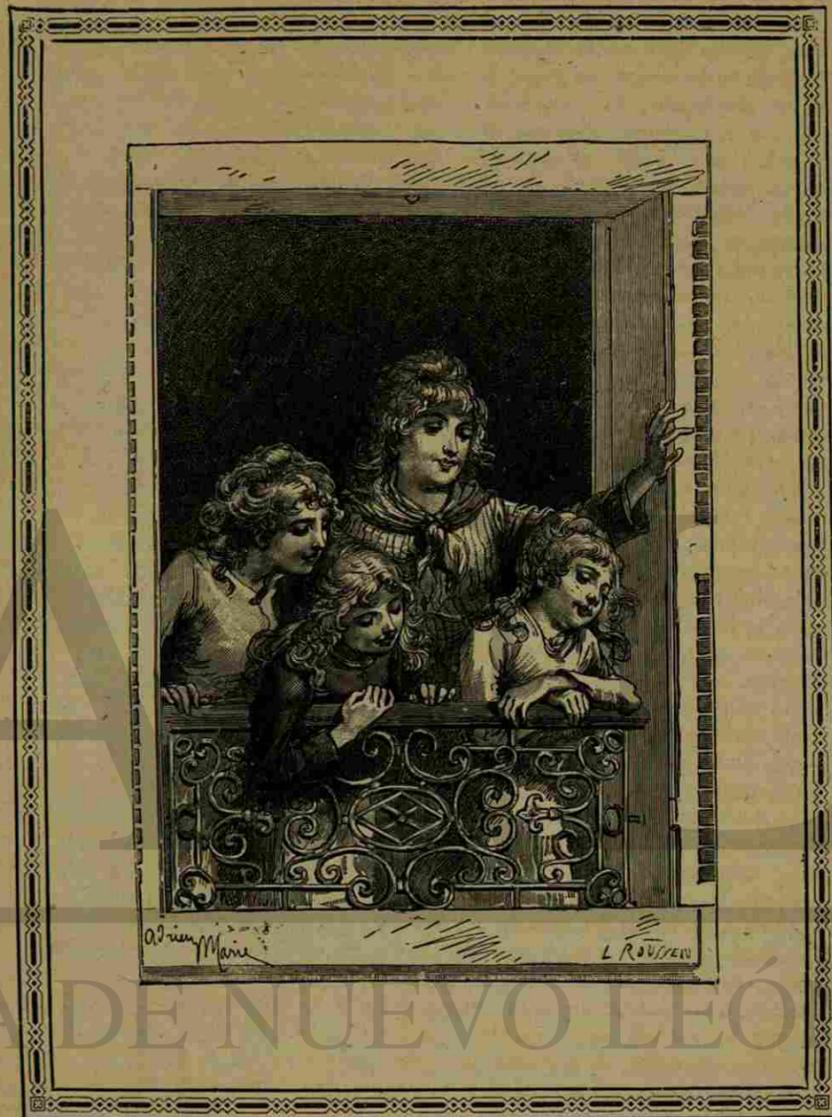
Como sucede constantemente en las familias que han gozado de cierto bienestar pecuniario, Aline, que era la mayor, había sido educada en uno de los mejores colegios de París. Elisa estuvo también dos años con su hermana; pero las dos más pequeñas, nacidas demasiado tarde y cuando los apuros entraron en la casa, fueron enviadas á uno de los colegios del barrio, en el que poco aprendieron, teniendo, por lo tanto, que completar privadamente su educación. Y no era cosa fácil en verdad, pues la más joven se reía de todo; rebosando salud y alegría, parecía una alondra, siempre en movimiento y huyendo á todas horas del pupitre y de los libros, mientras que la señorita Enriqueta, imbuída no se sabe cómo por ideas de grandeza, no gustaba mucho tampoco de estudiar. Esta niña de quince años, dotada de grandes facultades imaginativas, arreglaba su vida de antemano y declaraba formalmente que se casaría con un joven aristócrata, y que tendría tres hijos, un varón para conservar el título, y dos niñas para vestir las siempre iguales...

—Sí, eso es, decía la *Abuela*; las vestirás iguales; pero mientras tanto, veamos si sabes lo que son participios.

La «Abuela» era Aline.

—La llamábamos así cuando era pequeña, decía el Sr. Joyeuse, porque con su gorrita encañonada y su autoridad de hermana mayor, era tan razonable y se parecía tanto á su abuela, que se quedó con aquel nombre.

El buen viejo daba esta explicación con un tono tal, que parecía la cosa más natural del mundo que ese dictado fuese unido á tan encantadora juventud. Y todos en la casa discurrían de igual modo que el Sr. Joyeuse, pues hasta la anciana criada llamaba «abuela» á la joven, sin que ésta jamás se sintiese molestada por ello, toda vez que veía que la influencia de nombre



Todas las muchachas se asomaban á la ventana.

tan venerable, añadía á la ternura que la prodigaban, una deferencia halagadora, dando al mismo tiempo á su autoridad ideal cierto seductor realce.

Y de seguro que no se aburría. Su vida era una continua ocupación, que comenzaba con el alba y no concluía hasta la noche; tenía que alentar y sostener á su padre, instruir á sus hermanas, ocuparse de todos los cuidados materiales de aquella casa, en la que faltaba la madre, siendo infatigable siempre, pero sin aparentar cansancio, cosa muy en armonía, por cierto, con el egoísmo humano, que de este modo se libra de todo reconocimiento y que, como contrario á todo sacrificio, apenas se deja vencer por la abnegación y el heroísmo.

No era la hija valerosa que trabaja para alimentar á sus padres, y que, corriendo desde por la mañana hasta la noche dando lecciones, olvida en la agitación de su vida todos los sinsabores del hogar doméstico, no; Aline comprendió que debía obrar de diferente modo; cual abeja sedentaria, se aplicó á cuidar únicamente de su colmena, sin ocuparse para nada del aire y de las flores. Llenaba mil funciones á un tiempo; modista, costurera, maestra de música, institutriz y tenedora de libros, pues el Sr. Joyeuse, incapaz de dirigir su casa, la dejaba la libre disposición de los recursos.

Entre sus discípulas, la que más ocupación le daba era su hermana Elisa, que habiendo sido reprobada tres veces en los exámenes de historia, se preparaba de nuevo, y llena de desconfianza y de miedo no abandonaba el libro ni aun para comer. Pero no siendo ya ninguna niña, sino antes bien, una joven muy linda en verdad, no poseía la memoria mecánica de la niñez, en que las fechas y los acontecimientos se graban para toda la vida. Entre mil preocupaciones, la lección aprendida se olvidaba en un minuto, á pesar de la aparente aplicación de la alumna, que con los ojos fijos en el texto, sus rubios rizados rozando las páginas y su linda boca moviéndose sin cesar, repetía: «Luis, llamado el Testarudo, 1314-1316.—Felipe V, el Largo, 1316-

1322... 1322... ¡Ah! Abuela, estoy perdida. Jamás lo sabré.»

Entonces la Abuela se acercaba, la ayudaba á fijar su espíritu y á conservar en su memoria algunas de estas fechas de la Edad Media, dándole al mismo tiempo alientos y valor.

Y en los intervalos de aquellos múltiples trabajos y de una vigilancia general y constante, hallaba siempre tiempo para ejecutar muy lindas labores, sacando de alguna canastilla un bonito encaje de crochet, ó algún bordado en cañamazo, pues aunque estuviese hablando, nunca se veían ociosas sus laboriosas manos.

Mientras tanto el padre de nuestras niñas iba á su oficina constantemente; pero influido por el cariño de sus preciosas hijitas, más que en las operaciones de caja pensaba en ellas y formaba de continuo miles de proyectos, relacionados todos con la futura prosperidad de sus adorados ángeles.

Su imaginación, siempre trabajando, le hacía divagar muchas veces, dando á su fisonomía una expresión calenturienta que hacía contraste con su correcta apariencia de empleado.

¡Y como progresaba su fantasía y crecían sus ilusiones!

Una mañana, habiendo dejado su casa á la hora y en las circunstancias de costumbre, empezó, después de volver la esquina de la calle de San Fernando, á forjar una de sus frecuentes novelas íntimas. Se acercaba el fin del año, y tal vez la vista de algún puesto de esos que se improvisan en la vía pública, le hizo pensar en el año nuevo y en los aguinaldos. En seguida la palabra *gratificación* se presentó á su espíritu, dando pábulo á sus quiméricas pretensiones. En el mes de Diciembre, los empleados del banco Hermelingue recibían doble sueldo, y es cosa sabida que en casa de los empleados, esto sirve de base para mil cavilosas más ó menos agradables, tales como regalos que hay que hacer, muebles que renovar, ó bien guardar alguna cantidad en el fondo del cajón para casos imprevistos.

El Sr. Joyeuse, habiendo perdido una pequeña fortuna, no estaba sobrado de

dinero; y aun cuando la Abuela llevaba el timón de la casa con mucha cordura, no habían podido hacer ninguna economía. El buen hombre se figuró que en el año presente la gratificación había de ser mayor, á causa del aumento de trabajo que ocasionaba un empréstito tunecino, que constituía un magnífico negocio para sus principales, y tan bueno, que nuestro cajero habíase permitido decir en la oficina que la casa Hermelingue é hijo, *había trasquilado demasiado á los turcos...*

—Sí; seguramente la gratificación será doble. Pensaba el pobre hombre prosiguiendo su camino.

Y se figuraba ya estar, no obstante faltar todavía un mes, subiendo con sus compañeros para la visita de año nuevo, la escalerilla que conducía al despacho del banquero; que éste les anunciaba la buena nueva, y que luego le detenía á él para hablarle en particular; y no obstante ser habitualmente tan frío, se volvía afectuoso, paternal, hasta comunicativo, y le preguntaba cuantas hijas tenía.

—Tengo tres... no, me equivoco; cuatro, señor barón. Siempre me confundido. La mayor es tan razonable...

—Querria también saber su edad.

—*Aline* tiene veinte años, señor barón. Es la mayor... luego tengo á *Elisa*, que se prepara para su examen, de dieciocho años... *Enriqueta* cuenta ya catorce, y *Zazá* doce.

Ese nombre de *Zazá* divertía mucho al señor barón, que quería conocer los recursos de aquella interesante familia.

—No tenemos más que mi sueldo, señor barón; no contamos con otra cosa. Tenía algún dinero ahorrado; pero la enfermedad de mi mujer y los estudios de las niñas...

—Lo que ganáis no basta, mi buen Joyeuse... Aumento vuestro sueldo en mil pesetas mensuales.

—¡Oh, señor barón! es demasiado.

Nuestro buen hombre, dijo estas últimas palabras en alta voz casi al oído de un guardia, que miró con desconfianza á aquel hombrecillo que gesticulaba y hablaba solo; pero el pobre soñador no volvió á la reali-

dad, sino que continuó edificando sus castillos en el aire, considerando cómo llegaba á su casa y anunciaba á sus hijitas la feliz nueva, llevándolas después al teatro para festejar aquel dichoso día. ¡Dios mío, y qué hermosas eran las señoritas Joyeuse, qué ramillete tan lozano formaban en la delantera de su palco! Luego, al día siguiente, le pedían las dos mayores para casarse con... Imposible le fué averiguar con quién, pues en aquel instante se halló en el portal de la casa Hermelingue, delante de una mampara en la que se leía «Caja» en letras doradas.

—Siempre me sucede lo mismo, se dijo sonriendo y pasándose la mano por la frente, cubierta de sudor.

Sentíase de buen humor por tan gratísimos pensamientos y por el suave calor que se advertía en las diversas piezas de las oficinas entarimadas, enrejadas, y en las que se podían contar las monedas de oro sin que molestasen la vista, gracias á la escasa luz que había en ellas por estar en piso bajo. El Sr. Joyeuse saludó alegremente á los demás empleados, se puso su chaquet de trabajo y su gorro de terciopelo negro. De repente se dejó oír un silbido, y el cajero, aplicando su oído al tubo acústico oyó la voz gruesa y pastosa del viejo Hermelingue, del mismísimo, del verdadero Hermelingue (el hijo estaba siempre ausente), que preguntaba por el Sr. Joyeuse. ¡Cómo! ¿Continuaba soñando? El buen hombre, en extremo conmovido, subió la escalerilla interior que comunicaba con el despacho del banquero, pieza estrecha, muy alta de techo, amueblada con enormes sillones de cuero proporcionados á la espantosa gordura del jefe de la casa.

Estaba allí, sentado delante de su pupitre, al que su enorme vientre le impedía aproximarse; obeso, respirando con trabajo y tan amarillo que su faz redonda, con nariz de ave de rapiña, parecía la de un buho gordo y enfermo á un tiempo, ó la de un vendedor moro, enmohecido por la humedad del patio en que tiene su hedionda mercancía. Debajo de sus párpados, que levantó con trabajo, su mirada brilló

un instante cuando el cajero entró; le hizo señas para que se acercase, y lenta y friamente, con palabras entrecortadas por la falta de aliento, en vez de «Sr. Joyeuse, ¿cuántas hijas tenéis?» dijo:

—Joyeuse, os habéis permitido censurar nuestras últimas operaciones sobre Túnez. Es inútil que os disculpéis. Vuestras palabras me han sido repetidas textualmente, y como no me place ser criticado por mis empleados, os advierto que desde fines de este mes dejáis de formar parte de mi casa.

Una oleada de sangre subió á la cara del desgraciado cajero, que se fué, volvió y revolvió sin saber lo que hacía, pues su cerebro se llenaba de tumultuosos pensamientos.

¡Sus hijas!

¿Qué iba á ser de ellas?

¡Las colocaciones son tan raras en esta época del año!

La miseria se le representó en seguida, y también la visión de él, desgraciado, cayendo á los pies de Hermelingue, suplicándole, amenazándole y hasta cogiéndole por la garganta en un acceso de desesperación y de ira. Todas estas impresiones pasaron por su cara como el viento que riza las aguas de un lago, dejando en él muchos abismos móviles; pero el pobre viejo se quedó mudo, de pie en el mismo sitio, y cuando oyó que su principal le decía que podía retirarse, bajó tambaleándose á trabajar en su caja.

Por la noche, al volver á su casa, el Sr. Joyeuse no dijo nada á sus hijas. No se atrevió. La idea de entristecer la radiante alegría que reinaba en su hogar, ver llenarse de lágrimas los lindos ojos de sus queridas niñas le pareció insufrible, y además su carácter tímido y débil le empujaba á decirse: «Esperemos hasta mañana.» Esperó, pues, para hablar, primero á que acabase el mes de Noviembre, halagándose con la vana esperanza de que Hermelingue mudaría de parecer, como si no conociera la voluntad firme y tenaz de aquel ser, especie de molusco; y luego, cuando cobró su sueldo y vió que otro cajero se sentó delante del alto pupitre que había ocu-

pado tanto tiempo, palpó la realidad y se resignó, esperando encontrar pronto otro empleo que le permitiera no tener que confesar su desgracia.

Todas las mañanas fingía irse á la oficina, se dejaba arreglar como siempre, partía llevando su gran cartera de piel debajo del brazo, conteniendo los numerosos encargos que le hicieran sus hijas, pero que olvidaba á propósito en su mayor parte, no porque le faltase tiempo, pues pasábase todas las horas de trabajo recorriendo París, sino á causa del problemático fin de mes. No dejaba de andar en busca de una colocación, y si bien le daban excelentes recomendaciones, ese terrible mes de Diciembre tan frío, de días tan cortos, lleno de preocupaciones y de gastos, es el peor para colocarse, porque los empleados, y también los jefes de oficinas, procuran concluir el año con tranquilidad, dejando para Enero los cambios y mejoras que piensan introducir. Por todas partes en donde el Sr. Joyeuse se presentaba, advertía cierta frialdad desde el momento en que manifestaba el objeto de su visita.

—¡Hombre! ¿No estáis ya en casa de Hermelingue? ¿Cómo es eso?

El pobre anciano explicaba la cosa lo mejor que podía. Un capricho de su principal, de ese feroz banquero que todo París conocía; pero notaba mucha indiferencia y hasta cierta desconfianza en esta respuesta uniforme:

—Volved por aquí después de las fiestas de Año Nuevo.

Y tímido por carácter, hubiera llegado hasta el punto de no presentarse ya en ninguna parte, pasando veinte veces por delante de una puerta sin entrar. Y si entraba era aguijoneado por el recuerdo de sus hijas. Esto sólo era suficiente para darle ánimo, haciéndole correr de un extremo á otro de París y llegar hasta Aubervilliers, á una gran fábrica en donde le hicieron ir tres días seguidos para no conseguir nada.

¡Oh! Las largas carreras con la lluvia y las heladas, las puertas que se cierran, el principal que ha salido ó que está ocupado, las esperanzas perdidas, el fastidio que se sufre aguardando en

una antesala, las humillaciones reservadas para todo aquel que busca trabajo, como si fuera una vergüenza carecer de él, son cosas, en verdad, desesperantes, y el Sr. Joyeuse experimentó todos estos sufrimientos, así como también el fenómeno de ver cómo las buenas voluntades se cansan y desazonan ante la persistencia de la mala suerte. Y estas angustias del hombre que busca ocupación, se duplicaron para aquel pobre padre, cuya imaginación no tenía un instante de reposo.

Durante todo un mes se pareció á una de esas figuras de movimiento que causan la alegría de los niños; hablaba solo y gesticulaba andando por las calles, tropezando con los transeúntes sin verlos siquiera; algunos se reían, pero otros se sentían llenos de piedad hacia aquel pobre anciano, poseído, sin duda, de una idea fija, que le cegaba hasta el punto de no saber por dónde se andaba. Lo peor del caso era, que después de esas largas y crueles horas de fatiga, cuando el desdichado hombre volvía á su casa, era preciso que representara el papel de un empleado que regresa de su trabajo, que contara los acontecimientos del día, las cosas que había oído á sus compañeros de oficina; en fin, esas mil nimiedades que entreteñían la velada.

En todas las casas y familias sencillas, hay siempre un nombre que se pronuncia más á menudo que los demás, que se invoca en los momentos aciagos, que se mezcla con todos los deseos, que alimenta todas las esperanzas y hasta va unido á los juegos de los niños, quienes también se penetrán de su importancia; un nombre que representa el papel de segunda Providencia, ó más bien de un dios lar que todo en la casa lo influye y rige. Ese nombre es el del principal, del director de una fábrica, del propietario, del ministro, del hombre cualquiera que tiene en su mano poderosa la existencia y la felicidad del hogar.

En la familia Joyeuse era Hermelingue, siempre Hermelingue, el nombre que se pronunciaba veinte veces al día en la conversación de las niñas, quienes le asociaban á todos sus proyec-

tos y hasta á los más minuciosos detalles de sus femeninas ambiciones. «Si Hermelingue quisiera... Todo depende de Hermelingue.»

Nada era más encantador que la familiaridad que usaban nuestras muchachas hablando de aquel ricachón, á quien jamás habían visto.

Preguntaban por él... Si su padre le había hablado, si tenía buen humor... ¡Y pensar que todos, por humildes y agobiados que nos veamos por el destino, tenemos en inferior esfera otros pobres seres más humildes y más agobiados aún, para los cuales somos grandes, somos dioses, y para quienes aparecemos indiferentes, desdeñosos y crueles!...

Pueden figurarse nuestros lectores el suplicio que sufría el buen Sr. Joyeuse, obligado á inventar episodios y anécdotas sobre el miserable que le había despedido con tanta ferocidad después de diez años de leales servicios; y, sin embargo, representaba su pequeña comedia con tanta naturalidad, que engañaba á todos. Sus hijas no notaron más que una cosa, y es que, cuando volvía á su casa por la noche, comía siempre con gran apetito. ¡Era natural; desde que había perdido su colocación, el pobre hombre no almorzaba ninguna mañana!

Los días pasaban, y el Sr. Joyeuse no encontraba nada, como no fuera una colocación en la *Caja territorial*, que rehusó porque, estando muy al corriente de las operaciones de banca en general y en particular de las astucias financieras de la mencionada Caja, prefería morir de hambre á entrar en una casa falaz, de la que tal vez tuviera que examinar como perito los libros ante los Tribunales.

Continuó, pues, corriendo; pero, lleno de desaliento, no buscaba ya nada. Como para que sus hijas no se enterasen de su desgracia tenía precisión de pasar el día fuera de su casa, se paraba delante de los escaparates ó se apoyaba en el pretil de los puentes mirando correr el agua ó descargar las barcas en los muelles. Estaba ya clasificado en el número de los desocupados que se encuentran en primera

fila cuando sucede algún percance en la calle, que se resguardan de los chubascos debajo de los portales, que se acercan para calentarse á cualquier lumbrera que ven humear en la vía pública ó se dejan caer en uno de los bancos de los boulevares al sentirse fatigados. ¡Qué pesada se le iba haciendo ya la vida!...

Algunos días, no muchos, cuando el Sr. Joyeuse estaba por demás cansado ó que el tiempo era demasiado malo, esperaba en la esquina á que sus niñas cerrasen la ventana, y volviendo á su casa arrimado á la pared, subía la escalera muy aprisa, pasaba, deteniendo el aliento, por delante de la puerta de su cuarto y se refugiaba en casa del fotógrafo Andrés Maranne que, estando al corriente de su infortunio, le acogía con la compasión que todo desdichado siente para sus iguales. El Sr. Joyeuse permanecía muchas horas en el taller de su vecino, hablando en voz baja, leyendo, ó mirando caer la lluvia encima de los tejados. Debajo de él oía á veces la risa de sus niñas, la lección de música que daba la Abuela, el tic-tac del metrónomo, en una palabra, todos aquellos ruidos que le alegraban el corazón.

El cándido Maranne le distraía hablando de sus esperanzas, pues trabajaba para el teatro y nadie en la casa nueva dudaba del futuro éxito. La fotografía prometía escasos beneficios, pues los clientes eran muy pocos y los que pasaban por la calle no iban dispuestos á retratarse; pero el joven Andrés, con los inagotables recursos de su imaginación, explicaba sin amargura la indiferencia del público, unas veces diciendo que la estación no era favorable, otras que todo el mundo se quejaba del mal estado de los negocios, y concluía siempre por estas consoladoras palabras:

—¡Ah! ¡Cuando consiga que pongan en escena mi *Rebelión!*

Rebelión era el título de una comedia suya, en la que trabajaba hacia seis meses de día y de noche, y que le había hecho sufrir con paciencia los fríos del invierno, bien rudos por cierto. Allí, en su estrecho taller, se le aparecían todos los personajes de su

obra y se creía transportado á la sala de un teatro lleno de luz y con todo el lujo de las decoraciones; oía el tumulto glorioso de su primera representación, y la lluvia que azotaba los cristales, el viento que silbaba, las maderas de las ventanas pegando contra la pared, se le figuraban los aplausos de los espectadores. Y no era sólo gloria y dinero lo que esperaba de esa bienaventurada comedia, sino otra cosa más preciosa aún, una cosa de la que no se atrevía á hablar todavía al padre de familia, pero que Abuela sabía, y la señorita Elisa no ignoraba.

Cierta día, durante una ausencia de Andrés, el Sr. Joyeuse, estando solo en el taller, oyó dos golpecitos dados en el techo del piso cuarto, dos golpes separados, muy distintos. La intimidad del fotógrafo con sus vecinos autorizaba aquellas comunicaciones; mas ¿qué significaban? ¿Cómo responder á aquella especie de llamada? Pero el cesante repitió los golpes al azar, y todo quedó después en silencio.

Cuando el fotógrafo volvió á su casa explicó á su vecino aquel hecho de la manera más sencilla, diciéndole que algunas veces, durante el día, las niñas, que no veían nunca al joven hasta la noche, se informaban de si tenía trabajo, y aquellos golpes querían decir: «¿Cómo andan los negocios hoy?» A lo que el señor Joyeuse había contestado sin saberlo: «No del todo mal.»

Aun cuando Maranne se puso muy encarnado al dar semejante explicación, el buen anciano lo creyó sin la menor duda; pero la idea de esas comunicaciones frecuentes entre las dos casas le dió miedo en cuanto al secreto de su situación, y desde entonces se abstuvo de lo que él llamaba «sus días artísticos.»

De día en día sus angustias crecían pareciendo ahogarle, porque el momento crítico se acercaba en que no podría disimular más, pues el fin de mes llegaba juntamente con el fin de año.

París iba tomando ya su fisonomía característica de las últimas semanas de Diciembre, única fiesta nacional que ha conservado hasta ahora el respeto á la aparición de Año Nuevo.

Desde los primeros días de este mes

una infinidad de niños se esparce por toda la ciudad, viéndose por doquier carros llenos de tambores dorados, caballos de madera y juguetes de todas clases. En los barrios industriales, en todos los pisos de las casas de aquellos antiguos palacios del Marais, tan altos de techo y con majestuosas puertas de dos hojas, es mucha la gente que se pasa las noches manejando gasa, flores y lentejuelas; poniendo rótulos sobre hojas de papel satinado y escogiendo, marcando, embalando aquella variedad de juguetes á los que París da el sello de su elegancia.

Luego los escaparates se adornan; detrás de los grandes cristales se admiran los dorados adornos de los libros de aguinaldos amontonados y brillando á la luz del gas, las telas de colores variados y tentadores arregladas con arte por las lindas jóvenes dependientes de los almacenes, mientras que otras, artísticamente peinadas y coquetamente ataviadas, llenan saquitos con bombones, que caen dentro como una lluvia de perlas.

Pero, enfrente de ese comercio burgués, resguardado detrás de aquellos ricos escaparates, se instala la industria improvisada de esas barracas de tablas, cuya doble fila da al boulevard el aspecto de un vasto campo de feria, y allí es donde se desarrolla el verdadero interés y la poesía de los aguinaldos.

Por lo regular, el Sr. Joyeuse formaba parte de ese tropel de gente que circula por entre dichos puestos con dinero en los bolsillos y paquetes en las manos. Corría de un lado á otro en compañía de Abuela, buscando los regalos para las demás, y se detenía delante de aquellos comerciantes de ocasión que se conmueven en presencia de un comprador y que, no teniendo costumbre de vender, creen realizar en unos cuantos días ganancias extraordinarias. ¡Y son de oír los coloquios y reflexiones que se entablan entre unos y otros!

Aquel año ¡ay! nada sucedería. El pobre señor erraba melancólicamente por la ciudad llena de regocijo, más triste y descorazonado viendo la acti-

vidad que le rodeaba, tropezando como todos los que impiden la circulación de las gentes activas, y con el corazón lleno de una continua angustia, pues hacía algunos días que en la mesa, Abuela hacía alusiones significativas á propósito de los aguinaldos. Así es que el anciano huía cuanto podía de encontrarse á solas con ella, y la prohibió terminantemente que fuera á buscarle á la oficina. Pero, á pesar de todos sus esfuerzos, se acercaba la hora fatal en que el misterio se haría imposible y en que su pesado secreto sería descubierto.

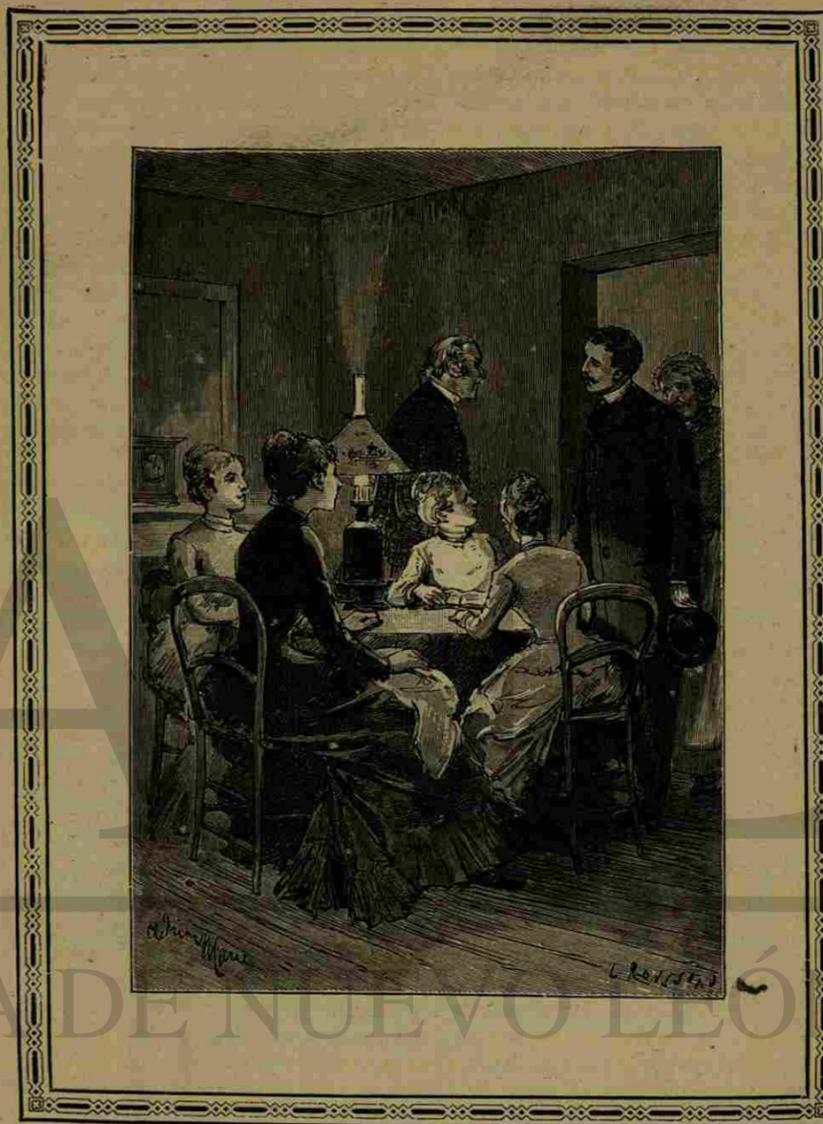
Una noche la familia Joyeuse se hallaba reunida en la salita, en que había dos magníficos sillones, muchas labores de crochet, un piano, dos lámparas Carcel con sus pantallas verdes y un estante de figuritas y caprichos de porcelana.

La verdadera familia se halla entre los humildes.

Por economía no se encendía más que un fuego en toda la casa y una sola luz, alrededor de la cual todos se agrupaban detrás de su antigua pantalla, que representaba escenas de noche sembradas de puntos luminosos que fueron otros años la admiración y la alegría de todas aquellas muchachas en su niñez.

Destacándose dulcemente entre las sombras de la habitación cuatro cabezas jóvenes, rubias unas y morenas otras, que se inclinaban sonrientes ó aplicadas á su labor debajo de la luz, que parecía alimentar la llama de sus miradas y acrecentar la brillantez de su juventud debajo de sus tersas frentes; abrigándolas, preservándolas del frío que hacía fuera de aquel santuario, de los fantasmas, de los engaños, de las miserias y de los terrores, de todo lo que hay de siniestro, en fin, en una noche de invierno parisién en el fondo de un barrio desierto, ó poco menos.

Así reunida en una pieccecita en los altos de la casa deshabitada, en una atmósfera templada, en un interior bien cuidado y confortable, la familia Joyeuse parecía vivir en un nido en la cima de un árbol muy elevado. Se co-



La criada anunció á un joven desconocido.

sía, se leía y se conversaba. Los únicos ruidos que se oían eran el chisporroteo de la leña en la chimenea, ó alguna exclamación del padre, algo retirado del círculo y como perdido en la sombra ocultando su ansiedad. Se figuraba que, hallándose ya en la necesidad absoluta de confesar á sus hijas su apurada situación, aquella noche, ó á más tardar al día siguiente, la Providencia le enviará un socorro inesperado. Es fácil, se decía, que Hermelingue, arrepentido, me mande, como á todos los que han trabajado en el empréstito tunecino, su gratificación de Diciembre. Será un elegante lacayo quien la traiga y diga: «De parte del señor barón.» Como el infeliz soñador dijo estas palabras en alta voz, las lindas caras de sus niñas se volvieron riendo hacia él, y el desgraciado volvió de pronto á la realidad.

¡Oh! ¡Cuán pesaroso estaba de no haberlo confesado antes, pues tenía ahora que destruir de repente la tranquilidad que reinaba á su alrededor, encontrándose sin fuerzas para conservar y para defender la felicidad de su familia! Y delante del lindo grupo, tan alegre y seductor, se veía acosado por remordimientos tan punzantes para su alma débil, que su secreto iba á escapársele, cuando un campanillazo, nada quimérico, hizo estremecer á todos y detuvo el secreto, pronto á ser divulgado.

¿Quién podía llegar á tales horas? Vivían tan aislados desde la muerte de la madre, que no visitaban á nadie. Cuando Andrés Marenne venía á pasar un rato en su compañía, llamaba familiarmente con la mano, como aquellos para quienes la puerta está siempre abierta. Un profundo silencio reinó en la salita mientras que en la puerta del cuarto se oía una animada conversación, y por fin la anciana criada hizo entrar á un joven completamente desconocido, que se detuvo admirado en la puerta, delante del lindo cuadro que formaban las niñas alrededor de la mesa, lo que fué causa de que se presentara con timidez y algo cortado. El recién llegado explicó, sin embargo, con mucha claridad el

CUADERNO PRIMERO

motivo de su visita. Iba recomendado por el anciano Passajon, amigo del Sr. Joyeuse, para que éste le pusiera al corriente de la contabilidad, pues un conocido suyo se hallaba comprometido en un negocio en comandita, que no sabía desenvolver. El joven quería servir á su amigo enterándose del empleo de los capitales y de la rectitud de las operaciones; pero era abogado, y por lo tanto se hallaba poco al corriente de las operaciones financieras, y, en su consecuencia, deseaba preguntar al señor Joyeuse si no podría, durante algunos meses, darle tres ó cuatro lecciones á la semana.

—Sí, señor, sí... murmuraba el infeliz, aturdido por tan inesperada suerte. Me encargo de haceros perfectamente apto en pocos meses para que podáis llevar dichas cuentas. ¿Adónde tengo que ir á dar la lección?

—Aquí, si lo tenéis á bien, respondió el joven, pues me conviene que nadie se entere de que me ocupo de este trabajo. Solamente sentiría mucho que cada vez que venga sucediera lo que esta noche; es decir, que todo el mundo huya cuando llegue yo.

En efecto, á las primeras frases pronunciadas por el joven, las cuatro muchachas habían desaparecido, charlando en voz baja, dejando vacía y triste la salita, tan alegre antes.

Siempre muy desconfiado cuando se trataba de sus hijas, el buen padre contestó que sus niñas tenían por costumbre recogerse temprano, y esto fué dicho con un tono tal, que significaba claramente: «Os ruego que hablemos de nuestras lecciones.» Y se trató entonces de los días y de las horas útiles de la noche.

En cuanto á las condiciones, el anciano lo dejaba á la decisión del alumno.

El joven fijó una cantidad.

El Sr. Joyeuse se puso muy encarnado: aquella suma era lo que ganaba en casa del Sr. Hermelingue.

—¡Oh! no, exclamó; es demasiado.

Pero el joven no le oía ya; buscaba un medic, abría la boca para hablar y se detenía como si tuviera que decir algo muy difícil de pronunciar; y, por fin, de repente, alargándole la mano:

—He aquí, dijo, el primer mes de vuestros honorarios.

—Pero, caballero...

Mas el discípulo insistió diciendo que no tenía el honor de ser conocido, y que, por consiguiente, era justo que pagase adelantado. El Sr. Joyeuse comprendió que Passajon había enterado al joven de su precaria situación, y dijo a media voz y muy conmovido:

—¡Gracias, oh, mil gracias!

Ya tenía para vivir algunos meses, y con tiempo para buscar un nuevo empleo, sus hijitas no carecerían de nada y podría comprarles los tan de-

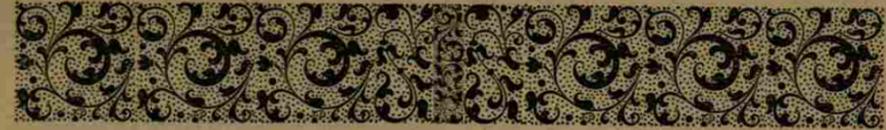
seados aguinaldos. ¡Oh Providencial

—Pues bien; hasta el miércoles, señor Joyeuse.

—Hasta el miércoles, señor...

—De Géry. Pablo de Géry.

Y ambos se separaron, encantados, deslumbrados, el uno por la inesperada aparición de aquel salvador, el otro por el admirable cuadro, que apenas había entrevisto, formado por toda aquella juventud femenina agrupada alrededor de la mesa cubierta de libros, cuadernos, madejas, y que tenía tal aire de pureza y de honradez, que hacía desear vivir en aquel tranquilo hogar.



II

Los días de felicidad.

Y ahora, amados lectores, si queréis presenciar escenas de afecto sincero, sin engaño; si queréis escuchar risas, de aquellas risas que llegan á hacer llorar de felicidad, encontraréis todo esto en la mañana de un domingo, en una casa nueva que no os es desconocida, allá, al final del antiguo boulevard. El muestrario colocado en la puerta es más brillante que de costumbre, y por las ventanas se oyen alegres gritos.

—Recibido; está recibido... ¡Oh! ¡Qué suerte!... Enriqueta, Elisa, venid corriendo... El drama del Sr. Maranne está admitido.

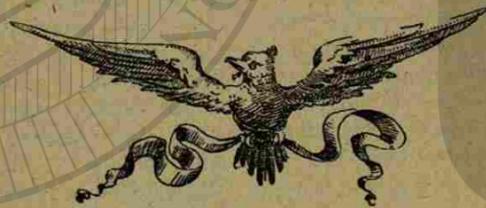
Desde la vispera, Andrés sabía la buena noticia, pues el director de *Novedades* le había mandado llamar para decirle que se iban á repartir los papeles de su drama, y que se pondría en escena al mes siguiente. Pasaron la tarde hablando de las decoraciones y accesorios, y como á la vuelta del teatro era demasiado tarde para llamar en casa de sus vecinas, el feliz autor había esperado el amanecer con febril impaciencia, y en cuanto oyó andar y abrir las persianas, bajó apresuradamente para anunciar á sus amigos la grata nue-

va. Estaban todos reunidos, las niñas con sus vestidos de mañana y los cabellos recogidos de cualquier modo, y el Sr. Joyeuse, sorprendido por su vecino afeitándose, enseñaba debajo de un gorro bordado su cara rasurada de un lado y enjabonada del otro. Pero el más conmovido de todos era Andrés Maranne, pues ya sabéis, queridos lectores, que la recepción de *Rebelión* era para él el cumplimiento de un deseo conocido de Abuela. El pobre muchacho la mira como para buscar en los ojos de la joven el ánimo de que carece; y esos ojos, un tanto burlones, pero de bondadosa mirada, parecen decirle: «Probad. ¿Qué arriesgáis?» El pobre muchacho mira también, para envalentonarse, á la señorita Elisa, linda como una flor, con sus largas pestañas que velan sus ojos. En fin, Andrés tomando su partido:

—Sr. Joyeuse, dijo con temblorosa voz, tengo que comunicaros una cosa muy grave.

—¡Ah, Dios mío! replicó admirado el anciano; me asustáis. Y bajando la voz repuso: ¿Cree usted que están demas las niñas?

—No. Abuela sabe de lo que se trata



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BAHÍA DE CARRACAS

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

y la señorita Elisa debe sospecharlo. Las pequeñas...

Enriqueta y Zaza se retiraron; la primera con aire majestuoso y enfadado, y la segunda pudiendo apenas disimular la risa que retozaba por su preciosa cara.

Siguióse entonces un largo silencio, y luego el enamorado comenzó su relación.

Se conocía, en efecto, que la señorita Elisa sospechaba de lo que se iba á tratar, pues desde que el vecino empezó á hablar con su padre sacó de su bolsillo la *Historia de Francia* y se puso á estudiar, por más que el libro temblaba entre sus manos. Y había para qué temblar ante la sorpresa y el disgusto del Sr. Joyeuse cuando Andrés le pidió la mano de Elisa.

—¡Es posible! exclamó el anciano. ¿Sin estar yo enterado? ¿Quién hubiera nunca creído tal cosa?

Luego, de repente, el buen hombre suelta una gran carcajada.

—Vamos, no os turbéis; ya hace mucho tiempo que sé yo también de lo que se trata, pues estoy perfectamente al corriente de la situación.

El padre lo sabía todo. Abuela, pues, les había hecho traición.

Ante las miradas de reproche que se fijaron en ella, la culpable se adelantó sonriendo:

—Sí, amigos míos, soy yo. El secreto era demasiado pesado, y no he podido guardarlo sola. Además, papá es tan bueno, que nada se le debe ocultar.

Y hablando así, salta al cuello del señor Joyeuse, pero el sitio es bastante grande para dos; y cuando Elisa se refugio allí á su vez, aun tuvo el anciano una mano que tendió afectuosa y paternalmente hacia el joven, á quien consideraba como si fuera hijo. ¡Apretones silenciosos, largas miradas que se cruzan conmovidas ó apasionadas! ¡Dichosos momentos que se quisieran detener para siempre! Hablaron y se rieron todos recordando ciertos detalles, y el señor Joyeuse contó que aquel secreto le había sido revelado por los espíritus un día que se hallaba solo en casa de Andrés. —¿Cómo van los negocios, señor

Maranne? preguntaban aquéllos, y él mismo respondió en ausencia del joven:—No van del todo mal, señores espíritus. Y era menester ver con qué malicia refería esto el padre, mientras que Elisa, confusa al pensar con quien había conferenciado aquel día, ocultaba su cara recostándose contra su padre.

Después de estas primeras emociones se habló con más formalidad. Andrés Maranne no era rico, pero el anciano cajero no tenía felizmente ideas de grandeza. Se amaban los novios, son jóvenes, honrados y gozan de buena salud; es un hermoso dote que no costaría mucho registrar en casa de un notario. La nueva pareja se instalará en el piso superior, seguirán con la fotografía, como no sea que *Rebelión* dé mucho dinero. En todo caso, el padre vivirá siempre cerca de ellos; pues tiene ahora una buena colocación en casa de un agente de cambio y es perito en algunos negocios en que entienden los Tribunales. Con tal que su buque navegue siempre en las mismas aguas, irá bien con la ayuda del viento y de la buena estrella.

Una vez resueltas tan grandes cuestiones, llamaron á las dos que se habían retirado. No les dijeron nada de la próxima boda para no llenar sus cabecitas de pensamientos que no convenían á su edad, pero sí que se apresurasen á vestirse para ir á pasar la tarde en el bosque de Boulogne, en donde Maranne les leería su drama antes de pasar á Surresne á comer una fritada en casa de Koutzen, y todo esto en honor de la recepción de *Rebelión* y de otra cosa que sabrían más tarde.

—¡Ah! ¿De veras? ¿Y qué es? preguntaban ingenuamente las dos niñas.

—Bueno, bueno, señoritas; más tarde lo sabréis. Id pronto á vestiros.

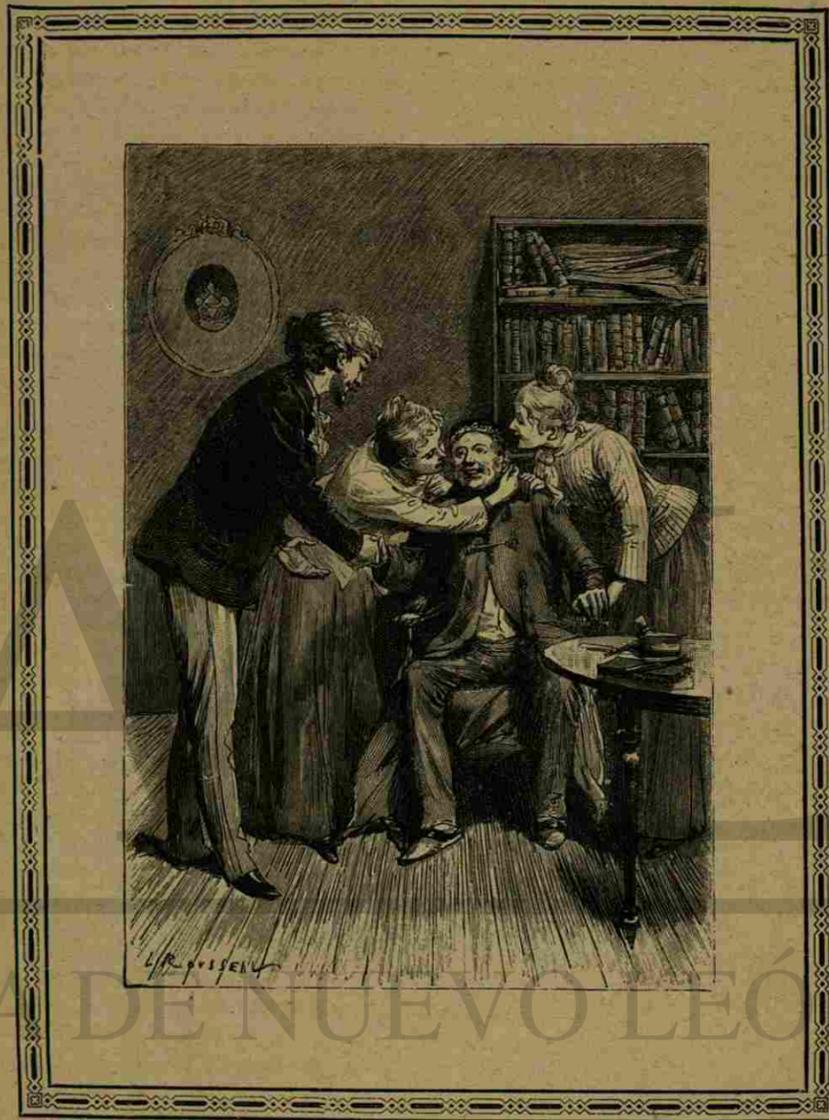
Entonces empieza otra escena.

—¿Qué vestido nos ponemos, Abuela! ¿El gris?

—Abuela, falta una cinta en mi sombrero.

—Abuela, hija mía, ¿no tengo ninguna corbata almidonada?

Y durante diez minutos no dejan en reposo á la encantadora Abuela. Cada cual necesita de ella, pues es la que dispone de las llaves, la que distribuye



El anciano estrechó la mano del joven.

la bonita ropa blanca encañonada, los pañuelos bordados, los guantes, todas esas minuciosidades, en fin, que salen de las cajas y de los armarios, y que, extendidas encima de las camas, esparcen en la casa la alegría de los días de fiesta; alegría sólo conocida de los que trabajan, y que se renueva cada semana, según la costumbre del pueblo. El domingo, día tan largo para los mundanos y para los parisienses del boulevard, de quienes descomponen sus costumbres, es el que constituye para muchísimos seres la única recompensa de los desesperados esfuerzos de seis días de penosas labores. Ni la lluvia ni el granizo les impide salir de su ahogada vivienda; y si es en la primavera, si un alegre sol de Mayo alumbraba aquel día y pueden vestirse con colores vistosos, ¡oh! entonces el domingo es la fiesta de las fiestas.

Para conocerlo bien es preciso verlo, sobre todo en los barrios de los trabajadores, en aquellas sombrías calles que ilumina y que se ensanchan después de cerradas las tiendas, dejando el sitio escueto para los carros de los niños, bien lavados y vestidos, y para los juegos al aire libre, mezclados con el alegre bullir de las golondrinas que aletean en bandadas y van á cobijarse á algún sotechado del viejo París. Es preciso verlo en los arrabales populosos, fabriles, en los que desde por la mañana se le siente dominarlo todo, en el silencio de las fábricas, en el ruido de las campanas y en el silbido agudo de las locomotoras, que parece en los alrededores un canto de marcha y de libertad. Después de ver esto se comprende y se desea aquel día.

Domingo de París, domingo de los trabajadores y de los humildes, yo te bendigo por todo lo que das de alegría y de alivio al obrero valeroso y honrado, por la risa de los niños que te aclaman, por el orgullo de las madres felices al ataviar á sus pequeñuelos en honor tuyo, por la dignidad que conservas en la morada de los pobres, que en tu obsequio sacan el aseado y glorioso vestido guardado en el fondo de una vieja cómoda desven-

cijada; te bendigo, sobre todo, por la superabundante felicidad que llevaste aquella mañana á la gran casa nueva en el extremo de aquel antiguo arrabal.

¡Qué grande era el placer de nuestras encantadoras niñas!

Terminada la *toilette*, almorzaron de pie, y comenzaron á ponerse los sombreros delante del gran espejo de la salita. Abuela lo miraba todo, prendía aquí un alfiler, allá hacía un lazo ó componía la corbata de su padre. En el momento en que iban á salir llenos ya de impaciencia por gozar de aquel hermoso día, un campanillazo vino á turbar la fiesta.

—¡Qué fastidio! exclamaron las niñas.

—Si no abriésemos la puerta sería mucho peor.

Pero soltaron un grito de alegría viendo entrar al que era ya el amigo Pablo, el Sr. de Gery.

—Pronto, pronto, venid que os digamos lo que ocurre.

No sabían que aquel joven estaba enterado antes que ellos de la recepción del drama, pues bastante trabajo le había costado conseguir que lo leyera el director del teatro; más se guardó muy bien de hablar de su intervención en aquel asunto. En cuanto al otro acontecimiento, del que no decían una palabra á causa de las niñas, lo adivinó por la alegría que se dibujaba en la cara del poeta, cuyos cabellos estaban tiesos, en fuerza de mesárselos, lo que era en él señal de contento, y también por la cortedad de Elisa y por el aire triunfante del Sr. Joyeuse, apuesto y arrogante con su traje de los días de fiesta y lleno de placer ante la dicha de su familia.

Solamente Abuela conservaba su aspecto apacible de siempre; pero se veía en ella, en sus cuidados para con su hermana, cierto cariño aún más tierno que de costumbre, y el afán de que pareciera más linda todavía. Era cosa deliciosa ver á aquella muchacha de veinte años adornar á otra, sin envidia, sin pesar, con ese algo del amor de una madre festejando el amor de su hija en recuerdo de su pasada felicidad. Pablo, que veía todo esto, era quizás el

único que se daba cuenta de ello, y admirando á Aline se preguntaba con tristeza si habría un sitio en aquel corazón maternal para otras afecciones que la de su padre y sus hermanas ú otras preocupaciones fuera del círculo tranquilo en que Abuela presidía tan gentil el trabajo de la noche. Por fin partieron para el Bosque, y detrás de las calles enarenadas, regadas y limpias, en las que las ruedas de los coches, dando vueltas al lago, trazan todo el día un surco sin cesar recorrido; detrás de esa admirable decoración de verdura formando pared, de aguas cautivas, de rocas llenas de flores, encontraron una parte silvestre, el verdadero bosque formando abrigo impenetrable, atravesado por senderitos y arroyuelos ruidosos. Ese es el bosque de los pobres, de los humildes; el bosque pequeño en el grande.

Al ver tan encantador sitio se detuvieron al lado de un estanque, convertido en espejo bajo las doradas hojas de los árboles, cubierto de plantas acuáticas y alumbrado en algunos sitios por los rayos del sol que se filtraban á través del follaje.

Se sentaron en el ribazo, lleno ya de fina hierba, para escuchar la lectura del drama; y las lindas caras atentas, los vestidos hinchados sobre el verde, hacían pensar en un Decameron ingenuo y casto gozando una tranquila atmósfera. Para completar este bienestar y ese aspecto campesino, se veían á lo lejos, hacia Suresnes, las aspas de un molino que daban vueltas sin cesar, mientras que de la deslumbradora visión de los coches y del lujo no se dejaba escuchar más que un ruido sordo y confuso, que acabaron por no oír. La voz del poeta, elegante y dulce, se elevaba sola en aquel momento; los versos volaban, repetidos por lo bajo por otros labios conmovidos; se oían aprobaciones medio ahogadas, y hasta se vió que Abuela enjugó las lágrimas que asomaban á sus ojos al escuchar un trozo trágico.

La primera obra... *Rebelión*. La primera obra, siempre demasiado abundante, en la que el autor pone todas sus ideas, sus opiniones, apretadas como las aguas en el borde de una es-

clusa y que es á menudo la más rica, si no la mejor de un escritor. En cuanto á la suerte que la esperaba, nadie podía decirlo, y esa incertidumbre emocionaba aún más á su pequeño auditorio, pues los votos de la señorita Elisa, las alucinaciones fantásticas del Sr. Joyeuse y los deseos más positivos de Aline, tenían aquel éxito por base para la instalación del nuevo matrimonio.

¡Ah! Si algunos de aquellos que daban por la centésima vez la vuelta al lago, aburridos por la monotonía de la costumbre, hubieran apartado las ramas que ocultaban el grupo formado por tan dichosa familia, ¡qué sorpresa hubieran sentido ante aquel cuadro! pero no hubieran comprendido tal vez cuánta pasión y cuánta esperanza encerraba aquel rincón de verdura.

Concluida la lectura, siguieron por una alameda estrecha y sombría. Pablo daba el brazo á Aline, y ambos andaban algo de prisa delante de los demás, y en verdad que no era la azotea ni las fritadas del tío Koutzen lo que les atraía. No; los hermosos versos que acababan de oír les habían dejado pensativos y marchaban sin conciencia del camino que seguían. Pablo no se había sentido jamás tan feliz. El brazo que en su brazo se apoyaba; ese paso de niña á cuyo compás arreglaba el suyo y este paseo por el musgo de la verde alameda, le embriagaban.

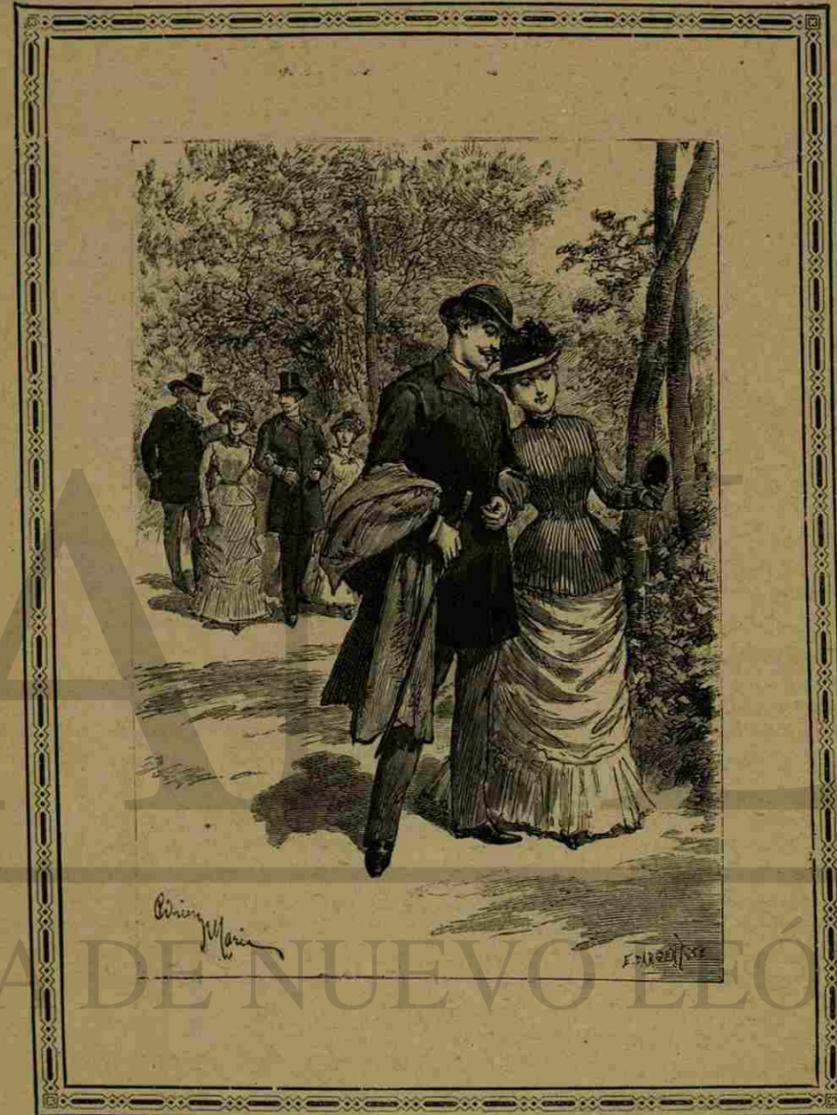
Hablando, hablando, llegaron al final de la calle cubierta de árboles, terminada por un ancho claro, desde el que se veía el movimiento de los coches y de los jinetes. Pablo acertó el paso, y envalentonado por aquel último minuto de soledad, dijo:

—Mirad.

Y presentó á la joven un marquito ovalado que encerraba un perfil sin sombrear, un simple bosquejo hecho con lápiz, en el que Abuela se reconoció, sorprendiéndose al verse tan linda y como reflejada en el espejo mágico del Amor. Algunas lágrimas se asomaron á sus ojos, sin que supiera por qué, y su corazón latió con violencia.

Él continuó:

—Este retrato me pertenece, lo he



Este retrato me pertenece...

hecho yo. Sin embargo, tengo un deseo. Quiero que me lo deis vos. Tomadlo, pues, y si encontráis un amigo más digno, alguno que os ame con un amor más profundo, más leal que el mío, os permito que se lo deis.

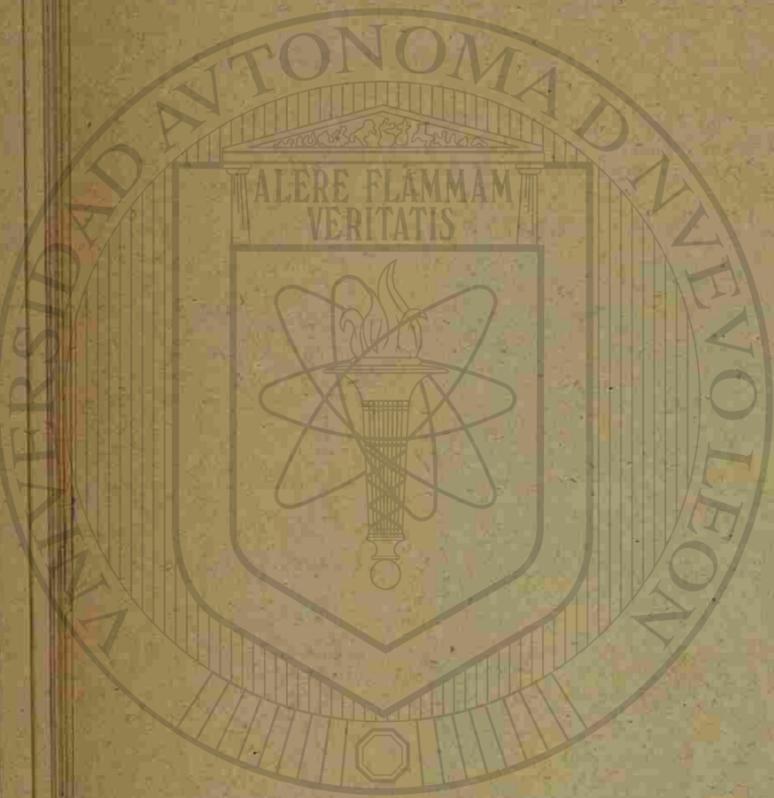
La joyen se repuso de su turbación, y mirando á De Gery cara á cara y con ternura, dijo:

—Si no escuchara más que mi corazón, no titubearía; pues si es verdad que me amáis como lo decís, creo sinceramente que os amo también... Pero no soy libre, no estoy sola... Mirad allá.

Y señalaba á su padre y á sus hermanas, que la hacían señas desde lejos y apresuraban el paso para alcanzarla.

—Pues bien; y yo, dijo con viveza Pablo, ¿no tendré acaso la mitad de vuestros deberes y de vuestros cargos? ¿No me lo permitiréis?

—¿De veras? ¿Habláis con formalidad? ¿No me separaréis de ellos? ¿Seré Aline para vos y siempre Abuela para las niñas? ¡Oh! entonces, dijo la buena criatura radiante de alegría, he aquí mi retrato; os lo doy... y toda mi alma con él, y para siempre.

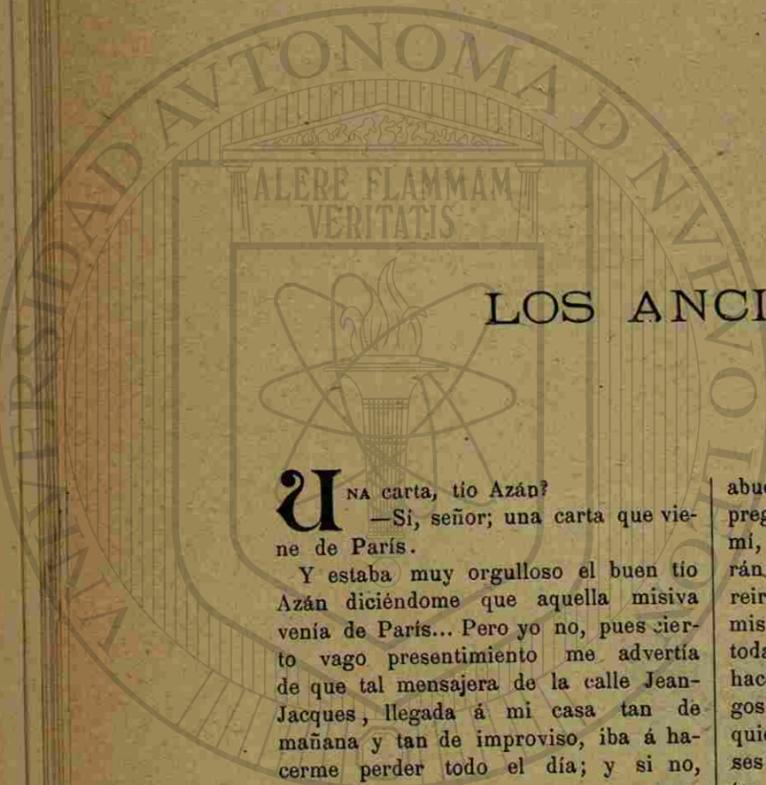
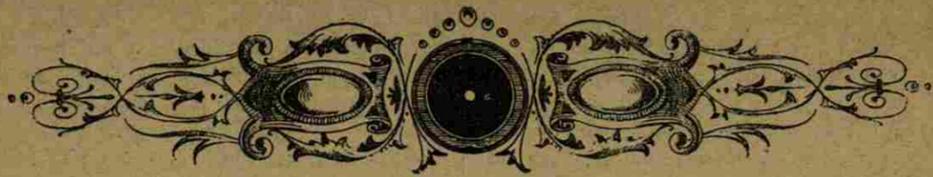


U A N I L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LOS ANCIANOS

UNA carta, tío Azán?
—Si, señor; una carta que viene de París.

Y estaba muy orgulloso el buen tío Azán diciéndome que aquella misiva venía de París... Pero yo no, pues cierto vago presentimiento me advertía de que tal mensajera de la calle Jean-Jacques, llegada á mi casa tan de mañana y tan de improviso, iba á hacerme perder todo el día; y si no, vedlo:

«Es menester, amigo mío, que me hagas un favor. Cierra tu molino por un día y vete á Eyguières. Eyguières es una ciudad bastante grande, á tres ó cuatro leguas de tu casa; un paseo. Al llegar allí, preguntarás por el convento de las huérfanas. La primera casa antes de aquel asilo es baja, con las maderas de las ventanas pintadas de gris y con un jardín detrás. Entrarás sin llamar; la puerta está siempre abierta, y al entrar gritarás muy fuerte:

—Buenos días; soy el amigo de Mauricio. Entonces verás á dos viejecitos, ¡oh! pero viejos, muy viejos, archiviejos, que te abrirán los brazos desde sus grandes sillones y tú los besarás de mi parte como si fueran

abuelos tuyos. Después hablaréis; te preguntarán por mí, te hablarán de mí, nada más que de mí, y te contarán mil locuras, que escucharás sin reírte. De veras; no te rías, ¿eh? Son mis abuelos, dos seres de quienes soy toda la alegría y que no me han visto hace diez años. ¡Diez años! ¡Qué largos son ciento veinte meses! Pero ¡qué quieres! á mí me detiene París, y Eyguières á ellos por su mucha edad. Son tan viejos, que si vinieran á verme se desbaratarían en el camino. Felizmente tú estás cerca de ellos, mi querido molinero, y abrazándote crearán abrazarme á mí, pues muchas veces les he hablado de la amistad que nos une.»

—¡El demonio se lleve la amistad! Justamente aquel día hacia un tiempo soberbio, pero muy malo, para correr aquellos caminos; hacia demasiado sol, y excesivo calor; un verdadero día de la Provenza. Cuando esa malhadada carta llegó, ya había escogido yo mi *cagnard* (abrigo entre dos rocas) y pensaba quedarme allí todo el día como un lagarto, escuchando el susurro de los pinos. En fin, ¿qué hacer? Cerré el molino, puse la llave en la gatera, y con un garrote en la mano y la

pipa en la boca, me puse en marcha.

Llegué á Eyguières á eso de las dos de la tarde. El pueblo se hallaba desierto, en atención á que casi todos los habitantes estaban en el campo; y en los olmos de la carretera, blancos de polvo, las cigarras cantaban á porfía. En la plaza del Ayuntamiento había un burro tomando el sol y una bandada de palomas bebiendo en la fuente de la iglesia; mas ni una persona para indicarme el Asilo de huérfanas. Felizmente, divisé en el rinconcito de una puerta una anciana que hilaba, acurrucada sobre sus talones; le dije lo que buscaba, y como una hada poderosa, no tuvo más que alzar su rueca y en seguida el Asilo se levantó como por arte mágico delante de mí.

Era una gran casa triste y negruzca, muy orgullosa por enseñar encima de su portal, formando ojiva, una viejísima cruz de piedra encarnada, con un letrero en latín alrededor. Al lado del Asilo vi una casita baja con las maderas de las ventanas pintadas de gris, y por detrás el jardín. Entré en ella sin llamar.

Conservaré toda mi vida el recuerdo de aquel largo corredor, fresco y silencioso, con las paredes de color rosa, del jardinillo que se veía allá en el fondo, á través de una clara cortina, y de las flores pintadas que adornaban las puertas y los techos. Me pareció entrar en casa de algún anciano bailío del tiempo de Sedaine. Al final del corredor, y á la izquierda, se oía el tic-tac de un reloj y una voz de niño que leía deteniéndose á cada sílaba: EN... TON... CES... SAN... I... RE... NEO... EX... CLA... MÓ...; YO... SOY... EL... TRI... GO... DEL... SE... ÑOR...; ES... PRE... CI... SO... QUE... SEA... MO... LI... DO... POR... LOS... DIEN... TES... DE... ES... TOS... A... NI... MA... LES.» Me acerqué silenciosamente á aquella puerta y miré.

En la calma y la media luz de una pequeña habitación, un buen anciano, con las mejillas sonrosadas y arrugado hasta las puntas de los dedos, dormía en un sillón con la boca abierta y las manos apoyadas en las rodillas. Sentada á sus pies, una niña vestida de azul,

con una gran talma y una gorrita blanca, el traje de las huérfanas, leía la vida de San Ireneo en un libro más grande que ella. Esta lectura milagrosa produjo su efecto en toda la casa. El anciano dormía en su sillón, las moscas en el techo, los canarios en su jaula, allá, en la ventana, y el gran reloj continuaba con su monótono tic-tac, tic-tac. Allí todo aparecía dormido á excepción de un haz de intensa claridad, que penetrando por las junturas de las maderas de las ventanas, lucía mil y mil puntos luminosos que parecían estar bailando entre sí un vertiginoso y diminuto vals. En medio de aquella somnolencia general, la niña proseguía su lectura con aire grave. «EN... SE... GUI... DA... DOS... LEO... NES... SE... PRE... CI... PI... TA... RON... SO... BRE... ÉL... Y... LE... DE... VO... RA... RON.» En aquel momento entré. Los leones de San Ireneo, precipitándose sobre aquella habitación, no hubieran producido más estupor que yo. Fué un verdadero golpe teatral. La pequeña grita, el gran libro se cae, los canarios y las moscas despiertan, el reloj da las horas y el anciano se levanta sobresaltado, asustado, y yo mismo, algo turbado, me detengo en el umbral diciendo á gritos: «Felices, buenas gentes; soy el amigo de Mauricio.»

¡Oh! Entonces era de ver á aquel pobre anciano; si le hubiérais visto venir hacia mí con los brazos abiertos, abrazarme, apretarme las manos y correr como extraviado por toda la habitación diciendo: «¡Dios mío! ¡Dios mío!» Todas las arrugas de su cara se reían. Estaba muy colorado y balbuceaba: ¡Ah, señor! ¡Ah, señor! Y luego se fué hacia el otro extremo de la habitación gritando: ¡Mamette!

Una puerta se abre, oyéndose unos ligeros pasos. Era Mamette. Nada tan lindo como aquella viejecita, con su gorra adornada con lazos, su vestido color carmelita y su pañuelo bordado, que tenía en la mano para honrarme, según la moda antigua.

¡Cosa admirable! Los dos ancianos se parecían.

Con una gorra de lazadas amarillas,

él también hubiera podido llamarse Mamette. Sólo que la verdadera había debido llorar mucho en su vida, pues estaba aún más arrugada que él, y, como él, tenía también á su lado una huerfanita, pequeña guardiana de vestido azul que no la dejaba un momento. Nada más enternecedor que aquellas niñas protegiendo á los ancianos.

Al entrar Mamette empezó por hacerme una gran reverencia; pero con una palabra el anciano la detuvo: «¡Es el amigo de Mauricio!» En seguida la viejecita comienza á temblar, llora, pierde su pañuelo, se pone colorada, muy colorada, mucho más que él. Estos ancianos no tienen más que una gota de sangre en las venas, y á la menor emoción se les sube á la cara. «¡Pronto, pronto, una silla!» dice la anciana á su guardiana. «Abre las ventanas,» dice el viejo á la suya; y cogiéndome cada uno por una mano, me llevan hasta la ventana, que han abierto de par en par para verme mejor. Acercan las butacas y me instalo en una silla en medio de los dos. Las niñas se colocan á nuestra espalda, y el interrogatorio empieza: «¿Cómo está? ¿Qué hace? ¿Por qué no viene á vernos? ¿Está contento?» Y patatín y patatán, continuaron hablándome durante horas enteras.

Yo contestaba lo mejor que podía á todas sus preguntas, dando sobre mi amigo cuantos detalles sabía é inventando descaradamente lo que ignoraba, guardándome muy bien de confesar que jamás había notado si las puertas de su aposento cerraban bien, ni qué color presentaban las paredes de su habitación.

—El papel de su cuarto es azul, señora; azul pálido con guirnaldas.

—Es verdad, decía la pobre anciana enternecida, y añadía volviéndose hacia su marido: ¡Qué buen muchacho es!

—¡Oh, sí! muy bueno, replicaba el otro con entusiasmo; y todo el tiempo que yo hablaba se hacían señas de inteligencia, ó el anciano se acercaba á mí para decirme: «Hablad un poco más alto; es algo sorda.» Y ella á su vez: «Más fuerte, os lo ruego; pues no oye

muy bien.» Entonces alzaba más la voz, y ambos me daban las gracias con una sonrisa, y en sus caras marchitas que se inclinaban hacia mí, buscando en mis ojos la imagen de Mauricio, me parecía ver á éste sonreírme también, como á través de una especie de niebla.

De repente el anciano se incorporó en su sillón.

—Pero, ahora que me acuerdo, Mamette; tal vez no haya almorzado.

—¡Que no ha almorzado! ¡Oh, Dios mío!

Yo creía que se trataba aún de Mauricio, é iba á contestar que siempre se ponía á la mesa á las doce en punto; mas no; hablaban de mí, y era preciso ver la que se armó cuando confesé que estaba aún en ayunas.

—¡Pronto, niñas; poned un cubierto, la mesa en medio de la habitación, el mantel de los domingos, los platos floreados! No os riais tanto y apresuráos.

Y ya lo creo que se dieron prisa, porque en menos de cinco minutos el almuerzo estaba servido.

—Vamos, me dijo Mamette; vais á tomar un buen almuerquito; pero comereis solo, porque nosotros lo hemos hecho ya esta mañana.

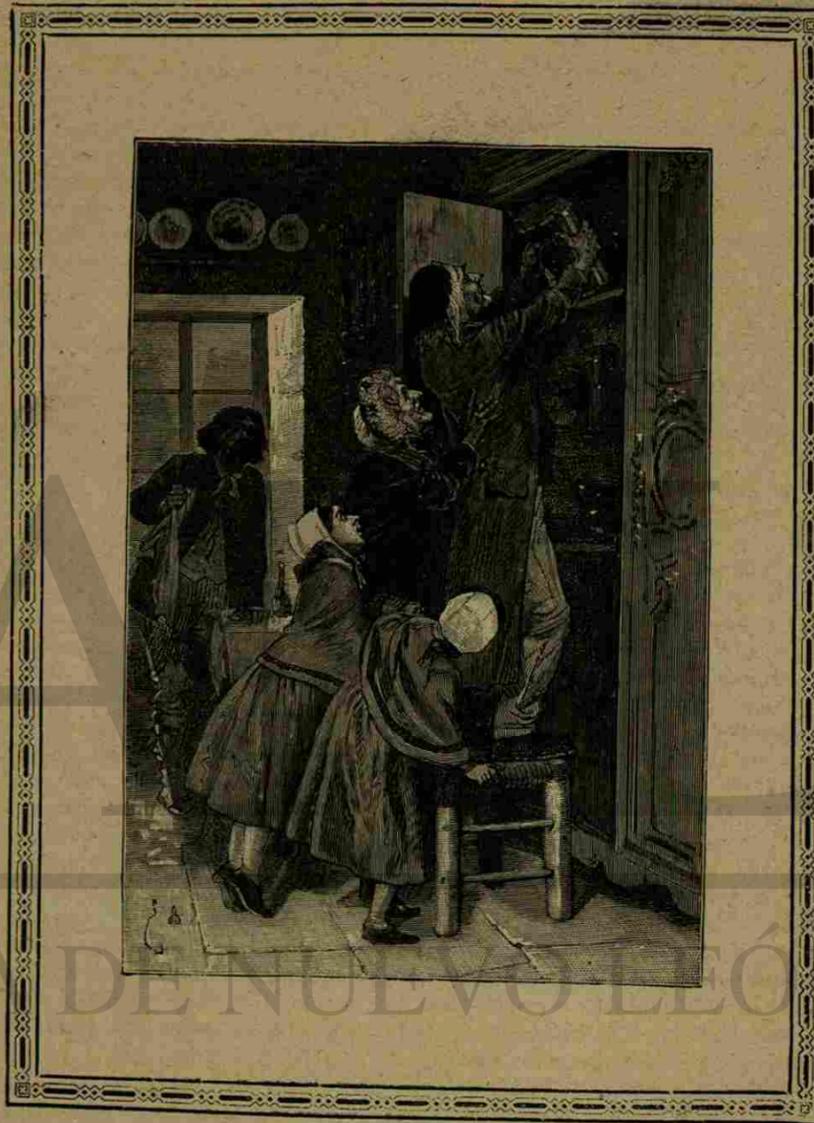
Los pobres viejos, á cualquier hora que se les vea, siempre dicen que han comido por la mañana.

El buen almuerzo de Mamette se componía de una tacita de leche, unos dátiles y un pastelito, con lo que había para alimentarla á ella y á sus canarios durante lo menos ocho días.

Y yo sólo concluí en un santiamén todas aquellas provisiones, con gran escándalo de las niñas, que hablaban por lo bajo dándose con el codo, mirándome comer.

Todo lo comí sin darme siquiera cuenta de ello, ocupado en mirar á mi alrededor aquella habitación clara y apacible, en la que se notaba cierto sabor á antigüedad.

Dos camitas, sobre todo, llamaban poderosamente mi atención. Estas camas, casi dos cunas, me las figuraba por la madrugada, al amanecer, cuando están aún cubiertas por sus grandes cortinas.



El anciano se subió en una silla, con gran susto de la mujer.

Dan las tres, la hora en que todos los ancianos despiertan.

—¿Duermes. Mamette?

—No, amigo mío.

—¿No es verdad que Mauricio es un buen muchacho?

—¡Oh! sí; muy bueno.

Y pensaba todo esto nada más que por haber visto dos camitas colocadas una al lado de la otra.

Durante este tiempo, un drama terrible pasaba en el otro extremo de la habitación, delante del armario.

Se trataba de alcanzar en la última tabla cierto frasco lleno de cerezas en aguardiente, que desde hacía diez años esperaban a Mauricio, y que querían que yo empezara. A pesar de las súplicas de Mamette, el anciano se empeñó en ir él mismo a buscarlo, y subido en una silla, con gran susto de su mujer, procuraba llegar a lo alto del armario. Figuráos el cuadro que presentaba aquella escena: el viejecillo, que tiembla y se estira, las niñas agarradas a la silla y Mamette detrás de él, con los brazos extendidos para sostenerle. Era conmovedor, en verdad.

Por fin, después de muchos esfuerzos, llegaron a sacar el famoso frasco, y con él un antiguo vaso de plata, todo abollado; el de Mauricio cuando era pequeño. Me lo llenaron de cerezas hasta el borde; ¡le gustaban tanto a Mauricio!

Y sirviéndome el anciano, me decía al oído con cierto aire de goloso:

—¡Qué feliz sois al poderlas comer!

Mi mujer es quien las ha preparado... Vais a probar una cosa buena.

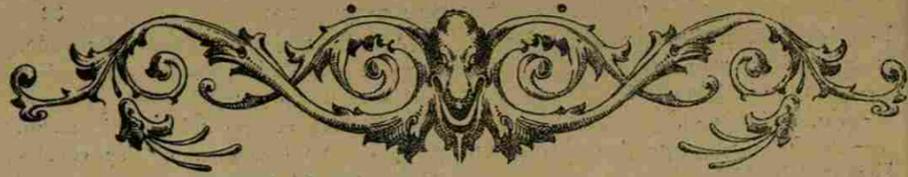
¡Ay! Su mujer las había preparado, pero se olvidó de ponerlas azúcar. Los viejos se distraen mucho. Son muy malas vuestras cerezas, mi pobre Mamette. Pero eso no obstante, me las comeré todas, por no afligiros.

Concluida mi frugal comida, me levanté para despedirme de mis huéspedes, Bien hubiesen querido que me quedara aún para hablar de mi amigo; pero el día tocaba a su fin, y como el molino estaba lejos, era preciso partir.

El anciano se levantó al mismo tiempo que yo. «Mamette, dijo; dame mi traje: quiero acompañarle hasta la plaza.» De seguro que la buena viejecita encontraba que hacía ya fresco para que su marido saliera; pero no lo dió a conocer. Sólo que mientras le ayudaba a ponerse las mangas de una hermosa chupa color de tabaco con botones de nácar, oí a la buena criatura que le decía: «¿No volverás muy tarde, no?» Y él contestó con aire malicioso: «¡Eh, eh!... no sé... tal vez. Y se miraban riendo; las niñas reían a su vez viéndolos a ellos, y en sus jaulas los canarios se reían también a su manera. Entre nosotros sea dicho, creo que el olor de las cerezas los había alegrado algo a todos.

Anochece cuando salimos el abuelo y yo. La niña nos seguía desde lejos para acompañarle a la vuelta, pero él no la veía, estaba muy orgulloso andando apoyado en mi brazo como un hombre. Mamette, radiante, veía todo esto desde el umbral de la puerta, y mirándonos sacudía la cabeza, como diciendo: «¡Vamos! mi pobre hombre marcha bien todavía.»



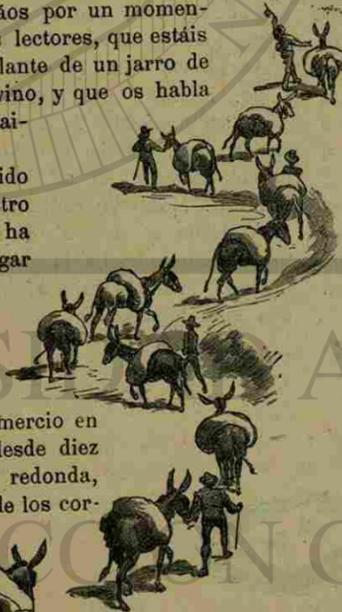


El secreto del molinero Cornille.

RASQUITO Mamaí, anciano gaitero que, á falta de otras ocupaciones, viene de vez en cuando á pasar la velada á mi casa, me refirió la otra noche, bebiendo vino caliente, un pequeño drama campestre, del que fué teatro mi molino hará cosa de unos veinte años. El relato del buen hombre me conmovió, y voy á procurar repetíroslo tal cual hubo de contármelo. Figuráos por un momento, queridos lectores, que estáis sentados delante de un jarro de perfumado vino, y que os habla un viejo gaitero.

«Mi querido señor, nuestro pueblo no ha sido un lugar muerto como lo es hoy día.

Antaño había en él un gran comercio en harinas, y desde diez leguas á la redonda, las gentes de los cor-



tijos traían aquí todo su trigo para molerlo. En derredor del pueblo, todas las colinas estaban cubiertas de molinos de viento, y á derecha é izquierda no se veían más que aspas dando vueltas por encima de los árboles, y muchas récuas de borriquillos, cargados con sacos, subían y bajaban á lo largo de los caminos; daba

gusto oír durante toda la semana el chasquido de los látigos, el rechinar de la lona y el jarrel de los mozos del molino, adonde íbamos en tropel los domingos, pues los molineros pagaban el moscatel. Las molineras estaban hermosas y seductoras con sus pañuelos de encaje y sus brillantes cruces de oro colgadas del cuello. Yo llevaba mi gaita, y hasta muy cerrada la noche se bailaba que era un gusto. Aquellos molinos eran la alegría y la riqueza del país.

«Desgraciadamente, unos franceses de París tuvieron la idea de establecer una molienda de vapor en el camino de Tarascón. ¡Todo lo nuevo agrada! como se dice por aquí; los cortijeros tomaron la costumbre de enviar su trigo á aquella fábrica, y los pobres molinos de viento quedaron en reposo. Durante algún tiempo procuraron luchar; pero el vapor fué el más fuerte, y poco á poco, y uno después de otro, tuvieron que cerrar sus puertas por falta de trabajo.

»Ya no se veían llegar las recuas, y las molineras tuvieron que vender sus cruces de oro. Ya no había moscatel ni bailes. Por más que el aire soplara, las aspas quedaban inmóviles. La soledad fué grande y la ruina de tan floreciente industria completa. Y luego sucedió que un día el Ayuntamiento mandó derribar todas aquellas chozas, y se plantaron en aquel terreno viñas y olivares.

«Sin embargo, en medio de tal destroz, un molino se hizo fuerte y continuaba dando vueltas con valor, á pesar de la fábrica. Era el del tío Cornille; este mismo en que estamos pasando la velada.

«El tío Cornille era un antiguo molinero, que había vivido sesenta años en medio de la harina, y entusiasta cual ninguno por su oficio. La instalación de la fábrica le había vuelto casi loco. Durante ocho días se le vió correr por todo el pueblo, reuniendo á la gente á su alrededor, y gritando con toda la fuerza de sus pulmones que se quería envenenar á la Provenza con la harina molida al vapor. «No vayáis allí, decía; aquellos ladrones, para hacer el pan, se valen del vapor, que es una invención diabólica, mientras que yo trabajo con el aire, que es el aliento de Dios.» Y hallaba siempre muy hermosas frases en alabanza de los molinos de viento, pero nadie le hacía caso.

«Entonces, de rabia, el viejo se encerró en su molino, viviendo allí solo como una fiera. Ni siquiera quiso que se quedase con él su nietecita Vivette, niña de quince años, que desde la muerte de sus padres no tenía á nadie en el mundo, fuera de su abuelo. La pobrecita niña se vió obligada á ganarse la vida trabajando en los cortijos, lo mismo en la siega que en la recolección de las olivas ó cuidando de los gusanos de seda. Y, sin embargo, parecía que su abuelo la quería mucho, pues sucedía mil veces que se echaba á andar tres ó cuatro leguas con un calor tropical para ir á verla, y cuando estaba á su lado pasaba horas enteras mirándola y llorando.

«Los habitantes del pueblo pensaban

que el anciano molinero, al despedir á Vivette, había obrado por avaricia, y que era una indignidad dejarla así ganarse un jornal, tan pronto en un cortijo como en otro. Encontraban también muy censurable que un hombre de tan buena fama como el tío Cornille, y que había sido con razón muy respetado hasta entonces, fuera ahora por las calles como un verdadero gitano, descalzo, con el gorro roto y el traje hecho jirones. El caso es que los domingos, cuando le veíamos entrar en la iglesia, nos daba vergüenza ver cómo se presentaba, y Cornille bien lo conocía, pues no se acercaba á nosotros los viejos, quedándose siempre al lado de la pila del agua bendita con los pobres.

«Había en su vida algo que nadie comprendía, y que daba mucho en qué pensar á los vecinos, pues no obstante hacer mucho tiempo que nadie le llevaba trigo, las aspas de su muela no tenían un minuto de descanso, y por la noche se le encontraba por los caminos, empujando delante de él á su asno, cargado con grandes sacos de harina.

—»Dios guarde á V, tío Cornille, le decían los aldeanos. ¿Trabajáis siempre mucho, por lo visto?

—»Siempre, hijos míos, respondía el anciano con cara alegre. Gracias á la Providencia el trabajo no falta.

Y cuando le preguntaban de dónde le venía tanto que hacer, colocaba un dedo en sus labios y respondía con gravedad:

—»¡Silencio! Yo trabajo para la exportación.

«Jamás se le pudo arrancar más palabras.

«En cuanto á entrar en su molino, no había que pensar en ello, pues ni siquiera se lo permitía á su nieta.

«Cuando alguno pasaba por delante, siempre veía la puerta cerrada, las aspas en movimiento, el viejo borriquillo paciendo la hierba y un gato escuálido tomando el sol, en el reborde de la ventana, y que miraba con mal humor á todo el mundo.

«Todo eso era muy misterioso y daba mucho que hablar.

»Cada cual explicaba á su manera el secreto del tío Cornille, y la opinión general era que había en aquel molino aún más sacos de buenos escudos que de harina.

»Andando el tiempo, todo se descubrió, sin embargo, y he aquí de qué manera:

»Un día que yo tocaba la gaita para que los jóvenes bailasen y se divirtiesen, noté que el mayor de mis hijos y Vivette se habían enamorado uno de otro. No lo sentí, porque, después de todo, los Cornille siempre fueron honrados, y hubiera tenido mucho gusto en ver á la linda Vivette corretear por mi casa. Quise, por lo tanto, arreglar en seguida este negocio, y subí al molino para hablar con el abuelo. ¡Ira de Dios! y el viejo marrullero qué modo tuvo de recibirme! Como me fué imposible conseguir que me abriera la puerta; tuve que explicarle desde fuera el objeto de mi visita, y mientras estuve hablando con él, el escualido gato me bufaba cual si yo fuera el demonio.

»El anciano ni siquiera me dejó acabar mi relación, pues me gritó con mucha destemplanza que me fuera á tocar la gaita, y que si yo tenía prisa por casar á mi hijo, que acudiera en busca de mujer á la fábrica de harinas. Bien podéis creer que la sangre se me subió á la cabeza al oírle; sin embargo, tuve la suficiente prudencia para contenerme, y dejando solo á aquel loco, volvíme para anunciar á los muchachos el desengaño que acababa de sufrir. Estos pobres tórtolos, que no podían creermé, me pidieron por gran favor que los dejase ir juntos para intentar hablar á su vez al abuelo. Yo no tuve valor para rehusar, y ¡zás! mis palomos echaron á correr.

Cuando llegaron, el tío Cornille acababa de salir. La puerta estaba cerrada con dos vueltas de llave; pero el buen hombre había dejado la escalera de mano fuera, y mis atrevidos muchachos tuvieron la idea de entrar por la ventana para ver lo que ocultaba aquel famoso molino.

¡Cosa singular! La habitación que encerraba la muela estaba vacía... No había allí ni un saco, ni siquiera un

grano de cereal, ni rastro de harina en las paredes ó en las telarañas; no se advertía tampoco ese perfume producido por el trigo molido que se escapa de los molinos.

El cuarto del piso bojo presentaba el mismo aspecto de miseria y de abandono; una mala cama, algunos guñapos, un pedazo de pan en un lado, y en un rincón tres ó cuatro sacos reventados, de donde salían algunos cascotes y tierra blanca.

¡He aquí el secreto del tío Cornille! Ese yeso era lo que paseaba de noche por los caminos para salvar la honra de su casa y que se creyera que en ella se molía siempre. ¡Pobre molino! ¡Pobre Cornille! Hacía mucho tiempo que el vapor le había quitado su último parroquiano. Las aspas giraban siempre, pero la muela no trituraba nada.

Como debéis suponer, mi buen señor, aquellos muchachos volvieron llorando á contarme lo que habían visto, y al oír tan tristísimo relato, con el corazón lleno de dolor, me marché sin perder un minuto á casa de varios vecinos, les dije en dos palabras lo que pasaba y convinimos en que era preciso, sin demora alguna llevar á casa de Cornille todo el grano que hubiera en sus graneros. Dicho y hecho; el pueblo en masa se puso en camino, y llegamos arriba con una procesión de borricos cargados de trigo, verdadero trigo, y no cascotes.

El molino estaba abierto de par en par, y delante de la puerta, el tío Cornille, sentado en un saco de yeso, lloraba tapándose la cara con las manos. A su vuelta comprendió que, durante su ausencia, alguien había penetrado en su casa y descubierto su secreto. «¡Pobre de mí! decía; no me queda más que morir... El molino está deshonrado!»

Y sollozaba de un modo lastimoso, hablando con su molino como hubiera podido hacerlo con una persona.

En aquel momento los burros llegaban á la plataforma y nos pusimos todos á gritar muy fuerte, como en los mejores tiempos de los molineros: «¡Ah del molino!... ¡Eh! ¡Tío Cornille!» Y

los sacos iban amontonándose delante de la puerta, y el hermoso grano rubio se esparcía por todos lados en el suelo...

El tío Cornille abría los ojos cuanto podía, cogía trigo en su vieja mano y decía riendo y llorando á la par: «¡Es trigo, Dios mío, es trigo!... ¡Y buen trigo!... ¡Dejadme que le mire!» Luego, volviéndose hacia nosotros: «¡Ah! Bien sabía yo que volveríais á mí.»

La alegría de todos era inmensa, y los sentimientos de cariño mas delicados y la admiración se desenvolvieron en tal grado, que queríamos llevarlo en triunfo hasta el pueblo. «No, no, hijos míos; antes que nada es preciso que dé de comer á mi pollino, pues hace mucho tiempo que no ha tenido nada entre los dientes.»

Las lágrimas asomaron á nuestros ojos viendo á aquel pobre anciano ir de un lado á otro, moverse á diestra y siniestra, abriendo los sacos, vigilando la muela, mientras que el grano se aplastaba y el polvillo se pegaba al techo.

Hay que hacer justicia al pueblo entero, pues desde aquel día jamás dejó sin trabajo al anciano molinero.

Más tarde, una mañana el tío Cornille murió, y las aspas de nuestro último molino dejaron de girar para siempre. Muerto Cornille, nadie le sucedió.

¡Qué verdad es, señor que todo tiene fin en este mundo. Ha pasado el tiempo de los molinos de viento, como el de otras muchas cosas, que no obstante los grandes servicios prestados, se hacen inútiles y de innecesaria conservación.



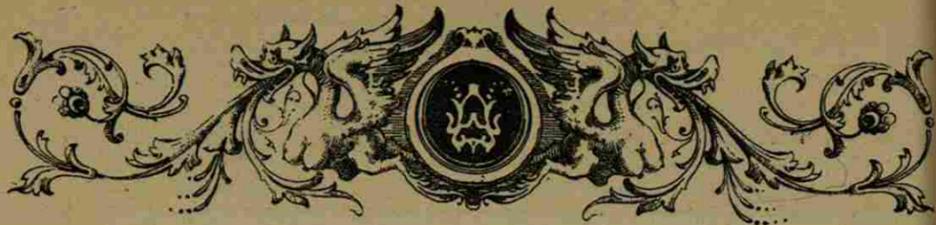
UNIVERSIDAD

MA DE NUEVO LEÓN

DI

DE BIBLIOTECAS

®



EL SUBGOBERNADOR EN EL CAMPO

Su señoría el Subgobernador va á girar una visita á los pueblos de su jurisdicción.

Guiado por el cochero con su correspondiente lacayo por detrás, el vehículo del Gobierno le lleva majestuosamente al concurso regional de la Combe-aux-Fées.

Para presidir este acto, su señoría se ha puesto la casaca bordada, el pantalón con franja plateada, el sombrero con galones y plumas, la espada de gala con hermoso puño de nácar, y en sus rodillas descansa una abultada y lujosa cartera de chagrín estampado.

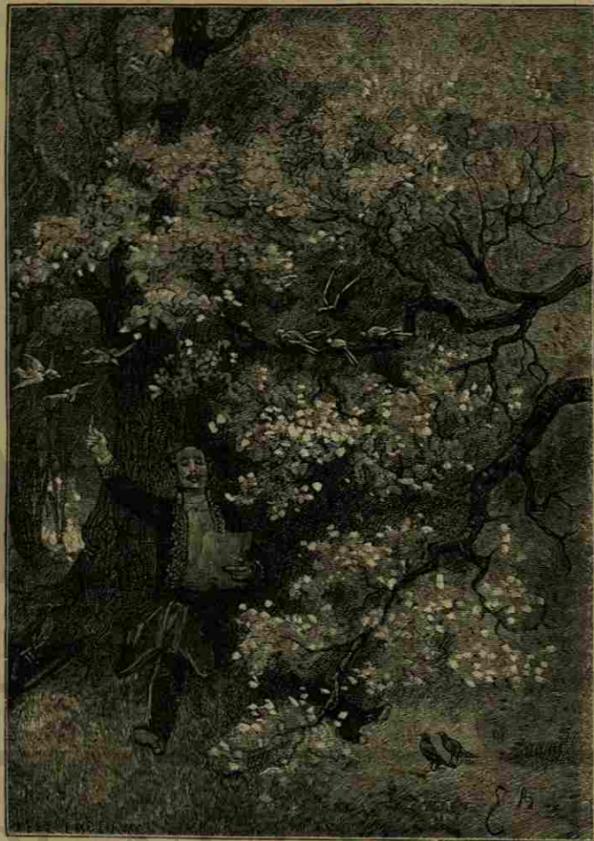
El señor Subgobernador mira con tristeza su cartera, pensando en el famoso discurso que tiene con precisión que pronunciar en la inauguración, delante de los habitantes de Combe-aux-Fées. «Señores y queridos administrados...» Pero por más que se retuerce el fino y sedoso bigote rubio y repite veinte veces seguidas: «Señores y queridos administrados...» no encuentra ni una palabra más que añadir á este discurso tantas veces comenzado.

¡Hace tanto calor en la carretela!... El camino de la Combe-aux-Fées se pierde de vista entre el polvo que levantan los caballos y el coche. El aire es abrasador, y en los olmos de las orillas de la carretera, millares de cigarras sos-

tienen coloquios de uno á otro árbol. De repente, su señoría se estremece; allá, al pie de una colina, distingue un bosquecillo de encinas que parece hacerle señas. Sí, parece que le llama diciéndole: «Venid por aquí, señor Subgobernador; para preparar vuestro discurso estaréis muy á gusto debajo de los árboles.» Su señoría, seducido por aquella frescura, se apea y manda á sus criados que le esperen; va á preparar su discurso bajo aquella seductora arboleda.

En el bosque de encinas hay pájaros, violetas y manantiales debajo de las hierbas. En cuanto vieron al señor Subgobernador con su lujoso pantalón y su cartera de chagrín estampado, los pájaros tuvieron miedo y pararon su cántico; los manantiales detuvieron su murmullo, y las violetas se ocultaron entre el césped. Jamás habían visto á un Subgobernador, y se preguntaban en voz baja quién podía ser tan hermoso señor, que se paseaba con pantalón con franja de plata.

Y mientras tanto, su señoría, encantado por el silencio y la frescura del bosque, levanta los faldones de su casaca, deja su sombrero sobre la hierba y se sienta encima del musgo, al pie de una joven encina, y luego, abriendo su gran cartera de chagrín, saca un pliego de papel ministro.—«Es un artista,» dice un jilguero. «No, repuso



Queridos administradores míos...

un cuco; no es un artista, puesto que lleva plata en el pantalón; es más bien un príncipe.»—«Ni artista ni príncipe, interrumpe un viejo ruiseñor, que ha cantado durante una primavera en el jardín del subgobierno. Ya sé yo quién es; es un Subgobernador.»—«¡Qué calvo está!» exclama una alondra moñuda. Las violetas preguntan:—«¿Es malo?»

El viejo ruiseñor responde:—«¡Nada de eso!»

Y al oír esto los pájaros, se ponen de nuevo á cantar, los manantiales á correr, y las violetas á despedir su perfume, como si aquel señor no estuviera allí.

Impasible en medio de este continuo guirigay, el señor Subgobernador invoca la musa de los comicios agrícolas, y con el lápiz en ristre, empieza á declamar con voz ceremoniosa: «Señores y queridos administrados...» ¡Ejem! ¡Ejem! «Señores y queridos administrados,» repetía su señoría con voz meliflua. Una carcajada le interrumpió; se vuelve, y no ve más que un gran pito real que le mira riendo, encaramado en su sombrero. El Subgobernador alza los hombros y quiere continuar su discurso; pero el pájaro le interrumpe de nuevo desde lejos, gritando:—«¿De qué sirve ese discurso?»—«¡Cómo! ¿De qué sirve?» dijo su señoría poniéndose colorado y espantando con un gesto al atrevido pito real.

«Señores y queridos administrados,» repite otra vez su señoría; pero entonces las violetas se alzan sobre sus tallos y le dicen:—«Señor Subgobernador, ¿no notáis nuestro suave perfume?» Y los manantiales hacen oír su murmullo entre el musgo; encima de su cabeza, bandadas de pájaros diversos lanzan á los aires sus más hermosos trinos, y el bosque entero conspira para que no termine su discurso.

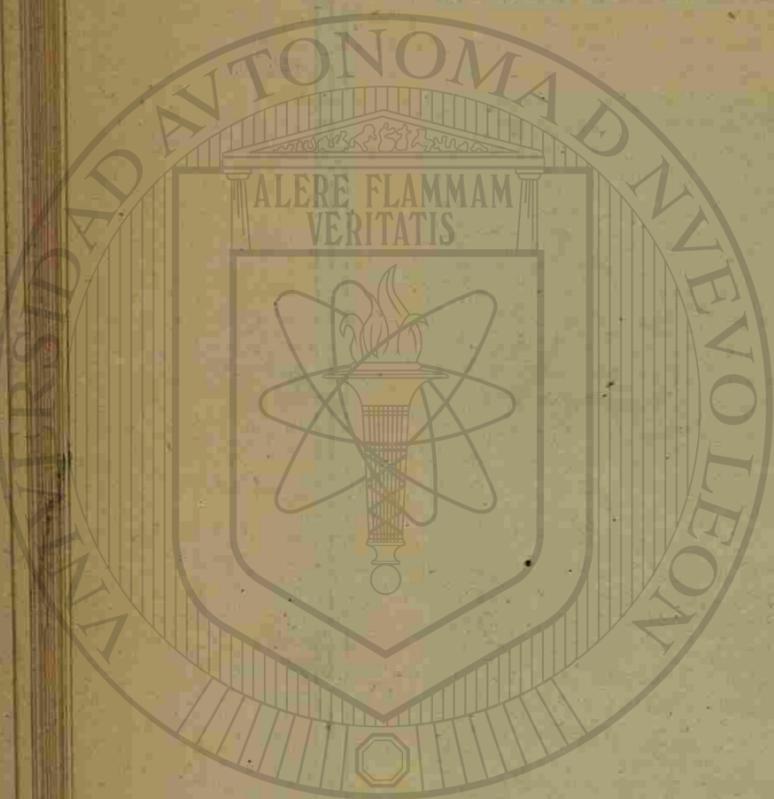
El señor Subgobernador, embriagado por los perfumes y la música, procura en vano escapar al nuevo encanto que se apodera por entero de su ser. Se echa en la hierba, desabrocha su casaca, pronuncia aún dos ó tres veces: «Señores y queridos administrados, señores y queridos admi... Señores y queri...» Y luego manda enhoramala á todos los administrados y á la musa de los comicios agrícolas, y se cubre la faz.

¡Vela también tu rostro ¡oh ninfa! si, vela tu rostrol

Cuando una hora más tarde los criados del Subgobernador, inquietos por su prolongada ausencia, penetraron en el bosque, presenciaron un espectáculo que los llenó de horror.

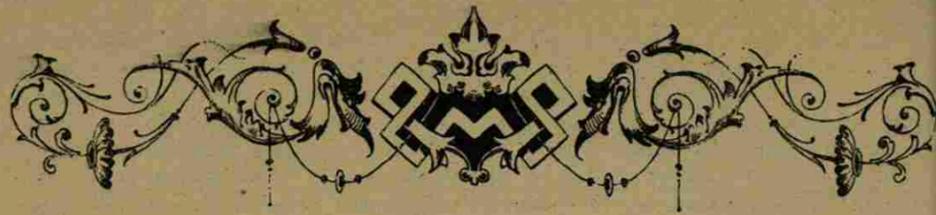
Su señoría estaba echado sobre el el musgo.

Habiase quitado su hermoso uniforme, y mascullando violetas, componía versos.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Calle 1625 MONTERREY, MEXICO

29885



LA CABRA DEL SR. SEGUIN

Siempre fué el Sr. Seguin desgraciado con sus insubordinadas cabras. Todas las perdía del mismo modo; cualquier mañana rompían su amarra, se iban hacia el monte, y el lobo se las comía. Ni las caricias de su amo, ni el miedo al lobo, las detenía. Eran cabras independientes, que querían, á todo trance, gozar del aire á su antojo, y de la libertad.

El buen Sr. Seguin, que no comprendía nada del carácter de sus animales, estaba consternado, y decía:

—Se acabó; las cabras se aburren en mi casa, por lo visto, y no conseguiré conservar ninguna.

Sin embargo, no se desanimó, y después de perder seis del mismo modo, compró una séptima; sólo que esta vez procuró escogerla muy jovencita, á fin de que se acostumbrara mejor á estar en su casa.

¡Ah! ¡Qué linda era la cabrita del señor Seguin! ¡Qué linda era, con sus ojillos tan dulces, su perilla de subteniente, sus patitas negras y relucientes, sus cuernos cebrinos y su pelo largo y blanco! ¡Y luego era tan dócil, tan mimosa, que se dejaba ordeñar sin moverse si-

quiera, y jamás metió la pata en la cazuela de la leche; era, en fin, una cabra modelo.

El Sr. Seguin tenía detrás de su casa un cercado rodeado de majuelos, y colocó allí á su nueva huésped, atándola á una fuerte estaca en lo mejor de la pradera, cuidando de dejar la cuerda muy larga, y de cuando en cuando venía á ver si se hallaba á gusto. La cabrita se encontraba muy feliz y pacía tan bien, que su amo estaba encantado.

—Por fin, pensaba el buen hombre, ésta no se fastidiará en mi casa.

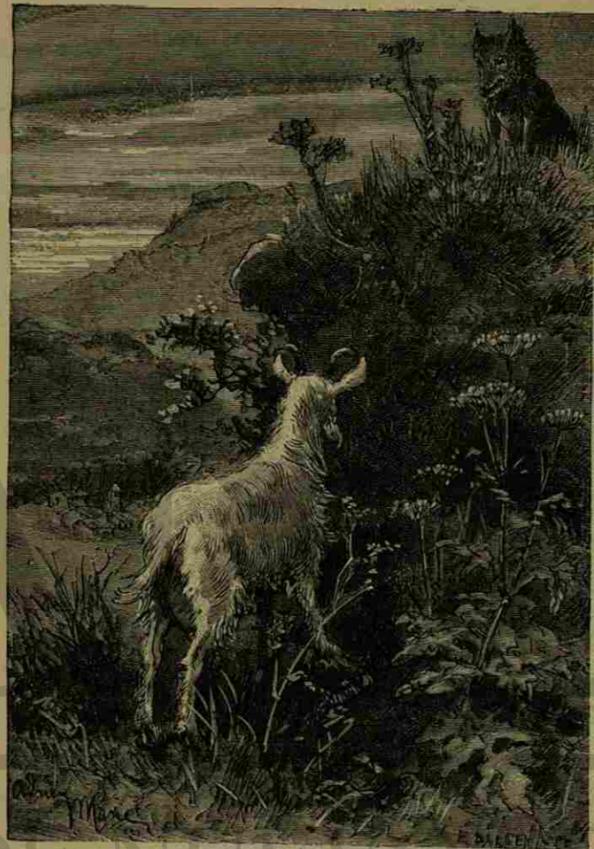
Pero se equivocaba; la cabrita acabó por aburrirse también.

Ardía ya en deseos de sacudir su yugo y el cercado en donde pacía era para ella lo más triste del mundo.

Un día mirando al monte, se dijo:

—¡Qué bien se debe estar allí! ¡Qué gusto poder correr por entre los brezos, sin esta maldita cuerda que me araña el pescuezo! Pacer en un cercado es bueno para los asnos ó para las vacas. Las cabras necesitamos más ancho campo.

Y desde entonces, la hierba de aquel sitio, antes tan buena le pareció mala.



¡Era el terrible lobo!

Adelgazó y tuvo poca leche. Daba lástima verla todo el día tirando de la cuerda con la cabeza vuelta hacia el monte y diciendo tristemente: ¡Bé-é-é!... Bien veía el señor Seguin que á su cabra le sucedía algo; pero no sabía qué.

Una mañana, después de dejarse ordeñar, la cabra se volvió hacia él y le dijo en su dialecto:

—Escuchadme, Sr. Seguin, me aburro aquí; dejadme ir al monte.

—¡Ah, Dios mío! ¡Ella también! exclamó el pobre hombre estupefacto.

Y sorprendido, dejó caer el cacharro lleno de leche. Luego, sentándose en el suelo al lado de la cabra, dijo:

—¿Cómo es eso, *Blanquita*? ¿Quieres dejarme?

Esta contestó:

—Sí, Sr. Seguin.

—¿Te falta hierba aquí?

—¡Oh, no señor!

—Tal vez es que estás atada demasiado corto. ¿Quieres que te deje más cuerda?

—No os molestéis, Sr. Seguin.

—Entonces, ¿qué te falta? ¿Qué es lo que deseas?

—Quiero ir al monte.

—Pero, desgraciada, ¿no sabes que allí hay un lobo? ¿Qué harás cuando se acerque á tí?

—Le daré cornazos, Sr. Seguin.

—¡Mucho caso hará de tus cuernos! Otras me ha comido que los tenían mayores que tú. Ya sabes; la vieja *Renande*, que estaba aquí el año pasado, era una cabra mala y fuerte como un macho cabrío; se escapó impelida por el afán de gozar de la vida silvestre, y se fué al monte; pero el terrible animal, que la acechaba, la salió al encuentro y aunque combatió toda la noche con él, sin embargo, por la mañana se la comió.

—¡Qué lástima! ¡Pobre *Renande*! Mas no importa, Sr. Seguin; dejadme marchar al monte.

—¡Bondad divina! exclamó el Sr. Seguin. Pero ¿qué les pasa á mis cabras? ¡Otra desgraciada que va á ser pasto del lobo! Pues bien, no. Te salvaré á pesar tuyo, bribona, y por miedo de que rompa; la cuerda, voy á encerrarte en el establo, y allí te quedarás siempre.

Dicho y hecho. El Sr. Seguin ence-

rró á la insurrecta en un local muy oscuro, que cerró con llave; pero él estaba á su vez bastante aturdido, y no tomó las precauciones necesarias. Desgraciadamente olvidó que aquel establo tenía ventana, y la cabrita, saltando por ella, se cobró su libertad.

Cuando llegó al monte, no cabía en sí de alegría; fué recibida como una reina; los castaños se bajaban hasta el suelo para acariciarla con la punta de sus ramas. Las retamas se abrían á su paso y despedían para ella todo su perfume; el monte entero la festejó.

Nada de cuerda, nada de estaca, nada que la estorbara ya para brincar y paecer á su gusto. ¡Allí sí que no faltaba hierba! La encontraba hasta por encima de los cuernos. ¡Y qué hierba! Sabrosa, fina, de varias clases, á su elección... ¡Cuánto mejor era que la del cercado! ¡Y que placer! Grandes campanillas azules, digitales de color de púrpura, en fin, millares de flores silvestres de todas clases, llenas de jugos apetitosos.

La cabrita blanca no cabía en sí de júbilo; medio embriagada con tanto gozar se holgaba en medio del follaje, se echaba patas arriba, y rodaba por las pendientes, juntamente con las hojas caídas y las castañas. Y luego, de repente, de un salto, se levantaba. ¡Aúpa! Y corre con la cabeza baja á través de los matorrales, tan pronto por una altura como por un despeñadero, arriba, abajo, por todas partes. Parecía que á lo menos había diez cabras del señor Seguin en el monte.

Es que *Blanquita* nada temía.

Franqueaba de un brinco grandes torrentes, que la salpicaban á su paso, llenándola de agua y de espuma. Entonces, toda mojada, se extendía en alguna roca plana y se secaba al sol. Ya enjuta y descansada, se dispuso de nuevo á sus locuras, y avanzando hasta el borde de una meseta, divisó entonces, allá, muy lejos, en el llano, la casa del Sr. Seguin, con el cercado detrás. Esto la hizo reír hasta más no poder.

—¡Qué pequeño es! exclamó. ¿Cómo he podido vivir allí?

¡Pobrecilla! Viéndose á tal altura, se creía, por lo menos, tan grande como el mundo.

En suma; la cabrita del Sr. Seguin pasó ratos deliciosos. Hacia el medio día, corriendo á diestra y siniestra, se encontró con una manada de gamos, que pacían á más y mejor. Nuestra corretona de blanco vestido hizo sensación, y se la cedió el mejor sitio para pastar.

De repente, el aire empezó á refrescar, y el monte se oscureció: era la noche que aparecía. «¡Ya!» dijo la *Blanquita*, y se detuvo muy admirada.

En el llano los campos estaban ya en tinieblas, y el cercado del Sr. Seguin desaparecía entre ellas, no viéndose de la casa más que el tejado que despedía un poco de humo; oyó también los esquilonés de un rebaño que regresaba al redil, y se puso triste. Un gerifalto que volvía á su nido, la tocó con el ala al pasar, y se estremeció; tuvo miedo. Luego, no se oía en el monte sino un fuerte y prolongado aullido:

¡Hoúl... ¡Hoúl...!

Pensó en el lobo, de quien en todo el día no hubo de acordarse aquella loquilla. En este momento sonó una corneta allá á lo lejos, en el valle. Era el buen Sr. Seguin, que intentaba un último esfuerzo para atraerla.

¡Hoúl... ¡Hoúl...! repetía el lobo.

¡Vuelve! ¡Vuelve! decía la corneta.

Blanquita tuvo el pensamiento de volver á la casa de su amo; pero, acordándose de la estaca, de la cuerda y del cercado, se dijo que ya no podía vivir allí, y que era preferible quedarse en el monte.

La corneta no se oía ya.

La cabrita escuchó detrás de ella un ruido de hojas secas; se volvió, y distinguió en la sombra dos orejas cortas y tiesas, y unos ojos muy relucientes. Era el terrible lobo.

Enorme, inmóvil, sentado sobre su parte trasera, estaba allí mirando á la cabrita y relamiéndose de antemano. Como sabía muy bien que se la comería, no

se apresuraba; solamente cuando ella se volvió, se rió él con malicia. «¡Ah, ah! ¡Cabrita del Sr. Seguin!» y se relamió otra vez.

Blanquita se consideró perdida; y recordando la historia de la vieja *Renande*, que después de combatir con el lobo toda una noche, fué vencida y comida por la mañana, se dijo que tal vez fuera mejor dejarse comer en seguida; luego, mudando de parecer, se apresta, baja la cabeza, y con los cuernos hacia adelante, como una valiente, se puso en guardia, no con la esperanza de matar al lobo, pues las cabras no pueden matarlos, sino solamente para ver si se defendería tanto tiempo como la otra.

Entonces la fiera avanzó, y los cuernecitos hicieron milagros.

¡Ah, intrépida cabrita! ¡Cómo se defendía!

Más de diez veces obligó al lobo á retroceder para tomar aliento. Durante esas treguas de un minuto, aun hallaba la pobre cabra tiempo para de una dentellada arrancar un trozo de hierba, y continuar de nuevo el combate con la boca llena.

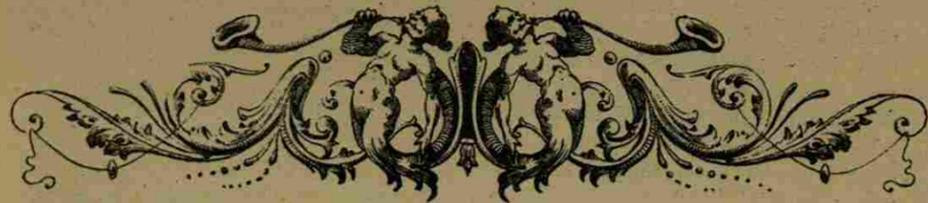
Esto duró toda la noche.

De vez en cuando, la cabra del Sr. Seguin miraba las estrellas y se decía: «¡Oh! ¡Con tal que me sotenga hasta el alba!...»

Una después de otra, las estrellas desaparecieron. *Blanquita* redobló sus esfuerzos, y el lobo sus dentelladas. Una luz pálida apareció en el horizonte, y á lo lejos se dejó oír el canto del gallo. «Por fin» dijo, la pobre cabrita, que parecía que no esperaba más que el día para morir, y cayó al suelo con su blanco pelo teñido en su propia sangre, dirigiendo una última mirada hacia el sitio que ocupaba la casa del Sr. Seguin.

¡Combate inútil, esperanzas frustradas!

El lobo se echó sobre la inocente cabrita y la devoró.



EN CASA DEL MÉDICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Basó de un coche delante de un hotel de la plaza Vendome, tomó de la mano á su hijo, niño de diez años, y andando de prisa, con el velo echado á la cara, ricamente vestida con traje de colores oscuros, se dirigió al portero. El nombre que dió, muy conocido en el mundo científico, fué pronunciado con un marcado acento de profunda tristeza.

—¿El doctor Bouchereau? En el principal, puerta de frente. Si no tenéis número, es inútil que subáis.

La señora no contestó, y se lanzó á la escalera como si temiera que la detuviesen. En el principal recibió idéntica contestación:

—Si no habéis tomado vez...

—Esperaré, dijo.

El criado no insistió; la hizo atravesar una primera antecámara llena de gente sentada en bancos, después otra no menos ocupada, y después abrió con solemnidad la puerta del gran salón, que volvió á cerrar tan pronto como la madre y el hijo penetraron en él, pareciendo decirles:

—Habéis querido esperar, pues bien; esperad.

Este salón era vasto, alto de techo, como todos los primeros pisos de la plaza Vendome, y estaba suntuosamente decorado con pinturas. Los muebles, de terciopelo granate, desdecían por su forma completamente provincial. La au-

sencia de todo objeto de arte revelaba al médico modesto, trabajador, para el que la fama había llegado imprevista, y que no había hecho gasto de ninguna especie para esperarla ó para recibirla. ¡Y qué fama! La que sólo Paris sabe dar cuando quiere; fama que se extiende desde lo más bajo hasta lo más alto de la sociedad, que llega á provincias, al extranjero, que llena Europa entera, y esto desde hace diez años, sin disminuir en un ápice y con la aprobación unánime de sus colegas, que confiesan que esta vez el éxito ha coronado los esfuerzos de un verdadero sabio, y no los del charlatanismo.

Lo que proporciona á Bouchereau esa fama y esa afluencia extraordinaria, no es su maravillosa destreza como quirúrgico, ni sus admirables lecciones de Anatomía y su conocimiento del ser humano, sino el golpe de vista, la adivinación que le guía, más clara y más sólida que el acero de sus instrumentos; esa vista genial de los grandes pensadores y de los poetas que parecen mágicos, á fuer de sabios. Se le consulta como á un oráculo, con fe ciega y sin raciocinar, y cuando dice: «No es nada,» los cojos andan derechos y los moribundos se sienten curados. De ahí nace esa popularidad grande y tiránica que no le deja vivir, ni siquiera respirar.

Primer médico de un gran hos-

pital, hace por la mañana su visita, muy larga y minuciosa, seguido de una juventud atenta á sus menores palabras, que le miran cual si fuera un dios, y que le da sus instrumentos de cirugía cuando los pide, pues Bouchereau nunca los lleva.

Al salir del hospital visita á algunos clientes y vuelve pronto á su gabinete, y muchas veces, sin tomarse siquiera ni el tiempo necesario para comer, empieza sus consultas, que se prolongan hasta muy tarde.

Aquel día, aunque eran poco más de las doce, el salón estaba lleno de caras sombrías, inquietas, alineadas en los asientos ó agrupadas cerca del velador; cada cual, encerrado en sí mismo, preocupado de su mal, absorto por la ansiedad de saber el fallo del adivino.

Entre todos aquellos dolores egoístas, la madre y el niño formaban un grupo enternecedor; él, pálido, débil, con el rostro casi sin expresión, en el que soló un ojo tenía vida; ella, inmóvil y llena de inquietud.

Esa larga espera en la antesala de un médico célebre es una verdadera suspensión de la vida; una especie de hipnotismo interrumpido solamente por algún golpe de tos, por un quejido ahogado ó por el sonido de la campanilla anunciando un nuevo enfermo, que al abrir la puerta y ver la sala llena, vuelve á cerrar apresuradamente, y luego, después de un corto debate con el criado, se resigna por fin á esperar.

Es que en casa de Bouchereau no hay entradas de favor; la igualdad se observa para con todos sin excepción alguna.

Entre los últimos que habían llegado se hallaba un aldeano, rubio, curtido por el sol y el aire, acompañado de un pequeño ser raquíptico, que apoya una mano en su brazo y la otra en una muleta.

El padre toma toda clase de precauciones enternecedoras para sentar al niño. «¿Estás bien así? Espera; te pondré debajo este cojín para que estés mejor.» Habla en voz alta, sin ceremonia, é incomoda á todo el mundo buscando un asiento.

El niño, más tímido, queda silencioso, con el cuerpo torcido y la muleta entre las piernas. Por fin, cuando están bien co-

locados, el aldeano se echa á reír con los ojos llenos de lágrimas: «¡Bah, ya estamos! Es un famoso médico; anda, no tengas miedo; te curará bien.» Y luego pasea una mirada sonriente por toda la asamblea, mirada que tropieza con la frialdad de todas aquellas caras. Unicamente la señora vestida de negro, acompañada también de su niño, le mira con bondad, y aun cuando parece algo orgullosa, la cuenta su historia, la dice que se llama Raizou, vendedor de verduras en Valenton, que su mujer está casi siempre enferma, y que desgraciadamente sus hijos participan más de la naturaleza de su madre que de la de él, tan sano y tan robusto; y que los tres mayores murieron de una enfermedad que tenían en los huesos. El último parecía criarse bien; pero desde hacía unos cuantos meses se iba resintiendo de una cadera, y viéndole de aquel modo, puso un colchón en el carro, y le había traído para consultar á Bouchereau.

El aldeano decía esto con muchos circunloquios, y mientras que la señora le escucha enternecida, los dos enfermitos se examinaban con curiosidad, pues la enfermedad establecía cierta melancólica simpatía entre los dos niños, el uno cubierto con una pobre blusita de percal, y el otro con un hermoso abrigo; pero á los que igualaba su desgracia, teniendo que buscar ambos alivio en casa del mismo médico, para quienes éste era ya su última esperanza.

De pronto, un estremecimiento recorre aquella asamblea, y entonces todos los ojos se dirigen hacia una gran puerta, detrás de la que se oye un ruido de pasos y de sillas que se mueven.

Ya está ahí; acaba de llegar.

Los pasos se aproximan, y en el hueco de la puerta, abierta bruscamente, aparece un hombre de mediana estatura, regordete, ancho de espaldas, calvo y de facciones duras. Su mirada se cruza con otras muchas ansiosas; ha recorrido con la vista todo el salón y escudriñado todos aquellos dolores antiguos ó recientes.

Comienza la consulta, y un enfermo pasa por aquella puerta, que vuelve á

cerrarse. «No debe ser muy amable,» dice Raizou á media voz, y para tranquilizarse, mira á todos aquellos que tienen que entrar antes que él.

La madre del niño enfermo, desde que apareció en aquel salón, no había hablado una palabra; ni siquiera levantó su velo. Se desprendía de su silencio, y tal vez de su mental oración, algo tan imponente, que el aldeano, no atreviéndose ya á dirigirle la palabra, se queda mudo también, suspirando de cuando en cuando. Algunos instantes después se le ve sacar de sus bolsillos una botellita, un vaso y un bizcocho envuelto en papel, que desenvuelve con mucho cuidado para que el niño lo moje en un poco de vino. El muchacho, apenas humedece sus labios, rechaza el vaso y el bizcocho diciendo: «No... no... no tengo ganas...» Y mirando aquella pobre carita tan delgada, Raizou se acuerda de sus demás hijos, que tampoco tenían ganas de comer. Pensando en esto, hace esfuerzos sobrehumanos para no llorar, y dice de pronto: «No te muevas, hijo mío; voy á ver si el carro está abajo.» Cuantas veces ha repetido esta visita á la puerta de la calle, ha subido sonriente y contento al parecer; se le figura que nadie se hace cargo de que sus ojos están encarnados á fuerza de restregárselos para contener las lágrimas, y que sus mejillas aún conservan huellas de ellas. Las horas van pasando lentas y tristes.

En el salón, que se pone cada vez más oscuro, las caras aparecen más pálidas y más nerviosas, volviéndose suplicantes hacia el impassible médico siempre que abre la puerta para dar paso á un nuevo enfermo.

El aldeano está muy desconsolado, pensando sin cesar que tendrá que caminar de noche, que su mujer estará inquieta, y que el niño tendrá frío. Su pesar es tan vivo y se expresa en alta voz con una ingenuidad tal, que cuando después de cinco mortales horas de espera la madre ve llegar su turno, se lo cede con gusto al bueno de Raizou. «¡Oh, gracias, señora!» Su agradecimiento no tiene tiempo de ser molesto, pues la bienaventurada puerta acaba de abrirse. Coge apresuradamen-

te á su hijo, le levanta, le entrega la muleta, y está tan turbado y tan conmovido, que no ve lo que la dama desliza en la mano del pobre enfermito, diciéndole: «Para tí, para tí.»

¡Oh! ¡Qué largos se hacen ya los momentos á la madre y al hijo! Por fin, les tocó la vez; entran en un vasto gabinete alumbrado por una ancha y alta ventana que da al exterior, y está aún muy claro, á pesar de ser algo tarde. La mesa de despacho está allí; el médico se sienta de espalda á la luz que da de lleno en la cara de aquella mujer, cuyo velo, levantado ya, deja ver un rostro enérgico y joven, de deslumbradora tez, pero de ojos cansados por dolorosas veladas, y al niño, que baja la cabeza como si la luz le molestase.

—¿Qué tiene? dice Bouchereau atrayéndole hacia sí con acento de bondad y paternal gesto, pues bajo la dureza de su carácter se oculta una exquisita sensibilidad, que cuarenta años de práctica no han agotado todavía.

Antes de responder, la madre hace señas á su hijo de que se aparte algo de ellos, y después, con voz grave y dulce en la que se advierte á primera vista un marcado acento extranjero, cuenta que el año anterior el niño perdió el ojo derecho accidentalmente, y que ahora parece que el izquierdo se resiente, y que para evitar una completa ceguera, le aconsejan la extracción del ojo muerto. ¿Es posible eso? ¿Estará el niño en estado de sufrir semejante operación?

Bouchereau escucha con atención y la vista fija en la desdeñosa boca de la dama, boca de labios encarnados que con serlos jamás tocaron el carmín, y luego, cuando la madre terminó, dijo:

—La operación que os aconsejan, señora, se hace diariamente y sin ningún peligro, como no haya circunstancias excepcionales.

Una vez, tan sólo una vez en el espacio de veinte años, he visto en el hospital Lariboissière un pobre diablo que no la pudo soportar. Es verdad que era un anciano, un traperero alcoholizado, mal alimentado... Aquí el caso no es el mismo. Vuestro hijo no parece muy robusto; pero su madre es bella y sana,

y le habrá puesto en las venas... Además, vamos á verlo.

Llamó al niño, le cogió entre sus piernas, y para distraerle mientras le examinaba, le preguntó sonriendo:

—¿Cómo te llamas?

—Leopoldo, caballero.

—Leopoldo... ¿qué?

El niño mira á su madre sin responder.

—Pues bien, Leopoldo; es preciso que te quites la chaqueta, el chaleco, que te registre, que te ausculte...

El pequeño se desnuda torpemente ayudado por su madre, cuyas manos tiemblan, y por Bouchereau, más hábil que ellos dos. ¡Oh! ¡Qué cuerpo tan delgado y raquítico! Los hombros parecían doblarse hacia su estrecho pecho, como las alas de un pájaro antes de volar; la carne tan descolorida, que el escapulario y las medallas que llevaba puestas se destacan en ella cual si fuera yeso. La madre baja la cabeza como avergonzada de su obra, mientras que el médico auscultaba, percute, interrumpiéndose sólo para hacer algunas preguntas.

—El padre es anciano, ¿no es verdad?

—No, señor. Tiene apenas treinta y cinco años.

—¿A menudo enfermó?

—No; casi nunca.

—Está bien. Vístete, querido.

Y se hundió pensativo en su gran sillón, mientras que el niño, después de haberse puesto la chaqueta, volvió á ocupar, sin que se lo indicaran, su sitio en el fondo del gabinete.

Desde hacía un año estaba tan acostumbrado á los misterios y á los cuchicheos, que no se ocupaba ya de ellos ni procuraba comprenderlos; pero la madre sufría angustias mortales y dirigía al médico miradas, como preguntándole:

—¿Qué debo hacer?

—Señora, respondió Bouchereau en voz baja; vuestro hijo está, en efecto, amenazado de perder la vista, y, sin embargo, si fuese hijo mío, no le operaría. Sin conocer á fondo su pobre naturaleza, noto en ella extraños desórdenes, un quebrantamiento de todo su ser, y, sobre todo, una sangre la más viciada, la más pobre...

—¡Sangre de rey! exclamó Federica levantándose bruscamente, pues acababa de acordarse de su primogénito, enerrado en su ataúd cubierto de flores!

¡Qué desgarrador recuerdo!

Dada la condición de reina, el no poder conseguir la sucesión directa en el trono, es cosa desesperante para toda testa coronada; mas cuando se trata de una mujer es cosa terrible. ¡Tener un cetro y un hijo y ver que este ser tan querido, en vez de gozar padece, y en vez de reinar muere, la razón más robusta flaquea, el sentimiento se embota, y si la fe que en Dios se tiene no se halla muy arraigada, de todo se duda y la vida se hace insoportable.

¿Sangre real? repitió Bouchereau, quien, de pie también, conoció por aquellas tres palabras á la reina de Iliria, á quien jamás había visto, puesto que no iba á parte alguna, pero cuyos retratos se ven á cada paso.

—¡Oh, señora! ¡Si hubiera sabido!...

—No os disculpéis, dijo Federica ya más calmada; he venido aquí para saber la verdad, esa verdad que no sabemos ni aun en el destierro. ¡Ah, señor Bouchereau! ¡Qué desgraciadas son las reinas! Todos me instigan para que mande operar á mi hijo, y, sin embargo, saben de más que le va en ello la vida. Pero la razón de Estado... Dentro de un mes, de quince días, tal vez antes, las Dietas de Iliria van á enviarnos á buscar. Quieren tener un rey para enseñarle. Tal cual está ahora, pase; pero ciego... Nadie le querría. Entonces, aun á riesgo de matarle, piden que se le opere... ¡Reinar ó morir!... Iba ya á hacerme cómplice de aquel crimen. ¡Pobrecito Zara! ¡Qué me importa que reine, Dios mío! Pero que viva, que viva.

Dan las cinco.

Anochece.

En la calle de Rívoli, llena de coches que vuelven del Bosque de Boulogne y que van al paso siguiendo la verja de las Tullerías, rueda también un carruaje con las armas de Iliria.

A la vuelta de la calle Castiglione, la reina ve de repente el balcón del hotel de las Pirámides y recuerda las ilusiones de su llegada á Paris.

¡Cuántas decepciones y cuántos combates después!

Ahora todo acabó. La raza está extinguida.

Siente un frío mortal caer sobre sus hombros, mientras que el landó avanza en la sombra; así es que no ve la mirada temerosa y tierna que le dirige el niño.

—Mamá, si no soy rey, ¿me querrás lo mismo?

No hay herida comparable con la que

estas palabras produjeron en el alma de la desconsolada madre.

—¡Oh, hijo mío querido!

Y aprieta con pasión la manita que se tiende hacia las suyas.

El sacrificio está consumado.

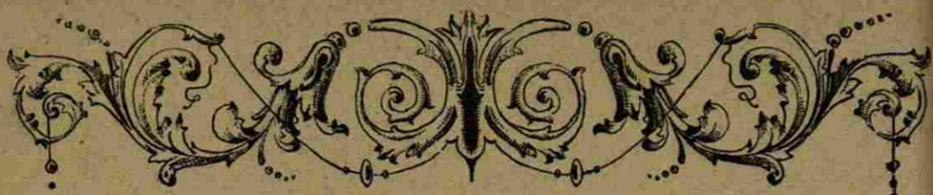
Alentada por ese apretón de manos, Federica no es ya sino madre; nada más que madre.

En casa del médico había dejado para siempre su ilusión y sus ambiciones de reina.



MA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS



Los tres cuervos.

Es el anochecer de un día de batalla y la naturaleza se halla alterada por el rudo choque de ambos ejércitos.

El aliento encendido de los cañones flota sobre la campiña en densas nubes rojizas. El aire se agita aún en vaivén, como el mar después de una tempestad y se sienten todavía las terribles conmociones de la jornada. La tierra, cubierta de nieve, está llena de surcos y de hondonadas formadas por las ruedas de las cureñas, por el pataleo desesperado de los caballos y por la pesada caída de los hombres.

¡Labor siniestra de la guerra! ¡Horrible y repugnante escena la que se ofrece después de la victoria! En los surcos la batalla ha sembrado muertos. Muchos de los heridos se levantan pidiendo auxilio, los fosos están cegados por los cadáveres, y algunos pies, rígidos ya, parece que empujan la tierra que tienen delante.

Con la cara descubierta, pálido, bajo un cielo plomizo, un joven soldado yace en el suelo. Sus manos están ennegrecidas por la pólvora, y su capote agujereado por las balas; estaba en lo más recio de la pelea, en pleno fuego, cuando le vieron caer, y sus compañeros le creyeron muerto; mas sin embargo, vive, llama, pero nadie le responde, y no oye otra cosa que quejas y estertores.

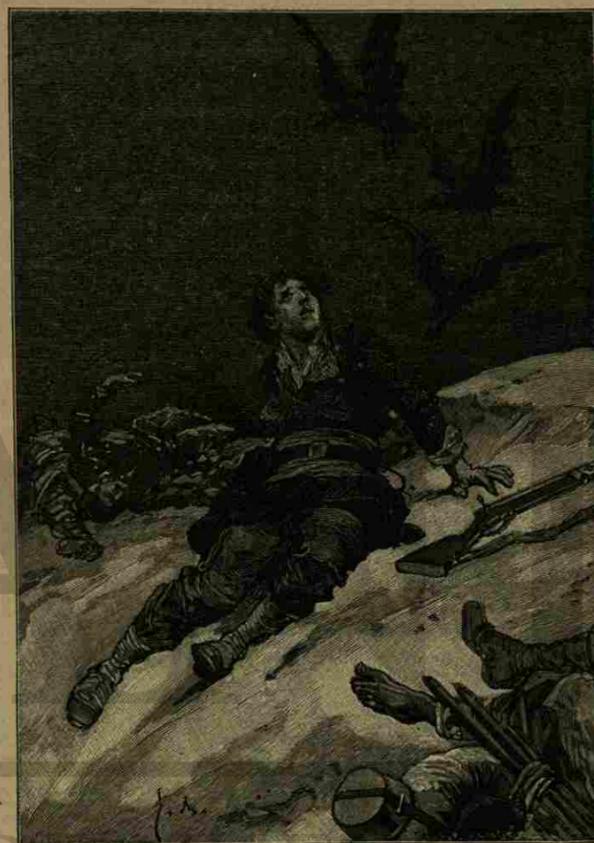
Por fin, entumecido por el frío y abatido por el sufrimiento, cansado, atolondrado por el ruido de los disparos, por el estruendo de los cañones y por todas las evoluciones de aquel sangriento combate, se siente atraído por el reposo tranquilo y se halla dispuesto á entregarse al sueño ó á la muerte.

Pero he aquí que en el inmenso horizonte que recorre su mirada, aparecen hacia el Norte tres puntos negros, que se hacen mayores á medida que se acercan. Son aves, aves sombrías que se apresuran...

Pronto se detienen revoloteando por encima de la cabeza del joven soldado, con esa tranquilidad de las aves carnívoras que acechan su presa. En la atmósfera, vibrando aún con el ruido del combate, se despliegan con movimiento casi imperceptible aquellas alas y aparecen á la imaginación del pobre enfermo como tres banderas, llevando cada una en su centro la efigie de un cuervo con sus imponentes garras en terrible actitud.

—¿Vendrán por mí? se pregunta aterrorizado el herido. Y su maltrecho cuerpo se estremece, viendo que los tres cuervos se aproximan y se posan en una pequeña colina que se halla á pocos pasos de distancia.

Son, en verdad, vistosos pájaros, gordos, lustrosos, bien alimentados. Ni



Apoyado en la tierra su mano derretía la nieve.

una pluma falta á sus alas, y, sin embargo, viven en medio de las batallas, y hasta se puede decir que no alientan sino por ellas; pero asisten desde muy lejos, desde muy alto, fuera del alcance de las balas, y no descienden sino cuando los regimientos se retiran y los heridos y los muertos están en confuso montón.

Los cuervos que el soldado veía parecían de cierta importancia; se saludan con el pico ostentando su gallardía, clavan sus puntiagudas garras en la enrojada nieve, y cuando han hecho gala de su hermosura, se ponen á graznar quedo, muy quedo, sin perder de vista al herido.

—Amigos míos, dijo uno de aquellos negros pájaros; os he hecho venir aquí por ese joven soldado que se encuentra tendido ahí delante de vosotros. Estaba animado de un valor sin igual, mas sin prudencia ni reflexión. Ved cuántos agujeros tiene su capote y contad las balas que han sido precisas para matarle.

Es una buena presa, compañeros, y si os parece oportuno, nos la repartiremos; pero es menester esperar un poco antes de acercarnos á él, pues aunque sus armas estén rotas, tal cual se encuentra, con la cabeza desnuda y las manos inertes, sería aún muy temible si despertase.

El cuervo que había hablado era el mayor, y los demás, escuchándole, se ponían fuera del alcance de su pico feroz y encorvado. Un poco después, repuso: «¡Hurra! ¡Vamos á repartirnoslo!»

—¿Oyes tú lo que dicen, joven soldado? ¿Es verdad que tu corazón no late ya?

Habla, habla, pues, y grita muy alto para que se enteren de que, á pesar de la sangre que has perdido, aún te queda alguna en las venas.

Pero, á fe mía, parece que está muerto; y cuando poco después de su confe-

rencia los tres pájaros de torva mirada y pico voraz, se acercan á él con las alas caídas, su cuerpo ni siquiera se estremece.

¡Pobre de ti, soldado! van á despedazarte y encarnizarse contigo. Se llevarán hasta los botones de tu uniforme, pues sabido es que dichas aves de rapiña cogen y se llevan hasta en la sangre, todo lo que brilla.

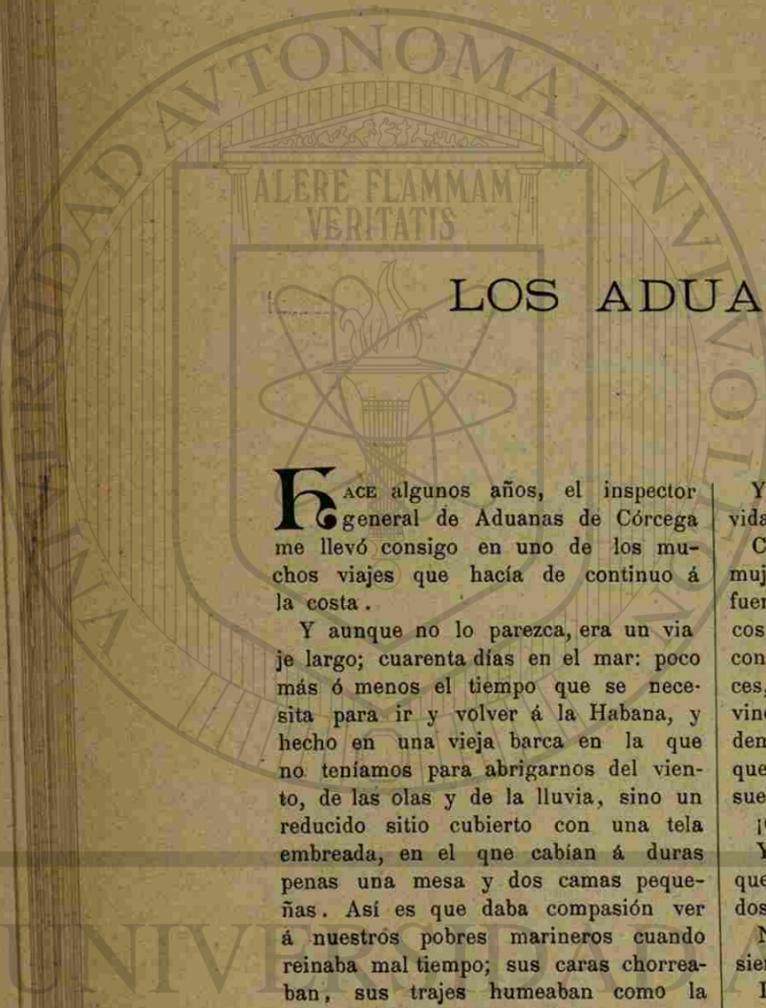
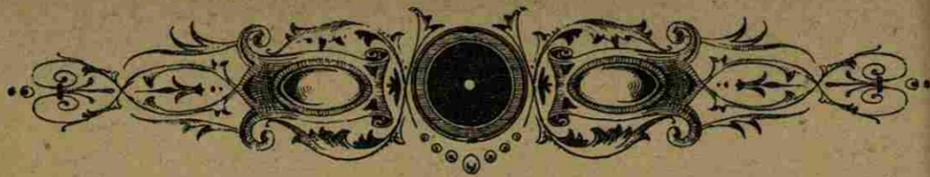
Lentamente los tres cuervos se aproximan, y el más atrevido le pica en un dedo. Esta vez el soldado se despierta y se agita. «No está muerto... no está muerto...» dicen los miedosos animales, que vuelven saltando hacia la colina.

¡Oh! no. El joven militar no ha muerto. Vedle levantar la cabeza, en la que la indignación hace asomar un resto de vida. Su vista se anima, su nariz se hincha; le parece que el aire es menos pesado y que respira mejor.

Un pálido rayo de sol de invierno aparece en aquel instante, alumbrando la tierra ensangrentada, y mientras que le admira, he aquí que debajo de su mano, extendida en el suelo, la nieve se derrite fundida por el calor desprendido por él, y deja ver una matita de trigo verde, cuya vista hiere poderosamente la imaginación de nuestro enfermo, ya influido benéficamente por la acción del astro del día.

¡Oh milagro de la vida! El herido se siente renacer. Apoyado con ambas manos en el suelo patrio que acaba de regar con su sangre, procura levantarse. Desde lejos los tres cuervos le acechan prontos á partir, y cuando le ven de pie, buscando á su alrededor, con ademán tembloroso sus armas abandonadas, toman vuelo hacia el Norte...

Se oye entonces en lo alto un choque terrible de alas y el castañeteo de los picos. Es un ruidoso vuelo de cuervos amedrentados y coléricos. Se diría que son bandidos que han errado el golpe y que disputan huyendo.



LOS ADUANEROS

HACE algunos años, el inspector general de Aduanas de Córcega me llevó consigo en uno de los muchos viajes que hacía de continuo á la costa.

Y aunque no lo parezca, era un viaje largo; cuarenta días en el mar: poco más ó menos el tiempo que se necesita para ir y volver á la Habana, y hecho en una vieja barca en la que no teníamos para abrigarnos del viento, de las olas y de la lluvia, sino un reducido sitio cubierto con una tela embreada, en el que cabían á duras penas una mesa y dos camas pequeñas. Así es que daba compasión ver á nuestros pobres marineros cuando reinaba mal tiempo; sus caras chorreaban, sus trajes humeaban como la ropa mojada delante del fuego, y en medio del invierno esos desgraciados pasaban en tal estado días enteros y las noches acurrucados en los bancos, tiritando y mojados también, pues á bordo no se podía encender fuego, y la orilla no siempre se podía alcanzar.

Pues bien; ni uno de esos hombres se quejaba, y en los temporales más rudos los ví constantemente con la misma placidez y el mismo buen humor.

Y, sin embargo, ¡qué triste es la vida de los marineros de Aduanas!

Casi todos están casados, y teniendo mujer é hijos, pasan meses enteros fuera de su casa, bordeando aquellas costas tan peligrosas. Se alimentan con pan duro, enmohecido algunas veces, y cebollas silvestres. Jamás beben vino ni comen carne, porque cuesta demasiado, y ellos no disponen más que de quinientas pesetas anuales de sueldo.

¡Quinientas pesetas anuales!

Ya os podéis figurar lo iluminada que estará su choza y lo bien calzados que andarán sus pobres niños.

No importa; aquellos hombres están siempre contentos y alegres.

Delante de nuestro sotechado, si así puede llamarse, había una tina llena de agua de lluvia, en la que la tripulación venía á beber, y recuerdo que al último sorbo que tomaban aquellos pobres diablos, sacudían el vaso y pronunciaban un ¡ah! de satisfacción, que si parecía una expresión de bienestar cómico, era ciertamente enternecedor.

El más alegre y satisfecho de todos era un costero del estrecho de Bonifacio, tostado y rechoncho, que se llamaba Palombo.

Siempre estaba cantando, hasta en el peor tiempo.

Cuando las olas mecían con gran violencia el barquichuelo; cuando el cielo, cada vez más sombrío, amenazaba tormenta, y cuando todos con la mano en la escota esperaban la ráfaga, entonces, en el silencio y la ansiedad que reinaba á bordo, la voz tranquila de Palombo entonaba:

«No, monseñor.
Es mucho honor.
Liseta es bue...ena.
Siga la fae...ena.»

Y por más que soplara el aire haciendo crujir el velámen, sacudiendo é inundando la barca, el marinero proseguía su canción.

A veces, cuando el vendaval rugía, no se oían bien las palabras; pero entre ráfaga y ráfaga el estribillo volvía á escucharse siempre:

Liseta es bue...ena.
Siga la fae...ena.

Un día, sin embargo, en que el viento era muy fuerte y llovía mucho, no le oí cantar. Era cosa tan extraordinaria, que saqué la cabeza fuera de la cubierta y exclamé:

—Palombo, ¿no se canta ya?

Este no respondió.

Estaba inmóvil, echado debajo de un banco, y cuando me acerqué á él, sus dientes castañeteaban y su cuerpo temblaba dominado por la fiebre.

—Tiene una *pountoura*, me dijeron con tristeza sus compañeros.

Lo que llaman *pountoura* es un dolor de costado, una pleuresía.

No recuerdo haber visto nunca nada tan lúgubre como aquel cielo plumizo, aquella barca chorreando por todas partes y aquel pobre enfermo envuelto en un viejo abrigo de cautchuc que relucía con el agua como una piel de foca.

Bien pronto el frío, el aire y el sacudimiento de las olas agravaron su mal; el delirio se apoderó de él, y tuvimos que abordar.

Después de mucho tiempo y de mu-

chos esfuerzos, entramos á la caída de la tarde en un puertecito árido y silencioso, animado solamente por el vuelo de algunos pájaros.

Alrededor de la playa no se veía otra cosa que algunas rocas muy altas y varios grupos de arbustos, siempre verdes. Abajo, en la orilla del agua, aparecía una casita blanca con las maderas pintadas de gris; era el puesto de la aduana.

En medio de aquel desierto, ese edificio del Estado, numerado como una gorra de uniforme, tenía algo de siniestro. A tan triste asilo condujimos al desgraciado Palombo.

Al entrar en él hallamos al aduanero comiendo delante de la lumbre con su mujer y sus hijos; todos estaban muy delgados, amarillentos y con grandes ojeras, producidas por la calentura.

La madre, joven aún, tenía en sus brazos un niño de pecho y tiritaba al hablarnos.

—Este es un sitio muy malo, me dijo el inspector, y tenemos que cambiar los empleados cada dos años, pues las fiebres perniciosas los diezman.

Para atender al desgraciado Palombo hacíase preciso buscar á un médico en Sartene, á siete ú ocho leguas de allí. ¿Quién había de ir? Nuestros marineros estaban demasiado cansados y era muy largo el camino para los niños.

Entonces la mujer se asomó á la puerta y llamó en alta voz: «Cecco, Cecco,» y vimos entrar á un muchacho alto y vigoroso, verdadero tipo de cazador furtivo ó de *banditto*, con su barretina de color oscuro y su zamarrá de piel de cabra; al desembarcar le ví sentado delante de la puerta con su pipa en la boca y su escopeta entre las piernas; mas luego, no sé por qué, huyó al aproximarnos.

Tal vez creyera que iba algún genarme con nosotros.

—Es primo mío, me dijo la mujer cual si tratara de desvanecer en mi cerebro alguna idea considerada por ella como inconveniente. Es primo mío, y conoce tan bien el camino, que no hay peligro de que se extravíe.

Y después habló con él en voz baja,

señalando al enfermo, y el mocetón, inclinándose sin responder, salió, silbó á su perro y partió, echándose la escopeta al hombro y saltando de roca en roca como un gamo.

Mientras tanto, los niños, algo asustados por la presencia del inspector, se apresuraban para concluir de comer las castañas y el queso, únicos manjares que había en la mesa. Y siempre agua, nada más que agua para beber, cuando un buen vaso de vino hubiera sido tan provechoso para los pequeñuelos.

¡Ah, miseria!

Por fin, la madre subió al piso superior para acostarlos, el sufrido padre, encendiendo una linterna, se fué á inspeccionar la costa, y quedamos solos al lado de la lumbre velando al enfermo, que se agitaba en su camastro como si hubiese estado aún en el mar sacudido por las olas. Para calmar algo sus dolores, calentábamos ladrillos, que le poníamos luego en el costado.

Una ó dos veces, cuando me acerqué al lecho, el desgraciado me conoció, tendióme su mano áspera y noté que ardía como los ladrillos que sacábamos del fuego.

¡Triste veladal

Fuera había vuelto á empezar el mal tiempo con la puesta del sol, y en

gran manera revueltas las aguas, dejaba oír un ruido tremendo producido por el choque de las olas contra las rocas. De cuando en cuando el viento de alta mar entraba en la bahía y envolvía la casa; lo conocíamos, porque la leña chisporroteaba sacando llamas que iluminaban de cuando en cuando la faz curtida de nuestros marineros, agrupados alrededor de la chimenea, mirando el fuego con la tranquila expresión que da la costumbre de observar grandes extensiones, horizontes inmensos.

A veces también Palombo se quejaba, y entonces, fijándose en las miradas de sus compañeros, en el oscuro rincón en donde el pobre estaba muriéndose, lejos de su familia y sin socorro, las lágrimas asomaban á todos los ojos y se oían largos suspiros.

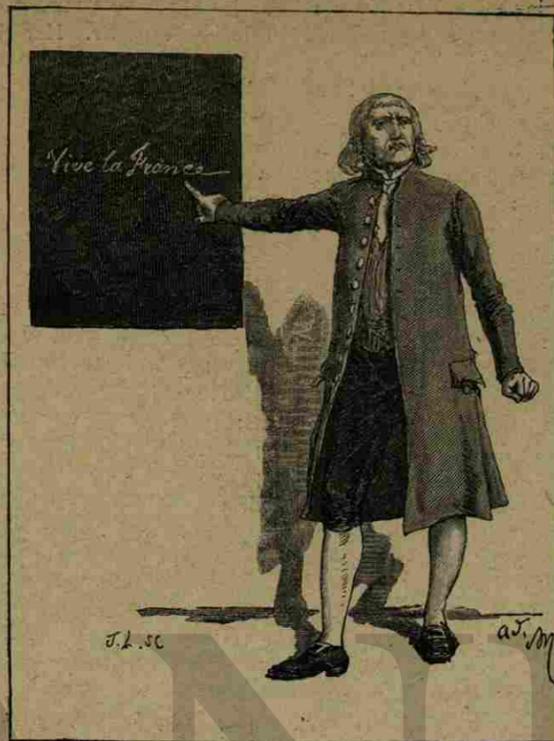
Esto es todo cuanto arrancaba á aquellos obreros del mar, llenos de resignación, el sentimiento de su propio infortunio.

Nada de afectación, nada de palabras vanas.

Un suspiro y nada más.

Sin embargo, me engaño; uno de ellos, al pasar junto á mi para echar un poco de leña en el fuego, me dijo por lo bajo, con voz anegada en lágrimas:

—¡Ved, señor! No todas son alegrías en nuestro oficio.



LA ÚLTIMA LECCIÓN DE UN MAESTRO DE ESCUELA

(Relato de un niño alsaciano.)

UNA mañana me retrasé mucho en ir á la escuela. Como tenía gran miedo de que me riñeran, porque el Sr. Hamel nos había dicho la vispera, al salir de la clase, que nos preguntaría las reglas de los participios, y yo no sabía ni una palabra de ello, me asaltó la idea de hacer novillos y de irme á pasar el día corriendo por el campo, no obstante dejarse sentir demasiado el calor.

Ciertamente que el escuchar el silbido de los mirlos entre las ramas á las orillas del bosque, el corretear por la arboleda y atormentar á los bichos

que cogía, me satisfacía mucho más que las reglas gramaticales; mas á pesar de esto, resistí á la tentación, y cambiando de parecer, eché á correr hacia el colegio.

Al pasar por la Alcaldía vi á mucha gente parada delante del enrejado de los carteles; allí era en donde, desde dos años atrás, se sabían todas las malas noticias, las acciones perdidas, las requisiciones, las órdenes de la jefatura, y pasé sin detenerme.

¿Qué podía suceder todavía?

Como atravesaba corriendo la plaza, el herrero Wachter, que estaba allí



con su aprendiz leyendo el cartel, me gritó:

—¡No corras tanto, chiquito, que llegarás bastante pronto á la escuela!

Creí que se reía de mí y entré casi sin aliento en el patio del Sr. Hamel.

Por lo regular, al empezar la clase se oía desde la calle el ruido que hacíamos abriendo ó cerrando los pupitres, repitiendo todos en alta voz y tapándose los oídos las lecciones de memoria, y la larga regla del maestro que, pegando en las mesas, quería decir:

¡Silencio!

Yo contaba con todo ese ruido para llegar á mi puesto sin ser visto; pero aquel día reinaba en la clase una completa calma. Por la ventana abierta veía á mis compañeros, cada cual en su sitio, y al Sr. Hamel que discurría de un lado para otro con su terrible regla debajo del brazo.

No había escapatoria: ó retirarme ó entrar llamando la atención. La sangre me aflucía á la cara y casi temblaba de miedo.

Empujé la puerta, y penetré en la clase.

El Sr. Hamel no me riñó, antes bien, mirándome con mucha dulzura, me dijo:

—Anda pronto á tu sitio, mi pequeño Frantz; íbamos á empezar sin tí.

Salté por encima del banco y me senté en seguida delante de mi pupitre.

Algo más tranquilo ya, noté que el maestro tenía puesta su hermosa levita verde botella, su chorrera encañonada y su gorro de seda negra bordada, que no se ponía más que cuando venía algún inspector ó el día de la repartición de premios. También me pareció que todo en la clase tenía cierto aire solemne; pero lo que más me sorprendió, fué el ver en el fondo de la sala algunos vecinos del pueblo, sentados en los bancos que había vacíos y silenciosos como nosotros, al anciano Hanser, al ex alcalde, al ex cartero y á otros muchos. Todos parecían muy tristes, y el Sr. Hanser había traído consigo una vieja cartilla, que tenía abierta encima de sus rodillas, con los lentes colocados sobre sus páginas.

Mientras que yo miraba todo esto con curiosidad, el Sr. Hamel subió á la cátedra, y con la misma voz dulce que tenía al hablarme, nos dijo:

—Hijos míos, es la última vez que me encuentro en medio de vosotros; ha llegado una orden de Berlín para que no se enseñe más que el alemán en todas las escuelas de la Alsacia y de la Lorena. El nuevo maestro llega mañana, y como vais á dar hoy vuestra última lección de francés, os ruego que estéis muy atentos.

Estas palabras me trastornaron.

Eso era lo que decía sin duda el cartel puesto en la Alcaldía.

¡Mi última lección de francés!

¡Y yo que apenas sabía escribir! no podría ya aprender. ¡Oh! ¡Cómo me arrepentía de haber perdido el tiempo haciendo novillos para correr á buscar nidos ó patinar en invierno encima del Saar! Mis libros, que hacía poco encontraba tan fastidiosos y tan pesados, mi gramática, mi historia sagrada, me parecían ahora antiguos amigos á quienes sentiría mucho dejar. Lo mismo me sucedía con el Sr. Hamel; pues la idea de que iba á partir y que no le volvería á ver más, me hacía olvidar los castigos que me había impuesto muchas veces.

¡Pobre hombre!

Para honrar su última clase sin duda, se había puesto su mejor traje, y comprendía yo ahora el por qué los más antiguos vecinos del pueblo habían venido á asistir á la lección.

Querían así demostrar su sentimiento, y también podía tomarse como una manera de agradecer á nuestro maestro cuarenta años de buenos servicios y de despedir á la patria que se marchaba con él...

Reflexionando de este modo, oí que me llamaban; me llegaba la vez para recitar mi lección. ¡Cuánto hubiera yo dado por decir muy alto, y sin equivocarme en un punto, esa famosa regla de los participios; pero titubeé desde las primeras frases y me quedé de pie, meciéndome entre el banco y el pupitre, con el corazón encogido, y sin atreverme á levantar la vista, escuché al Sr. Hamel, que me decía:

—No te riño, mi querido Frantz; bastante castigado estás...

He aquí lo que sucede.

Todos los días has estado diciendo: «¡Bah! tengo tiempo; mañana lo aprenderé.» Y luego ya ves lo que pasa.

¡Ah! esa ha sido la causa de la desgracia de nuestra pobre Alsacia, el dejar siempre la instrucción para otro día.

Ahora esas gentes tienen el derecho de decirnos: ¡Cómo! ¡pretendais ser franceses y no sabéis siquiera leer ni escribir vuestro idioma? Pero no eres tú el más culpable, mi pequeño Frantz, pues todos tenemos bastante que echarnos en cara.

Vuestros padres no han tenido grande empeño en que aprendiéseis, prefiriendo enviaros á cultivar la tierra ó á ganar un jornal en alguna industria, y yo mismo tengo que reprocharme el haberos ocupado muchas veces en regar mi jardín, en vez de instruiros. Y cuando se me ocurría ir á pescar truchas, también os daba asueto.

Después nos explicó algo del idioma francés, diciéndonos que era el más claro y el más concreto: que se hacía menester que lo conserváramos y no lo olvidáramos, porque cuando un pueblo cae en la esclavitud, mientras conserva su lengua, como dice Mistral, es como si tuviera en la mano la llave de sus prisiones.

Luego cogió una gramática y nos explicó nuestra lección. Me admiraba de comprenderla tan fácilmente; todo cuanto decía me parecía fácil, muy fácil. Creo que eso consistía en que nunca había escuchado con tanta atención, y que el preceptor nos daba las explicaciones con más paciencia.

No parecía sino que antes de dejarnos, el pobre maestro quería transmitirnos todo su saber.

Concluida la lección de gramática, pasamos á la escritura. El Sr. Hamel nos había preparado adrede unos modelos nuevos, en los que había escrito con su más hermosa letra: *Francia, Alsacia, Francia, Alsacia*. Era de ver cómo cada cual trabajaba, y se hacía interesante el silencio que reinaba en

la clase, turbado solamente por el rechinar de las plumas sobre el papel.

Hubo un momento en que algunos cigarrones entraron en la clase, pero nadie se fijó en ellos; ni siquiera los más pequeños, que se aplicaban con toda su alma á hacer *palotes*, como si eso también formara parte del idioma francés.

En el tejado de la escuela unas palomas estaban arrullándose por lo bajo, y yo me decía oyéndolas:

—¿Si las obligarán también á arrullarse en alemán?

De vez en cuando, al levantar la vista de mi plana, veía al Sr. Hamel inmóvil en su mesa y fijándose en todo cuanto había á su alrededor, como si quisiera con su mirada llevarse todo el menaje de su escuela.

Y no es extraño; hacía cuarenta años, día por día, que permanecía en el mismo sitio, sentado enfrente del patio y en aquella clase: la única diferencia que existía de antaño á hogaño, era que los bancos y los pupitres se habían pulido por el uso, que los nogales del corral habían crecido y que el lúpulo que había plantado, trepaba alrededor de las ventanas y llegaba hasta el tejado. ¡Qué dolor sufría aquel infeliz anciano al considerar que tenía que dejar todas esas cosas, y qué tristeza experimentaría al oír á su hermana, que en el piso principal iba y venía arreglando los baules, pues tenían que dejar el país al día siguiente y para siempre.

Tuvo, sin embargo, valor suficiente para seguir hasta la última hora.

Después de la escritura, nos dió la lección de historia; concluida ésta, los pequeños cantaron el *ba, be, bi, bo, bu*. Y allá, en el fondo de la sala, el anciano Hanser se había puesto los lentes y con la cartilla en la mano deletreaba á la par que los niños. Se veía que él también se aplicaba, su voz temblaba por la emoción, y era cosa tan rara oírle así, que teníamos todos ganas de reír y de llorar á la vez.

¡Ah! ¡Jamás olvidaré esa última clase!...

El reloj de la iglesia dió las doce, y

después el campanero tocó la oración. En aquel momento las cornetas de los prusianos, que volvían de hacer ejercicio, tocaron al pasar delante de las ventanas. El maestro se levantó completamente pálido. Jamás me había parecido tan alto.

—Amigos míos, dijo, amigos míos, yo... yo...

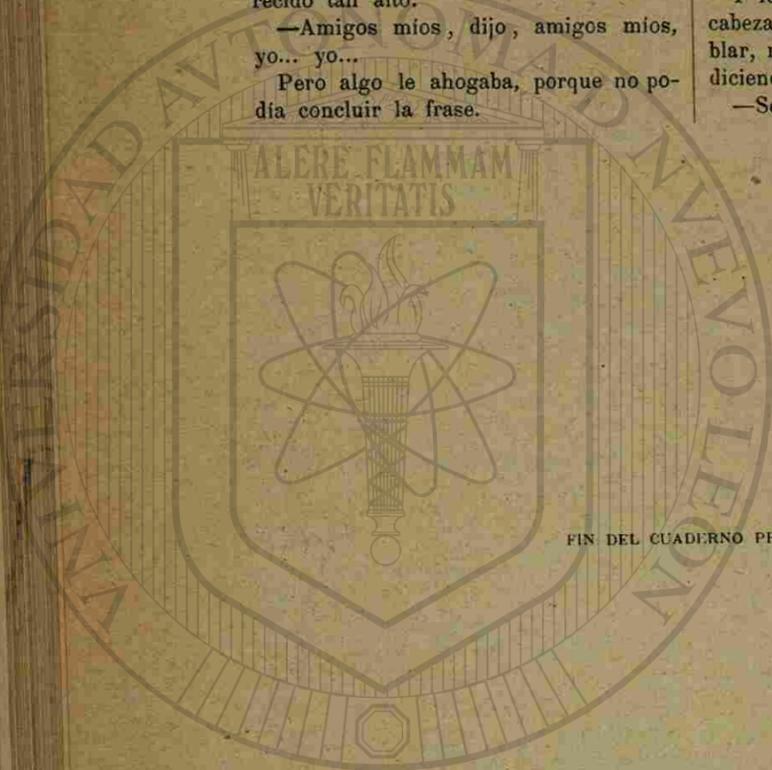
Pero algo le ahogaba, porque no podía concluir la frase.

Una agitación nerviosa le dominaba por completo; se volvió hacia el encerrado, tomó un trozo de yeso, y apoyándole con todas sus fuerzas, escribió tan grueso como pudo:

¡VIVA FRANCIA!

Y luego se quedó inmóvil, con la cabeza apoyada en la pared, y, sin hablar, nos hizo señas con la mano, como diciendo:

—Se acabó... Podéis marcharos.



FIN DEL CUADERNO PRIMERO

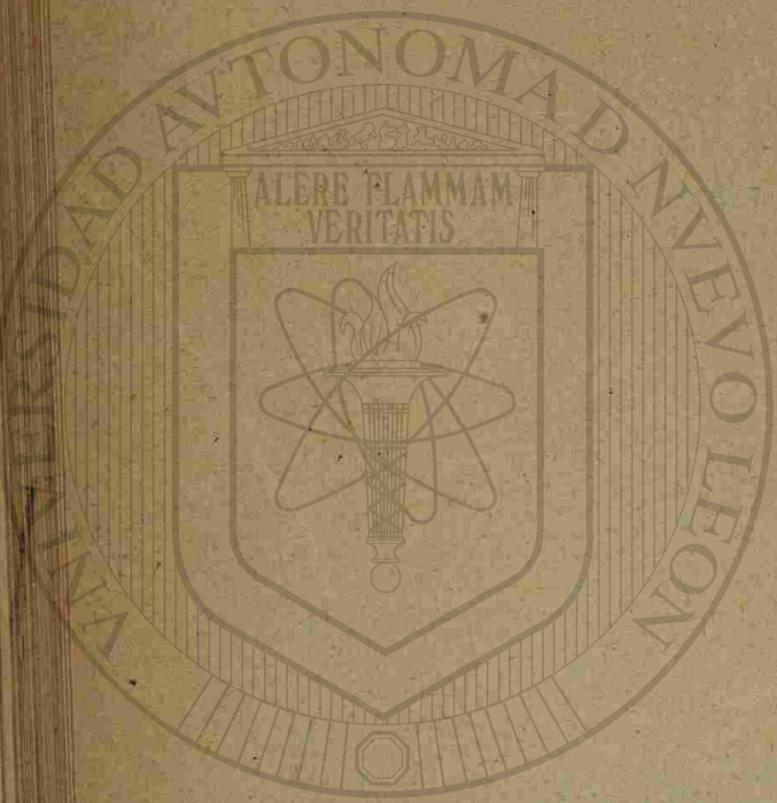
ÍNDICE

	Páginas.
La familia Joyeuse:	
I. Los días de adversidad.....	5
II. Los días de felicidad.....	19
Los ancianos.....	28
El secreto del molinero Cornille.....	31
El Subgobernador en el campo.....	33
La cabra del Sr. Seguin.....	42
En casa del médico.....	47
Los tres cuervos.....	52
Los aduaneros.....	56
La última lección de un maestro de escuela.....	59

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





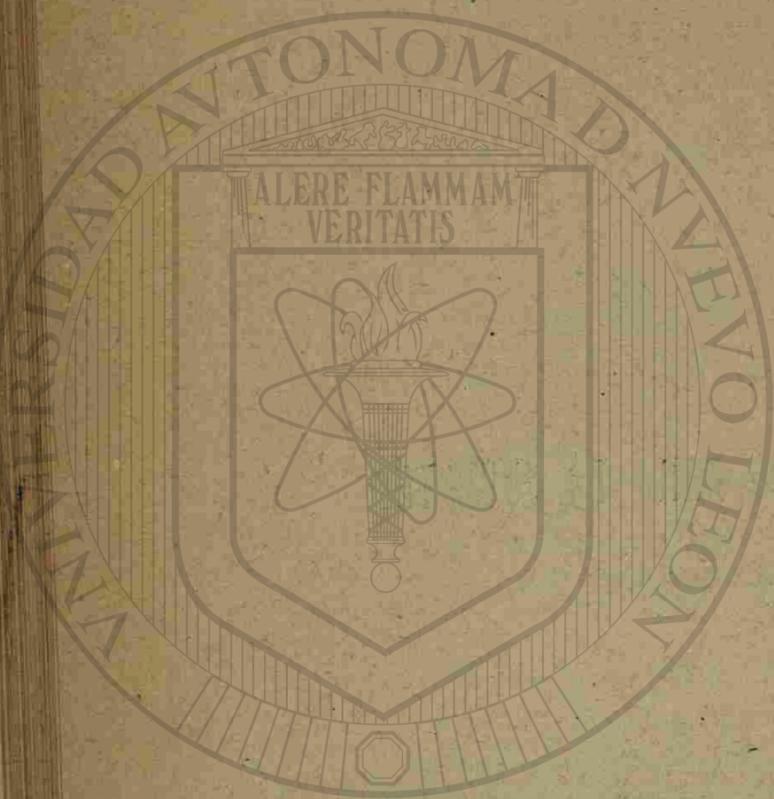
CUENTOS ESCOGIDOS PARA LA JUVENTUD

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





ALFONSO DAUDET

CUENTOS ESCOGIDOS

PARA

LA JUVENTUD

VERSIÓN ESPAÑOLA

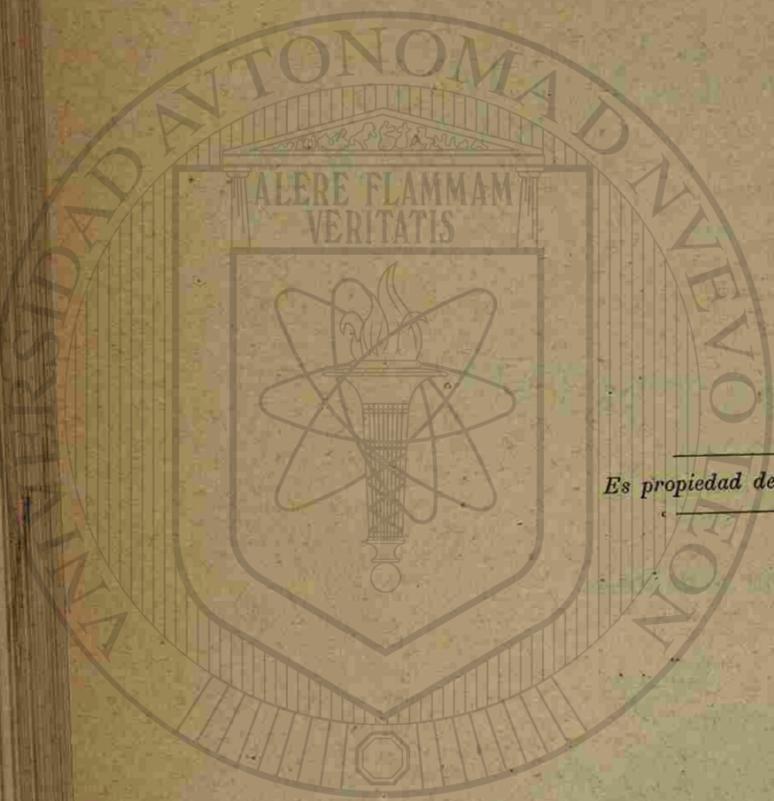


CUADERNO SEGUNDO

MADRID
AGUSTIN JUBERA, EDITOR

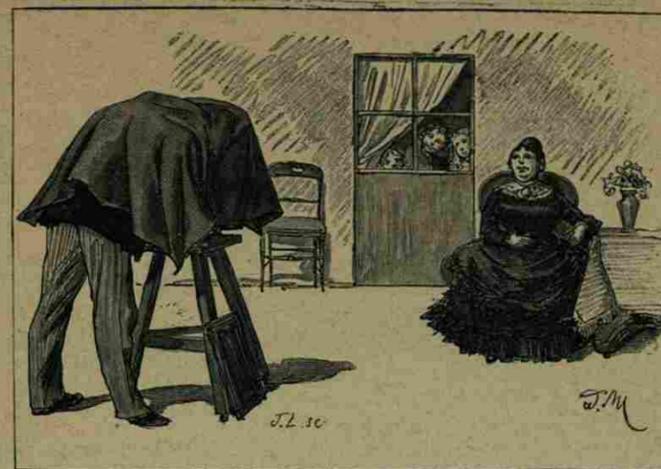
ALMACENES DE LIBROS
10, CALLE DE CAMPOMANES, 10
1889

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



Es propiedad del Editor.

DIRECCIÓN GENERAL



EL FOTÓGRAFO

Como tenían aquel aire de pobreza, pues su mobiliario cabía en un carretón de mano, tuvieron que pagar el alquiler adelantado.

Un cuarto en el quinto piso de una casa nueva, en uno de esos boulevares en construcción, llenos de anuncios, de escombros, de solares vallados, tal fué la morada en que hubo de refugiarse nuestro fotógrafo con su desgraciada familia.

En aquel cuarto, compuesto de tres piezas, bastantes reducidas, se siente aún el olor á pintura, y la claridad que hay en él hace más triste la desnudez de sus paredes.

En primer lugar, se ve un taller pequeñísimo con su cubierta de cristales y su sombría chimenea á la prusiana, preparada para encenderla si viene gente.

Las fotografías de la familia decoran las paredes de aquel pobre taller: el padre, la madre y los tres hijos, sentados, de pie, en grupo, separados, en

fin, en todas las posturas imaginables, se encuentran mezclados con algunos monumentos y algunas vistas alteradas ya por el sol.

Esto data del tiempo que estaban ricos, cuando el padre hacía fotografías para entretener el tiempo; ahora están arruinados, y no teniendo otro recurso de que disponer, ensaya sustentar á los suyos con su pasatiempo de los domingos.

La máquina, que los niños rodean con admiración, ocupa el lugar de honor en medio del taller, y sus brillantes herrajes de cobre y sus gruesos cristales bombeados, parecen haber absorbido todo el lujo de aquella pobre mansión.

Los demás muebles son pocos, viejos, rotos y carcomidos.

La mujer viste un traje color azabache de seda muy deteriorado, y el marido, por el contrario, lleva una elegante chaqueta americana de terciopelo negro

flamante y un gorro de artista coquetamente colocado en su cabeza calva y llena de ilusiones.

El pobre hombre se agita sin cesar, se cree ya célebre en su arte, y con cierto tono dice á los niños: «No entréis en el cuarto oscuro.»

¡El cuarto oscuro!

Se creería, al oírle, que es el antro de una pitonisa.

Y sin embargo, el desgraciado está muy inquieto, porque después de pagar el alquiler de la casa, la leña y el carbón, no queda un cuarto en la caja, y si los clientes no acuden, si la muestra no llama la atención de los que pasen por la calle, ¿qué comerán los niños para cenar? En fin, sea lo que Dios quiera.

La instalación está terminada; todo se halla pronto, y el éxito no depende más que del público.

El padre, la madre, los niños, todos se asoman al balcón, mirando si de tanta gente como pasa, alguno se fija en la muestra y sube; pero no; nadie se para ante ella. ¡Ah! Un caballero se detiene, mira los retratos uno á uno; parece alegrarse, va á subir. Los niños, entusiasmados, hablan ya de encender la chimenea; pero la madre, más prudente, les dice: «Esperemos todavía.» Y tuvo razón, pues aquel caballero prosiguió su camino. Pasa una hora, dos, el sol se nubla; sin embargo, aún podrían hacerse algunas pruebas; pero nadie sube. A cada instante se conmueven al oír pasos por la escalera cerca de su puerta; mas luego aquellos pasos se alejan; por fin, se oye la campanilla, abren apresuradamente, pero ¡oh cruel decepción! preguntan por el inquilino anterior. Entonces las caras se entristecen, y todos los ojos se preñan de lágrimas.

—No es posible, dice el padre. Es preciso que hayan quitado la muestra. Anda, ve á verlo, niño.

Un instante después éste vuelve á subir diciendo que aquélla está en su sitio, si bien nadie la mira.

Para colmo de desgracia, empieza á llover, se meten dentro y cierran el balcón. Los niños tienen frío; pero no se atreve nadie á encender la chime-

nea, porque no tienen más carbón que el que hay allí. La consternación es general; el padre recorre á grandes pasos la habitación, y la madre se encierra en su cuarto para que no la vean llorar. De repente, uno de los niños, que de nuevo se había asomado al balcón, toca á los cristales diciendo:

—Papá, papá, hay alguien mirando la muestra.

Y no se equivocaba.

Es una señora bastante linda. Mira un momento los retratos, parece titubear, levanta la cabeza... ¡Ah! Si todos los ojos que se fijan en ella desde arriba tuvieran el poder del imán; ¡qué de prisa subiría la escalera! Por fin, la señora se decide, entra en el portal, sube, ya está ahí. Pronto, una cerilla para encender la lumbre, los niños fuera del taller, y mientras que el padre mira si su gorro está bien puesto, la madre, conmovida y sonriente, se precipita hacia la puerta, que abre de par en par.

—Sí, señora, aquí es, le dicen haciéndola entrar y presentándole una silla.

La cliente es del Mediodía, algo habladora, pero muy complaciente.

La primera prueba está mal.

—¿Qué importa? dice aquella buena mujer. Volvamos á empezar.

Y sin la más mínima muestra de mal humor, apoya de nuevo el codo en la mesa y su cara en la mano, y mientras que el fotógrafo coloca los pliegues de la falda, se oyen risas ahogadas detrás de la puerta vidriera; son los niños, que se empujan unos á otros para ver á su padre poner la cabeza debajo del paño de la máquina y quedándose inmóvil.

¡Oh! Cuando ellos sean mayores, todos serán fotógrafos. Por fin, el retratista presenta á la señora una buena prueba todavía mojada. En aquel cristal blanco y negro ve ella con gusto su imagen, manda que le hagan una docena de copias, paga su importe y sale contenta.

Ya se marchó; la puerta está cerrada. ¡Viva la alegría!

Los niños, libres ya, bailan en corro

alrededor de la máquina. El padre, muy conmovido por su primera operación, se enjuga majestuosamente la frente, y luego, al anochecer, la madre baja apresuradamente á comprar la cena y un libro de asientos, porque es preciso tener orden en todas las cosas.

En aquel libro escribió el padre, con una hermosa letra redondilla, el nombre de la señora y la suma que entregó: doce pesetas. Y si bien es verdad que la cena, á la que añadieron una empanada de carne para festejar su estreno, algunas provisiones de combustible, de azúcar y velas, hizo que la partida de gastos igualara á la de ingresos, no se apuraron por eso, pues si en un día de lluvia y de instalación había habido tal entrada, los sucesivos tenían que ser mejores; y la noche se pasó formando proyectos.

Al día siguiente hizo un tiempo hermoso; mas nadie se presentó, y no hubo otro remedio más que tener paciencia. Así es el comercio; pero merced á que había sobrado alguna comida, los niños no se acostaron sin comer.

Al otro día, nada aún.

Las estaciones en el balcón empezaron de nuevo; mas sin novedad; y aquella noche, para cenar, hubo que empeñar un colchón. Dos días, tres, pasaron así. El desgraciado fotógrafo, completamente desesperado, tuvo que

vender su cazadora reluciente y su gorro de terciopelo, y no le quedaba ya más que deshacerse de su máquina y ponerse á trabajar de mozo en algún almacén.

La desconsolada madre y los hambrientos niños ya no se asomaban para nada á la calle; pues la creencia de que nadie pensaba en el taller de su padre les influía hasta el punto de olvidarse del muestruario, de la máquina y del cuarto oscuro.

Ya cuando sean hombres no serán fotógrafos. Pero he aquí que un sábado por la mañana, en el momento en que menos lo esperaban, llaman á la puerta.

Es una boda, una boda entera que invade la fotografía. Todos anhelan retratarse; son gentes sencillas que, no habiéndose puesto guantes más que una vez en su vida, quieren conservar el recuerdo de aquel día.

La entrada subió á treinta y seis pesetas; al otro día el producto del trabajo subió al doble, y en lo sucesivo ya no sólo no faltó nada á la familia, sino que pudo vivir con cierta holgura, proporcionarse algunas satisfacciones y atender á la educación de los niños.

Este es uno de los muchos dramas que ocurren con harta frecuencia en el misterio de la existencia en las grandes poblaciones.





SALVETTE Y BERNARDOU

I

Es el día de Nochebuena, y nos hallamos en una ciudad de Baviera.

Por las calles, blancas de nieve, llenas de bruma y ensordecidas con el ruido de los coches y de las campanas, los habitantes se agitan en alas del más riente deseo, afanosos de comprar algo extraordinario con que celebrar alegremente el Nacimiento del Hijo de Dios. Las tiendas se dejan ver por todas partes adornadas con cintas de todos los colores, y ramas verdes, al par que repletas de caprichosos juguetes, frutas y dulces.

Está anocheciendo, y á lo lejos se ve un triste rayo de sol, que parece despedirse con pena por no poder presenciar las mil y mil tiernas escenas, que en tal noche ocurren en el sagrado recinto de la familia.

Reina en la población tal alegría y hay tantos preparativos de fiesta, que cada una de las luces que se encienden en los escaparates parece colgada de un árbol de Navidad.

Y es que esta Navidad no es como las pasadas.

Nos encontramos en el año de gracia de 1870, y el Nacimiento de Cristo es un pretexto más para beber á la salud del ilustre Von der Thann y ce-

lebrar el triunfo de los guerreros bávaros.

¡Navidad! ¡Navidad!

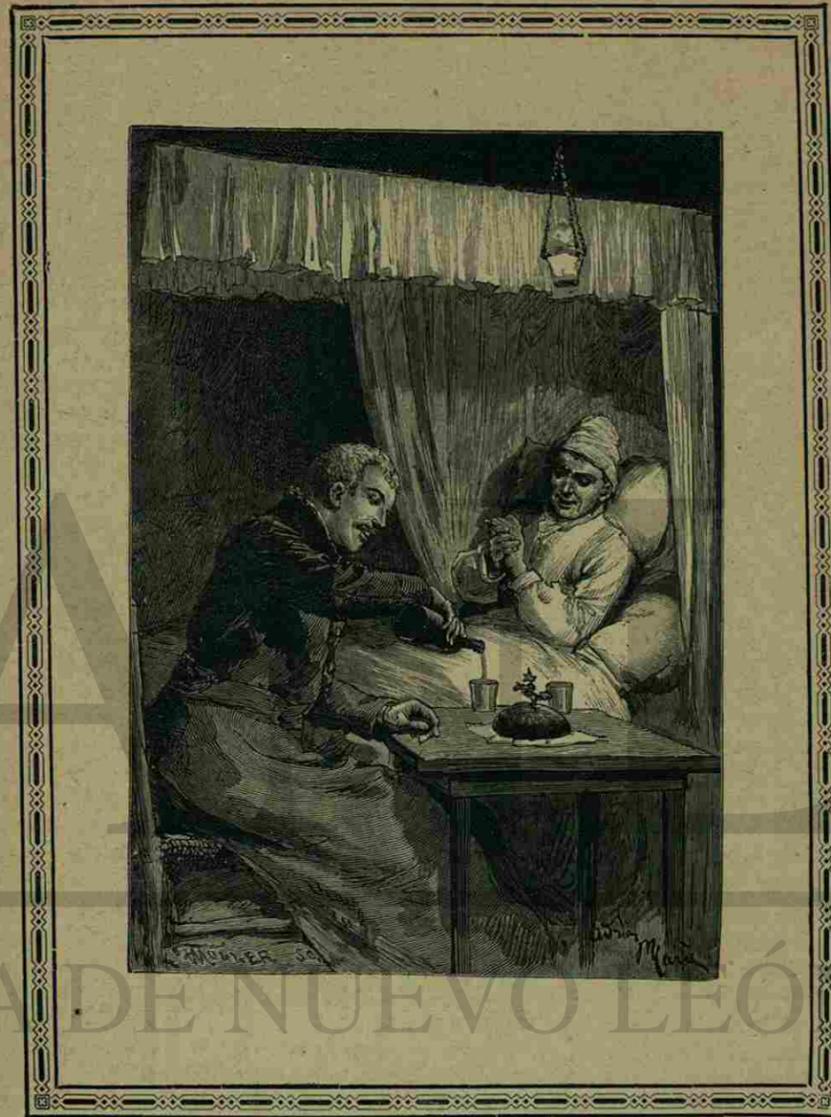
Hasta los judíos de la baja ciudad están llenos de regocijo.

He aquí al anciano israelita Augusto Cahn que, corriendo, vuelve la esquina de la *Grappe bleue*; jamás sus ojos de hurón han brillado tanto; lleva en el brazo una cestita llena hasta los bordes, y cubierta con una servilleta, que deja ver el cuello de una botella y una rama de pino.

Es que el Hospital Militar se cierra á las cinco y que hay allí dos franceses que le esperan en esa gran casa oscura, con estrechas y enrejadas ventanas, en la que la Nochebuena no tiene para alumbrar su velada más que las pálidas luces que se hallan á la cabecera de los moribundos...

II

Aquellos dos franceses se llaman Salvette y Bernardou. Son dos cazadores de infantería, dos provenzales del mismo pueblo, sirviendo en el mismo batallón y heridos por una misma granada. Salvette, más fuerte sin duda, se levantaba ya y daba algunos paseos desde su cama á la ventana; pero Bernardou se encontraba muy mal. Entre las



Salvette llenó los vasos.

cortinas de su cama, su cara parece cada día más delgada, y cuando habla de su país es con esa triste sonrisa de los enfermos, que encierra más resignación que esperanza.

Aquel día se animó algo más pensando en la hermosa fiesta de Navidad, que tanto se celebra en la Provenza, recordando la salida de la misa del gallo, la iglesia adornada y llena de luces, las calles del pueblo muy oscuras, pero concurridísimas; luego la larga velada alrededor de la mesa, las tres luces tradicionales, el alioli, los caracoles y la bonita ceremonia del *cacho frío* (leño de Navidad), que el más anciano, el abuelo, pasea alrededor de la casa y riega con vino cocido.

—¡Ah mi pobre Salvette! dice el enfermo: ¡qué triste Navidad vamos a pasar este año! ¡Si tuviéramos siquiera con qué comprar pan blanco y una botella de vino clarete! Me hubiera gustado, antes de morir, regar una vez el *cacho frío* en tu compañía...

Y hablando de pan blanco y de vino clarete, los ojos del pobre herido brillan; mas los desgraciados no pueden comprarlo, porque aun cuando Salvette guarda en el forro de su chaqueta un bono postal de cuarenta pesetas, ese dinero lo conserva para poder volver a su país el día en que se hallen libres. Es una cosa sagrada, y no hay que tocar a ello. Sin embargo, el pobre Bernardou se halla tan malo... Y ¡quién sabe si podrá algún día ponerse en camino para regresar a su patria! Y puesto que se puede todavía festejar la Navidad, ¿no sería mejor aprovechar la ocasión?

Estas reflexiones le movieron hasta tal punto que, sin decir nada a su paisano, Salvette descolgó su uniforme, sacó el bono postal, y cuando el anciano Cahn vino, como todos los días, a inspeccionar la sala, después de un largo debate en voz baja, le entregó aquel pedacito de papel que, oliendo a pólvora y manchado de sangre, valía dos luses. Hecho esto, el buen Salvette toma cierto aire misterioso, se restriega las manos y se sonríe mirando a Bernardou. Como iba ya ano-

cheando, se puso en acecho, con la frente pegada a los cristales, hasta que vió aparecer entre la nieve, por la plaza desierta, al anciano Augusto Cahn, con su cestita colgando del brazo.

III

Esta solemne media noche, que todas las campanas saludan alegremente, es muy triste para los enfermos.

La sala del hospital está silenciosa y alumbrada tenuamente por las opacas luces que había suspendidas del techo. Grandes sombras flotan por encima de las camas sobre las desnudas paredes que parecen balancearse al compás de la respiración fatigosa de todos los enfermos allí encerrados, se oyen gemidos, mientras que de la calle sube un vago murmullo de voces y de pasos que se confunden. Voces alegres que hacen pensar aún con más melancólica tristeza al pobre a quien tienen allí sujeto sufriendo lejos de tanto ser querido en un día de tantos recuerdos.

—¿Duermes, Bernardou?

Sin hacer ruido alguno, Salvette colocó en la mesita, a la cabecera de la cama de su amigo, una botella de vino de Lunel y un pan redondo, con su rama verde plantada en medio.

El herido abrió los ojos, encendidos por la fiebre, y debido a la opaca luz que se desprende de aquellas lámparas, esta Nochebuena improvisada le parece fantástica...

—Vamos, despiértate, paisano... que no se diga que dos provenzales han dejado pasar la Navidad sin festejarla con un trago.

Y Salvette le incorpora con el cuidado que hubiera podido hacerlo una madre; llena después los vasos y corta el pan; brindan, conversan sobre su país, y poco a poco Bernardou se anima y se enternece.

El vino blanco, los recuerdos... y por fin Bernardou como en obsequio a los días de su infancia y su juventud, pide a Salvette que le cante un villancico en provenzal, y como éste no quiere más que complacerle, le dice:

—Veamos: ¿cuál quieres que cante?

¡El del *Huésped*, el de *Los tres Reyes*,
ó el *San José me ha dicho!*

—No; más me gusta el de los *Pastores*.
Es el que cantábamos siempre en mi casa.

—Vaya por el de los *Pastores*.
Y á media voz, con la cabeza metida en-
tre las cortinas, *Salvette* empieza á cantar.

De repente, en la última copla, cuan-
do refiere que los pastores han depositado
en el pesebre su ofrenda de huevos frescos,
de leche y de quesos, y que despidiéndolos
con afabilidad les dijo José:

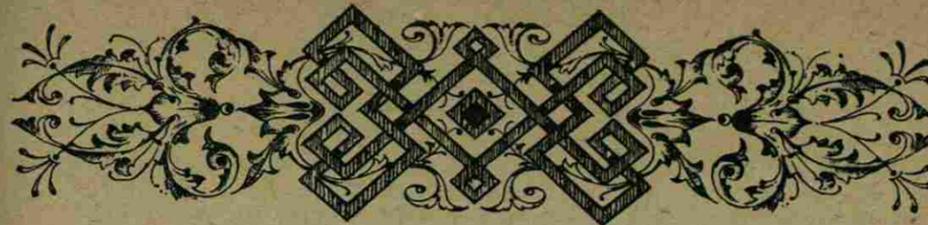
Vamos, sed buenos.—Volvéos
y tened feliz viaje.—Pas-
tores, despedíos...

el pobre *Bernardou* cae pesadamente so-
bre la almohada.

Su compañero, pensando que se está
durmiendo, le llama, le mueve; mas
el herido permanece inmóvil, y la ra-
mita de pino caída sobre la sábana,
parece la palma que se coloca á la
cabecera de los moribundos.

Salvette ha comprendido, y entonces,
llorando por el recuerdo de su pobre
amigo, canta con toda la fuerza de
sus pulmones el alegre estribillo pro-
venzal:

¡Pastores, despedíos!



LAS ESTRELLAS

(Relato de un pastor provenzal.)

EN el tiempo en que yo guardaba
mi rebaño en el *Luberón* estaba
semanas enteras sin ver alma viviente,
siempre solo en la montaña con mi pe-
rro *Labri* y las ovejas.

De vez en cuando pasaban por allí
el ermitaño del monte *Ure*, buscando
hierbas, ó algún carbonero *piamontés*
de negra faz; pero eran gentes de po-
cas palabras, acostumbrados á la soledad,
y que habiendo perdido la costum-
bre de hablar, no sabían nada de lo
que pasaba en el valle, en las ciudades
ni en los pueblos.

Así es que cada quince días no cabía
en mí de alegría al oír por el camino
el esquilón de la mula del cortijo, que
me traía las provisiones para la quin-
cena, y al ver aparecer la cabeza del
zagalillo ó la gorra amarillenta de la
anciana tía *Norade*.

Les rogaba que me contasen las nove-
dades que había en el pueblo, los bau-
tizos, los casamientos, y, sobre todo, lo
que más me interesaba, era saber noti-
cias de la hija de nuestros amos, la
señorita *Estefanía*, la más linda mu-
chacha que había en diez leguas á la
redonda; y sin parecer tomar mucho
interés en ello, me informaba siempre
de si iba á las fiestas y si asistía á las
veladas.

A los que me preguntan qué me po-
dían importar á mí, pobre pastor, to-
dos aquellos detalles, responderé que

tenía entonces veinte años y que *Es-
tefania* era la más hermosa muchacha
que había visto en mi vida.

Un domingo que yo esperaba los vi-
veres para la quincena, sucedió que
llegaron muy tarde. Por la mañana,
viendo que no se presentaban, me dije:
«Tiene la culpa la misa mayor;» luego,
á medio día, hubo una gran tormenta,
y pensé que la mula no había podido
salir por el mal estado de los cami-
nos; cuando, por fin, á eso de las tres
de la tarde el sol se dejó ver y oí, con-
fundido con el goteo de las hojas y el
ruido de los arroyuelos crecidos por la
lluvia, el sonido del esquilón, tan grato
para mí como el de las campanas en
día de Pascua, se calmaron mis ansie-
dades; pero no era el zagalillo el que
llegaba, ni tampoco la anciana *Norade*.
Era... ¡adivina quién! era la señorita,
hijos míos, la señorita en persona, sen-
tada entre las canastas y muy encar-
nada por el aire del monte y la frescura
producida por la reciente tormenta.

El zagalillo estaba enfermo y la tía
Norade había ido á pasar unos días á
casa de sus hijos.

La hermosa *Estefanía* me dijo todo esto
apeándose de la mula, y también que
llegaba tarde porque se había extra-
viado; pero al verla tan compuesta, con
sus cintas en la gorra, su falda de los
días de fiesta y su pañuelo de encaje,
parecía más bien que se había retra-

sado en algún baile que buscando el sendero que conducía al monte.

¡Oh! Qué linda era. No me cansaba de mirarla.

Es verdad que nunca la había visto tan de cerca, pues solamente durante el invierno, cuando el rebaño bajaba al llano y yo volvía por la noche al cortijo para cenar, atravesaba algunas veces la sala apresuradamente, sin hablar á los criados, siempre muy compuesta y con un tantico de orgullo.

Y ahora estaba allí delante de mí y podía contemplarla á mi sabor.

Cuando sacó las provisiones de las cestas, miró curiosamente á su alrededor, y levantándose un poco la falda para no ensuciarla, entró en el redil, quiso ver el sitio en que yo dormía, examinó mi capa colgada de la pared, mi cayado, mi escopeta, todo cuanto poseía.

Esto hubo de divertirla en alto grado. —¿De modo que aquí es donde pasas tu vida, pobre pastor? Debes de aburrirte mucho, siempre solito. ¿Qué haces? ¿En qué piensas?

Me daban ganas de responderla:

—En vos, mi ama.

Y no hubiera mentido; pero mi turbación era tan grande, que no encontré una sola palabra que contestarla. Creo que lo conocía, pues la veía sentir placer en aumentar mi cortedad con sus maliciosas preguntas. Hablándome se parecía á la hada Esterella, con su linda sonrisa, su cabeza echada algo hacia atrás y su afán de marcharse, cosas todas que hacían de su visita una aparición.

—Adiós, pastor.

—Id con Dios, mi ama.

Y se marchó con las canastas vacías.

Cuando desapareció por el pendiente sendero, me parecía que las piedras que rodaban á impulsos de las pisadas de la mula, caían una á una sobre mi corazón.

Oí mucho tiempo el esquilón, y hasta la caída de la tarde me quedé como soñoliento, no atreviéndome á moverme por miedo de que huyeran mis sueños. Cerca ya del anochecer, cuando el valle iba oscureciendo y las ovejas, apretándose unas contra otras, pedían balando entrar en el aprisco, oí que me llamaban en la hondonada, y acudiendo ví

á la señorita, no risueña como antes, sino temblando de frío, de miedo y completamente mojada. Parece que al bajar la cuesta encontró el Sorgues crecido por las aguas que cayeron durante la tormenta, y queriendo vadearlo, la faltó poco para ahogarse.

Lo terrible del caso era que siendo ya de noche, no había que pensar en volver al cortijo, pues la señorita no conocía bastante el camino y yo no podía abandonar mi rebaño. La idea de pasar la noche en el monte la atormentaba mucho, y, sobre todo, la inquietud de sus padres respecto á ella. Yo la tranquilizaba lo mejor que podía, diciéndola:

—En Julio las noches son muy cortas, mi ama; pronto se pasan.

Encendí en seguida una gran fogata para que secara sus pies y sus vestidos, y después la di leche y queso; pero la pobrecilla no pensaba en calentarse ni en comer, y viendo yo las gruesas lágrimas que se escapaban de sus bellísimos ojos, me daban también á mí ganas de llorar.

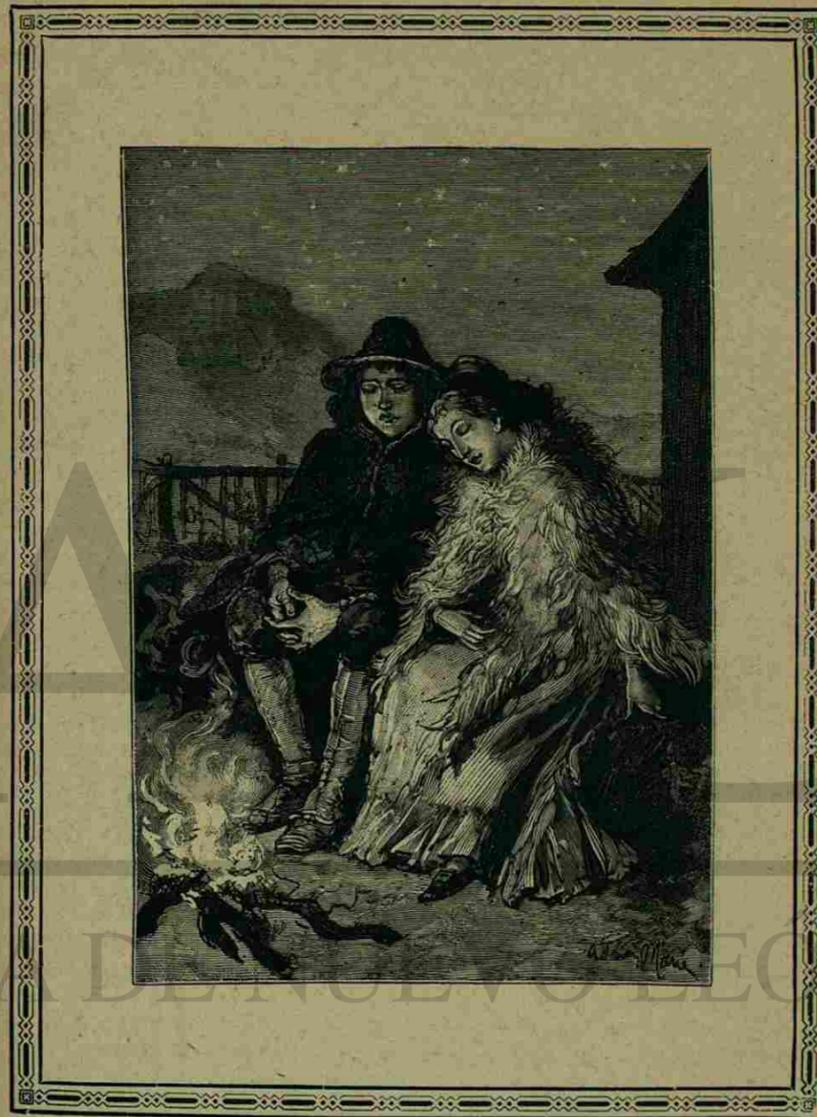
La noche llegó por completo, y quise que la señorita entrase en mi choza para descansar. Extendí una capa de paja fresca y puse encima una zalea nueva, le dí las buenas noches y fui á sentarme delante de la puerta, orgulloso al pensar que en un rinconcito del aprisco, cerca del rebaño que la miraba dormir, se hallaba la hija de mis amos, como una oveja más preciosa y más blanca que las demás, y que estaba confiada á mis cuidados. Nunca me había parecido el cielo tan grande ni las estrellas tan brillantes. De repente la trampilla de la choza se abrió y apareció la linda Estefanía.

No podía dormir, pues las ovejas se movían ó balaban quitándole el sueño, y mejor quería estarse cerca del fuego.

Viendo esto, le puse mi zamarra encima de los hombros, avivé la lumbre y quedamos sentados uno al lado del otro sin pronunciar palabra.

Si alguna vez habéis pasado la noche al aire libre, sabréis que á la hora en que todos duermen, un mundo misterioso se despierta en la soledad y en el silencio.

Entonces el murmurio de los mantaiales se oye más claro, y todos



Las estrellas continuaban su marcha.

los espíritus de la montaña van y vienen con entera libertad. Hay en el aire roces, ruidos imperceptibles que parecen provenir de las ramas de los árboles ó de la hierba que crece.

El día da la vida á los serps, la noche á las cosas.

Cuando no se tiene costumbre de aquellos ruidos, impresionan sobremedera. Así es que la señorita estaba muy asustada y se acercaba á mí en cuanto oía la menor cosa.

Hubo un momento en que un grito triste y prolongado salió del estanque que estaba al pie del monte y llegó hasta nosotros; en aquel mismo instante una hermosa estrella errante se desprendió del firmamento deslizándose en dirección á nuestras cabezas, como si la queja que acabábamos de oír llevase con ella una luz.

—¿Qué es eso? me preguntó Estefanía en voz baja.

—Un alma que entra en el paraíso, mi ama; y me persigné. Ella hizo lo mismo, quedándose un momento muy recogida mirando al cielo, y luego me dijo:

—¿Es verdad, pues, que vosotros los pastores sois brujos?

—Nada de eso, señorita; pero aquí en el monte vivimos más cerca de las estrellas y sabemos lo que pasa allí mejor que los que viven en el llano.

Y miraba siempre hacia arriba, con la cabeza apoyada en la mano, envuelta en la piel de carnero como un pastorcito celeste.

—¿Cuántas hay, y qué hermosas son! exclamó. Jamás he visto tantas. ¿Sabes cómo se llaman?

—¡Ya lo creo, mi ama! Mirad, justamente encima de nosotros está el camino de Santiago (la Vía Láctea). Va derecho de Francia á España. Fué el Apostol Santiago el mismo que lo trazó para guiar al insigne Carlomagno cuando fué á pelear contra los sarracenos. Más allá, ved el carro de las almas (la Osa Mayor) con sus cuatro ejes resplandecientes. Las tres estrellas de delante son las tres bestias que tiran de él y esa pequeñita al lado de la tercera, es el carretero.

Fijaos alrededor en todas las estrellas que caen; son las almas de los que

Dios no quiere á su lado... Un poco más abajo está el rastrillo ó los tres reyes (Orión). Estas nos sirven de reloj á nosotros los pastores. Mirándolas ahora sé que pasa ya de media noche.

Más allá, hacia el Mediodía, brilla Juan de Milán, la antorcha de los astros (Sirio). Respecto á esta última, he aquí lo que cuentan los pastores:

Parece que una noche Juan de Milán, los tres reyes y la Poucinère (la Pléyade), fueron convidados á la boda de una estrella amiga suya. La Poucinère, que tenía prisa, partió, según dicen, la primera y emprendió el camino, y tomó el camino alto.

Mirad allá arriba.

Los tres reyes cortaron por el atajo y la alcanzaron; pero el perezoso de Juan de Milán, que se durmió, quedó atrás, y furioso para detenerlos, les tiró su bastón, por cuyo motivo los tres reyes se llaman también el bastón de Juan de Milán. Pero la estrella más bella de todas cuantas se ven es la nuestra, mi ama, la Estrella del pastor, que nos ilumina al alba cuando sacamos el rebaño, y lo mismo por la noche al encerrarlo.

Es Venus.

La llamamos también Maguelonne, la hermosa Maguelonne, que corre detrás de Pedro de Proenza (Saturno), con el que se casa cada siete años.

—¿Cómo! ¿Hay también casamientos de estrellas?

—¡Ya lo creo, mi ama!

Y mientras procuraba explicarle lo que son estos casamientos, sentí algo fresco y suave pesar ligeramente sobre mi hombro.

Era la cabeza de la señorita que, dominada por el sueño, se apoyaba en mí y se quedó así sin moverse hasta el momento en que los astros palidieron, desapareciendo con la luz del día.

Yo la miraba dormir, algo turbado en el fondo de mi alma, pero santamente protegido por esa clara noche que no me dió siempre más que buenos pensamientos.

Alrededor nuestro las estrellas seguían su silenciosa marcha, dóciles como un gran rebaño, y en algunos momentos me figuraba que una de ellas, la más bella, la más brillante, habiendo perdido su ruta, vino á posarse en mi hombro para dormir.



LA LANGOSTA

La noche de mi llegada á una alquería de Argelia no pude dormir.

La agitación del viaje, lo nuevo del país, el ladrido de los chacales y un calor abrasador que me sofocaba como si la tela del mosquitero no dejase pasar ni un soplo de aire; todo se reunía para quitarme el sueño.

Cuando al amanecer abrí mi ventana, una neblina de verano se mecía en la atmósfera cual nube de pólvora en un campo de batalla. Ni una hoja se movía, y en aquellos hermosos jardines que tenía delante de mi vista se hallaban las viñas expuestas al sol, las frutas europeas á la sombra, los naranjos de la China en largas hileras; pero todo estaba triste y tenía esa inmovilidad precursora de las tempestades.

Los bananos mismos, con sus grandes cañas de un verde pálido, siempre agitados por el menor soplo de aire que enmaraña su cabellera fina y ligera, se levantaban rectos, sin que se moviesen sus penachos.

Me quedé un momento admirado ante aquel maravilloso verjel en el que todos los árboles del mundo se encuentran reunidos, dando cada cual en su

estación sus flores y sus frutas en un clima que no es el suyo. Entre los campos de trigo y los bosquecillos de carrascas se divisaba un arroyo que ofrecía una sensación de frescura en medio del sofocante calor de aquella mañana, y al par que admiraba el lujo y el orden que reinaba por do quier, aquel hermoso caserío con sus arcos moriscos, sus blancas azoteas y las cuadradas y dependencias agrupadas alrededor, yo pensaba que veinte años atrás, cuando aquellas buenas gentes llegaron á instalarse en el valle del Sahel, no hallaron sino una mala choza y una tierra inculta, llena únicamente de raquílicas palmeras.

Todo, por tanto, lo tuvieron que crear, abandonando muchas veces el arado para batirse con los árabes, teniendo que luchar también con las calenturas, las oftalmías, las malas cosechas, la inexperiencia y las contrariedades producidas por la administración.

¡Cuántas fatigas, cuántos esfuerzos y cuánta vigilancia necesitaron!

Aun ahora, á pesar de que los malos tiempos han pasado y que son poseedores de una fortuna regular, ganada por su asiduo trabajo, los dueños

de la granja se levantan siempre los primeros, y ya les oía ir y venir á las grandes cocinas del piso bajo, vigilando el desayuno de los trabajadores, que al sonido de una campana desfilaron todos por el camino. Eran éstos viñadores de Borgoña, labradores kábilas con el traje hecho jirones, cubierta la cabeza con el gorro encarnado, cavadores mahoneses con las piernas desnudas, malteses, en fin, una mezcla de la que no se puede formar, sin verlo, exacta idea.

El granjero, de pie delante de la puerta, explicó á cada cual lo que tenía que hacer con voz breve y ruda. Cuando acabó, el buen hombre levantó la cabeza, miró al cielo con inquietud, y viéndome en la ventana:

—Mal tiempo para el trabajo, me dijo; ya viene el siroco.

Y, en efecto; á medida que el sol subía por el horizonte, bocanadas de un aire abrasador nos llegaban del Sur como de la puerta de un horno que se abriera y cerrara muchas veces.

Toda la mañana pasó así.

Tomamos café en la estera de las galerías, sin tener siquiera ánimo para hablar ó para movernos. Los perros, buscando la frescura de las piedras, se echaban en el suelo cuan largos eran.

El almuerzo nos repuso algún tanto; almuerzo un poco raro, pues se componía de carpas, truchas, jabalí, erizo, manteca de Staoueli, vino de Crescia, guayabas, bananos, una mezcla de manjares que se parecía á la naturaleza que nos rodeaba.

Ibamos á levantarnos de la mesa, cuando fuera de la puerta vidriera, cerrada para preservarnos del calor, se oyeron de repente grandes voces: «¡La langosta, la langosta!»

Mi huésped se puso muy pálido, como un hombre á quien se anuncia un gran desastre, y salimos precipitadamente. Durante diez minutos hubo en la casa, tan tranquila siempre, ruido de pasos precipitados, voces, y desde los soportales en que estaban dormidos los criados, se lanzaron fuera haciendo un ruido infernal con los palos, las hoces y todos cuantos utensilios de metal tenían á mano, calderas, cacero-

las y almireces. Los pastores soplaban en sus bocinas con toda la fuerza de sus pulmones, y otros tocaban la trompa.

Todo esto producía un ruido espantoso, discordante, que dominaba, sin embargo, los «¡You, you, you!» de las mujeres árabes que acudían desde un aduar próximo.

Y es que algunas veces basta un gran ruido para que la langosta se aleje sin aproximarse al suelo.

Pero ¿dónde estaban aquellos terribles animales? En el cielo no se veía más que una nube cobriza, compacta, como las que traen granizo, y que se acercaba con el mismo ruido que produce el viento entre las ramas de los árboles.

Esa nube era la langosta.

Sostenidas unas con otras por sus alas extendidas, volaban en montón, y á pesar de nuestros gritos y de nuestros esfuerzos, la nube avanzaba siempre, proyectando en la llanura una sombra inmensa. Pronto llegó por encima de nuestras cabezas, y como si fueran los primeros granos de una granizada, algunas se destacaron de la masa, y después la nube reventó, cayendo entera en el suelo, que se cubrió, en todo el alcance de la vista, con langostas del grueso de un dedo.

La carnicería empezó entonces.

Con los rastrillos, el arado, las palas y los azadones, movían aquellos montones de animales, y cuanto más mataban más había. Bullían por capas enredadas por las patas, las de encima daban bríncos hasta las narices de los caballos enganchados al arado para aquella extraña labor. Los perros de la granja y del aduar se revolcaban sobre ella, aplastándola con furor, y dos compañías de soldados llegaron también para socorrer á los desgraciados colonos, y entonces la matanza mudó de aspecto.

En vez de aplastar la langosta, los soldados la achicharraban esparciendo pólvora por el suelo, prendiéndola luego fuego.

Cansado de ver matar, sintiendo un gran malestar por el olor infecto de aquellos animales, entré en la casa, en la que encontré tantos insectos como

fuera, pues habían entrado por las puertas, por las ventanas y hasta por las chimeneas. En el borde de las maderas se arrastraban, caían, volaban, trepaban por las blancas paredes formando gigantescas sombras que aumentaban su fealdad y sostenían siempre su repugnante olor.

En la comida tuvimos que privarnos de agua, pues los aljibes, los pozos, los estanques, todo estaba infestado.

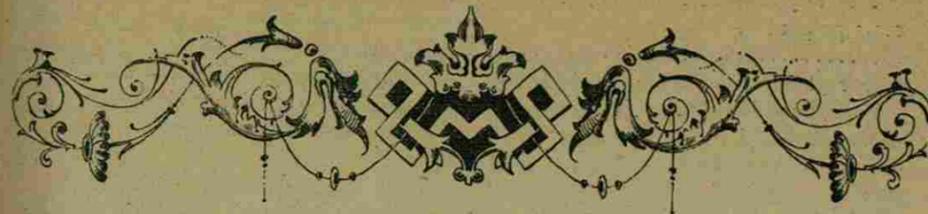
Por la noche, en mi habitación, en la que se mataron muchísimas, las oí aún bullir debajo de los muebles, y tampoco me dejaron dormir. Además, todos los habitantes de la granja velaban también, y las llamas corrían vertiginosamente al ras del suelo,

pues los soldados continuaban matando.

Al día siguiente, cuando abrí mi ventana como la vispera, la langosta había desaparecido; pero ¡cuánta ruina había dejado en pos de sí!

No quedaba ni una flor, ni una hierba; todo estaba negro, roído, quemado. Los bananos, los albaricoques, los melocotones, los naranjos no se conocían más que por la madera, pues no quedaba en ellos ni una hoja.

Se limpiaban los pozos y los aljibes, y por todas partes los labradores revolvían la tierra para destruir los huevos dejados por los insectos, y daba lástima ver los millares de raíces llenas de savia que aparecían al remover aquel suelo tan fértil.



LA MARCHA FURTIVA

APENAS hacía ocho días que el pequeño Jack, separado de pronto de su madre, estaba en el colegio; pero creía él que habían pasado lo menos tres siglos desde entonces, y no se podía acostumbrar á aquella separación.

Verdad es que de los mimos, halagos y caricias de unos padres complacientes y de posición desahogada, á la vida seria, metódica y reglamentada de los colegios, hay una distancia tan enorme, que á los pobres chicos se les hace muy penosa la transición.

Algunos caen enfermos, y de muchos se apodera con tal fuerza la idea de la fuga, que no obstante el temor al castigo, la realizan en la primera ocasión que se les presenta.

Así sucedió con el niño cuya aventura vamos á reseñar.

Una tarde, estando de paseo con sus compañeros, la casualidad hizo que se detuviesen á la entrada del Bosque de Boulogne, cerca del hotel habitado por sus padres, y no pudiendo resistir á la tentación, se escapó.

—No haré más que dar un beso á mamá, se decía, para tener valor, y me volveré en seguida.

Pero, con grande extrañeza, vió que

el hotel estaba cerrado, y que en la puerta había un cartel que decía: *Se alquila*, y Jack se quedó allí parado, triste y acongojado.

—La señora de Argenton está en el campo, dijo una voz á su lado.

Era el cartero, que pasaba repartiendo las cartas.

—¡En el campo! ¿En dónde, señor cartero? preguntó el niño.

—En Etiolles.

Jack olvidó el colegio y lo olvidó todo.

—Mamá se ha ido. ¿Por qué? Quiero verla; iré á Etiolles.

Y en vez de volver á buscar á sus compañeros, se marchó por una calle que no conocía, y envalentonado por la excitación que se había apoderado de él, se encaró con el primer hombre que vió en el umbral de una tienda, y quitándose la gorra le preguntó:

—¿Dista mucho de aquí Etiolles, señor?

—¿Etiolles? No está muy cerca, no; se halla hacia Bercy, un poco más allá de Villeneuve-Saint-Georges. Esas pierrecitas no podrán llevaros tan lejos pero en ferrocarril llegaríais en un momento.

—Gracias, señor, mil gracias, dijo el niño.

fuera, pues habían entrado por las puertas, por las ventanas y hasta por las chimeneas. En el borde de las maderas se arrastraban, caían, volaban, trepaban por las blancas paredes formando gigantescas sombras que aumentaban su fealdad y sostenían siempre su repugnante olor.

En la comida tuvimos que privarnos de agua, pues los aljibes, los pozos, los estanques, todo estaba infestado.

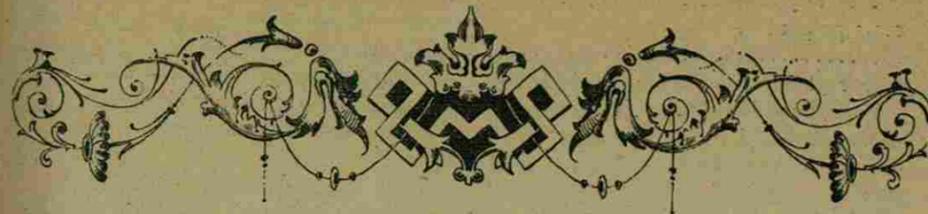
Por la noche, en mi habitación, en la que se mataron muchísimas, las oí aún bullir debajo de los muebles, y tampoco me dejaron dormir. Además, todos los habitantes de la granja velaban también, y las llamas corrían vertiginosamente al ras del suelo,

pues los soldados continuaban matando.

Al día siguiente, cuando abrí mi ventana como la vispera, la langosta había desaparecido; pero ¡cuánta ruina había dejado en pos de sí!

No quedaba ni una flor, ni una hierba; todo estaba negro, roído, quemado. Los bananos, los albaricoques, los melocotones, los naranjos no se conocían más que por la madera, pues no quedaba en ellos ni una hoja.

Se limpiaban los pozos y los aljibes, y por todas partes los labradores revolvían la tierra para destruir los huevos dejados por los insectos, y daba lástima ver los millares de raíces llenas de savia que aparecían al remover aquel suelo tan fértil.



LA MARCHA FURTIVA

APENAS hacía ocho días que el pequeño Jack, separado de pronto de su madre, estaba en el colegio; pero creía él que habían pasado lo menos tres siglos desde entonces, y no se podía acostumbrar á aquella separación.

Verdad es que de los mimos, halagos y caricias de unos padres complacientes y de posición desahogada, á la vida seria, metódica y reglamentada de los colegios, hay una distancia tan enorme, que á los pobres chicos se les hace muy penosa la transición.

Algunos caen enfermos, y de muchos se apodera con tal fuerza la idea de la fuga, que no obstante el temor al castigo, la realizan en la primera ocasión que se les presenta.

Así sucedió con el niño cuya aventura vamos á reseñar.

Una tarde, estando de paseo con sus compañeros, la casualidad hizo que se detuviesen á la entrada del Bosque de Boulogne, cerca del hotel habitado por sus padres, y no pudiendo resistir á la tentación, se escapó.

—No haré más que dar un beso á mamá, se decía, para tener valor, y me volveré en seguida.

Pero, con grande extrañeza, vió que

el hotel estaba cerrado, y que en la puerta había un cartel que decía: *Se alquila*, y Jack se quedó allí parado, triste y acongojado.

—La señora de Argenton está en el campo, dijo una voz á su lado.

Era el cartero, que pasaba repartiendo las cartas.

—¡En el campo! ¿En dónde, señor cartero? preguntó el niño.

—En Etiolles.

Jack olvidó el colegio y lo olvidó todo.

—Mamá se ha ido. ¿Por qué? Quiero verla; iré á Etiolles.

Y en vez de volver á buscar á sus compañeros, se marchó por una calle que no conocía, y envalentonado por la excitación que se había apoderado de él, se encaró con el primer hombre que vió en el umbral de una tienda, y quitándose la gorra le preguntó:

—¿Dista mucho de aquí Etiolles, señor?

—¿Etiolles? No está muy cerca, no; se halla hacia Bercy, un poco más allá de Villeneuve-Saint-Georges. Esas pierrecitas no podrán llevaros tan lejos pero en ferrocarril llegaríais en un momento.

—Gracias, señor, mil gracias, dijo el niño.

Y se alejó apresuradamente, temiendo otras preguntas.

¡Bercy!

Recordaba haber ido á Etiolles no hacía mucho tiempo, y el camino no era difícil de encontrar, pues no había más que llegar al Sena y seguirle remontándolo siempre. Estaba lejos, sí, muy lejos; no tenía dinero para tomar el tren; pero el deseo de ver á su madre le daba ánimo.

Sin embargo, no se sentía muy tranquilo, pues á cada instante la mirada inquisitorial de los guardias de seguridad le aterrizzaba, y entre los mil diversos gritos que llenan las calles de París le parecía oír: «Detenedle, detenedle.» Para poner término á tales alucinaciones, bajó á la orilla y se puso á correr cuanto pudo por el trozo de empedrado que se halla al borde mismo de las aguas.

El día tocaba á su fin, y el río, algo crecido por las abundantes lluvias, invadía parte del ribazo, haciendo que el agua chocase con los arcos del puente, en los que relucían gruesas anillas de hierro. Las mujeres salían de los lavaderos con grandes líos de ropa. Los pescadores de caña subían al muelle con sus cestitas llenas de peces, mientras que los que sacan arena del río esperaban al lado de una caseta el importe de su jornal; toda la población, en fin, de las orillas del río, marineros, descargadores con sus espaldas encorvadas y sus capuchones, circulaban por ellas, y á veces, alguno de esos hombres se volvía para mirar á nuestro colegial, que, corriendo á más no poder, parecía más pequeño de lo que era en el grandioso paisaje de las orillas del caudaloso Sena.

A cada paso, el ribazo mudaba de aspecto; aquí se veía negro, y largas tablas flexibles lo unían con los barcos cargados de carbón; allá se pisaban mondaduras de frutas, y en numerosas barcas sujetas se veían montones de manzanas, que conservaban sus hermosos colores y despedían un olor muy grato.

En realidad, el que por primera vez ze acerca al sitio indicado, siente una

impresión igual á la que produce un puerto de mar, pues había allí toda clase de mercancías, barcos de vapor con sus chimeneas sin humo, y todo oliendo á brea, á hulla, indicando, en una palabra, una exuberante vida comercial. Después, grupos de árboles bañaban en el río sus viejas raíces, y parecía que París estaba á veinte leguas de distancia.

Sin que el niño lo notara, el camino que servía para sirgar subía sensiblemente, ensanchándose también, y de pronto se halló en un espacioso muelle de igual altura que el ribazo, del que le separaba una fila de guardacantones.

Allí, alumbrados por el gas, se dejaban ver los camiones entrando en los grandes portales de los depósitos, en los que se veían amontonados millares de toneles, desprendiéndose de éstos un fuerte olor á vino que se mezclaba con el de la madera enmohecida.

El niño se hallaba en Bercy, y la noche había cerrado; mas Jack no lo notó al pronto, pues el ruido del muelle y el reflejo de las luces en el agua le hacían creer que aún era temprano, y luego, su imaginación, sobrecitada por lo apresurado de su marcha, estaba dominada por el temor de encontrar las puertas cerradas; además, se creía que todo el mundo estaba enterado de su escapatoria, y ese pensamiento le preocupaba mucho.

Pero una vez fuera de puertas, y sin que nadie se hubiera fijado en su uniforme de colegial, cuando dejando el Sena á su derecha, entró en una larga calle en la que los faroles eran más raros cada vez, la oscuridad y el frío de la noche penetraron hasta su corazón, haciéndole estremecer.

En el tiempo que permaneció en la ciudad, tuvo miedo de que le conocieran y de que le llevarsen otra vez al colegio; ahora también lo temía; pero era de otra naturaleza, y acrecentado por el silencio y la soledad.

Y, sin embargo, el sitio en que se encontraba no era el campo, pues había casas en ambos lados formando calle,

y según se acercaba, los edificios estaban separados por largas empalizadas, por vastos talleres de canteros ó depósitos de materiales, y encontrándose también algunas fábricas con sus grandes chimeneas dibujándose en la oscuridad del cielo, y después, entre dos malas casuchas, aparecía como perdido entre un grupo de árboles, un edificio inmenso de seis pisos de altura, lleno de ventanas por un lado y sombrío y cerrado por los demás.

Aun cuando eran apenas las ocho de la noche, aquel largo camino que se extendía á lo lejos en las tinieblas, estaba silencioso y casi desierto, pues los pocos transeúntes andaban sin el menor ruido sobre un suelo encharcado por las lluvias. Se tropezaba, sin verlas, con sombras que se deslizaban á lo largo de los vallados, yéndose á misteriosos trabajos, y para que el silencio que reinaba allí amedrentara todavía más al pobre niño, de vez en cuando los perros de las fábricas ladraban lúgubramente.

Cada paso que daba Jack, en extremo conmovido, le alejaba, como es natural, del movimiento y del ruido de París, pareciéndole más aterrador el silencio de la noche.

En aquel momento llegó á la última casucha, en la que había una misera taberna alumbrada todavía y cuya luz formaba, á través del camino, una línea luminosa que parecía al niño el límite del mundo habitado.

Después de esto, no existía sino la oscuridad y lo desconocido, y Jack titubeó mucho tiempo antes de proseguir su marcha.

—Entraré allí para que me indiquen el camino que debo seguir, se dijo mirando el tabernucho.

Desgraciadamente no tenía dinero. El tabernero roncaba detrás del mostrador, y dos hombres de mala catadura sentados ante una mesilla coja, bebían y hablaban en voz baja. Al ruido que hizo el niño empujando la puerta entreabierta, levantaron la cabeza y miraron.

—¿Qué es lo que quiere este comienzo de hombre? dijo una voz avinada.

Y uno de ellos se levantó; pero Jack, asustado, salvó de un salto la raya luminosa, oyendo detrás de sí unos cuantos juramentos y el ruido de la puerta que volvieron á cerrar. El muchacho echó á correr cuanto pudo, y no hubo de detenerse sino mucho tiempo después. A derecha é izquierda se extendía el campo, que parecía por todos lados tocar la línea del horizonte.

Algunas casas de hortelanos, bajitas, nuevas, y de alegre aspecto, rompían de trecho en trecho la monotonía de la perspectiva. Detrás de nuestro viajero se divisaba aún París por el reflejo de los millares de luces que le envolvían cual un círculo de fuego.

El niño se detuvo un momento, inmóvil, aterrado.

Era la primera vez que se encontraba fuera tan tarde y solo; además no había comido ni bebido nada desde por la mañana, y tenía sed, una sed abrasadora, empezando á comprender entonces á qué terrible aventura se había lanzado, y á cuántos peligros se había expuesto, peligros que podían aumentar en el caso de haber equivocado de camino, no siendo aquél el de Etiolles, y aun admitiendo que lo fuera, ¿tendría la suficiente fuerza para llegar hasta el fin?

Ocurriósele entonces la idea de echarse en una de las zanjas abiertas á uno y otro lado de la carretera y dormir en ella hasta el amanecer; pero, ya en el borde, y estando á punto de bajarse, oyó delante de él un largo suspiro. Un hombre se hallaba acostado allí, apoyando su cabeza sobre un montón de piedras, formando una masa oscura y confusa que contrastaba con la blancura de los guijarros.

Jack se detuvo petrificado; sus piernas temblaban y no podía dar un paso atrás ni adelante.

De repente vió en el camino una luz y escuchó unas voces que le sacaron de su estupor. Era un oficial de ejército que volvía á su fuerte apresuradamente, á uno de esos fortines de las afueras de París; á su lado marchaba un ordenanza que había ido á su en-

cuentro con un farol, á causa de la densa oscuridad que reinaba.

—Buenas noches, señores, dijo Jack con voz dulce y conmovida.

El soldado que llevaba la linterna la levantó en dirección de aquella voz.

—Mala hora es para viajar, muchacho, dijo el oficial. ¿Vas muy lejos?

—¡Oh, no, señor, no voy lejos! Voy aquí cerca, respondió Jack, que no quería enterarles de su escapatoria.

—Pues bien, podemos marchar juntos algún tiempo. Voy á Charenton.

¡Qué felicidad para aquel pobre niño el poder andar durante una hora, en compañía de dos bizarros soldados, y con la luz del farol que rechazaba las tinieblas en torno suyo, si bien las hacia, á cierta distancia, más espesas y más espantosas! Esta circunstancia, le ofreció además la ventaja de saber que el camino que llevaba era el que le convenía, pues los nombres de los sitios que pronunciaban sus acompañantes éranle conocidos.

—Ya hemos llegado nosotros, dijo de repente el oficial parándose. Vaya, buenas noches, hijo mío. Pero te aconsejo que otra vez no camines así solo por estos sitios. Los alrededores de París no están muy seguros.

Y ambos militares, con su farol, entraron en una callejuela, dejando otra vez en aterradora soledad al pobre Jack, á la entrada de la larga calle que atraviesa Charenton.

Allí, como en Bercy, había faroles y tabernas, en las que se oían cantos, y disputas brutales, producidos por la embriaguez.

Las nueve dieron en el reloj de una iglesia, detrás de la que se agrupaban casas y jardines.

Siguiendo su marcha, se encontró al borde de un muelle, y atravesó un puente que, por efecto de la oscuridad, le parecía edificado sobre un abismo. Hubiera querido detenerse un momento, apoyarse en el parapeto para descansar; pero las voces y canciones que escuchara en las tabernas oíanse ya por las calles, y pareciéndole que los alborotadores se acercaban, el pequeñuelo se sintió impelido por un nuevo terror, y echó á

correr con todas sus fuerzas hasta encontrarse otra vez en campo raso, en donde, seguramente, el miedo le atormentaba menos.

Allí no era como en los alrededores de París, en que se encuentran fábricas, hoteles y quintas de recreo que producen siempre agitación y vida.

Las casas que se veían eran alquerías, con sus establos, de los que salían vapores cálidos que oían á lana y á estiércol, después el camino se ensanchaba, y empezaban de nuevo las zanjas, los montones de piedras simétricamente alineados y los guardacantones que marcan las distancias á los fatigados pasos de los viajeros.

El silencio que reina por allí, la falta de movimiento que nota, le hacen el efecto de un profundo sueño que lo domina todo, y teme oír otra vez á su lado el ronquido que tanto le asustó antes de encontrar á los militares. El ruido de sus pasos le turba á veces, creyendo que le siguen, y se vuelve con viveza. A lo lejos oye el rechinar de unas ruedas y el sonido de unos cascabeles, y se dice: «Esperemos;» pero nada, no llega ese carro invisible, cuyo rodaje debe ser muy pesado, puesto que no le ve acercarse.

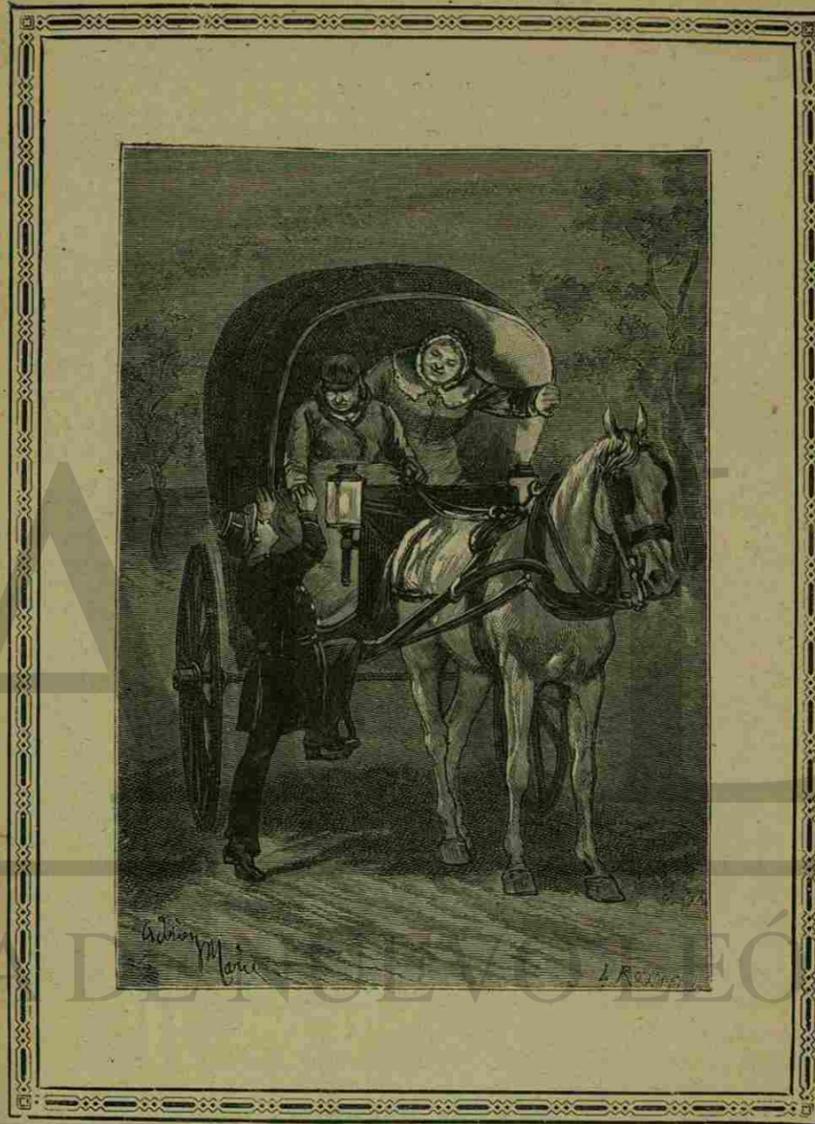
Jack prosigue su marcha. ¿Quién será aquel hombre que le espera allá de pie en un recodo de la carretera? ¡Ay, Dios mío! Uno, dos, tres... Son árboles, álamos que mueven todas sus hojas sin doblar sus ramas; olmos, esos viejos olmos de Francia, de caprichosos troncos, inmensos, muy frondosos que extienden sus ramajes hasta en medio del camino. El pobre Jack marcha sobrecitado á través de ese gran misterio de las noches de primavera, durante las que se cree oír abrirse los capullos y hendirse la tierra para que nazcan las plantas.

Todos esos ruidos confusos le asustan...

—Si cantara, me sentiría con más valor.

Y en medio de las tinieblas se acuerda de una canción, con la que su madre le dormía cuando era pequeñito:

Mis zapatos son encarnados,
Amiguita mía.



—¡Pobrecillo! déjale que suba.

Daba compasión oír esa voz de niño que temblaba en medio de aquel oscuro camino y que cantaba para quitarse el miedo; mas de repente aquel canto cesó.

Una cosa terrible se acercaba, algo más negro que el espacio, como si las más lejanas tinieblas avanzasen hacia el niño para envolverle.

Pero antes de ver lo que era oyó imponentes gritos, gritos humanos mal articulados, seguidos de otros al parecer aullidos ó ladridos sordos; luego golpes rudos mezclados con un ruido semejante al de un fuerte chaparrón, y de pronto retumbó un terrible mugido. Bueyes, son bueyes; un gran rebaño que rodea al pobre Jack, que le cercan y le hacen dar vueltas. Siente el soplo húmedo de sus alientos, el latigazo de sus rabos y el calor que despiden.

Avanzan como una tromba, acompañados por dos grandes perros dogos y dos hombres, pastores ó carniceros, que corren detrás de aquel ganado indisciplinado y feroz, empujándole á trancazos y dominándole con su gritería.

Cuando pasaron, el niño se quedó sin movimiento, sobrecogido por el terror que experimentara. No se atreve á dar un paso. Estos han pasado ya; pero otros pueden venir. ¿Adónde ir? ¿Qué hacer? ¿Marchar á campo traviesa? Se extraviaría, y luego, ¡está tan oscura la noche! Llora, cae de rodillas, quisiera morir allí; mas el ruido de un coche y la vista de dos faroles que observa desde lejos en el camino, le dan ánimo, y sacando fuerza de su propia flaqueza, grita:

—¡Caballero, caballero!

El vehículo se pára, y sale de la cubierta una gran gorra con orejeras que se inclina para enterarse de dónde ha podido salir aquel grito tímido.

—Estoy muy cansado, dijo Jack temblando. ¿Queréis hacerme el favor de dejarme subir un poco en vuestro carruaje?

El hombre de la gorra titubea en responder; pero desde el fondo del coche una voz de mujer pronuncia estas palabras:

—¡Pobrecillo! Déjale que suba.

—¿Adónde vais? pregunta el de la gorra.

—A Villeneuve Saint-Georges.

—Está bien; subid.

Ya está en el coche, envuelto en una buena manta de viaje, sentado entre un caballero bastante grueso y una señora que no lo es menos, que miran con curiosidad á aquel pequeño colegial, y se preguntan: ¿Adónde, Dios mío, irá tan tarde y solo?

Jack tenía muchas ganas de decir la verdad, pues aquellas buenas gentes le inspiraban confianza; pero no; tiene miedo de que le riñan por haber obrado mal, y entonces inventa una historia.

—Mi madre está enferma, muy enferma en el campo, en casa de unos amigos... Me han avisado por la tarde y me he puesto en marcha en seguida, á pie, no teniendo paciencia para esperar al día siguiente la salida del tren.

—Lo comprendo, dice la señora, que parece muy simpática é ingenua.

Y el hombre de la gorra lo comprende lo mismo, sólo que hace algunas observaciones llenas de cordura respecto á la imprudencia de correr los caminos á semejantes horas y á los peligros á que se exponía. El buen señor se complace en enumerarlos, y después pregunta al joven en qué parte de Villeneuve moran los amigos de su madre.

—En el otro extremo del pueblo, responde Jack con viveza, en el último edificio á la derecha.

Es una felicidad que sea de noche, y que su rubor se oculte tras de la cubierta del coche; pero no han concluido aún las preguntas. Marido y mujer son muy habladores y muy curiosos; pertenecen á esa clase de parlanchines con quienes no se puede estar cinco minutos sin conocer todos sus negocios.

Estos son traficantes en paños, que viven en la calle *des Bourdonnais*, y que todos los sábados salen de París para ir á pasar el domingo en una preciosa casa de campo de su pertenencia, situada en un sitio

muy pintoresco de Soisy-sous-Etiolles.

—¿Está muy lejos el pueblo ése de Etiolles? preguntó Jack estremeciéndose.

—¡Oh! no... se tocan, responde el señor de la gorra, dando un latigazo al jaco.

¡Qué fatalidad!

Si no hubiera mentido; si hubiera confesado sencillamente que se dirigía á Etiolles, hubiera podido continuar su camino en aquel coche, que corría con tanta igualdad en medio de aquel surco de luz móvil y tranquilizadora. Podría seguir extendiendo sus piernas, entumecidas por el cansancio, y aun dormirse envuelto en la manta de la señora, que le preguntaba muy á menudo si estaba á gusto.

¡Ah! Si tuviera siquiera suficiente valor para decirles: «He mentido. Nada tengo que hacer en Villeneuve. Voy más allá; voy al mismo punto que vosotros.» Pero eso era exponerse á que le despreciaran, á que esas buenas gentes desconfiaran de él, y prefería lanzarse otra vez á los peligros de que le habían librado.

A pesar de esto, cuando les oyó decir que llegaban á Villeneuve, el niño no pudo detener las lágrimas.

—No lloréis, hijo mío, le decía la señora. Es fácil que vuestra madre no esté tan mala como creéis, y su vista os tranquilizará.

En el último edificio del pueblo el coche se paró.

—¡Allí es! dijo Jack sumamente conmovido.

La mujer le abrazó, y el marido le apretó la mano ayudándole á bajar.

—¡Ah! qué feliz sois, puesto que habéis llegado ya. Nosotros tenemos que caminar aún cuatro leguas largas.

Y él también tenía que andarlas.

Era cosa terrible.

Una vez apeado, se acercó á una verja fingiendo que quería llamar.

—Vaya, buenas noches, le dijeron sus amigos.

—Buenas noches, respondió con voz ahogada por los sollozos.

Y el coche, dejando la dirección de Lyon, tomó á la derecha una ruta bordeada de árboles, dibujando con sus fa-

roles un círculo luminoso en la oscuridad de la llanura.

Entonces el infeliz muchacho, figurándose que podría seguir aquella luz protectora, se lanzó corriendo detrás del vehículo; mas sus piernas, que el descanso concluyó por hacer más delicadas, le rehusaron su servicio; y después de algunos instantes de marcha, cayó al suelo llorando desesperadamente, mientras que el hospitalario coche continuaba con tranquilidad su viaje, sin que los que iban dentro sospecharan que dejaban detrás de sí una tan profunda y completa desesperación.

El pobre niño se tiende en la orilla del camino, y aunque hace frío y la tierra está húmeda, no se preocupa ni poco ni mucho; no le importa. La fatiga le obliga á ello.

A su alrededor no ve más que la inmensidad del campo, no percibe más que el murmullo de las hojas mecidas por aquella brisa, y mil y mil ruidos misteriosos parecidos á suspiros, que le envuelven, le arrullan, le tranquilizan, y se duerme profundamente.

Pero nuestro pobre niño está en desgracia, pues un ruido espantoso le despierta sobresaltado.

¿Qué sucede?

Con los ojos apenas abiertos Jack ve en el talud, á algunos metros del sitio en que está echado, pasar una cosa monstruosa, terrible, un animal que aulla y silba, todo al mismo tiempo, con dos enormes ojos saltones arqueados y sangrientos, y cubierto todo su cuerpo por largas anillas negras que se desarrollan despidiendo chispas. Este monstruo huye en medio de la oscuridad, como si fuera la cola inmensa de un cometa, que hiende el aire con un ruido espantoso.

En los sitios por donde pasa, la noche desaparece, las tinieblas se rasgan y se ve un poste, un grupo de árboles, una caseta; pero las sombras vuelven de nuevo después de su paso, y cuando su aparición está ya lejos, se ve, como indicio de su existencia, una lucecita verde. Por ella el niño, un tanto repuesto, se da cuenta de que aquella visión era una realidad.

Era un tren expreso.

¿Qué hora es? ¿En dónde se halla? ¿Cuánto tiempo ha dormido? No lo sabe; mas ese sueño le ha hecho daño, pues se ha despertado tiritando, sus miembros están entumecidos y su corazón encogido por el terror.

Se levanta, mas al andar por el camino, enjugado y endurecido por el viento de la noche, sus pasos producen tal ruido, que le parecen dobles, y creyendo que le persiguen, se da á la fuga con vertiginosa rapidez.

Corre en línea recta en la sombra y en el silencio; atraviesa un pueblo en que todos los vecinos están entregados al reposo; pasa al lado de un campanario y oye dar las dos. Luego otro pueblo, las tres. Anda, anda siempre, le dan vahidos, sus pies arden; pero no cesa de andar.

De vez en cuando encuentra alguna diligencia cubierta con su toldo, y en la que todo duerme, hasta los caballos y el mayoral.

El niño pregunta:

—¿Estoy muy lejos de Etiolles?

Un gruñido le contesta.

Pero he aquí que muy pronto otro viajero va á ponerse en camino con él, por la campiña; un viajero cuya marcha anuncia el canto del gallo y el de las ranas en la orilla del agua. Ese viajero es el día, el día que aparece entre las nubes, indeciso aún respecto al itinerario que seguirá. El niño advina que va á llegar y participa del contento de la naturaleza.

De repente, delante de él, en dirección de Etiolles, en donde le han dicho que se halla su madre, el cielo se abre rasgándose, y aparece una línea luminosa que va extendiéndose por el horizonte y que, ensanchándose después, da paso á los primeros rayos del sol.

Jack marcha hacia aquella claridad, y marcha dominado por una especie de delirio que duplica sus fuerzas, pues tiene la intuición de que su madre está allá abajo, no muy lejos ya.

El camino aparece completamente claro, y el miedo huyó con el día. La carretera se halla en buen estado, sin

zanjas ni montones de piedra, hasta el punto de que los coches de lujo pueden rodar con mucha suavidad.

A cada lado se ven suntuosos edificios bañados por el rocío y por los primeros rayos del sol, y los jardines presentan á la vista del niño sus parcelas llenas de flores y sus calles sombreadas por el follaje.

Entre las casas blancas aparecen los viñedos y las verdes praderas, que descienden hasta el río, que se ve relucir á lo lejos, reflejando la claridad matutina que va creciendo por momentos.

¡Oh! date prisa en lucir, aurora benéfica, para que des un poco de calor, de esperanza y de fuerza al niño extenuado que se apresura, tendiéndote los brazos.

—¿Estoy aún muy lejos de Etiolles? preguntó Jack á unos campesinos que pasan por grupos aún medio dormidos y con las alforjas al hombro.

—No; seguid siempre derecho por en medio del monte, le contestan.

El bosque por entero se despierta en aquel momento; los pájaros pían, arrullan y gorjean entre el follaje; las ramas de los árboles se rozan y se inclinan con el aleteo de las aves nocturnas que vuelven á sus misteriosos abrigos; y mientras esto ocurre en el bosque, las alondras extienden sus alas en la llanura y se elevan cantando, trazando ese primer surco invisible en el que se unen, durante los hermosos días de verano, la calma del cielo y todos los ruidos de la tierra.

El niño no anda ya, se arrastra. Una anciana andrajosa y mal encarada, pasa á su lado llevando una cabra. Preguntaba otra vez:

—¿Estoy lejos de Etiolles?

La vieja le mira de mal talante y le señala un caminito lleno de piedras y muy pendiente que se halla en la orilla del bosque. A pesar de su cansancio sigue andando sin pararse.

El sol calienta ya, y Jack comprende que llega al término de su viaje. Marcha encorvado, tambaleándose y tropezando con todas las piedras que ruedan alrededor de sus pies; pero anda.

Por fin, en lo alto, distingue un campanario que se eleva por encima de

los tejados agrupados entre una masa de follaje. Vamos, otro esfuerzo; es preciso llegar hasta allí... Pero le faltan las fuerzas.

Se cae, se levanta, vuelve á caer, y á través de sus párpados, que se cierran, entrevé cerca de él una casita cubierta desde el suelo hasta el palomar por un emparrado y plantas trepadoras.

¡Oh! ¡Qué linda es esa morada y qué tranquila! Todo está cerrado todavía, pero la gente que vive en ella no duerme, pues se oye una voz femenina, fresca y alegre, que canta:

Mis zapatos son encarnados,
Amiguita mía.

¡Esta voz! ¡Esta canción!... Jack cree soñar; mas las dos hojas de una ventana se abren y una mujer aparece en

el hueco con un traje de mañana, los cabellos recogidos encima de la cabeza y los ojos cargados aún por el sueño.

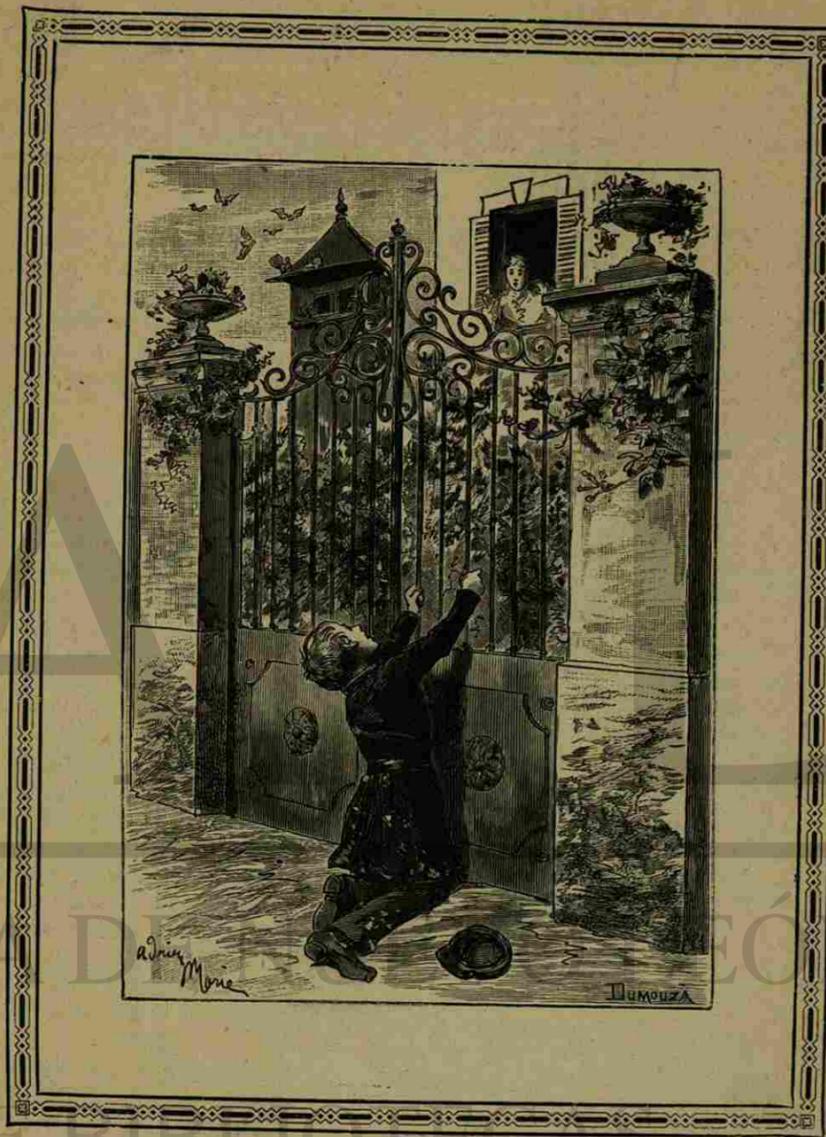
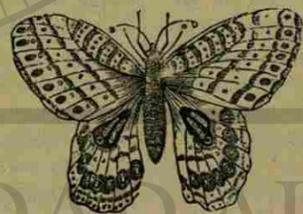
—¡Mamá, mamá! exclama el niño con débil voz.

La mujer se queda estupefacta; mira, escudriña con la vista durante un minuto, deslumbrada por la claridad del sol, nada distingue al principio; luego, de repente, divisa aquel pequeño ser lleno de lodo, pálido, con los vestidos destrozados y casi expirante.

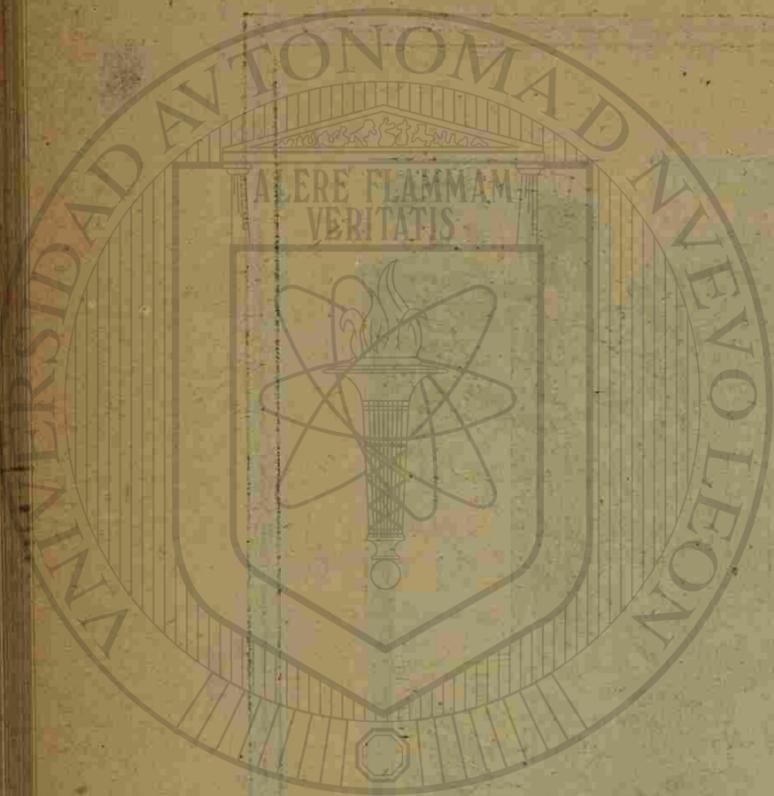
Y lanza un grito.

¡Jack!...

En un momento llega á su lado, y con todo el calor de su corazón de madre, abriga al niño medio muerto por los terrores, las angustias, el frío y la oscuridad de aquella espantosa noche.



—¡Mamá! exclama el niño con voz débil.



LA VISIÓN DEL JUEZ DE COLMAR

ANTES de que prestara juramento de fidelidad al emperador Guillermo, nadie había en el mundo más feliz que el Sr. Dollinger, juez de Colmar, cuando llegaba á la Audiencia con su birrete inclinado hasta la oreja, su grueso vientre y sus tres barbillas descansando sobre su corbata blanca.

—¡Ah! ¡Qué sueño voy á echar! parecía decir sentándose.

Y daba gusto ver cómo alargaba sus piernas muy gorditas y cómo se hundía en su gran sillón, al que debía ciertamente tener aún el mismo buen humor y la tez fresca, después de llevar nada menos que treinta años de magistratura *sentada*.

—¡Desgraciado Dollinger!

—¡Ese mullido sillón de cuero fué la causa de su perdición!

Se hallaba tan á gusto en él, que prefirió hacerse prusiano antes que dejar aquel sitio...

El emperador Guillermo le dijo:

—Quedáos *sentado*, Sr. Dollinger.

Y lo hizo así.

Y hoy día está de consejero en el tribunal de Colmar, haciendo justicia en nombre de S. M. berlinesa.

A su alrededor nada ha cambiado; es siempre la misma sala monótona,

con sus bancos relucientes, sus desnudas paredes, el sordo ruido producido por las conversaciones de los abogados, la media luz que entra por las ventanas con cortinas de sarga, y el gran Cristo, lleno de polvo, que inclina la cabeza y extiende los brazos.

Al pasar á Prusia el tribunal de Colmar, no ha variado, pues la verdad es que tiene siempre un busto de Emperador en el fondo del pretorio...

Pero, á pesar de todo esto, Dollinger está completamente desorientado.

Por bien que se sienta en su cómodo sillón, no consigue echar en él los tranquilos sueños de antes; y cuando por casualidad le sucede que se duerme durante algún juicio, se despierta sobresaltado por espantosas pesadillas...

Sueña que se encuentra en la cima de una alta montaña, así como el Honneck ó el globo de Alsacia... ¡Qué hace allí, solo, con la toga, sentado en su gran sillón, en esa inmensa altura, en la que no se ve más que algunos árboles achaparrados y torbellinos de mosquitos?... Dollinger no lo sabe y espera estremeado, bañado en un sudor frío y molestado por angustias crueles. Un gran sol encarnado sale por el otro

lado del Rhin, detrás de los árboles de la Selva Negra, y á medida que sube hacia el zenit, en los valles de Thann, de Munster, de uno á otro confín de la Alsacia, oye un ruido confuso de pasos y de coches que crece, se acerca, y entonces el corazón de Dollinger late con violencia.

Bien pronto, por el camino abierto en los flancos de la montaña, el juez de Colmar ve venir hacia él una fúnebre é interminable comitiva; es la población alsaciana entera, que se ha citado en aquel paso de los Vosgos para emigrar solemnemente.

A la vanguardia ve subir, uncidas por cuatro bueyes, largas carretas, esos vehículos que se encuentran cargados de haces de espigas en tiempo de la siega y que se van ahora llenos de muebles, de ropas y de instrumentos de labranza. En ellos se ven camas, altos armarios, cortinas de indiana, arcas, ruecas, sillitas para dormir los niños, los antiguos sillones de los antepasados, viejas reliquias amontonadas, sacadas de sus rincones, y que van desparpamando por los caminos el santo polvo de los hogares.

Ajuares enteros conducen aquellas carretas; así es que los bueyes tiran de ellas con mucho trabajo, como si el suelo se pegara á las ruedas, ó como si esas partículas de tierra secas, adheridas á los rastrillos, á los arados ó á los azadones, hicieran la carga aún más pesada.

Detrás va un tropel de gente que marcha en silencio, formado por todas las clases y todas las edades, desde los ancianos que usan todavía el tricorno y andan temblando, apoyándose en sus bastones, hasta los pequeños, rubitos, de pelo rizado, vestidos con un solo tirante y un pantaloncito de lana; desde la abuela paralítica á quien gallardos mancebos llevan en hombros, hasta los niños de pecho que sus madres aprietan contra su corazón; todos, los sanos como los enfermos, los que serán soldados en el año venidero y los que han hecho la terrible campaña, coraceros con una pierna de menos y que andan con muletas, artilleros pálidos y extenuados, teniendo aún en sus uni-

formes destrozados las señales del moho de las casamatas de Spandau; todos desfilan con patrio orgullo por el camino, en cuya orilla está sentado el juez de Colmar, y al pasar por delante de él, todas las caras se vuelven hacia el lado opuesto con una expresión de cólera y de desprecio...

¡Oh desgraciado Dollinger! Quisiera ocultarse, huir, pero le es imposible. Su sillón está incrustado en la montaña, y él en el sillón. Entonces comprende que se halla en una picota, y que ésta ha sido colocada tan alta, para que su vergüenza se viese de más lejos...

Y el desfile continúa, pueblo tras pueblo; los de la frontera suiza llevan grandes rebaños; los de Saar arrastran sus duras herramientas en vagones de cargar minerales. Después de éstos, siguen los habitantes de las ciudades, los operarios de las fábricas, curtidores, tejedores y estampadores; luego los burgueses, los sacerdotes, los magistrados, así de toga negra como de toga encarnada...

Aquí está el antiguo, el verdadero tribunal de Colmar, con su anciano presidente á la cabeza; y Dollinger lo sabe, lo ve y procura ocultar su cara, pero sus manos se paralizan; quiere cerrar los ojos y no puede mover los párpados. Es preciso que vea y que sea visto, que no pase inadvertida ni una de las miradas de desprecio que sus antiguos colegas le dirigen al pasar por delante de él...

¡Este juez en la picota, es cosa terrible! Pero lo que es aún más terrible, es que toda su familia forma parte del desfile, y que ninguno de ellos parece conocerle. Su mujer, sus hijos, pasan á su vez por delante de él con la cabeza baja; parece que también ellos tienen vergüenza; y hasta su Miguelito, que tanto quiere, se ya para siempre y sin mirarle siquiera... Sólo su antiguo presidente se detuvo un minuto para decirle en voz baja:

—Venid con nosotros, Dollinger. No os quedéis aquí, amigo mío...

Pero Dollinger no puede levantarse. Se agita, llama, y la comitiva desfila durante horas enteras, y cuando á la

caída de la tarde se ha alejado ya, todos aquellos hermosos valles, llenos de campanarios y de fábricas, quedan silenciosos y tristes.

La Alsacia en masa ha emigrado; sólo queda el juez de Colmar en lo alto de la montaña, cual si estuviese clavado en la picota, *sentado*, y con su carácter de inamovible...

¡Horripilante sueño!

De repente la escena cambia.

Ve cipreses, cruces negras, filas de sepulturas y mucha gente vestida de luto. Es el cementerio de Colmar en un día de gran entierro.

Todas las campanas de la ciudad doblan á muerto, porque el consejero Dollinger ha fallecido.

Lo que el honor no pudo alcanzar, la muerte lo consiguió.

Separó de su sillón al magistrado inamovible, y tendió para siempre, cuan largo era, al hombre que se empeñaba en estar *sentado*...

Sóñar que uno se ha muerto y llorarse á sí mismo, es una sensación horrible. Con el corazón hecho pedazos, Dollinger asiste á su propio entierro, y lo que le desespera más que la muerte, es que en ese gentío inmenso que le rodea no ve ni á un amigo, ni á un pariente. Nadie que sea de Colmar; nada más que prusianos. Prusianos los soldados que forman la escolta, prusianos los magistrados que presiden el duelo; los discursos que se pronuncian delante de la tumba también son prusianos, y hasta la tierra

con que le cubren y que encuentra tan fría, es también prusiana...

¡Qué desesperación para un espíritu formado al fuego del amor patrio!

Y el sueño continúa.

De pronto, los concurrentes se apartan con respeto; un magnífico coracero con uniforme blanco se acerca, ocultando debajo de su capa algo que parece una corona de siemprevivas, y todos dicen en voz baja:

¡Bismark!... ¡Bismark!...

Y el juez de Colmar piensa con tristeza:

—Mucho me honráis señor, mas si yo tuviera aquí á mi Miguelito...

Una inmensa carcajada le impide acabar de formular su pensamiento; una carcajada loca, escandalosa, salvaje, inextinguible.

—¿Qué será? se pregunta el juez asustado. Se incorpora y mira... Es el asiento, el asiento de su sillón, lo que el conde de Bismark acaba de colocar religiosamente sobre su tumba, con esta inscripción grabada en letras doradas:

«AQUÍ YACE EL JUEZ DOLLINGER
HONRA DE LA MAGISTRATURA SENTADA.»

Desde un extremo á otro del cementerio, todo el mundo se ríe, y esa alegría prusiana retumba hasta el fondo de la sepultura, en donde el muerto llora de vergüenza, hundido para siempre bajo el peso de una eterna ignominia.



EL NIÑO ESPÍA Y TRAIADOR

SE llamaba Stenne; el pequeño Stenne.

Era hijo de París, delgado y pálido; podía tener diez años, ó tal vez quince, pues á esos pilluelos no se les puede calcular á punto fijo la edad que tienen.

Era huérfano de madre, y su padre, antiguo soldado de marina, era guarda de uno de los jardines del barrio del Temple. Las ayas, las niñeras, las ancianas que suelen llevar consigo al paseo una silla de tijera para descansar en donde mejor les acomoda, y todos aquellos, en fin, que entraban en aquel jardincito rodeado de aceras para evitar el barullo de los coches, conocían al tío Stenne y le querían mucho.

Sabían que debajo de aquel tieso bigote, espanto de los perros y de los granujas, se ocultaba una sonrisa franca y casi maternal, cuando se le preguntaba:

—Y el niño, ¿cómo está?...

¡Le quería tanto!

El buen hombre era tan feliz cuando por la tarde, al salir de la escuela, el niño se reunía con él y daban juntos la vuelta por el jardín, pa-

rándose delante de todos los bancos á saludar á los que acostumbraban á sentarse allí, para tomar el fresco en el verano y el sol en el invierno...

En la época del sitio, desgraciadamente todo cambió. El jardín del tío Stenne se cerró, y pusieron en él barricadas de petróleo.

El pobre hombre, condenado á una constante vigilancia, pasaba su vida entre los arbustos y las plantas completamente descuidadas, solo, sin atreverse siquiera á fumar, y no veía á su hijo hasta la noche, muy tarde por cierto, en su casa. Así es que su bigote daba hasta miedo, cuando hablaba de los prusianos...

El niño no se quejaba mucho de su nueva vida.

Ya no había escuela, sino vacaciones perpetuas, que pasaba en la calle. Acompañaba los batallones del barrio que iban á los baluartes, escogiendo con preferencia á los que tenían buena música, y el pequeño Stenne era muy ducho en aquella materia, pues decía con mucha formalidad, que la del 96 no valía gran cosa, mientras que la del 55 era sober-

bia. Otras veces miraba á los móviles haciendo el ejercicio.

Con su cestita en el brazo, se mezclaba á esas largas filas de gentes que se formaban en la oscuridad de las madrugadas sin gas, en las puertas enrejadas de las carnicerías ó de las tahonas, y allí, con los pies en el fango, encontraba siempre algún nuevo amigo.

Pero lo más divertido eran las partidas de chito, ese famoso juego que los móviles bretones habían puesto en moda durante el sitio.

Cuando el pequeño Stenne no se hallaba ni en los baluartes, ni en la puerta de las tahonas, se le encontraba con seguridad en la plaza del Chateau-d'Eau. No jugaba, no; era menester mucho dinero para ello; pero miraba á los jugadores con tales ojos...

Uno de éstos, sobre todo, alto y con chaqueta azul, excitaba su admiración, porque su puesta era siempre una moneda de cinco pesetas, y cuando corría sonaba el dinero en sus bolsillos.

Un día, cogiendo una de aquellas monedas que rodó hasta los pies del niño, el jugador le dijo en voz baja:

—¡Cómo la miras, pequeño! ¿Te gusta?... Pues bien, si quieres, te diré en dónde se encuentran otras iguales.

Concluida la partida, se lo llevó á una esquina de la plaza y le propuso que fuera con él á vender periódicos á los prusianos; ganarian treinta pesetas por viaje.

El niño rehusó con indignación y se quedó tres días sin volver á ver á los jugadores; pero fueron tres días terribles; ya no comía ni dormía, y por las noches soñaba que veía grandes montones de chitos y de doradas monedas, que relucían como soles cuando las tiraban.

La tentación era demasiado fuerte, y al cuarto día volvió al Chateau-d'Eau, vió al muchacho, y se dejó seducir...

No obstante la nieve, se pusieron en camino con un saco de tela al hombro y los periódicos ocultos debajo de las blusas.

Apenas era de día cuando llegaron á la puerta de Flandes.

El grande cogió á Stenne de la mano,

y acercándose al centinela, le dijo con acento lastimero:

—Hacednos el favor de dejarnos pasar, mi buen señor; nuestra madre está enferma, papá ha muerto, y mi hermanito y yo vamos á coger algunas patatas por el campo.

El granuja lloraba, y Stenne, lleno de vergüenza, bajaba la cabeza. El centinela los miró un instante, echó después una ojeada por el camino desierto, y...

—Pasad pronto, les dijo apartándose.

Ya en la carretera de Aubervilliers, el grande se reía á carcajadas por el éxito que había obtenido con su mentira.

Confusamente y como en sueños, el pequeño Stenne veía fábricas transformadas en cuarteles, barricadas desiertas, guarnecidas con trapos mojados, largas chimeneas sin humo y medio derribadas, y de trecho en trecho un centinela; oficiales con capuchones, que miraban á lo lejos con unos anteojos, y tiendecitas de campaña, caladas por la nieve derretida, delante de hogueras que se estaban apagando.

El grande conocía el camino y andaban á través de los campos para evitar los puestos de soldados. Sin embargo, llegaron, sin poderlo evitar, á un sitio en el que se hallaba una fuerte guardia de franco-tiradores, que estaban allí envueltos en sus capotes y metidos en una zanja en la orilla del camino de hierro de Soissons.

Esta vez, por más que el grande suplicó y volvió á contar su historia, no los dejaron pasar. Entonces, mientras se lamentaba, un anciano sargento con el pelo blanco, muy arrugado y que se parecía al tío Stenne, salió de la casa del guarda-barrera y les dijo:

—Vamos, chiquillos, no lloréis; ya os dejarán ir á buscar vuestras patatas; pero antes, entrad á calentaros un momento, pues este niño parece que está helado.

¡Ay! No era el frío el que hacía tiritar al pequeño Stenne: era el miedo, era la vergüenza...

En el puesto vieron á algunos soldados acurrucados al lado de un pobre fuego, calentando trozos de galleta en la

punta de sus bayonetas. Se apretaron para hacer sitio á los muchachos, se les dió aguardiente y café, y mientras lo tomaban, un oficial apareció en el umbral de la puerta, y llamando al sargento, le habló en voz baja y se fué corriendo.

—¡Muchachos! exclamó el sargento radiante de alegría, esta noche tenemos función... Se ha sorprendido el santo y seña de los prusianos... y creo que esta vez los echaremos de Bourget.

Hubo una explosión de bravos y de risas.

Los soldados bailaban, cantaban, limpiaban las bayonetas, y aprovechando aquella expansión de alegría, los chiquillos desaparecieron.

Pasada la trinchera, no quedaba sino la llanura, y allá á lo lejos, una larga pared blanca llena de troneras. Se dirigieron hacia allí, deteniéndose á cada paso para simular que cogían patatas.

—Volvámonos... no vayamos... decía el pequeño Stenne.

El otro se encogía de hombros y avanzaba siempre. De repente oyeron el ruido que hace un fusil al ser amartillado.

—Échate boca abajo, dijo el grande, haciéndolo á su vez. Y después de estar en tierra, silbó. Otro silbido respondió al suyo. Avanzaron entonces arrastrándose... Delante del muro aparecieron dos bigotes amarillos debajo de un gorro mugriento. El grande saltó por la trinchera al lado del prusiano.

—Es mi hermano, dijo señalando á su compañero.

Stenne era tan pequeño, que al verle el prusiano se echó á reír y le cogió en sus brazos para subirlo á la trinchera.

Del otro lado de la pared había grandes terraplenes, árboles tirados al suelo, hoyos negros en medio de la nieve, y en cada uno de éstos, un soldadote, que se reía viendo pasar á los muchachos.

En una esquina se veía una casa de jardinero, cuyo piso bajo estaba lleno de soldados jugando á las cartas, mientras cocían su sopa en un gran fuego, que olía bien á coles y á tocino. ¡Qué diferencia con el vivaque de los

franco-tiradores, que no tenían sopa y apenas lumbre para calentarse!

En el piso alto se oía á los oficiales tocar el piano y destapar botellas de vino Champagne.

Cuando ambos muchachos entraron, un hurra de alegría les acogió. Entregaron los periódicos, luego les dieron de beber y les hicieron hablar.

Todos aquellos oficiales parecían orgullosos y malos, pero el grande los divertía con sus chistes.

Bien hubiera querido hablar también el pequeño Stenne para probar que no era tonto; tenía gran deseo de hacerlo, pero una cosa le detenía. Enfrente de él se hallaba sentado un prusiano de más edad y más serio que los demás; leía ó aparentaba leer, pues sus ojos no se apartaban del niño.

La mirada de aquel hombre expresaba á la vez ternura y reproche, como si tuviera en su país un hijo de la misma edad que Stenne y se dijera á sí mismo:

—Preferiría morir antes que ver á mi hijo obrar de ese modo...

Desde aquel momento el pequeño sintió como si una mano le oprimiera el corazón, impidiéndole latir.

Para librarse de aquella angustia, Stenne se puso á beber, y bien pronto hubo de notar que todo empezaba á dar vueltas á su alrededor. Oía como en sueños á su compañero burlarse de los nacionales, de su modo de hacer el ejercicio, é imitaba sus movimientos cuando hacían centinela en las fortificaciones. Después bajó bastante la voz, los oficiales se aproximaron más y las caras se pusieron graves; el miserable les advertía que serían atacados aquella noche por los franco-tiradores...

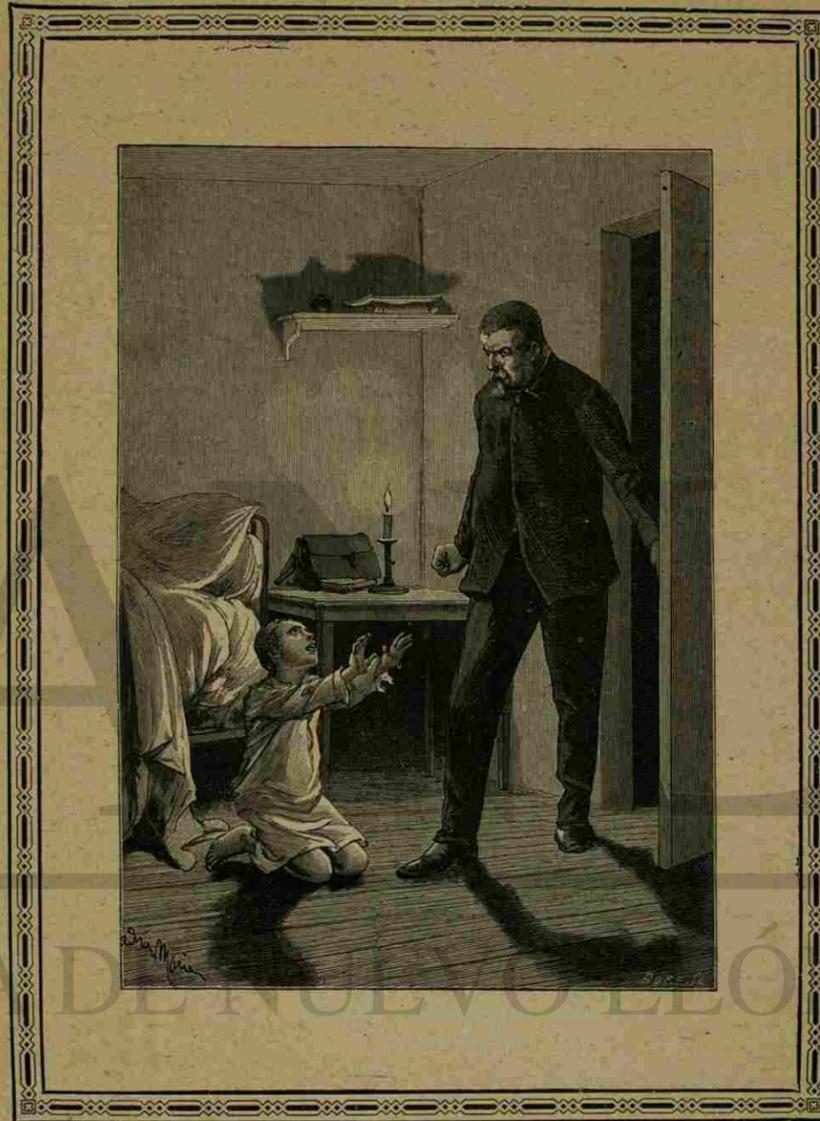
El pequeño Stenne, al oír esto, se levantó furioso y se sintió desembriagado:

—¡Cállate, dijo; eso no... no quiero!

Pero el otro se echó á reír y continuó.

Antes de que acabara de hablar, todos los oficiales estaban de pie, y uno de ellos, señalando la puerta á los muchachos:

—Marchaos, les dijo.



—¿Qué te pasa?

Y se pusieron á hablar entre sí, muy aprisa y en alemán.

El grande salió muy ufano, haciendo sonar el dinero; precio de su traición. Stenne le siguió con la cabeza baja, y cuando pasó cerca del prusiano, cuya mirada se había fijado en él, oyó una voz triste que decía: «¡Tan pequeño y traidor!...»

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Cuando llegaron á la llanura, los muchachos echaron á correr; su saco estaba lleno de patatas que les habían dado los prusianos, y con eso pasaron sin tropiezo por la trinchera de los franco-tiradores, en donde se preparaban para el ataque de la noche.

Batallones enteros llegaban en silencio y se colocaban detrás de los muros.

El anciano sargento estaba allí, colocando á sus hombres, con una cara llena de alegría.

Cuando los muchachos pasaron, los conoció y les sonrió...

¡Oh! Qué daño hizo aquella sonrisa al pequeño Stenne, que estuvo á punto de gritar:

—¡No vayáis allí... os hemos hecho traición!

Pero el otro le había dicho:

—Si hablas, nos fusilarán.

Y el miedo le detuvo.

En la Courneuve entraron en una casa abandonada para repartirse el dinero.

La verdad obliga á decir que el reparto se hizo con equidad, y que al oír el sonido de aquellos hermosos escudos, y pensando en las partidas de chito que tenía en perspectiva, el pequeño Stenne no encontraba su crimen tan horrible.

Pero cuando estuvo solo; cuando después de entrar en París el grande le dejó, el desgraciado niño sintió que la mano que le había apretado el corazón cuando estaba en presencia de los prusianos, se lo apretaba más que nunca, y que sus bolsillos eran muy pesados. Se le figuraba que la gente que pasaba á su lado le miraba con severidad, como si supieran de dónde venía. Oía la palabra «espía» en el ruido de las ruedas y hasta en el sonido de los

tambores que se ejercitaban en las orillas del canal.

Llegó, por fin, á su casa, y muy contento, sabiendo que su padre no había venido aún, subió apresuradamente y ocultó entre las almohadas el dinero que tanto le pesaba.

Hacia mucho tiempo que el tío Stenne no había estado tan alegre como aquella noche. Se acababan de tener noticias de provincias: los asuntos iban mejor. Comiendo el antiguo soldado, miraba su fusil colgado de la pared, y decía sonriendo al niño:

—¡Eh, muchacho! Si fueras mayor, ¡qué bien te batirías contra los prusianos!

Hacia las ocho se oyeron cañonazos.

—Es en Aubervilliers. Se baten en Bourget, dijo el buen hombre, que conocía todos los fuertes. El niño se puso pálido, y pretextando un gran cansancio, se acostó, pero no durmió.

Los cañonazos se oían siempre, y creía ver á los franco-tiradores llegar de noche para sorprender á los prusianos y caer ellos mismos en una emboscada. Recordaba al viejo sargento que le había sonreído, y le veía tendido allá, encima de la nieve, y á muchos otros con él.

El precio de toda la sangre hermana que se estaba derramando lo tenía escondido debajo de la almohada, y era él, el hijo del buen Stenne, de un soldado, el que lo trajo y lo tenía oculto... Las lágrimas le ahogaban y en la pieza inmediata oía andar á su padre y abrir la ventana.

En la calle tocaban á generala y un batallón de móviles se reunía para marchar.

Decididamente era una verdadera batalla. El desgraciado niño no pudo ya contener sus sollozos.

—¿Qué te pasa? preguntó el tío Stenne entrando.

El niño saltó del lecho y se arrodilló á los pies de su padre; pero al movimiento que hizo, el dinero rodó por el suelo.

—¿Qué es esto? ¿Has robado? dijo temblando el anciano.

Entonces, sin tomar apenas aliento, el pequeño contó lo que había hecho, y á medida que lo iba refiriendo, sentía que su corazón se ensanchaba; la con-

fesión de su crimen le producía alivio. El tío Stenne le oía y miraba de un modo terrible.

Cuando el niño concluyó de hablar, el anciano ocultó su cabeza entre las manos y lloró.

—¡Padre, padre! dijo el niño.

El viejo soldado le rechazó y recogió el dinero.

—¿Está aquí todo? preguntó.

El pequeño hizo señas de que sí.

El tío Stenne descolgó su fusil y su

cartuchera, y dijo metiéndose el dinero en el bolsillo:

—Está bien; voy á devolvérselo.

Y sin añadir más palabra, sin volver la cabeza, se fué á reunir con los móviles que partían en aquel momento.

Este buen nombre borró sin duda el crimen de traición de su hijo y la deshonra de su nombre, vertiendo valerosamente su sangre en defensa de la patria.

Jamás se le volvió á ver.



EL ABANDERADO

I

Su regimiento estaba formado en batalla en un declive del camino de hierro, y servía de blanco á todo el ejército prusiano, colocado enfrente guarecido por los árboles. Se batían con los alemanes á ochenta metros de distancia, y por más que los oficiales gritasen: «Boca abajo,» nadie quería obedecer, y el valiente regimiento quedaba en pie, agrupado en derredor de su bandera.

En aquel vasto horizonte iluminado por el sol poniente, y en medio de los pegujales de trigo espigado ya, esa masa de hombres envuelta entre el humo, se parecía á un rebaño sorprendido en campo raso por una formidable tormenta.

¡Cuánto plomo caía en aquel declive! No se oía más que el estruendo de los tiros, el ruido sordo que hacían los cuerpos cayendo en la zanja y el silbido de las balas que hendían los aires de un extremo al otro del campo de batalla. De cuando en cuando la bandera se levantaba por encima de todas las cabezas agitada por el viento de la metra-

lla, y luego desaparecía entre el humo. Entonces se oía una voz grave y serena que, dominando el ruido de los tiros, el estertor de los agonizantes y los quejidos de los heridos, decía: «¡Reuníos en torno de la bandera, hijos míos; seguidla y defendedla!

Y en el instante un oficial se lanzaba en medio de la humareda, y la enseña flotaba de nuevo alentando á los fatigados, enardeciendo á los héroes y vivificando á todos.

¡Veintidós veces cayó!

Veintidós veces su asta, tibia aún, escapada de una mano moribunda, fué recogida y levantada en alto en el fragor del combate.

Cuando después de puesto el sol lo que quedaba del regimiento (un puñado de valientes) se batió en retirada, la bandera no era más que un jirón llevado por el sargento Hornus, vigésimotercero abanderado de aquella jornada.

II

Este sargento Hornus era un pobre ignorante que apenas sabía firmar y

que había necesitado veinte años para conseguir sus galones de subalterno. Todas las miserias sufridas se veían en su frente estrecha, en su espalda agobiada por el peso del morral, y en ese modo de andar automático que adquieren los soldados veteranos. Además tartamudeaba algo; pero para ser abanderado no hace falta la elocuencia.

La noche misma de aquella batalla, su coronel le dijo: «Tienes la bandera, valiente; pues bien, consérvala, que es la enseña gloriosa de la patria.»

Y en su misero capote de campaña, la cantinera hilvanó en seguida el galón dorado de subteniente.

Esta fué la única verdadera alegría que experimentó en su vida, siempre tan humilde. Su encorvada espalda se enderezó, varió su modo de ser, y el que estaba acostumbrado á andar constantemente mirando al suelo, tuvo desde aquel día la vista siempre alzada y fija en el jirón de tela que había recibido, para mantenerlo sin cesar derecho, y tan alto, que no le alcanzara ni la muerte, ni la traición ni la derrota.

No había en el mundo ser más feliz que Hornus en los momentos de batalla, cuando tenía el asta con las dos manos bien apoyada en su funda de cuero. Ni hablaba ni se movía, y miraba su bandera como si fuese una reliquia. Toda su vida, así como toda su fuerza, se reconcentraban en sus dedos crispados alrededor de esa hermosa enseña, y sus ojos, que veían á los prusianos bien de frente, parecían decirles: ¡A ver cómo venís á arrancármela!

Nadie lo ensayó, ni siquiera la Parca. Y después de las acciones de Borny y de Gravelotte, que fueron las más sangrientas, la bandera salió de todas partes cada vez más rota y más agujereada, pero siempre llevada gloriosamente por Hornus.

III

Llegó Septiembre.

El ejército hallábase acampado bajo los muros de Metz, y durante el largo tiempo pasado allí, en aquel campo hú-

medo, en el que los cañones se enmudecían y en donde los aguerridos y valientes soldados, aniquilados por la inacción, la carencia de viveres y de noticias, morían de fiebre y de fastidio al lado de sus armas, nadie tenía ya esperanza.

Sólo Hornus confiaba aún en una completa victoria.

Su andrajo tricolor lo era todo para él, y mientras lo veía á su lado le parecía que nada se había perdido todavía.

Desgraciadamente, como ya no se batían, el coronel guardaba la bandera en su pabellón, situado en uno de los arrabales de Metz, y el valiente abanderado se hallaba poco más ó menos como una madre que tiene á su hijo criándole fuera de su casa, pues sin cesar pensaba en ella.

Cuando se aburría demasiado, iba á visitar su reliquia, y viéndola siempre en el mismo sitio apoyada contra la pared, volvía más tranquilo, lleno de valor y de paciencia, y al acostarse en su tienda chorreando agua, no soñaba más que con batallas, con marchas hacía adelante y con su bandera desplegada flotando allá en las trincheras prusianas.

Una orden del día del mariscal Bazaine desvaneció todas las ilusiones de tan valiente militar.

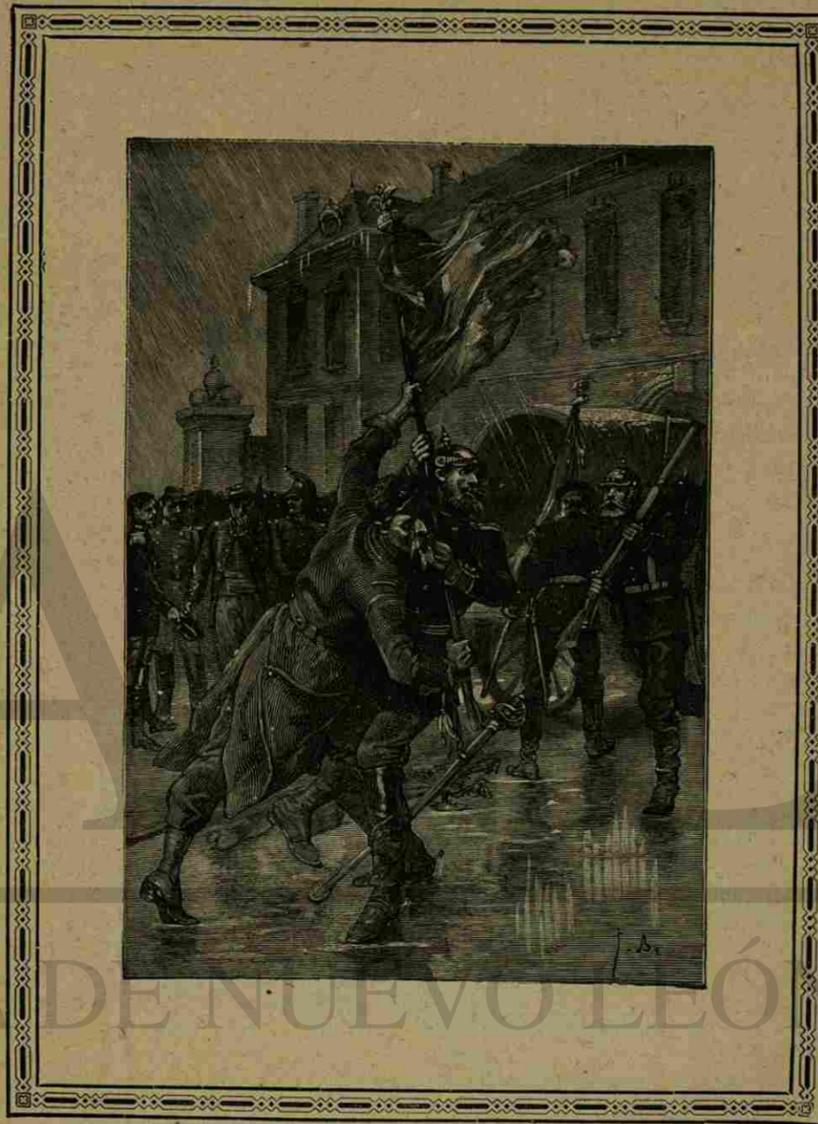
Al despertarse una mañana, notó un gran rumor en el campamento; los soldados formando grupos, gritaban furiosos señalando la ciudad, como si su cólera designara á un culpable, y vociferaban: «¡Vamos por él!... ¡Que le fusilen!... Los oficiales se callaban; andaban separados, con la cabeza baja, como si hubieran querido ocultar su vergüenza á los soldados.

Era, en efecto, muy vergonzoso lo que ocurría.

Concluían de leer á ciento cincuenta mil hombres armados, fuertes, valerosos aún, la orden del Mariscal que los entregaba, sin combate, al enemigo.

—¿Y las banderas? preguntó Hornus palideciendo de coraje.

—Las banderas se entregarán también con los fusiles y todo cuanto queda de pertrechos, todo...



¡Reunios en tor...!

—¡tru... tru... Trueno de Dios! tar-
tamudeó el pobre hombre. No tendrán
con seguridad la mía...

Y echó á correr hacia la ciudad.

IV

Allí también reinaba gran animación. Los nacionales, los burgueses, la guardia móvil, gritaban y se agitaban dirigiéndose hacia el palacio del Mariscal. Hornus ni veía ni oía nada; hablaba solo siguiendo la calle del arrabal.

—¡Quitarme mi bandera! ¡Vaya, eso no es posible! No tienen derecho para ello. ¡Que dé él á los prusianos lo que le pertenece, sus coches dorados y la vajilla de plata que traje de Méjico! ¡Pero la bandera es mía... es mi honra, y prohibo que la toquen!

Todas estas frases eran entrecortadas por la velocidad de su carrera y la tar-
tamudez; pero el viejo soldado tenía su idea, y era coger su bandera, llevarla en medio del regimiento y pasar por encima del cuerpo de los prusianos con todos los que quisieran seguirle.

Cuando llegó allá, ni siquiera le dejaron entrar.

El coronel, furioso también, no quería ver á nadie... pero Hornus no atendía á razones.

Juraba, gritaba, empujaba al ordenanza.

—Mi bandera... quiero mi bandera...

Por fin una ventana se abrió.

—¿Eres tú, Hornus?

—Sí, mi coronel, yo...

—Todas las banderas están en el Arsenal... ve allí y te darán un recibo.

—¡Un recibo! ¿Para qué?

—Es la orden del Mariscal.

—Pero, mi coronel...

—¡Mil bombas, déjame en paz!

Y la ventana se cerró.

Hornus se tambaleaba como si estuviere ebrio.

—Un recibo... un recibo... repetía maquinalmente.

Por fin se puso en marcha no comprendiendo más que una cosa, y era que la bandera permanecía en el Parque, y que era preciso recuperarla á cualquier precio.

V

Las puertas del Arsenal estaban abiertas de par en par para dejar pasar los furgones prusianos que esperaban en el patio.

Hornus se estremeció al entrar.

Allí vió á todos los abanderados tristes y silenciosos, con la cabeza descubierta.

En un rincón se hallaban todas las banderas del ejército de Bazaine, amontonadas y confundidas en el suelo fangoso.

Nada más triste que esos trozos de seda con los colores nacionales, esos retazos de flecos de oro y de astas labradas; todos esos gloriosos restos tirados por el suelo y llenos de agua y de barro.

Un oficial de Administración las tomaba una por una, y nombrando el regimiento á que pertenecían, y el abanderado avanzaba para tomar un recibo. Tiosos é impasibles, dos oficiales prusianos presenciaban el cargamento de los carros.

¡Y así os fuisteis, santos y gloriosos lábaros, desplegando vuestros jirones y barriendo tristemente el suelo como los pájaros que tienen rotas las alas, y cada uno de vosotros os llevasteis algo de la patria. El sol de las largas marchas dejó señales entre vuestros pliegues, y los agujeros de las balas servían para conservar el recuerdo, de los que cayeron sin vida debajo de vuestra sombra!...

—Hornus, te llaman. Ve á tomar tu recibo.

¡Qué le importaba á él aquel documento!

La bandera estaba allí, ante sus ojos. Sí; era la suya, la más hermosa, la más rota de todas. Y viéndola, se le figuraba estar aún allá arriba en el declive. Oía silbar las balas y la voz del coronel que decía: «¡Reuníos en derredor de la bandera, hijos míos!» Luego se le representaban sus veintidós compañeros tendidos en el suelo y él, vigésimotercero, precipitándose á su vez para levantar y sostener la pobre enseña que se caía por falta de sostén.

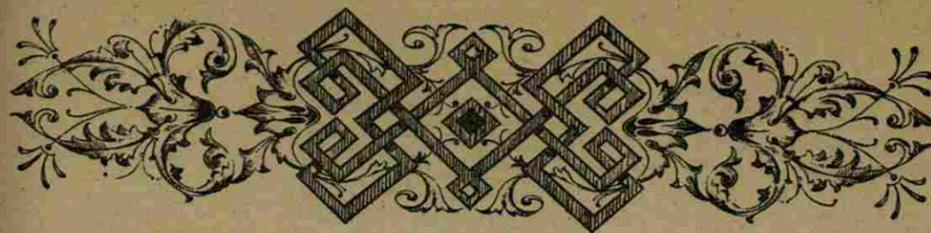
¡Ah! Aquel día juró defenderla y guardarla hasta morir... Y ahora...

Pensando en esto, la sangre toda de su corazón afluyó á la cabeza. Embriagado, loco, se abalanzó al oficial prusiano, le arrancó su querida bandera y procuró levantarla todavía muy alta, muy derecha, gritando: «¡Reunios en tor!...» Pero su voz se ahogó en su

garganta, sintió temblar el asta y escapársele de las manos.

En el aire impuro, mortal, que se respira en las ciudades que se rinden, las banderas no pueden ya flotar, así como no puede vivir el que tenga un gran corazón.

Y el antiguo soldado Hornus cayó como herido por un rayo.



LAS MADRES

Recuerdos del sitio.

Fuimos aquella mañana á dar un paseo al monte Valerien para ver á nuestro amigo el pintor B..., teniente de móviles del Sena; pero estaba de guardia y, como es de rigor, no podía moverse de allí.

Tuvimos, pues, que quedarnos paseando arriba y abajo delante de la puerta del fortín, hablando de París, de la guerra y de los queridos ausentes. De pronto mi bravo teniente que, bajo su uniforme de guardia móvil conserva siempre su carácter jocos, interrumpe la conversación, y cogiéndome por el brazo, me dijo por lo bajo:

—¡Ah, qué hermoso cuadro! señalándome con una mirada burlesca dos venerables siluetas que acababan de aparecer en la meseta del monte citado.

Hermoso era, en efecto, y digno de fijar en él la atención.

Figuráos un hombre delgado, pequeño, muy colorado, con ojos redondos; vestido con una levita muy larga, color castaño, con cuello de terciopelo de un verde parecido al del musgo, y llevando en el brazo izquierdo una cestita de cañamazo bordado, de la que salía el cuello de una botella, y debajo del derecho una caja de conservas que los parisienses no verán en lo sucesivo sin

acordarse de los cinco meses de bloqueo.

En cuanto á la mujer, no se veía más que un sombrero gigantesco y un viejo chal que la envolvía de arriba abajo para dar á conocer mejor su antigüedad, y fijándose un poco más, se veían entre los lazos de aquella gran capota algunos blancos y escasos cabellos.

Al llegar á la meseta, el hombre se detuvo para tomar aliento y enjugarse la frente, y, sin embargo, no hacía calor allá arriba en medio de las brumas de Noviembre; pero habían subido tan de prisa...

La mujer no se paró, no. Marchando derecha hacia la poterna, nos miró un minuto, titubeando si nos hablaría ó no; pero intimidada sin duda por los galones de mi amigo, prefirió dirigirse al centinela y la oí pedir que la dejasen ver á su hijo, móvil de París, que pertenecía á la sexta del tercero.

—Quedáos aquí, dijo el soldado; voy á llamar.

Muy alegre y, no obstante suspirando, se volvió hacia su marido, y ambos se sentaron en el borde de un declive.

Esperaron allí mucho tiempo.

El monte Valerien es tan grande, tiene tantos patios, tantos baluartes, tantos cuarteles y tantas casamatas, que no es fácil buscar á un soldado de la sexta en esa ciudad laberíntica, suspendida entre la tierra y el cielo, y flotando en espiral en medio de las nubes.

Esto sin contar con el ruido y algazara que á aquella hora hay en el fuerte, á causa de los tambores que redoblan, de las trompetas que suenan, de las carreras de los soldados y del choque de los fusiles.

Relevan la guardia, distribuyen el rancho, traen á un espía que los francotiradores han sorprendido y que empujan á culatazos; aldeanos de Nantierre vienen á quejarse al General; un correo llega á escape, el hombre tiritando de frío y el animal sudando; otros traen de los puestos avanzados los heridos colocados en camillas, que se quejan como corderos enfermos, y vuelve también del campo el rebaño del fuerte, que un pastor, con pantalón encarnado y el fusil á la espalda, conduce delante de él con un palo; todo eso va, viene y desaparece por la porterna.

—¡Con tal de que no se olviden de mí muchacho! decían entretanto los ojos de la infeliz madre, y cada cinco minutos se levantaba y se acercaba con precaución á la entrada, miraba furtivamente al patio apoyándose en la pared, pero no se atrevía á preguntar de nuevo, por miedo de poner á su hijo en ridículo.

El padre, más tímido aún que su mujer, no se movía, y cada vez que volvía ella á sentarse llena de desaliento, se veía que él la reñía por su impaciencia y que le daba largas explicaciones sobre las exigencias del servicio militar.

He sido siempre muy aficionado á esas pequeñas escenas íntimas que se adivinan más bien que se ven; á esas pantomimas de la calle, cuyos protagonistas nos codean cuando andamos y que con un gesto nos revelan todo el secreto de una existencia; pero aquí lo que me cautivaba era la ingenuidad de los personajes, y experimentaba una verdadera emoción siguiendo por su

mímica todas las peripecias de un drama familiar.

Me parecía oír á la madre diciendo una mañana:

—Ya me está fastidiando ese señor Trochu con sus consignas. Hace más de tres meses que no veo á mi querido hijo. Quiero ir mañana mismo á darle un abrazo.

El padre, intimidado y asustado por los pasos que había que dar para obtener un permiso, procuró por todos los medios posibles hacerla entrar en razón.

—Pero, mujer, ¿en qué estás pensando? El monte Valerien está demasiado lejos... No es posible ir hasta allí á pie; y además es una ciudadela, y las mujeres no pueden entrar.

—Pues yo sí entraré, respondió la madre.

Y como él hace cuanto ella quiere, se fué á la Alcaldía, al Estado Mayor, á casa del Comisario, sudando de miedo, helándose de frío, llamando á todas las puertas, equivocándose de oficina, y por fin volvió por la noche á su casa con un permiso del Gobernador en el bolsillo.

Al día siguiente se levantaron antes del amanecer, y como hacía mucho frío, el padre tomó un ligero desayuno á fin de entrar en calor; pero la madre dijo que no tenía apetito y que prefería almorzar con su hijo. Para regalar al pobre soldado, amontonaba en su cabás cuantas provisiones ha podido adquirir; chocolate, confituras, vino lacrado y hasta una lata de ocho pasetas que guardaban para los días de gran escasez.

Cuando llegaron á la muralla, las puertas acababan de abrirse; fué preciso enseñar el pase; ¡qué miedo tenía la madre! Pero parece que estaba en regla, pues el ayudante de servicio dijo:

—Dejad pasar.

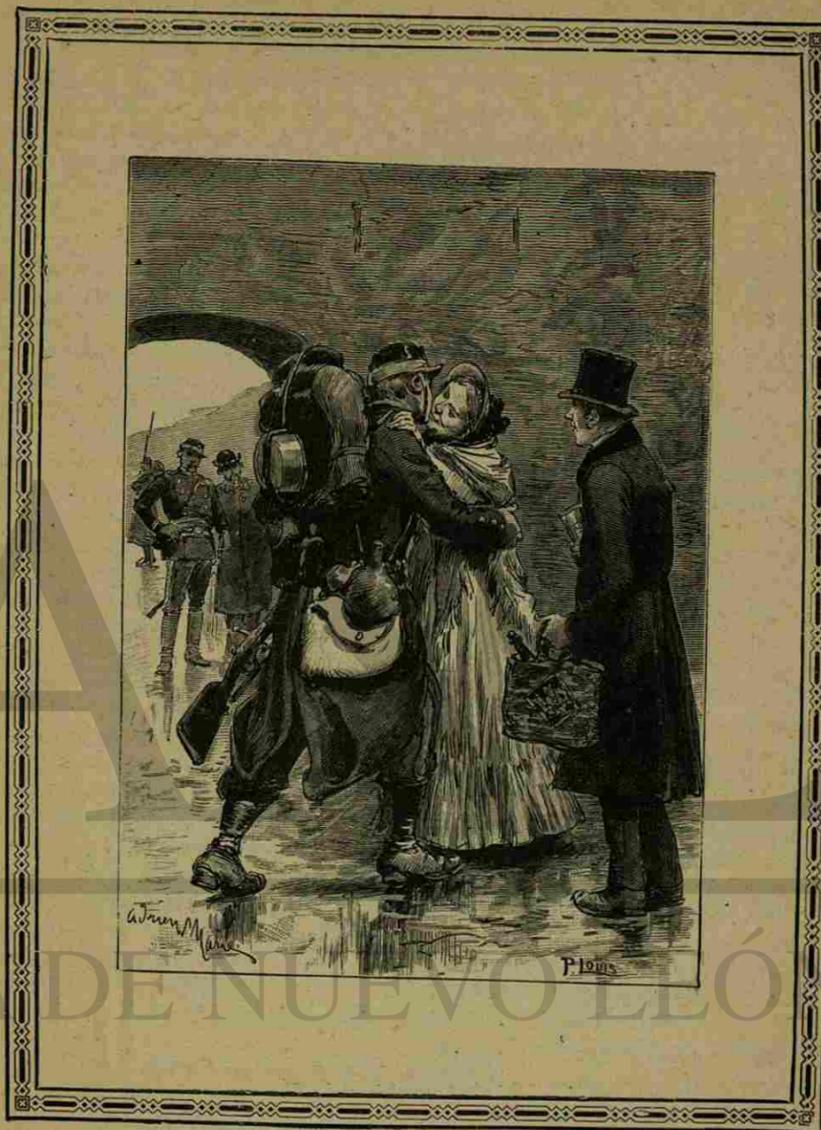
Sólo entonces la buena mujer respiró.

—¡Qué fino es este oficial! exclamó.

Y lista como una ardilla, corre tanto que su marido puede apenas seguirla, y le dice:

—¡Qué ligera andas!

Pero ella no le hace caso. Allá arri-



—Buenos días, mamá.

ba está el monte Valerien que parece llamarla diciéndola:

—Venid pronto; aquí está.

Y ahora que han llegado, nuevas angustias les esperan.

¡Si no le encontrarán! ¡Si no podrá salir!

De repente la ví estremecerse, golpear en el brazo del anciano y avanzar de un salto. Desde lejos, por debajo de la poterna, ha conocido su modo de andar.

¡Era él!

Cuando apareció, la fachada del fuerte pareció como iluminada.

Y era, en efecto, un hermoso muchacho; bien plantado, con el morral a la espalda y el fusil en la mano.

Se acercó sonriéndoles, diciendo con voz sonora y alegre:

—Buenos días, mamá.

Y en seguida el joven desapareció entre los brazos y el gran sombrero-capota de su madre. Después le llegó la vez al padre; pero el abrazo no fué largo, pues la madre era insaciable y todo lo quería para sí.

—¿Cómo te encuentras? ¿Estás bien abrigado? ¿En qué estado se halla tu ropa blanca?

Y por debajo del ala de su capota, adivinaba yo las miradas cariñosas con las que le envolvía de pies a cabeza, mezcladas con una lluvia de besos y de lágrimas; en fin, un atraso de tres meses de ternura maternal que le pagaba de una vez. El padre estaba también muy conmovido; mas no quería aparentarlo, pues comprendía que le mirábamos, y de vez en cuando nos guiñaba un ojo como para decirnos:

—Dispensadla... es mujer.

¡Pobrecilla! Bien la disculpa su calidad de madre.

El sonido del clarín vino de pronto a turbar esa alegría.

—Tocan á llamada, dijo el muchacho; tengo que marcharme.

—¡Cómo! ¿No almuerzas siquiera con nosotros?

—No, no puedo... Estoy de guardia durante veinticuatro horas en lo alto del fuerte.

—¡Oh! exclamó la pobre madre.

Y no pudo decir más.

Quedaron un momento mirándose los tres con aire consternado; luego el padre dijo al muchacho:

—Pues bien; llévate por lo menos la lata de conserva.

Pero he aquí que en la emoción de la despedida, la pícaro caja no se encontraba, y daba compasión ver aquellas manos temblorosas que se agitaban buscando por todos lados, y oír aquellas voces entrecortadas por las lágrimas que decían: «¡La caja! ¿En dónde se encuentra la caja?» Por fin pareció, hubo un último y prolongado abrazo, y el muchacho entró apresuradamente en el fuerte.

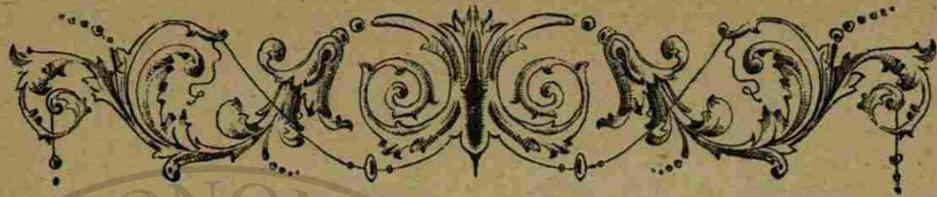
Acordáos, queridos lectores, que habían venido desde muy lejos para almorzar con su hijo; que la madre no había dormido en toda la noche pensando en ese almuerzo, y decidme si conocéis nada más triste que el desengaño que sufrieron los pobres ancianos.

Esperaron aún algunos momentos inmóviles en el mismo sitio, con la vista clavada en aquella poterna, por donde su hijo acababa de desaparecer. Por fin el hombre dió media vuelta, tosió dos ó tres veces, y después de tranquilizarse algo, dijo:

—Vamos, en marcha, hija mía.

Y saludándonos con mucha finura, tomó á su mujer del brazo. Los seguí con la mirada hasta la revuelta del camino.

El padre parecía furioso; pero la madre, más tranquila, se decía: «Ya le he visto»



EL SITIO DE BERLÍN

SUBÍAMOS por la avenida de los Campos Elíseos con el doctor V..., mirando las paredes agujereadas por las balas, las aceras hundidas por la metralla, cuando un poco antes de llegar al Arco de la Estrella el doctor se detuvo, y señalándome una de esas grandes casas que hacen esquina, tan pomposamente agrupadas alrededor del Arco del Triunfo:

—¿Veis, me dijo, ese gran balcón de cuatro huecos, los cuales se hallan cerrados? En los primeros días del mes de Agosto, de ese terrible mes de Agosto del año pasado, tan lleno de desastres, fui llamado allí para un caso de apoplejía fulminante.

Era en casa del coronel Jouve, coracero del primer Imperio, encaprichado de gloria y de patriotismo, y que desde el principio de la guerra había venido á instalarse en los Campos Elíseos.

Adivinad el por qué.

Pues para asistir á la entrada triunfal de nuestras tropas. ¡Pobre viejo! La noticia de lo de Wissemburgo le llegó cuando se levantaba de la mesa, y leyendo el nombre de Napoleón, cayó como herido por el rayo.

Encontré al antiguo coracero extendido cuan largo era en la alfombra de su habitación. Su faz estaba morada é

inerte, como si le hubiesen dado con un mazo en la cabeza.

De pie debía ser muy alto; acostado parecía un gigante.

Tenía hermosas facciones, dientes magníficos, una profusión de cabellos blancos muy rizados, y ochenta años que no parecían ni sesenta...

A su lado estaba arrodillada su nieta, llorando amargamente.

La joven se le parecía; viéndolos á ambos, uno al lado del otro, se hubiese dicho que eran dos hermosas medallas griegas acuñadas al mismo tiempo, sólo que la una estaba desgastada en sus contornos, mientras que la otra se había conservado limpia y resplandeciente.

El dolor de la niña me enterneció. Hija y nieta de soldado, pues su padre formaba parte del Estado Mayor de Mac-Mahon, la imagen de ese anciano cadavérico, tendido delante de ella, evocaba en su espíritu otra imagen no menos terrible.

La tranquilicé lo mejor que pude; pero, en el fondo, tenía muy poca esperanza, pues el anciano padecía una fuerte hemiplejía, y á los ochenta años raro es el que se salva. Durante treinta y seis horas, en efecto, el enfermo quedó en el mismo estado de inmovilidad.

Hallándonos en el día tercero, llegaron aquí, y os acordaréis de qué singular manera, las noticias de Reichshoffen.

Hasta la noche todos creímos en una gran victoria: que veinte mil prusianos habían sido muertos y el Príncipe Real hecho prisionero... No sé por qué milagro ó por qué corriente magnética, un eco de esa alegría nacional fué á buscar á nuestro pobre sordomudo hasta los limbos de su parálisis; lo cierto es que aquella noche, y al acercarme á la cama, no hallé al mismo hombre que dejé por la mañana. Los ojos estaban claros, la lengua menos torpe, tuvo la fuerza de sonreír y balbuceó dos veces:

—¿Vic... to... ria?...

—¡Sí, mi coronel, gran victoria!...

Y á medida que le iba dando detalles del hermoso hecho de armas de Mac-Mahon, sus facciones volvían á su estado normal y su mirada recuperaba su brillo...

Cuando salí, la joven me esperaba, pálida y sollozando, de pie delante de la puerta.

—¡Se ha salvado! la dije cogiéndola las manos.

La desgraciada niña, tuvo apenas el valor suficiente para responderme.

Acababan de poner los carteles de lo que verdaderamente había sucedido en Reichshoffen; Mac-Mahon en retirada y el ejército había sido deshecho...

Nos miramos consternados. Ella desconsolada pensando en su padre, y yo temblando acordándome del anciano, que con seguridad no resistiría á un nuevo ataque...

¿Qué hacer?... ¿Dejarle las ilusiones que le habían devuelto la vida?... Pero, entonces, era preciso mentir...

—¡Pues bien, mentiré!... me dijo la niña enjugando pronto sus lágrimas.

Y entró con la cara radiante de alegría en la habitación de su abuelo.

Engañar á aquel anciano era una ruda tarea. Los primeros días pase, pues el buen hombre tenía la cabeza débil y se dejaba engañar como un chiquillo. Pero con la salud, sus ideas se hicieron más claras y fué preciso tenerle al corriente del movimiento de

los ejércitos y redactar boletines militares.

Daba lástima, en verdad, ver á aquella hermosa niña inclinada día y noche sobre un mapa germánico, clavando banderitas y esforzándose en combinar una campaña gloriosa; Bazaine sobre Berlín, Froisart en Baviera, Mac-Mahon en el Báltico y así sucesivamente. Para todo esto me pedía consejo, y yo la ayudaba cuanto podía, pero el abuelo, sin darse cuenta de ello, nos servía de mucho en esa imaginaria invasión.

Había asistido á tantas batallas en Alemania durante el primer Imperio, que sabía de antemano todo cuanto las tropas tenían que hacer, y nos decía: «Ahora tienen que ir á... Esto es lo que tienen que hacer...» y como sus previsiones se realizaban siempre, el pobre anciano se llenaba de contento.

Desgraciadamente, por más ciudades que tomásemos y por más batallas que ganásemos, no íbamos bastante aprisa para él, pues era insaciable de gloria... Así es que cada día me anunciaban un nuevo hecho de armas.

—Doctor, nos hemos apoderado de Maguncia, me decía la joven con triste mirada, viniendo á recibirme, y oía detrás de la puerta una voz alegre que exclamaba:

—¡Esto marcha! ¡Esto marcha!... Dentro de ocho días entraremos en Berlín.

En aquellos momentos, los prusianos no distaban más que ocho jornadas de París...

Nos preguntábamos si no sería mejor llevarlo á provincias; pero tan pronto como saliera de París, el estado de Francia le daría á conocer nuestro engaño, y yo le encontraba todavía demasiado débil para exponerle á una recaída que le sería funesta. Decidimos, pues, no turbar su tranquilidad.

El primer día del sitio, recuerdo que fui á verlos; estaba yo muy conmovido y angustiado por el cierre de las puertas de París, y por las batallas que se libraban ante sus muros.

Al llegar encontré al buen anciano sentado en la cama, lleno de regocijo y de orgullo.

—Vamos, me dijo; está ya empezando el sitio...

—¿Cómo, coronel, sabéis?...

—Su nieta se volvió hacia mí:

—Pues sí, doctor... Es la gran noticia del día... Ha empezado ya el cerco de Berlín.

Y decía esto tirando de la aguja con tanta tranquilidad, que era imposible que el anciano sospechara la menor cosa, pues no podía oír los cañonazos de los fuertes, ni ver al desgraciado París combatido y revuelto.

Lo único que veía desde su cama era un trozo del Arco del Triunfo, y en su habitación, todo cuanto le rodeaba, ayudaba bien á sostener sus ilusiones. En las paredes, cuadros de batallas y retratos de Mariscales, entre los que se destacaba el del Rey de Roma, niño todavía; las consolas, cuyos pies formaban trofeos, estaban cargadas de reliquias imperiales, medallas, bronce y hasta un trocito de roca de Santa Elena. ¡Bravo coronel!

Aquella atmósfera de victorias y conquistas era, aún más que cuanto pudiéramos decirle, lo que le hacía creer tan ingenuamente en el sitio de la capital de Prusia.

Desde aquel día nuestras supuestas operaciones militares se simplificaron mucho, pues tomar á Berlín no era ya más que cuestión de tiempo y de paciencia.

De vez en cuando, si el anciano se aburría demasiado, se le leía una carta de su hijo, falsa por supuesto, porque nada entraba ya en París y porque desde la derrota de Sedán el ayudante de Mac-Mahon estaba prisionero en una fortaleza de Alemania.

Figuráos el valor que tenía que desplegar esa pobre niña, que sabiendo que su padre, cautivo de los prusianos y enfermo tal vez, no podía escribir, tenía que fingir cartas alegres, si bien cortas, tales como puede escribir las un soldado que se halla en campaña, yendo siempre adelante en un país conquistado. Algunas veces, falta de fuerzas ya, pasaban semanas enteras sin noticias; pero el anciano no dormía ni seosegaba un minuto. Una nueva carta llegaba entonces y la joven se la leía sonriendo, cuando tantas ganas tenía de llorar.

El coronel escuchaba con mucha aten-

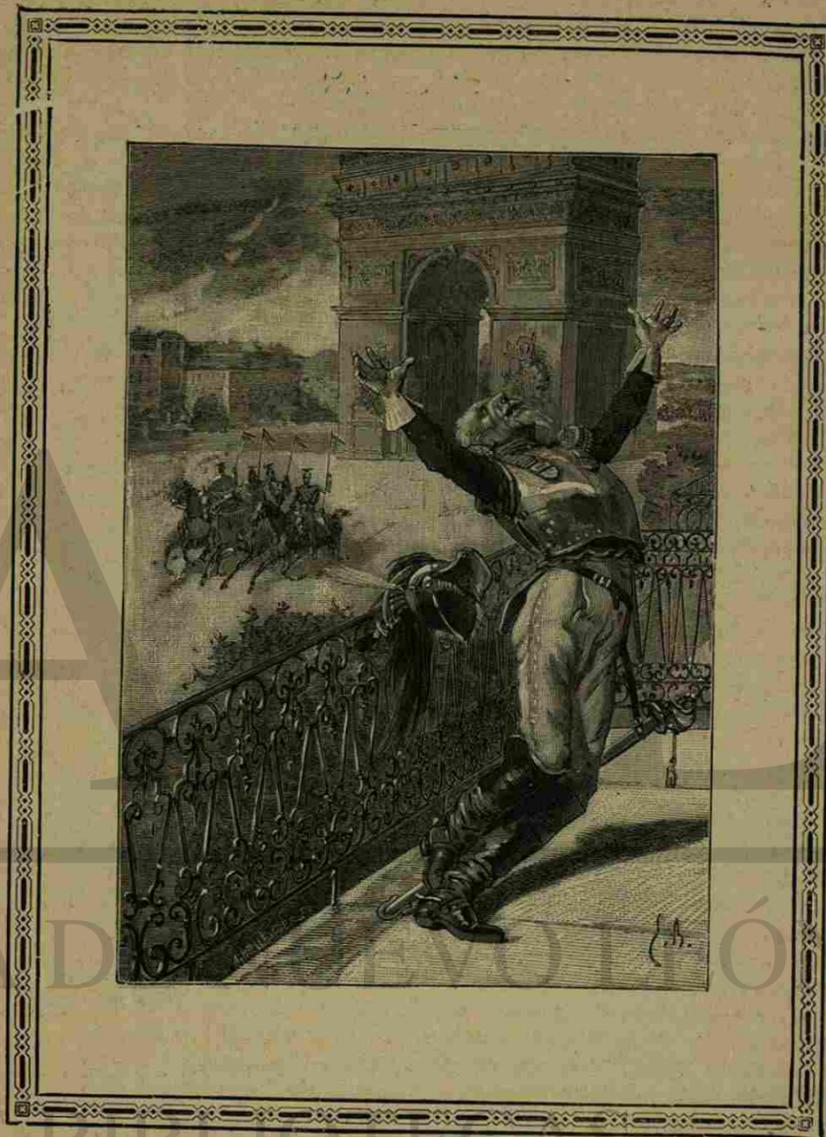
ción, sonreía, aprobaba, criticaba y nos explicaba las frases poco claras. Sus respuestas eran, sobre todo, dignas de oír: «No olvides nunca, decía á su hijo, que eres francés... Sé generoso para esas pobres gentes. Procura que la invasión no les sea demasiado penosa...» Recomendaciones que no acababan nunca, tiernos sermones sobre el respeto de la propiedad, los miramientos que se deben á las señoras, un verdadero código de honor militar para uso de los conquistadores, al que mezclaba también algunas consideraciones generales sobre política, sobre las condiciones de paz que debían imponerse á los vencidos, y respecto á esto debo decir que no era exigente.

—La indemnización de guerra, y nada más, decía; ¿para qué quitarles algunas provincias?... La Alemania no puede volverse Francia.

Y dictaba todo esto con voz firme, y se notaba en sus palabras tanto candor y tanto patriotismo, que era imposible no conmoverse escuchándole.

Mientras tanto, el sitio adelantaba siempre, mas no el de Berlín, ¡ay!... Habíamos llegado al tiempo de los grandes fríos, del bombardeo, de las epidemias y del hambre; pero, merced á nuestros cuidados, á nuestros esfuerzos y á la inagotable ternura que se multiplicaba á su alrededor, el sosiego de que disfrutaba el anciano no fué turbado un solo instante.

Hasta el fin pude proporcionarle pan blanco y carne fresca, si bien para él solo, y no podéis imaginaros nada tan conmovedor como esos almuerzos del abuelo, tan inocentemente egoístas; el anciano sentado en la cama, fresco y sonriente, con la servilleta atada al cuello, y á su lado su nieta, algo desmejorada por las privaciones, guiando su mano, dándole de beber y de comer aquellas buenas cosas, prohibidas á los demás. Después, animado por la comida y por el bienestar que experimentaba en esa habitación tan abrigada, el antiguo coracero recordaba sus campañas en el Norte y nos contaba por centésima vez esa siniestra retirada de Rusia, en la que no tenían para comer más que galleta helada y carne de caballo.



El coronel vacila y cae muerto.

—¿Comprendes tú eso, pequeña? ¡Comíamos carne de caballo!

¡Ya lo creo que lo comprendía! ¡Cómo que hacía seis meses no comía ella otra cosa!... Sin embargo, de día en día, y á medida que la convalecencia tocaba á su término, nuestra tarea se hacía más difícil. El entorpecimiento de sus sentidos y de sus miembros, que tan bien nos había servido hasta entonces para engañarle, empezaba á desaparecer, y como dos ó tres veces ya las terribles detonaciones de la puerta Maillot le habían hecho estremecer y aguzar el oído, nos vimos obligados á inventar una nueva victoria de Bazaine en los alrededores de Berlín, lo que explicaba las salvas tiradas en los Inválidos.

Otro día que, para distraerle, se había acercado su cama al balcón (era, si mal no recuerdo, el del ataque de Buzenval) vió á los guardias nacionales, que formaban en la Avenida de la Grande-Armée.

—¿Qué hacen allí esas tropas? preguntó.

Se contestó con una respuesta evasiva; pero comprendimos que en adelante tendríamos que tomar mayores precauciones. Desgraciadamente, no sirvieron de nada.

Una tarde, al llegar para ver á mi enfermo, la niña vino á mi encuentro y me dijo muy turbada:

—Mañana es el día señalado para la entrada de las tropas.

¿La puerta de la habitación del abuelo estaría abierta al hablar la niña y yo?... Lo cierto es que más tarde, pensando en esto, recordé que la cara del buen anciano tenía aquella noche una expresión extraordinaria; es probable, por lo tanto, que nos hubiera oído.

Pero nosotros hablábamos de los prusianos, y él pensaba en los franceses y en la entrada triunfal que esperaba desde tanto tiempo: Mac-Mahon, bajando por la avenida de los Campos Elíseos, cubierta de flores, en medio del sonido de las trompetas, su hijo

al lado del Mariscal, y él, el viejo, en su balcón, de gran gala como en Lutzen, saludando las banderas agujereadas y las águilas ennegrecidas por la pólvora.

¡Pobre coronel Jouvel! Pensó, sin duda, que queríamos impedirle que asistiera al desfile de las tropas para evitarle una emoción demasiado grande. Así es que se guardó muy bien de hablar con nadie de esa entrada; pero al día siguiente, á la misma hora en que los batallones prusianos entraban tímidamente en la larga vía que va desde la puerta Maillot hasta las Tullerías, una de las puertas de ese balcón se abrió suavemente, y el coronel apareció en él con su uniforme de antiguo coracero de Milhaud.

Estoy preguntándome todavía cómo tuvo la suficiente fuerza para ponerse en pie y vestirse sin ayuda de nadie; mas lo cierto es que estaba allí, detrás de la barandilla, admirándose al ver que las avenidas estaban desiertas, las persianas de las casas cerradas y París triste como un lazareto; por todas partes, banderas; pero tan raras, blancas con cruces rojas, y nadie que fuera al encuentro de nuestros soldados.

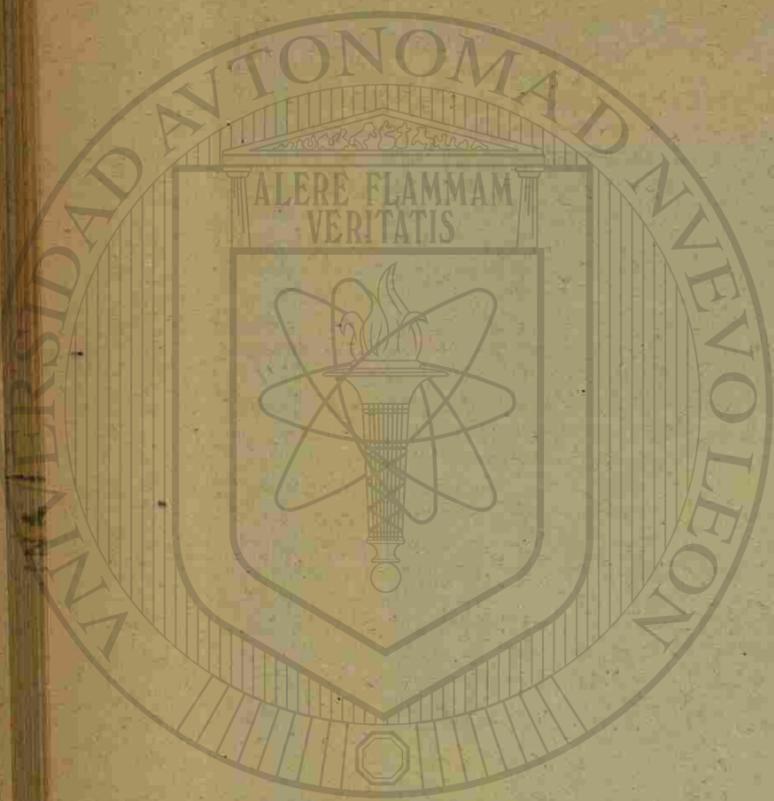
Pudo creer un momento que se había equivocado.

Pero no; allá, detrás del Arco del Triunfo, se oía un ruido confuso y una línea negra que avanzaba iluminada por el sol de Levante; luego, la punta de los cascos relumbraron, los tambores de Jena redoblaron, y debajo del Arco de la Estrella retumbó de pronto la marcha triunfal de Schubert.

Entonces, en medio del triste silencio que reinaba en la plaza, se oyó un grito, un terrible grito: «¡A las armas!... ¡A las armas!... ¡Los prusianos!...»

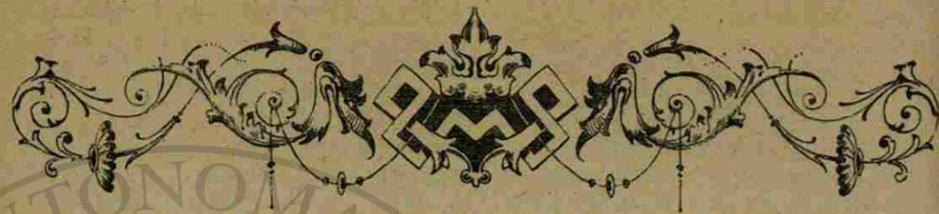
Y los cuatro hulanos de la vanguardia pudieron ver allá arriba, en el balcón, un anciano alto tambalearse moviendo los brazos y caer para no volverse á levantar jamás.

El ataque fué esta vez fulminante,



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL



LOS ALDEANOS EN PARÍS DURANTE EL SITIO

Conocí en Champrosay una familia de aldeanos que era muy feliz; las ventanas de mi casa tenían vista á su corral, y durante la mitad del año, su existencia y la mía tenían alguna semejanza.

Mucho antes de que amaneciera, oía al hombre entrar en la cuadra, enganchar su carrito y partir para Corbeil, en donde iba á vender sus verduras; más tarde, la mujer se levantaba, vestía á los niños, llamaba á las gallinas para darlas su pitanza, ordeñaba la vaca, y durante toda la mañana era un subir y bajar continuo por la escalera de madera.

Por la tarde, al contrario, todo quedaba en silencio, pues el padre se iba al campo, los niños á la escuela y la madre se ponía á lavar en el corral ó á coser delante de la puerta, cuidando al mismo tiempo del pequeñuelo. De vez en cuando alguien pasaba por el solitario camino y entonces charlaba un rato, no dejando por esto de tirar de la aguja.

Un día, jera á fines de Agosto... siempre el mes de Agosto, oí á la mujer que decía á una vecina:

—¡Dejadme en paz con los prusianos, que ni siquiera habrán pisado todavía el suelo francés.

—¡Están en Chalons, tía Juana! le grité desde mi balcón.

Esto la hizo reír.

Es que en aquel rincón del departamento de Seine y Oise, los aldeanos no creían en la invasión.

Y, sin embargo, se veían todos los días pasar carros cargados de muebles. Las casas particulares se cerraban todas, y en ese mes, en el que tan largos son los días, los jardines, llenos de flores, estaban tristes y desiertos.

Poco á poco mis vecinos empezaron á alarmarse al ver que varios de los habitantes del pueblo se marchaban, y luego, una mañana, el pregonero leyó una orden de la alcaldía que mandaba se vendiese todo el ganado, para que los prusianos no se apoderasen de ello.

El hombre cogió su vaca y se marchó con ella para venderla en París.

Fué un triste viaje.

Por todo el camino no se veían más que carros de mudanza, que iban en fila mezclándose con rebaños de cerdos y de puercos que se asustaban de

las ruedas, ó de bueyes trabados que mugían sin cesar; y en las orillas, gentes pobres que caminaban á pie detrás de carritos llenos de muebles antiquísimos, que sólo Dios sabe desde cuántos años no se habían movido del sitio que dejaban vacío ahora, con gran dolor de sus dueños.

En las puertas de París, mi vecino tuvo que esperar dos horas; tanta era la afluencia de gente que se refugiaba en la capital.

Durante ese tiempo, el pobre hombre, oprimido contra su vaca, miraba asustado las troneras por donde asomaban los cañones, los fosos llenos de agua, las fortificaciones muy altas ya, y los árboles derribados y marchitos en la orilla del camino.

Por la noche volvió consternado á su casa, y contó á su mujer cuanto había visto.

La pobre tía Juana quiso partir al día siguiente, pero un día por otro la marcha se retrasaba. Tenían que labrar una tierra, que recoger alguna fruta, ¡y quién sabe si no podrían vendimiar! Luego conservaban tal vez en el fondo de su corazón una vaga, aunque vana esperanza, de que los prusianos no pasarían por su pueblo.

Una formidable detonación los despertó una noche; el puente de Corbeil había saltado y los hombres del lugar corrían por las calles llamando á todas las puertas y gritando:

—¡Los hulanos! ¡Los hulanos! ¡Sálvese quien pueda!

Se levantaron apresuradamente, vistieron á los niños medio dormidos, engancharon el carro y echaron á andar por un camino de travesía, seguidos por algunos vecinos.

Al concluir de subir la cuesta, el reloj de la iglesia dió las tres y se volvieron para mirar por última vez el pueblo, que se perdía de vista entre las densas brumas de la madrugada.

Ya en París ocuparon dos reducidas piezas de un cuarto piso en una calle muy triste.

El hombre no sentía mucho la mudanza; había encontrado trabajo, además era guardia nacional, y todas esas ocupaciones le aturdían, y le hacían ol-

vidar su guardilla medio vacía y sus prados sin sembrar.

La mujer, por el contrario, estaba desconsolada, se fastidiaba y no sabía qué hacerse. Sus dos niñas mayores iban á la academia, y allí, sin un jardín en donde esparcirse las dos muchachas, se ahogaban y recordaban el lindo convento del pueblo tan alegre, y la media legua á través del bosque que tenían que recorrer para llegar á clase. La madre sufría al verlas tan tristes, pero el pequeñito, sobre todo, la tenía muy inquieta.

Allá en el pueblo, iba, venía, la seguía por todas partes, en el patio, en la casa, saltando el escalón del umbral tantas veces como ella, mojando sus manitas en la tina de lavar, sentándose al lado de la puerta cuando hacía media para descansar. Aquí tenía que subir cuatro pisos por una escalera oscura en la que tropezaba á cada escalón, y luego las ventanas del cuarto eran tan altas, que no dejaban ver más que un pedazo, muy pequeño, del cielo.

Y si bien aquella casa tenía un patio en el que los niños podrían jugar, la portera no lo permitía. Esta es otra de las invenciones de las ciudades, ¡los porteros! En los pueblos cada cual es dueño de su casa, y tiene su rincón, que no necesita cancerbero. Durante el día la puerta queda siempre de par en par, de noche se empuja un grueso pestillo de madera, todos los vecinos se echan á dormir á pierna suelta, y si bien algunas veces el perro ladra, nadie se incomoda ni se levanta.

En las casas pobres de París, como de todas las grandes poblaciones, los porteros son los verdaderos dueños.

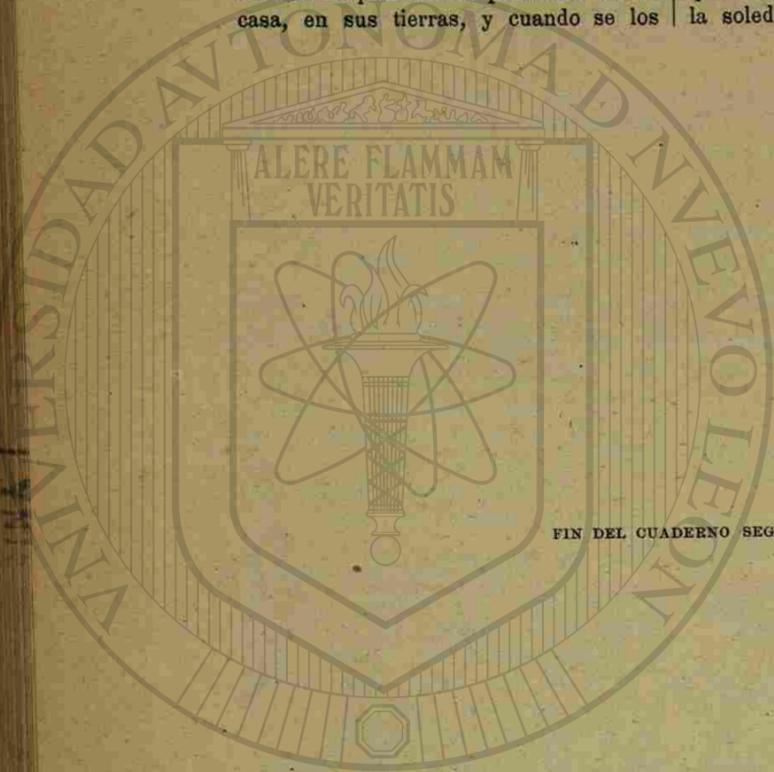
El pequeñuelo no se atrevía á bajar solo, tanto miedo tenía á la portera, que les había obligado á vender su cabra, con pretexto de que llenaba de paja y mondaduras de patatas el patio.

Para distraer al niño, que se fastidiaba y se desmejoraba de día en día, la pobre madre no sabía ya qué inventar, y tan pronto como acababan de comer, le abrigaba como si fueran al campo y

le paseaba por las calles y los boulevares; pero el niño apenas miraba á su alrededor: sólo los caballos le interesaban, pues es la única cosa que conocía y que le hacía reír.

La madre no tenía gusto para nada, andaba maquinalmente pensando en su casa, en sus tierras, y cuando se los

veía pasar á los dos, ella con su aire honrado, sus vestidos limpiísimos y sus cabellos sin adornos de ninguna especie, el pequeñuelo con su cara redonda como una manzana y sus zapatos, se adivinaba que eran desterrados, que echaban de menos el aire puro y la soledad de los caminos rurales.



FIN DEL CUADERNO SEGUNDO

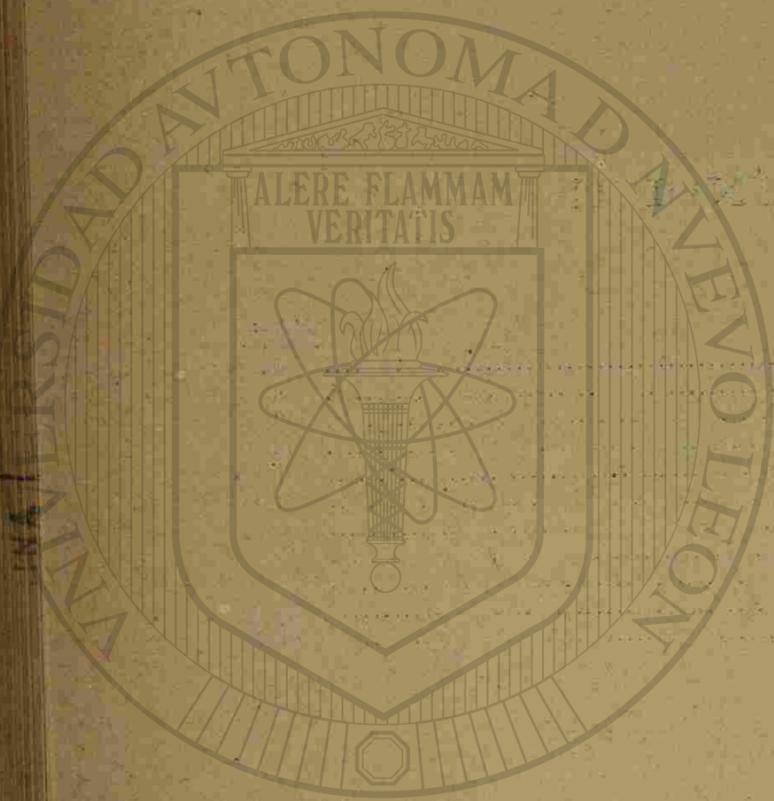
ÍNDICE

	Páginas.
El fotógrafo.....	5
Salvette y Bernardou.....	8
Las estrellas.....	13
La langosta.....	18
La marcha furtiva.....	21
La visión del juez de Colmar.....	33
El niño espía y traidor.....	36
El abanderado.....	43
Las madres.....	49
El sitio de Berlín.....	54
Los aldeanos en París durante el sitio.....	60

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



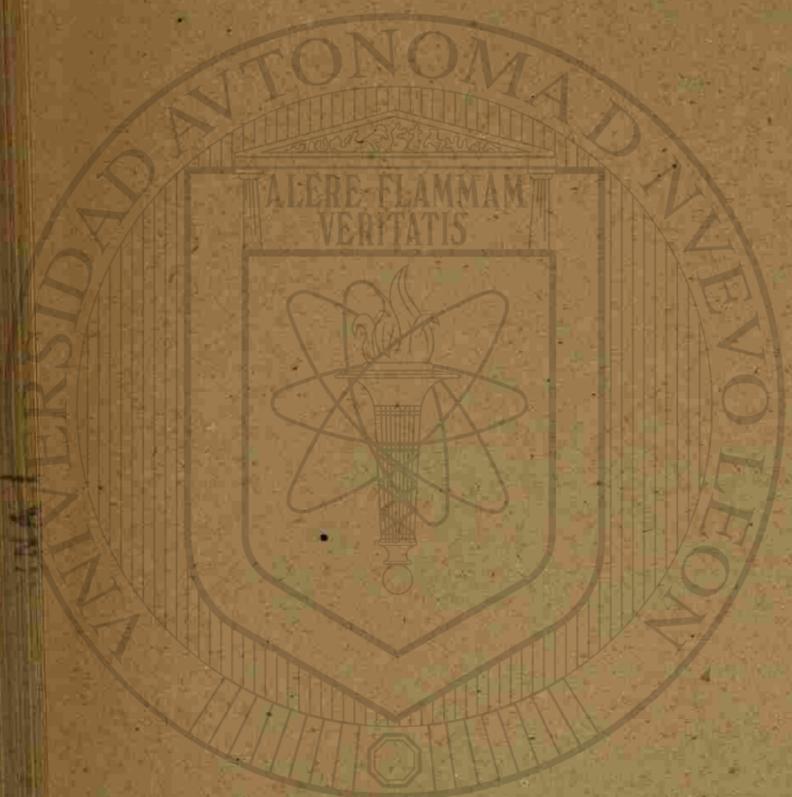


CUENTOS ESCOGIDOS PARA LA JUVENTUD

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ALFONSO DAUDET

CUENTOS ESCOGIDOS

PARA

LA JUVENTUD

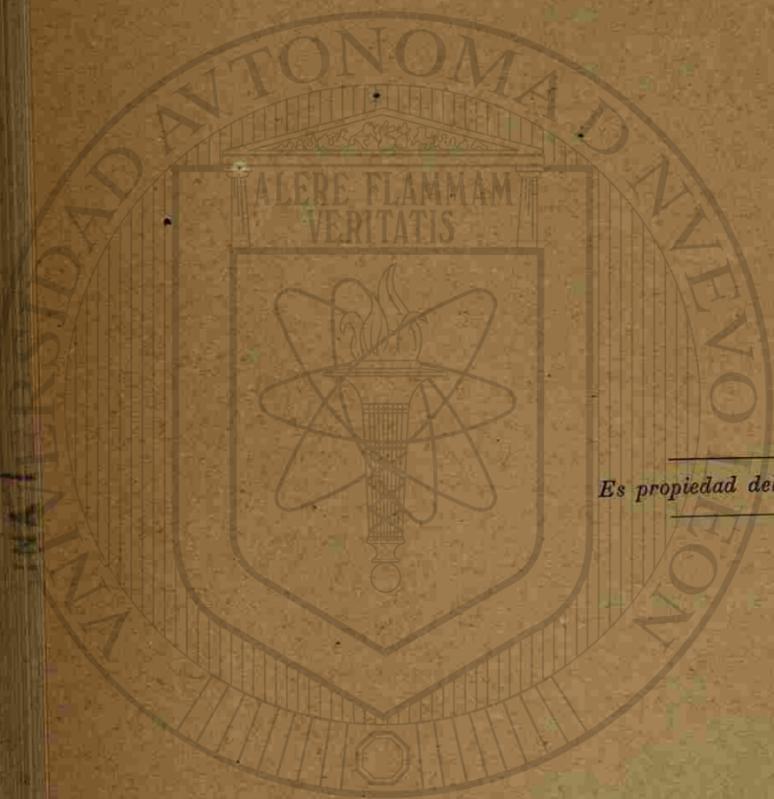
VERSIÓN ESPAÑOLA



CUADERNO TERCERO

MADRID
AGUSTIN JUBERA, EDITOR
ALMACENES DE LIBROS
10, CALLE DE CAMPOMANES, 10
1889

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



Es propiedad del Editor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE



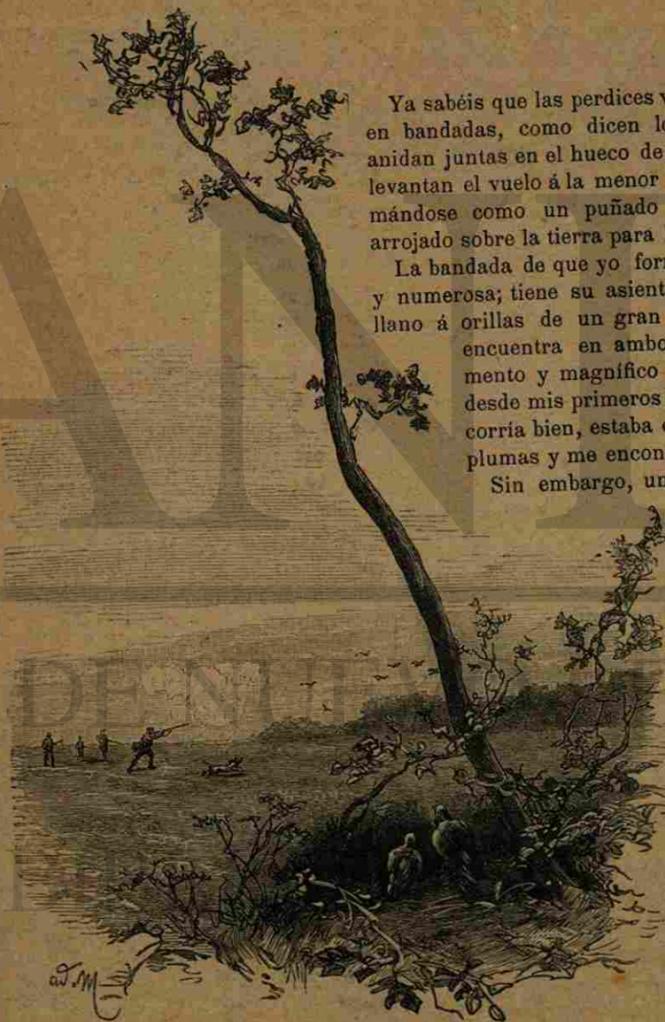
Las emociones de un perdigón rojo.

Ya sabéis que las perdices viven en sociedad; en bandadas, como dicen los hombres; que anidan juntas en el hueco de los surcos y que levantan el vuelo á la menor alarma, desparrajándose como un puñado de grano al ser arrojado sobre la tierra para la siembra.

La bandada de que yo formo parte es alegre y numerosa; tiene su asiento ó parada en un llano á orillas de un gran bosque, y allí se encuentra en ambos lados buen alimento y magnífico abrigo; así es que desde mis primeros días, bien repleto, corría bien, estaba cubierto de buenas plumas y me encontraba muy feliz.

Sin embargo, una cosa turbaba mi alegría, y era esa famosa apertura de la caza, de la que nuestras madres empezaban á hablar entre sí; pero un viejo de nuestra compañía me decía siempre respecto á eso:

— No tengas miedo, Rojito (me llaman así por el color de mi pico y de mis patas); vendrás conmigo el día de la apertura y te aseguro que nada te sucederá.



Es una perdiz muy lista y muy ladina, conociéndose que es vieja solamente en que tiene ya la *herradura* señalada en la pechuga y alguna que otra pluma blanca.

Muy joven aún fué herida en un ala por un granito de plomo, y como eso le ha hecho más pesada, reflexiona mucho antes de volar, procede con calma, y jamás le sucede nada.

Muchas veces me llevaba de paseo hasta la entrada del bosque, y como un día nos parásemos á conversar un rato, cerca de una singular casita medio escondida entre los castaños, muda como una madriguera vacía y siempre cerrada, me dijo:

—Mira bien esa casa, pequeño; cuando veas salir humo por el tejado y observes que las ventanas se hallan abiertas, ten por seguro que el mal tiempo ha empezado para nosotros.

Y no sólo creí en sus palabras, sino que confié en él, pues sabía que no era la primera apertura á que asistía.

Y no hice mal, pues jamás tuve por qué arrepentirme.

Al siguiente día, al alba, oigo que me llaman por lo bajo en el surco:

—¡Rojito, Rojito!

Era el viejo.

Sus ojos brillaban extraordinariamente.

—Ven pronto, me dijo, y haz lo que me veas hacer.

Le seguí medio adormilado, escurriéndome por entre los terrones, sin volar, casi sin saltar, como un ratón.

Ibamos en dirección al bosque, y al pasar ví que salía humo por la chimenea de la casita, y que, delante de la puerta, abierta de par en par, estaban reunidos unos cuantos cazadores rodeados de perros que saltaban y ladraban.

Al pasar cerca de ellos, oí que uno de los cazadores decía:

—Hoy cazaremos en el llano, y entraremos en el bosque después de almorzar.

Estas palabras me impresionaron bastante, y comprendí entonces el afán de mi viejo guía por llevarme debajo de los árboles. Quise tranquilizarme tratando de mostrarme tan sereno como mi compañero; pero mi corazón latía fuertemente pensando en nuestros pobres amigos.

De repente, y antes de que llegáramos á la orilla, los perros echaron á

correr hacia nosotros.

—¡Acurrúcate, acurrúcate! me dijo el viejo, haciéndolo él á su vez.

En aquel momento, y á diez pasos de distancia, una codorniz asustada abrió sus alas y su pico, y se elevó lanzando un grito de terror. Oí entonces un ruido formidable, y mi mentor y yo nos vimos envueltos en una especie de nube que despedía un olor extraño, y que era blanca y muy caliente, aun cuando aquel calor no provenía del sol, pues apenas asomaba éste por el horizonte.

Era un tiro.

Un miedo terrible se apoderó de todo mi ser, y á pesar de las excitaciones de mi compañero, no podía dar un paso.

Felizmente, entráramos ya en el bosque.

Al llegar á él, el viejo preceptor se acurrucó detrás de un roble, me puse á su lado, y quedamos escondidos allí, mirando por entre las hojas.

En la campiña el ruido era horrible.

A cada detonación que oía cerraba yo los ojos, y después, cuando los abría, observaba en aquel llano grande y escueto á los perros que corrían, olfateando entre las hierbas y entre los haces de mies, y dando vueltas como si estuvieran locos. Detrás de éstos, los cazadores juraban y los llamaban, y confieso que agradaba no poco el brillo de las escopetas al sol.

En un momento dado, y en una humareda de las que se cernían en los aires después de cada tiro, me pareció, aun cuando no había ningún árbol en aquella dirección, ver volar algunas hojas; pero mi amigo me dijo que eran plumas, y, en efecto, á cien pasos de nosotros ví caer en un surco una magnífica perdiz gris.

Cuando el sol estuvo alto, muy alto, los tiros cesaron de repente y los cazadores volvieron á la casita, en la que se oía chisporrotear un gran fuego.

Dos hombres que caminaban juntos hacia aquel bosque, hablaban con entusiasmo, discutiendo respecto á quién tenía más destreza, mientras que los perros les seguían cansadísimos y con la lengua fuera...

—Van á almorzar, me dijo mi compañero; hagamos lo mismo.

Y entramos en un pegujal que estaba cerca del bosque; un gran campo de exuberante trigo y salpicado de árboles frutales que exhalaban un olor agradabilísimo. Grandes faisanes de magnífico plumaje picoteaban también allí, bajando su cresta encarnada por miedo de que los divisaran. ¡Ah! Estaban algo menos orgullosos que de costumbre, pues, sin dejar de comer, nos pidieron noticias, deseando saber si alguno de los suyos había perecido.

Mientras tanto, el almuerzo de los cazadores, silencioso en el principio, era cada vez más ruidoso. Oíamos el choque de los vasos y el estampido de las botellas, y el viejo me dijo entonces que era ya tiempo de que volviésemos á nuestro escondrijo.

A aquella hora parecía que todo dormía en el bosque.

La laguna en donde los corzos acostumbraban á beber, estaba completamente desierta; ni un hocico de conejo asomaba por el coto, y sólo se oía un estremecimiento misterioso, como si cada hoja ó cada mata de hierba ocultara una vida en peligro.

En los bosques, la caza menor, como dicen los aficionados á ese detestable ejercicio, tiene muchos escondites; las madrigueras, los matorrales, los haces de leña, las malezas, las zanjas; y confieso que me hubiese alegrado encontrarme en una de esas últimas, pero mi compañero prefería estar al descubierto, ver desde lejos y tener libre espacio. Hicimos bien en quedarnos allí, pues los cazadores entraban ya en el bosque.

¡Oh! jamás olvidaré los primeros tiros que oí en el monte; no me impresionaron tanto los que escuché en las tierras de sembradío.

Aquellos tiros entre los árboles agujereaban las hojas como el granizo en Abril y señalaban la corteza de los árboles. Un conejo murió, arrancando manojos de hierba en las ansias de la muerte. Una ardilla cayó de un castaño, y con ella algunas castañas verdes todavía. Dos ó tres faisanes echaron á volar, y las detonaciones, allí más ruidosas que en el llano, despertaron y asusta-

ron á todos cuantos vivían en el bosque.

Hasta un escarabajo salió de su agujero para ver lo que sucedía. Un pequeño saltamonte vino á posarse muy cerca de mí, pero estaba yo demasiado preocupado para aprovecharme de la ocasión que se me presentaba, y el animalito se fué sano y salvo.

Mi viejo compañero conservaba siempre la misma calma.

Toda su atención se concentraba en los ladridos de los perros y en los tiros; cuando se acercaban, me hacía una seña y nos íbamos más lejos, á fin de ponernos fuera del alcance del olfato de aquellos malhadados canes, cuya raza Dios confunda, y nos escondíamos agazapados entre el follaje.

Hubo, sin embargo, un momento en que creí que estábamos perdidos, pues el sendero que teníamos que atravesar estaba guardado en cada uno de sus extremos por un cazador en acecho. El de la derecha era un mozo alto, con grandes patillas negras y pertrechado de cuantos artefactos han inventado para la caza; cuchillo de monte, cartuchera, caja de pólvora, capsulera, morral de redecilla, holgados guantes de gamuza, etc., sin contar unas grandes polainas que le subían por cima de la rodilla y le hacían parecer más alto aún. El de la izquierda era un viejecito apoyado contra el tronco de un árbol y fumando tranquilamente su pipa, guiñando los ojos como si tuviera sueño.

Este no me daba miedo; pero el otro... me infundía respeto.

—No lo entiendes, Rojito, me dijo riendo mi compañero.

Y sin temor alguno, con las alas muy desplegadas, voló casi entre las piernas del terrible cazador de las patillas.

Lo cierto es que el pobre mozo estaba tan incómodo con todo lo que tenía encima y tan ocupado en admirarse de arriba abajo, que cuando preparó su escopeta estábamos ya fuera de alcance.

¡Ah! ¡Si los cazadores supiesen, cuando se encuentran en el rincón de algún bosque, cuántos ojitos los miran á través de los matorrales, y cuántos picos detienen la risa al verles tan torpes!...

Volábamos siempre, y como no tenía yo otra cosa mejor que hacer, arre-

glaba mi marcha á la de mi compañero, siguiendo en todo sus consejos.

Me parece que estoy viendo aún todos los sitios que recorrimos, el coto donde crecía á porfía el brezo y que estaba lleno de madrigueras al pie de los árboles; el senderito verde, en donde mi madre perdiz paseó tantas veces sus polluelos en Mayo, y en el que brincábamos comiendo las hormigas encarnadas que se nos subían por las patas, y recuerdo también que encontrábamos faisánitos de nuestra misma edad que se hacían los orgullosos y no querían jugar con nosotros.

Aquel senderito lo vi precisamente en el momento en que una corza lo atravesaba con los ojos muy abiertos y pronta á dar un salto. Después se presentó ante mi vista la laguna en donde íbamos á beber ó á tomar un baño, en bandadas de treinta ó cuarenta, con igual vuelo y tan rápido, que llegábamos desde la llanura en un minuto.

En medio de dicha laguna había un islote, y en él vegetaba un grupo muy espeso de alisos, en los cuales nos refugiábamos, calculando que era preciso que los perros tuvieran gran olfato para ir á buscarnos allí. No bien hubimos de posarnos y escondernos, cuando llegó un corzo andando con tres patas y dejando detrás de sí una huella sangrienta, produciéndome tanta tristeza el verle así, que escondí mi cabeza entre las hojas; pero le oía beber con tanta avidez, que bien se conocía que el animal estaba abrasado sin duda por la calentura.

El día tocaba á su fin, y notamos con satisfacción grandísima que los tiros, ya lejanos, eran cada vez más raros, hasta que por fin, más tarde, ya no se oyó nada...

Se había acabado la cacería.

Por prudencia, ó, mejor dicho, por precaución, continuamos vigilando con asiduidad, teniendo el oído alerta y el ojo avizor; y cuando el convencimiento de que aquellos malhechores se habían retirado nos devolvió la calma, regresamos muy despacito hacia el llano para saber de nuestros amigos; mas al pasar por delante de la casita de madera vimos un espectáculo espantoso.

En la orilla de una zanja, liebres de pelo rubio y conejitos cenicientos con el rabo blanco, yacían unos al lado de otros, formando montón con varias perdices rojas y grises, que tenían, como mi compañero, la *herradura* señalada en la pechuga, y otras más jóvenes, que llevaban todavía, como yo, plumón debajo de las plumas.

¿Hay en el mundo cosa más triste que ver á un pájaro muerto? Hay tanta viveza en ellos, que se estremece uno viéndolos inmóviles y fríos...

Un gran corzo estaba también allí; parecía dormido y su lengüecita color de rosa, salía de su boca como para lamer.

Y los cazadores, inclinados sobre aquella matanza, contaban las piezas y las amontonaban sin piedad en sus morrales. Los perros, atados ya y dispuestos para emprender la marcha, alzaban aún sus cabezas horripilantes y tomaban vientos, como si quisieran lanzarse de nuevo al bosque.

¡Qué escena más repulsiva era para mí aquella, y cuánto me hizo sufrir! ¡Qué desconsolador y qué sombrío se me representaba el porvenir!

¡Oh! mientras que el sol se ponía en el horizonte, é interin arreglaban todos aquellos hombres, ganosos de descansar, su marcha por los senderos cubiertos del rocío de la noche, yo, con la mirada fija en tan encarnizados enemigos, los maldecía y los aborrecía á todos, hombres y animales... Ni mi compañero ni yo tuvimos el valor de cantar, como lo hacíamos siempre, para despedir al astro del día que se ocultaba.

En nuestro camino hallábamos desgraciados animalitos, muertos por un grano de plomo que no era para ellos y que se quedaban allí para ser pasto de las hormigas.

Pero lo que más compasión inspiraba era el oír en la orilla del bosque, en el límite del prado y allá entre los mimbres de la ribera, llamadas ansiosas, tristes y angustiosas, á las que nada ni nadie contestaba.

Eran los parientes de tanto desgraciado animalito como había perecido á manos de aquellos hombres sin piedad.



LOS PASTELILLOS

I

Un domingo por la mañana, el pastelero Sureau, de la calle de Turena, en París, llamó á su aprendiz y le dijo:

—Aquí tienes los pastelillos del señor Bonnicar; ve á lle-

várselos y vuelve pronto, pues los versalleses, según dicen, han entrado en París.

El chico, que no entendía nada de política, colocó los pastelillos calientes en una tortera, la tortera en una servilleta muy blanca, y poniéndolo todo en equilibrio encima de su gorra de pastelero, echó á correr en dirección á la isla de San Luis, en donde vivía el Sr. Bonnicar.

La mañana era magnífica; un cielo despejado, un ambiente agradabilísimo y un sol de esos que llenan

las fruterías de manojos de lilas y de ramos de cerezas; un día plácido que invita al goce, al ocio, al esparcimiento.

A pesar de los tiros que se oían á lo lejos y de los toques de llamada que



glaba mi marcha á la de mi compañero, siguiendo en todo sus consejos.

Me parece que estoy viendo aún todos los sitios que recorrimos, el coto donde crecía á porfía el brezo y que estaba lleno de madrigueras al pie de los árboles; el senderito verde, en donde mi madre perdiz paseó tantas veces sus polluelos en Mayo, y en el que brincábamos comiendo las hormigas encarnadas que se nos subían por las patas, y recuerdo también que encontrábamos faisánitos de nuestra misma edad que se hacían los orgullosos y no querían jugar con nosotros.

Aquel senderito lo vi precisamente en el momento en que una corza lo atravesaba con los ojos muy abiertos y pronta á dar un salto. Después se presentó ante mi vista la laguna en donde íbamos á beber ó á tomar un baño, en bandadas de treinta ó cuarenta, con igual vuelo y tan rápido, que llegábamos desde la llanura en un minuto.

En medio de dicha laguna había un islote, y en él vegetaba un grupo muy espeso de alisos, en los cuales nos refugiábamos, calculando que era preciso que los perros tuvieran gran olfato para ir á buscarnos allí. No bien hubimos de posarnos y escondernos, cuando llegó un corzo andando con tres patas y dejando detrás de sí una huella sangrienta, produciéndome tanta tristeza el verle así, que escondí mi cabeza entre las hojas; pero le oía beber con tanta avidez, que bien se conocía que el animal estaba abrasado sin duda por la calentura.

El día tocaba á su fin, y notamos con satisfacción grandísima que los tiros, ya lejanos, eran cada vez más raros, hasta que por fin, más tarde, ya no se oyó nada...

Se había acabado la cacería.

Por prudencia, ó, mejor dicho, por precaución, continuamos vigilando con asiduidad, teniendo el oído alerta y el ojo avizor; y cuando el convencimiento de que aquellos malhechores se habían retirado nos devolvió la calma, regresamos muy despacito hacia el llano para saber de nuestros amigos; mas al pasar por delante de la casita de madera vimos un espectáculo espantoso.

En la orilla de una zanja, liebres de pelo rubio y conejitos cenicientos con el rabo blanco, yacían unos al lado de otros, formando montón con varias perdices rojas y grises, que tenían, como mi compañero, la *herradura* señalada en la pechuga, y otras más jóvenes, que llevaban todavía, como yo, plumón debajo de las plumas.

¿Hay en el mundo cosa más triste que ver á un pájaro muerto? Hay tanta viveza en ellos, que se estremece uno viéndolos inmóviles y fríos...

Un gran corzo estaba también allí; parecía dormido y su lengüecita color de rosa, salía de su boca como para lamer.

Y los cazadores, inclinados sobre aquella matanza, contaban las piezas y las amontonaban sin piedad en sus morrales. Los perros, atados ya y dispuestos para emprender la marcha, alzaban aún sus cabezas horripilantes y tomaban vientos, como si quisieran lanzarse de nuevo al bosque.

¡Qué escena más repulsiva era para mí aquella, y cuánto me hizo sufrir! ¡Qué desconsolador y qué sombrío se me representaba el porvenir!

¡Oh! mientras que el sol se ponía en el horizonte, é interin arreglaban todos aquellos hombres, ganosos de descansar, su marcha por los senderos cubiertos del rocío de la noche, yo, con la mirada fija en tan encarnizados enemigos, los maldecía y los aborrecía á todos, hombres y animales... Ni mi compañero ni yo tuvimos el valor de cantar, como lo hacíamos siempre, para despedir al astro del día que se ocultaba.

En nuestro camino hallábamos desgraciados animalitos, muertos por un grano de plomo que no era para ellos y que se quedaban allí para ser pasto de las hormigas.

Pero lo que más compasión inspiraba era el oír en la orilla del bosque, en el límite del prado y allá entre los mimbres de la ribera, llamadas ansiosas, tristes y angustiosas, á las que nada ni nadie contestaba.

Eran los parientes de tanto desgraciado animalito como había perecido á manos de aquellos hombres sin piedad.



LOS PASTELILLOS

I

Un domingo por la mañana, el pastelero Sureau, de la calle de Turena, en París, llamó á su aprendiz y le dijo:

—Aquí tienes los pastelillos del señor Bonnicar; ve á lle-

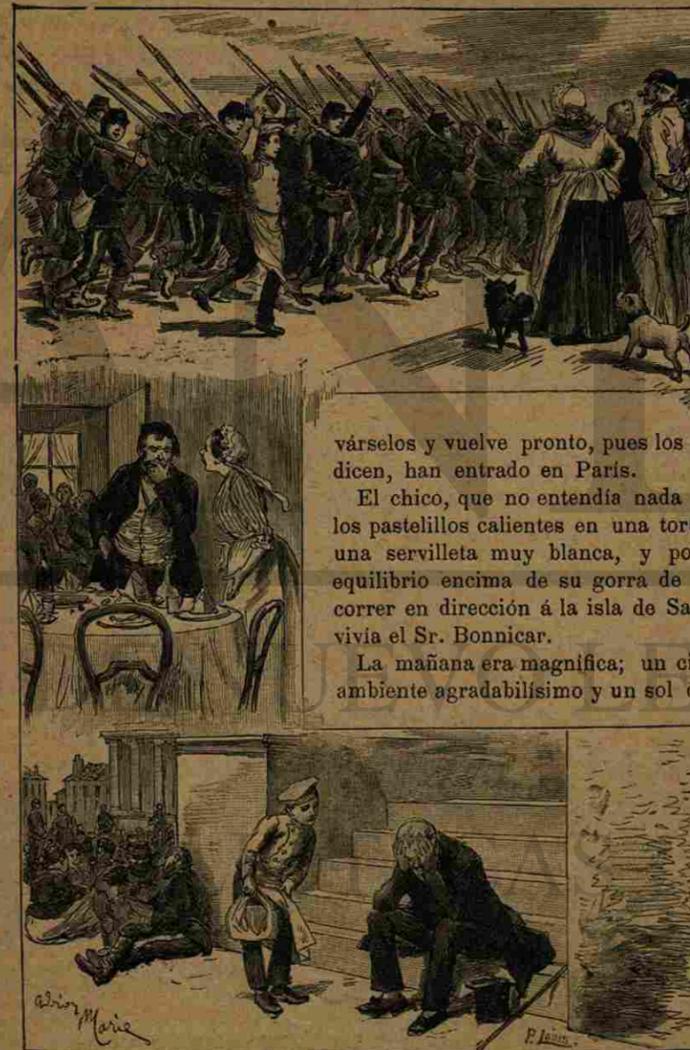
várselos y vuelve pronto, pues los versalleses, según dicen, han entrado en París.

El chico, que no entendía nada de política, colocó los pastelillos calientes en una tortera, la tortera en una servilleta muy blanca, y poniéndolo todo en equilibrio encima de su gorra de pastelero, echó á correr en dirección á la isla de San Luis, en donde vivía el Sr. Bonnicar.

La mañana era magnífica; un cielo despejado, un ambiente agradabilísimo y un sol de esos que llenan

las fruterías de manojos de lilas y de ramos de cerezas; un día plácido que invita al goce, al ocio, al esparcimiento.

A pesar de los tiros que se oían á lo lejos y de los toques de llamada que



hacían las cornetas en las esquinas, el antiguo barrio del Marais conservaba su fisonomía apacible.

Se conocía que era domingo por los corros de niños que se veían en los patios, y de muchachas delante de las puertas jugando al volante. Nadie turbaba allí la tranquilidad ni nada le hacía perder su carácter gráfico de día de fiesta, hasta el punto de que cualquiera que la hubiera observado en el momento de pasar nuestro aprendiz de pastelero, trotando por en medio de la calle, todo vestido de blanco y despidiendo un perfume apetitoso de pasta caliente, no hubiera podido sospechar siquiera que el ardor bélico se iba apoderando de los parisienses desde el amanecer de aquel hermoso día.

Solamente en la calle de Rívoli se notaba gran animación, pues arrastraban por allí cañones, hacían barricadas, y por todos lados se dejaban ver grupos y guardias nacionales que corrían; pero el aprendiz de Sureau no se aturdió al hallarse en medio de aquel bullicio, pues ni sospechó siquiera que pudiera ocurrirle el menor contratiempo. Tan acostumbrados están los mozos de pastelería á andar por en medio del gentío y del bullicio de las calles, que las revoluciones no los asustan.

Daba gusto, en verdad, ver á aquel chiquillo con su gorro blanquísimo, introducirse entre los kepis y las bayonetas, evitando los choques, y tan pronto corriendo como andando despacio, según que la gente le impedía más ó menos el paso.

¡Qué le importaba á él que se batiesen!

Lo esencial era llegar á casa del señor Bonnicar antes de las doce para ganarse la propineja que le esperaba, como siempre, en una rincónera de la antesala.

Su cuidado consistía en evitar los obstáculos que le estorbasen marchar con rapidez; su deseo era llegar pronto á la isla de San Luis, y su preocupación única la de pensar en qué gastaría los céntimos que en casa de tan pródigo parroquiano había de recoger.

De repente, hubo un gran empuje entre las turbas, y algunos *pupilos de la República* desfilaban al paso gimnástico y cantando.

Eran pilluelos de doce á quince años, con cinturones encarnados, grandes botas, armados con fusiles chassepots y muy orgullosos por ir disfrazados de soldados.

Esta vez, en medio de los apretones producidos por aquel tropel de paisanos y militares, el aprendiz tuvo mucho que hacer para conservar el equilibrio; mas su tartera y él habían patinado juntos tantas veces, que los pastelillos no sufrieron ningún daño. Pero desgraciadamente, nuestro pastelero era niño, y como tal, no obstante su afán por llegar pronto á casa del Sr. Bonnicar y su deseo de apoderarse de la propina, el movimiento de las tropas, los cantares y los cinturones encarnados le excitaron la admiración, le despertaron la curiosidad, y ésta aguijoneó al chico dándole ganas de andar un poco en tan hermosa compañía, y pasando, sin notarlo, por delante del Hotel de Ville y de los puentes de la isla de San Luis, se encontró, llevado por aquella carrera loca, muy lejos de donde iba.

II

Hacia lo menos veinticinco años que era costumbre, en casa del Sr. Bonnicar, comer pastelillos de carne todos los domingos. A las doce en punto, cuando toda la familia, pequeños y grandes, estaban reunidos en el comedor, un alegre campanillazo hacía decir á todo el mundo:

—¡Ah!... Ahí está el pastelero.

Y entonces, con gran movimiento de sillas, con el roce de los vestidos de gala y la alegría ruidosa de los niños, se sentaban en la mesa alrededor de los pastelillos simétricamente amontonados en una estufilla de plata.

Aquel día la campanilla quedó muda.

El Sr. Bonnicar, escandalizado por tanto retraso, miraba el reloj, un viejo reloj de pared, al que servía de remate un pájaro disecado, y que jamás se había adelantado ni atrasado. Los niños bostezaban mirando por las ventanas, acechando la llegada del pastelero. Las conversaciones languidecían y el apetito era tan voraz, que hacía que el comedor pa-

reciera muy grande y muy triste, á pesar del antiguo servicio de plata muy reluciente colocado sobre un mantel adamasado y de las servilletas dobladas en forma de cucurucho.

Varias veces ya la cocinera había venido á hablar al oído á su amo de... asado quemado... guisantes demasiado cocidos... Pero el Sr. Bonnicar se encaprichaba en no sentarse á la mesa sin los pasteles, y furioso contra Sureau por su falta de exactitud, resolvió por último ir á conocer él mismo la causa que producía aquella tardanza.

Al salir de su casa, muy enfadado y sacudiendo su bastón, unos vecinos le dijeron:

—Tened cuidado por las calles, señor Bonnicar, pues dicen que los versalleses han entrado en París.

Nada quiso escuchar, ni siquiera los tiros que se oían del lado de Neuilly, ni tampoco el cañón de alarma del Hotel de Ville que hacía vibrar todos los cristales del barrio.

—¡Oh! ¡Ese Sureau!... ¡Ese Sureau!... exclamaba sin cesar y apretando cada vez más el paso.

Y en la animación de su acelerada marcha iba hablando sólo, pues se figuraba ya verse en medio de la pastelería increpando al pastelero y pegando de tal modo al suelo con su bastón, que retumbaban los escaparates. Pero la barricada del puente Luis Felipe calmó de repente sus furoros, toda vez que algunos comuneros de cara feroz que allí estaban tumbados al sol, le preguntaron:

—¿Adónde vais, ciudadano?

Repuesto un poco del trastorno que le produjera tan brusca transición, nuestro individuo explicó ingenuamente el por qué de su salida; pero no le creyeron, y la historia de los pasteles les pareció sospechosa.

Cuatro hombres de buena voluntad, que no sentían de ningún modo abandonar la barricada, empujaron delante de ellos al pobre hombre exasperado, con el fin de sustraerlo á las molestas consecuencias de aquel lance; mas no sé cómo se las arreglaron, pues media hora después, todos ellos tuvieron la desgracia de ser detenidos por las tropas y llevados á reunirse con una larga columna de pri-

sioneros dispuesta á ser conducida en precipitada marcha á Versalles.

El Sr. Bonnicar protestaba, levantaba su bastón y contaba su historia por la centésima vez; pero siempre se encontraba con que su relación de los pastelillos parecía cosa tan absurda en medio del trastorno general, que los oficiales se reían y no le hacían caso.

—Está bien, está bien; os explicaréis en Versalles.

Y por los Campos Eliseos, llenos todavía del humo de los tiros, los prisioneros emprendieron su camino entre dos filas de cazadores.

III

Aquellos desdichados iban de cinco en cinco, en filas apretadas y compactas.

Para impedir que se separasen, se les obligaba á cogerse todos del brazo, y aquel largo rebaño humano, al andar, aparte de las densas nubes de polvo que levantaba en la carretera, hacía un ruido tal, que se parecía al de un tremendo aguacero cayendo sobre techados de pizarra ó de planchas de zinc.

El infortunado Bonnicar creía estar soñando.

Sudando, jadeante, medio muerto de miedo y de fatiga, se arrastraba á la cola de la columna entre dos granujas que oían á cochambre y á aguardiente, quienes, oyendo á cada paso las palabras de «pastelero, pastelillos,» que el buen hombre repetía siempre en medio de sus imprecaciones, pensaban que se había vuelto loco.

Lo cierto es que el Sr. Bonnicar no sabía, como vulgarmente se dice, en dónde tenía la cabeza; siendo tal su obcecación, que no pensaba en otra cosa más que en sus pasteles.

En las subidas, en las bajadas, cuando las filas del convoy se separaban un poco, por todas partes, en fin, se le figuraba ver la chaqueta y el gorro blanco del aprendiz de Sureau.

Así le sucedió lo menos diez veces durante el camino.

Aquella visión pasaba por delante de

sus ojos como para burlarse de él, y luego desaparecía entre una ola de uniformes, de blusas y de andrajos.

Por fin, á la caída de la tarde, llegaron á Versalles, y una vez allí, se permitió á los prisioneros que se separasen y que se tumbaran en el suelo para tomar aliento.

Sentado en el borde de un escalón, con la cabeza entre las manos y casi muerto de hambre, de vergüenza y de fatiga, el Sr. Bonnicar repasaba en su espíritu los acontecimientos de día tan desgraciado: su salida de casa, su familia inquieta por su prolongada ausencia, la mesa puesta hasta la noche, y que, con seguridad, le esperaba todavía, y después la humilla-

ción, las injurias, los culatazos, y todo ello por culpa de la poca exactitud de un pastelero.

—Sr. Bonnicar, aquí tenéis vuestros pastelillos, oyó de repente que decía alguien con una vocecita infantil, agradable y simpática; y el pobre hombre, levantando la cabeza, se quedó extático viendo á su lado al aprendiz de Sureau, preso también como él, que descubría y le presentaba la tortera oculta debajo de su delantal blanco.

A pesar de la asonada, de la detención y de tantas peripecias, aquel domingo, como los demás, el bueno de Bonnicar comió sus pastelillos.



EL TAMBORILERO

El famoso Valmajour, primer tamborilero de Provenza y vencedor en el concurso de Aps, se presentó en el circo para obsequiar con sus más lindas tocatas al Presidente del Consejo de ministros, que se encontraba en su ciudad natal.

El tipo no es raro ni nuevo; abunda mucho, y nada más fácil que hallarlo en todos los países.

Ha existido en todos los tiempos, se perpetúa sin grandes alteraciones, y no será aventurado decir que se encontrará en cada una de las edades, cualesquiera que sean las vicisitudes de la sociedad humana.

El pueblo no puede vivir sin danzas, sin cantares, y por consiguiente sin música: en las aldeas, en las villas y lugares el tamborilero animará la reunión de los vecinos en la plaza pública los domingos, y en las grandes poblaciones, si acudís á los arrabales los días de fiesta, no dejaréis de ver también al tamborilero excitando á ese frenético danzar á que se entrega en sus tardes de asueto la gente joven que, venida de los pueblos pequeños, se consagra al servicio doméstico en las ciudades.

Nadie podrá decir que no ha visto



alguna vez en su vida más de un ejemplar del tipo que nos ocupa; pero nuestro Valmajour se diferenciaba mucho de sus colegas. Tenía una hermosa presencia y ofrecía una vista muy agradable cuando se presentaba al público con su chaqueta al hombro y su faja de un color encarnado muy vivo, que resaltaba mucho más á causa de la notable blancura de su camisa.

Llevaba su ligero tamboril colgado del brazo izquierdo por una correa, y con la misma mano sostenía en sus labios un pequeño pífano, mientras que con la derecha *tamborileaba*, siempre con la faz alegre; y teniendo la pierna derecha tendida hacia adelante, daba á su cuerpo una graciosa apostura.

Su pífano, á pesar de ser pequeñito, llenaba con sus aires el espacio como lo hubiera podido hacer una bandada de canoros pájaros. Verdad que es instrumento muy á propósito para aquella atmósfera límpida, diáfana y fácil para las vibraciones, mientras que el tamboril, con su voz profunda, acompañaba el canto y las *fiorituras*.

El sonido de aquella música discordante y algo silvestre recordaba al señor Ministro, mejor que todo cuanto le habían enseñado desde que estaba allí, su niñez de pilluelo provenzal recorriendo las fiestas de los pueblos, bailando debajo de los árboles de la plaza, en el polvo de las carreteras ó encima del césped y de la hierba. Una deliciosa emoción se apoderó de él, pues á pesar de sus cuarenta años pasados ya, y de la vida política que tanto gasta, conservaba todavía mucha viveza de imaginación.

Y luego, aquel Valmajour no era un tamborilero como los demás, uno de esos tocadores que recogen acá y allá trozos de rigodón ó estribillos de canciones en las fiestas campesinas y que deshonran su instrumento queriendo acomodarlos al gusto moderno; nada de eso. Hijo y nieto de tamborileros, no tocaba jamás sino aires nacionales, cantados por las abuelas en las veladas; sabía muchos, y no se cansaba de tocar.

Después de los villancicos de Saboly en compás de minueto ó de rigodón, entonaba la *Marcha de los reyes*, cuya música oía con fruición Turena en su conquista del Palatinado.

Cuando nuestro hombre tocó en el circo en el día de la indicada fiesta, los espectadores, electrizados, marcaban el compás con los brazos, con la cabeza, y seguían con júbilo aquel trino soberbio, sostenido y penetrante, interrumpido solamente por el piar de las golondrinas, que revoloteando en todos sentidos, inquietas y encantadas á la par, parecían buscar en el espacio el invisible pájaro que lanzaba esas notas sobreagudas.

Al acabar Valmajour, aclamaciones sin fin estallaron por todas partes, y los sombreros y los pañuelos volaban por el aire.

El Ministro llamó al músico y le abrazó, diciéndole:

—¡Me has hecho llorar, muchacho!

Y enseñaba sus ojos, grandes y negros, llenos de lágrimas.

Muy orgulloso por verse en medio de los bordados y de las espadas oficiales, el tamborilero aceptaba las felicitaciones y los abrazos sin demasiada cortedad. Era todo un buen mozo; tenía su cabeza de forma regular, la frente despejada, la perilla y el bigote de un negro brillante en una tez curtida; uno de esos francotes aldeanos del valle del Ródano que, sin ser altaneros, no tienen nada de la hipócrita humildad de los campesinos del centro.

El Ministro examinó el tamboril y su palillo con punta de marfil, admiró la ligereza del instrumento, que hacía doscientos años pertenecía á la misma familia, y cuya caja de nogal, adornada con pequeñas esculturas, estaba pulida, delgada, sonora, y parecía ablandada por el uso.

Se fijó, sobre todo, en la primitiva flauta rústica de tres agujeros de los antiguos tamborileros, con la que Valmajour tocaba por respeto á la tradición, y que aprendió á manejar á fuerza de destreza y de paciencia.

Nada más poético que el relato que hacía de sus luchas para dominar la flauta y de sus victorias.

—La idea de tocar el pífano me asaltó, refería él, una noche al oír cantar á un ruiseñor. He aquí, Valmajour, un pájaro de Dios, me decía, al que basta su garganta para todos sus gorjeos; y lo que hace este animalito con un agujero, ¿no podrás tú hacerlo con los tres de tu pequeño flautín?

Hablaba con calma, con un timbre de voz dulce y agradable, sin nada de ridiculidad ni pedantería, y ni siquiera se conmovió al oír al Ministro decirle de pronto:

—Vente á París, muchacho, y tienes hecha la fortuna.

—¡Oh! Mi hermana no querrá dejarme ir nunca, respondió sonriendo.

Su madre había muerto, y vivía con su padre y su hermana en una alquería que llevaba su nombre, á tres leguas de Aps, en el monte de Cordoue. El Ministro le prometió ir á verle antes de partir, para hablar con su familia respecto á aquel viaje.

Valmajour saludó, giró sobre sus talones y bajó otra vez al redondel con su caja en el brazo, la cabeza erguida y andando con ese ligero meneo propio del provenzal, amigo del ritmo y de la danza. Sus amigos le esperaban para felicitarle, cuando de repente miles de voces exclamaron: «¡La farándola! ¡La farándola!» Fué un clamor inmenso, repetido por el eco de las bóvedas y de los corredores de donde parecía salir la fresca sombra que, invadiendo la arena, estrechaba cada vez más la zona del sol.

En aquel mismo instante, una multitud inmensa se dirigió al redondel con tal ímpetu, que derribó la barrera y llenó en su totalidad la redonda pista una turba de aldeanos de uno y otro sexo, que ofrecía un aspecto gratisimo, viéndose allí una mezcla de blancos pañuelos de tul ó encaje, faldas de brillantes colores, cintas vistosas en las cofias, blusas cuajadas de agremanes y chaquetas de pekin.

A una señal dada en el tamboril, todo ese gentío se alineó, y cogiéndose por las manos se dispuso para el baile.

Un trino del pífano hizo ondular todo el circo, y la *farándola*, guiada por un mozo de Barbantane, pueblo de los bailarines de más fama, se puso en marcha

lentamente, desarrollándose en múltiples anillos y llenando de un ruido confuso la enorme puerta del vomitorio, por donde salía poco á poco. Valmajour la seguía con paso igual y solemne; al andar, empujaba con la rodilla su grueso tamboril y tocaba más fuerte á medida que la muchedumbre, reunida en la arena, se devanaba como una madeja de oro y seda.

—Mirad allá arriba, dijo de repente el Ministro.

Era la cabeza de la *farándola* que aparecía entre los arcos abovedados del primer piso, mientras que el tamborilero y los últimos farandoleros pisaban aún el redondel.

¿Quién entre aquellos provenzales hubiera podido resistir al sonido del mágico pífano de Valmajour? Acompañado por los redobles del tamboril, se le oía en todos los pisos, dominando las exclamaciones de la muchedumbre.

Y la *farándola* subía, subía sin cesar, llegando ya á las galerías superiores, que el sol alumbraba aún con una luz suave.

El inmenso desfile de los danzantes se destacaba entonces entre los altos arcos en finas siluetas, y figuraba un bajo-relieve dibujado en la piedra, como los que se ven en el frontispicio de los antiguos templos.

Abajo, de pie en el palco, pues ya se marchaban, el Ministro preguntaba á su esposa, echándole en los hombros un chal de encaje:

—¿Qué te parece, di? ¿No es cosa hermosa?

—¡Muy hermosa! respondió la parisiense sintiendo conmovida su naturaleza de artista.

Y el Ministro, hijo de Aps, parecía más orgulloso por aquella sencilla aprobación que por los ruidosos homenajes que le aturdirían hacia más de dos horas.



Aventuras prodigiosas de Tartarín.

PRIMER EPISODIO

EN TARASCÓN

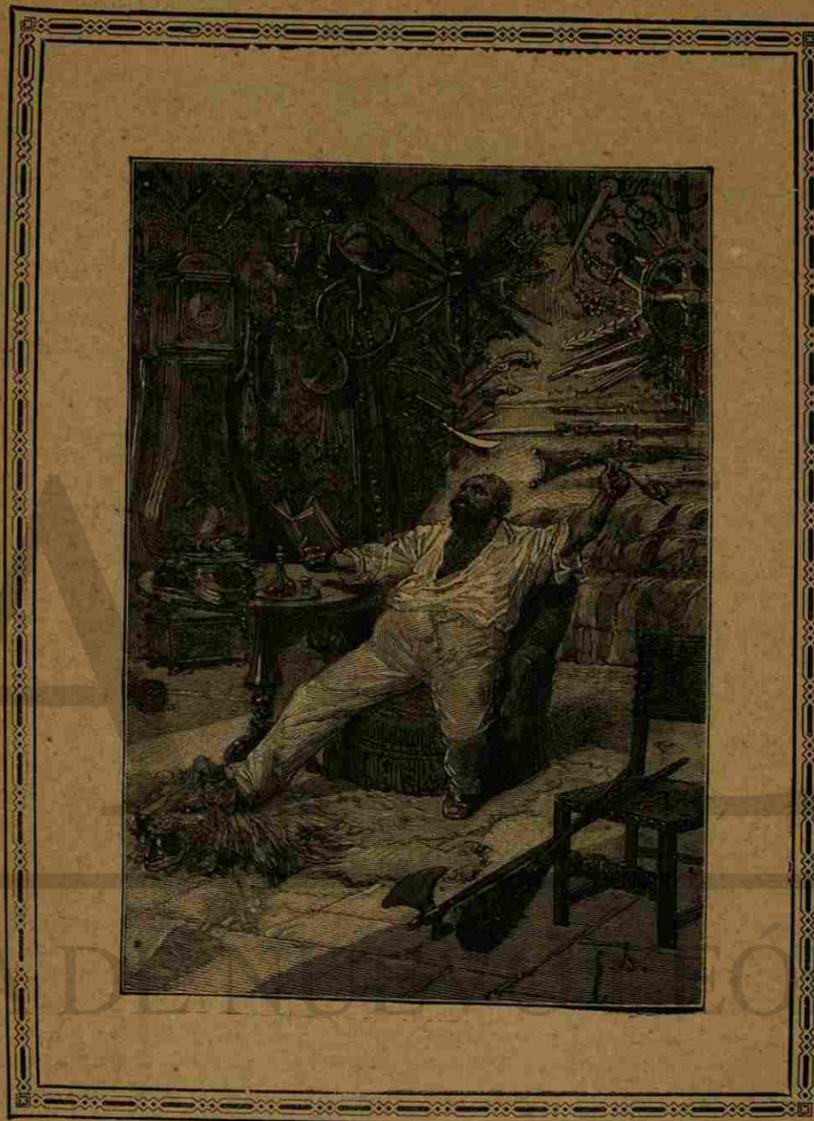


El jardín del Baobab.

MI primera visita á Tartarín de Tarascón ha quedado impresa en mi memoria como una fecha inolvidable.

Hará de esto como cosa de doce á quince años, y lo recuerdo mejor que lo que hice ayer.

El intrépido Tartarín habitaba en aquella época á la entrada de la ciudad, la tercera casa á mano izquierda en el camino de Avignon. Era una linda *villa* tarasconense, con jardín delante, balcón detrás, paredes muy blancas, y persianas verdes. Ante la puerta habia unos cuantos niños sabo-



Tartarín con una mano sostenía un libro, y con la otra una pipa.

yanos, jugando ó durmiendo al sol, con la cabeza apoyada en una caja que contenía los enseres de limpiar botas.

Desde fuera, esa casa no se diferenciaba en nada de las demás.

Nadie podía figurarse, á juzgar por su aspecto, que era la vivienda de un hombre de gusto, al par que de un héroe; pero cuando se entraba en ella por primera vez, la sorpresa se apoderaba del espíritu y aumentaba sin cesar.

Desde la cueva hasta el granero, todo el edificio, y en particular el jardín, ofrecía al espectador algo especialísimo.

¡Oh! ¡El jardín de Tartarín!

No tenía igual en Europa.

Allí no se veía un solo árbol del país, ni una sola flor francesa; todas eran plantas exóticas, árboles de goma, algodoneiros, bananos, cocoteros, palmeras, mangüeros, un baobab, chumberas, cactus y otros, pudiendo hacerse cualquiera la ilusión, al entrar en aquel recinto, que se estaba en plena África y á miles de leguas de Tarascón. No hay para qué decir que dichos árboles no eran de tamaño natural; los cocoteros no alcanzaban más altura que la de una planta de remolacha, y el baobab, árbol grandísimo, *arbor gigantis*, cabía en una maceta de las destinadas á balcón; mas, sin embargo, era cosa digna de ser admirada y constituía un motivo de orgullo para Tarascón, en donde se concedía los domingos la honra de visitar la morada de Tartarín, obsequiaban á sus amigos forasteros llevándoles á contemplar el jardín, y se volvían todos á su casa en alto grado complacidos.

Ya podéis suponer la emoción que experimenté cuando me llevaron á pasear por tan singular jardín; mas os confieso que no fué nada en comparación de mi sorpresa cuando me introdujeron en el gabinete del héroe.

Aquella habitación, una de las principales curiosidades de la ciudad, se hallaba situada en el fondo del jardín, y se entraba en ella por una gran puerta vidriera, delante de la cual se ostentaba el famoso baobab.

Figuráos una gran sala cuyas paredes estaban cubiertas de arriba abajo de armas de todas clases y de todos los países del globo: carabinas, rifles, cuchillos de Córcega, trabucos, navajas, cuchillos catalanes, puñales, escopetas, cuchillos revólvers, cuchillos de monte, espadas toledanas, alfanjes, crises de Malasia, flechas indias, flechas de piedra, mazas de los hotentotes, lazos mejicanos y qué sé yo cuántas otras cosas.

Los rayos de un sol espléndido, penetrando por los vidrios, hacía relumbrar el acero de las espadas y de las culatas de las armas de fuego como para amedrentaros todavía más.

La impresión recibida fué grande en verdad; mas no obstante eso, me tranquilicé algún tanto al ver el orden y la limpieza que reinaba en aquel notable y rico arsenal. Todo estaba arreglado, cuidado, limpiezimo y lleno de rótulos como los tarros de una botica, y de trecho en trecho se veía un cartelito que decía: *Flechas encenadas. No las toquéis. O bien: Armas cargadas. Tened cuidado.*

Sin esos letreros, jamás me hubiese atrevido á entrar.

En medio del gabinete se hallaba un velador, y en éste un frasco de ron, una bolsa turca para el tabaco, el relato de los viajes del capitán Cook, las novelas de Cooper, de Julio Verne, libros referentes á la caza del oso, del halcón, del elefante, del león, del tigre y otros animales.

Delante de aquel velador estaba sentado un hombre de cuarenta á cuarenta y cinco años, bajo de estatura, grueso, rechoncho, muy colorado, en mangas de camisa y calzoncillos de franela, con la barba corta, pero muy espesa. Dicho individuo, con una mano sostenía un libro y con la otra una pipa con su tapadera de metal; y como leyerá en aquel momento no sé qué terrible episodio de los muchos que contienen las historias de los cazadores célebres, hacía, adelantando su labio inferior, una mueca que daba á su fisonomía de capitalista tarasconense, el mismo aire de ferocidad bonachona que reinaba en toda la casa.

II

Vista general de la célebre ciudad de Tarascón.

LOS CAZADORES DE GORRAS

AQUEL hombre, que sentado ante el velador estaba absorto en la lectura de los heroicos hechos de algún intrépido cazador, era Tartarin, Tartarin de Tarascón, el valiente, el grande, el incomparable Tartarin de Tarascón.

En la época de que os estoy hablando, Tartarin de Tarascón no era aún el Tartarin de hoy día, el gran Tartarin de Tarascón, tan popular en todo el Mediodía de Francia; y sin embargo, era ya el rey de aquella ciudad.

Digamos de dónde hubo de provenir su soberanía.

En primer lugar, es menester que sepáis que allí todos los hombres son aficionados á la caza; es la pasión dominante de los tarasconenses, pasión que se transmite de padres á hijos desde la época mitológica en que la Tarasca hacía de las suyas en los pantanos, y en que los habitantes de entonces organizaban contra ella incesantes batidas.

Ya hace mucho tiempo de eso, como podéis suponer; pero la necesidad creó la costumbre, y ésta, lo mismo en los pueblos que en los individuos, es muy difícil de extirpar. El hábito constituye una segunda naturaleza, forma parte de nuestro modo de ser y nos domina, siendo necesaria la acción constante de una inteligencia robusta y de una voluntad enérgica para vencerla.

La Tarasca hizo á los tarasconenses cazadores, y no es extraño, á pesar de los siglos transcurridos desde entonces, que los actuales vecinos de aquella ciudad sean amantes de dar culto á Diana; así es que todos los domingos Tarascón en masa toma las armas y sale de la población, cada cual con su morral á la espal-

da, su escopeta al hombro y llevando perros, hurones, trompas y cornetines.

Es un golpe de vista magnífico.

¡Lástima grande que la caza falte allí en absoluto!

Y no puede ser de otro modo.

Por torpes que sean los animales, andando el tiempo han llegado á desconfiar y se han ausentado totalmente. Ellos tienen también sus tradiciones, y las de los que viven en aquella comarca saben que los tarasconenses, con la escopeta en la mano, son irresistibles y es casi imposible escapar á su vigilancia.

Así debe suceder irremisiblemente, porque lo cierto es que, en cinco leguas á la redonda, las madrigueras están vacías, los nidos abandonados, y no se encuentra ni un mirlo, ni una liebre, ni uno codorniz, ni una zorra, ni un conejillo, nada, absolutamente nada.

Y sin embargo, aquellas lindas colinas tarasconenses son muy tentadoras, perfumadas como están por el tomillo, el espliego y el romero; por las hermosas uvas moscateles tan azucaradas que se crían en las orillas del Ródano, que son muy apetitosas; pero Tarascón está detrás, dicen los que componen la fauna de aquella región, y entre toda la gente de pelo y de pluma, los tarasconenses tienen muy mala fama.

Las aves de paso lo han señalado con una cruz en sus itinerarios; y cuando los ánades bajan hacia la Camargue y divisan desde lejos los campanarios de dicha ciudad, el que hace de guía se pone á gritar: «¡Allí está Tarascón!...» ¡Tarascón!...» y toda la bandada huye lejos, en distinta dirección.

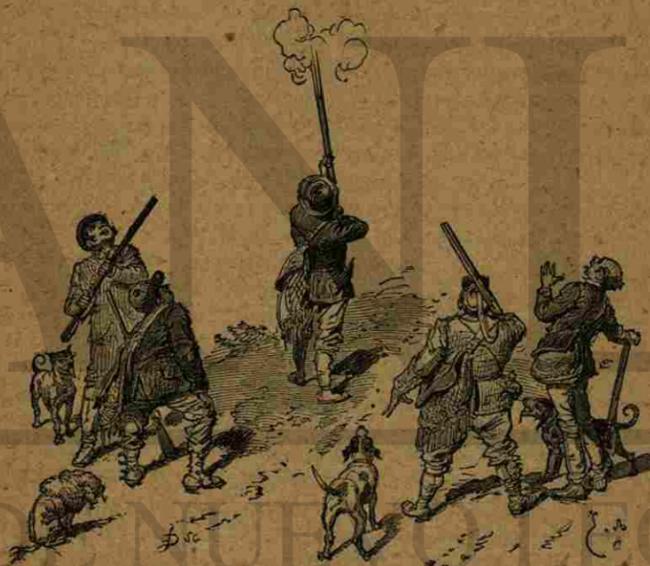
En suma, tratándose de caza, no queda

en aquella comarca más que una vieja liebre socarrona y pícara que ha escapado milagrosamente al plomo tarasconense y que está encaprichada en vivir allí.

Es muy conocida, y hasta se le ha dado un nombre. La llaman *Rápida*, y se sabe que tiene su cama en el terreno del señor

Bompard, lo que, entre paréntesis, ha doblado y triplicado el valor de aquella propiedad inmueble; pero todavía no la han podido matar, no obstante el tenaz propósito de tres ó cuatro cazadores que la persiguen sin cesar.

Los demás no paran ya mientes en



ella, y *Rápida* ha pasado hace tiempo á ser causa de una superstición local, por más que los tarasconenses sean por naturaleza muy poco supersticiosos, cual lo prueba el hecho de que comen golondrinas en salmorejo cuando las encuentran al alcance de sus tiros y de sus redes.

Pero me diréis, amados lectores: puesto que los animales son tan raros en aquel país, ¿qué cazan sus habitantes los domingos?

¿Qué cazan?

¡Oh, Dios mío! Se van por grupos de cinco ó seis á dos ó tres leguas de la ciudad, se tumban tranquilamente á la sombra de un tinglado, de una vieja pared ó de un olivo, sacan del morral un buen trozo de vaca estofada, cebollas crudas, salchichón, algunas anchoas, y empiezan un almuerzo perdurable, remojado con ese buen vinillo de las orillas del Ródano que hace reír y cantar.

Después, cuando están bien repletos, cuando hasta la penumbra de toda pena se ha ahuyentado, cuando la risa invade todos los semblantes y el buen humor se posesiona de todos los cuerpos, se levantan, silban á los perros, amartillan las escopetas y empieza la cacería. Es decir, cada uno de esos señores coge su gorra, y lanzándola por los aires con toda su fuerza, tira sobre ella al vuelo con municiones del cinco, del seis ó del dos, según hayan convenido.

El que agujerea más veces la gorra es proclamado rey de la cacería, y vuelve por la noche á Tarascón triunfante con su trofeo, ó sea su gorra acribillada, pendiente del cañón de la escopeta y seguido de los perros que ladran anunciando la victoria y de los compañeros que le festejan tocando la trompa y los cornetines.

Me parece excusado decirnos que se hace en la ciudad un gran comercio en gorras de caza.

Hay comerciantes que las venden agujereadas y rasgadas de antemano para el uso de los que no saben tirar; pero no se conoce más que al Sr. Bezuquet, el boticario, que las compre.

Es deshonoroso.

Como cazador de gorras, nadie iguala á Tartarín de Tarascón.

Todos los domingos por la mañana partía con una en su cabeza, nuevecita, y volvía por la noche con un harapo. Tartarín no llevaba jamás á su excursión dominguera más que una gorra. Era recién hecha, flamante, y en ello cifraba su orgullo. Por la tarde volvía Tartarín con la cabeza descubierta y su gorra, hecha un guiñapo, colgada del cañón de su escopeta.

En la casita del baobab, los graneros estaban llenos de esos gloriosos trofeos, así es que los tarasconenses le reconocen como su maestro; pues como nuestro héroe sabía á fondo el código del cazador, porque había leído todos los tratados sobre la materia, desde la caza de la gorra hasta la del tigre birmano, le nombraron Gran Justicia cinegético y le hicieron árbitro en cuantas discusiones entre ellos se promovían.

Todos los días, de tres á cuatro de la tarde, se veía en la tienda del armero Costecalde, un hombre grueso, grave, con la pipa entre los dientes, sentado en un sillón de cuero verde en medio del almacén lleno de cazadores de gorras; todos de pie y discutiendo.

Era Tartarín de Tarascón que hacía justicia.

Nemrod al par que Salomón.

III

¡Nan! ¡Nan! ¡Nan!

CONTINUACIÓN DE LA VISTA GENERAL DE LA CÉLEBRE CIUDAD DE TARASCÓN

A la pasión de la caza, la fuerte raza tarasconense une otra: la de las canciones.

Es increíble el número de las que, impresas ó manuscritas, se consumen anualmente en ese especial país.

Todas las antiguallas sentimentales que amarillean olvidadas en los músicos, tienen cabida y son aceptadas como nuevas en Tarascón.

Allí se encuentra cualquiera com-

posición musical, por vetusta que sea. Cada familia tiene la suya, y la ciudad entera sabe, por ejemplo, que la canción favorita del boticario Bezuquet es:

¡Oh tú, blanca estrella que adoro!...

La del armero Costecalde:

¿Quieres venir al país de las cabañas?

La del recaudador de contribuciones:

Si yo fuera invisible, nadie me vería...

(Canción cómica.)

Y así en todas las familias de Tarascón.

Dos ó tres veces á la semana se reúnen en una ú otra casa y se canta; pero lo más raro es que siempre son las mismas piezas, y que, no obstante los muchos años que se usan, aquellos buenos tarasconenses no tienen ganas de variarlas.

Es un legado de familia, y, por lo tanto, cosa sagrada. Cada canción es, si puede decirse, de la exclusiva propiedad del que la tiene como signo característico, y jamás se atreverían en casa de Costecalde á cantar la de Bezuquet, ni en el domicilio de éste la de aquél; y, sin embargo, bien podéis comprender que la saben de memoria á las mil maravillas.

Pero no; cada cual guarda la suya, y todo el mundo está contento.

En cuanto á las canciones, como respecto á las gorras, el primero de la ciudad era, sin duda, Tartarín, y la superioridad de éste consistía en no tener ninguna, sino en poseerlas todas. ¡Absolutamente todas!

Y ¡cosa rara! los que tan á sangre y fuego defendían las suyas y perseguían con furia á los que se permitían reproducirlas, experimentaban un júbilo indescriptible cuando escuchaban á Tartarín cantar indistintamente la que mejor se le antojaba. Verdad es que era muy difícil hacérselas cantar.

Nuestro hombre era un héroe, y cansado de sus triunfos de salón, prefería la lectura de los libros de caza ó bien pasar la velada en el círculo, á exhibirse delante de un piano de Nimes, alumbrado por dos velas de Tarascón.

Algunas veces, no obstante, cuando se tocaba ó cantaba en casa del farmacéutico, entraba como por casualidad, y después de hacerse rogar mucho, consentía en cantar con la señora Bezuquet, la madre, el gran dúo de *Roberto el Diablo*.

Quien no haya oído esto, no ha oído nunca nada.

De mí sé decir que aun cuando viviera

cien años, me acordaría siempre del gran Tartarín acercándose al piano con paso majestuoso, apoyándose en él y bajo el reflejo verde de los globos del escaparate del establecimiento, procurar dar á su fisonomía la expresión feroz y satánica de Roberto.

Apenas se hallaba colocado, cuando un estremecimiento general se apoderaba de los concurrentes, como si fuera á suceder algo extraordinario, y después de un momento de silencio la señora Bezuquet, la madre, empezaba, acompañándose:

Roberto, tú á quien amo,
y que recibiste mi fe, etc.

Y en voz baja añadía: «Ahora os toca á vos, Tartarín,» y éste, con el brazo extendido, el puño cerrado, decía con voz formidable, que retumbaba como un trueno: «¡No! ¡No! ¡No!...» cuyos monosílabos, como buen meridional, los pronunciaba diciendo: «¡Nan! ¡Nan! ¡Nan!...»

Y la señora Bezuquet repetía:

Roberto, tú á quien amo,

«¡Nan! ¡Nan! ¡Nan!...» aullaba cada vez con más fuerza Tartarín.

No era muy largo en su recitado, como veis; pero la mímica era tan propia, tan diabólica, que una conmoción de terror recorría toda la concurrencia y le hacían repetir su: «¡Nan! ¡Nan! ¡Nan!...» cuatro ó cinco veces seguidas.

Y después, Tartarín enjugaba su frente empapada en sudor, sonreía á las señoras, guiñaba el ojo á los hombres y, retirándose triunfante, se iba al Círculo y se decía con aire modesto:

—Vengo de casa de Bezuquet y he cantado allí el dúo de *Roberto el Diablo*.

Y al creerlo todos, sintiendo no haberlo escuchado, él se lo creía también.

Era el soberano de Tarascón, y claro es que en el Casino nadie se hubiera atrevido á socavar su soberanía.

IV

¡¡¡Ellos!!!

Los talentos de Tartarin eran tan indiscutibles como diversos; todos lo reconocían así, y á esos talentos debía sin duda alguna nuestro héroe su buena reputación en la ciudad.

Era además una verdad innegable que aquel demonio de hombre se granjeaba la voluntad de todo el mundo.

La guarnición era entusiasta de él, y, por lo tanto, su partidaria decidida. El bravo comandante Bravida, capitán retirado de administración militar, decía de Tartarin: «¡Es un valiente!» y claro está que de tal afirmación no podía dudarse, porque aquel bizarro militar debía ser conocedor en la materia.

La magistratura le apreciaba también, pues dos ó tres veces, en pleno Tribunal, el anciano presidente Ladeveré había dicho de él:

—«¡Es un gran carácter!»

Y, en fin, el populacho le idolatraba. Su obesidad, su modo de andar, su aire, un aire de buen caballo de trompeta que no se asusta por el ruido, su fama de héroe, nacida no se sabe cómo, y el reparto de algunos céntimos, acompañados de no pocos cachetes á los pequeños limpia-botas instalados delante de su puerta, habían hecho de él el *lord Seymour* de la localidad, el rey de los mercados tarasconenses.

El domingo por la tarde, cuando Tartarin volvía de caza con su gorra en el cañón de la escopeta y bien abotonado su chaquet, los mozos de cuerda del muelle se inclinaban respetuosamente á su paso, é indicando con una mirada sus enormes brazos, se decían unos á otros con admiración:

—¡Ese sí que tiene fuerzas!... decían unos.

—¡Tiene DOBLES MÚSCULOS! añadían otros.

—¡DOBLES MÚSCULOS! repetían los demás.

Sólo en Tarascón se oyen estas cosas.

Y, sin embargo, á pesar de sus numerosos talentos, de sus *dobles músculos*, del favor popular y de la estimación tan valiosa del comandante Bravida, Tartarin no era feliz; la vida que hacía en aquella ciudad, le ahogaba.

El gran hombre de Tarascón se aburría allí.

La verdad es, que para una naturaleza tan exuberante como la suya, para un alma aventurera é ilusa, que no soñaba sino con batallas, correrías por las Pampas, grandes cacerías, arenas del desierto, huracanes y ciclones, era muy triste dar todos los domingos una batida á la gorra y lo demás del tiempo pasarlo en administrar justicia en casa del armero Costecalde...

Cierto es que todos se sometían á sus deliberaciones, y que nadie trataba de apelar contra sus fallos; pero... ¡pobre grande hombre!

A la larga, era cosa de que muriese por consunción.

La sociedad tarasconense no le bastaba; aquella atmósfera le era insuficiente; la caza de la gorra no le satisfacía, y su esfera de acción allí, era asaz reducida.

En vano que para alimentar su imaginación y para eludir la holganza y la ociosidad del Círculo, se rodeara del baobab y otros vegetales africanos; inútil que amontonara armas; en balde que alimentase su espíritu con lecturas novelescas, procurando, como el inmortal D. Quijote, arrancarse por el vigor de su sueño á las garras de la despiadada realidad... ¡Ay!

Todo cuanto hacía ganoso de calmar su sed de aventuras, no servía más que para aumentarla.

La vista de sus armas le mantenía en un estado continuo de cólera y excitación. Sus rifles, sus flechas y sus lazos le gritaban: «¡Batalla, batalla!» El viento que soplabá entre las ramitas del baobab le daba malos consejos y, para remate, le excitaban con sus inventivas Julio Verne, Fenimore Cooper y otros novelistas de gran renombre.

¡Oh! ¡Cuántas veces, en las largas tardes de verano, estando solo leyendo en su gabinete, se levantó Tartarin rugiendo, tirando el libro y precipitándose sobre la pared para descolgar las armas de su paño!

El pobre hombre, olvidando que se hallaba en su casa de Tarascón, rodeada la cabeza con un pañuelo de seda y en calzoncillos, se identificaba de tal modo con su lectura, que, exaltándose con el sonido de su propia voz, vociferaba blandiendo un hacha ó un tomahawk:

—¡Que vengan ellos ahora! decía.

¡Ellos!

¿Quiénes son ellos?

Ni siquiera lo sabía él mismo.

¡Ellos! era todo lo que ataca, todo lo que combate, todo lo que muerde, todo lo que araña, todo lo que aulla, todo lo que ruge.

¡Ellos! era el indio sioux bailando alrededor del poste en donde está atado el desgraciado blanco.

¡Ellos! era el oso de las montañas que se balancea y se lame con su lengua llena de sangre.

¡Ellos! eran el *tuareg* del Desierto, el pirata malayo, el bandido de los Abruzos... ¡Ellos, en fin, eran ellos!...

Es decir, la guerra, los viajes, las aventuras, la gloria.

Pero ¡ay! por más que el intrépido tarasconense los llamara y los desafiara... ellos no aparecían nunca...

¿Y para qué habían de ir á Tarascón?

Sin embargo, Tartarin los esperaba siempre, y sobre todo hubiera deseado hallárselos cuando por la noche se dirigía al Casino.

V

Tartarin camino del Círculo.

El caballero Templario preparándose para la lucha contra los infieles; el *tigré* chino disponiéndose para el combate; el guerrero comanche entrando en el sendero que conduce al sitio de la batalla, no son nada comparados con Tartarin de Tarascón armándose para ir al Círculo, á las nueve de la noche, una hora después de la retreta.

Zafarrancho de combate, como dicen los marinos.

En la mano izquierda, Tartarin llevaba un rompecabezas con púas de hierro; en la derecha, un bastón con estoque; en un bolsillo el revólver, en otro el puñal, y en

el pecho, entre la elástica y la camisa, un cris malayo.

Verdad es que se abstenía de llevar las flechas envenenadas; eso no; Tartarin era de noble condición y las consideraba como armas ajenas á todo hombre bien nacido.

Antes de salir, en el silencio y la soledad de su gabinete, se ejercitaba un momento en el manejo del florete, y después, cogiendo la llave, atravesaba el jardín sin apresurarse y abría bruscamente la pesada verja de hierro, de modo que pegara contra la pared... Si ellos hubieran estado detrás... ¡qué tortilla los hiciera!

Por desgracia, *ellos* no se hallaban allí. Abierta la puerta, Tartarín salía, lanzaba una rápida ojeada á derecha é izquierda, cerraba con doble vuelta la llave y echaba á andar.

El camino estaba solo; no se veía ni un gato. Las puertas se hallaban cerradas, apagadas las luces, y, por lo tanto, reinaban las tinieblas; solamente un farol brillaba entre las nieblas del Ródano.

Arrogante y tranquilo, Tartarín de Tarascón marchaba de noche, haciendo sonar sus tacones á compás y con la contra de su bastón arrancando chispas de las piedras.

En los bulevares, calles y callejuelas, tenía siempre mucho cuidado de andar por medio de la calzada, excelente precaución que permite ver venir el peligro, y, sobre todo, evitar lo que durante la oscuridad cae algunas veces de las ventanas en las calles de Tarascón.

Al verle tan prudente, no crea nadie que Tartarín fuese pusilánime... No; era que tomaba sus precauciones.

La mejor prueba de que no tenía miedo, es que, en vez de ir al Círculo por el paseo, iba por la ciudad, es decir, por lo más largo, por lo más solitario, por un sin fin de callejuelas, desde las que se ven rielar siniestramente las aguas del río.

El pobre hombre esperaba siempre que en alguna de aquellas revueltas, *ellos* se lanzaran desde la sombra y cayeran sobre él. *Ellos* hubieran sido bien recibidos, de seguro. Pero ¡ay! por una burla del des-

tino, nunca se presentó á Tartarín la suerte de tener un mal encuentro; ni un perro, ni siquiera un borracho. Nada.

Algunas veces, no obstante, oyó ruido de pasos, voces ahogadas... «¡Atención!» se decía nuestro héroe; y se quedaba plantado, procurando ver en la oscuridad, tomando el viento y apoyando el oído en el suelo, como hacen los indios.

Los pasos se acercaban, las voces se dejaban oír más próximas... Ya no había que dudar. *Ellos* llegaban... *Ellos* estaban allí, y ya Tartarín, echando chispas por los ojos, sin aliento, se recogía como un jaguar y se preparaba á saltar lanzando su grito de guerra... cuando de repente, entre la sombra, oía á algún conocido, que decía con mucha calma:

—Es Tartarín... ¡Eh, adiós, Tartarín!...

¡Maldición! Era el boticario Bezuquet con su familia, que venían de cantar *la suya* en casa de Costecalde.

—¡Buenas noches, buenas noches! re-funfuñaba Tartarín, furioso por su equivocación, y con cara feroz proseguía su marcha.

Cuando llegaba á la calle del Casino, el intrépido tarasconense esperaba todavía un momento, paseándose arriba y abajo delante de la puerta, y, por fin, cansado de esperar y convencido ya de que *ellos* no se presentarían, echaba en la oscuridad una postrer mirada de desafío, y murmuraba iracundo: «¡Nada!... ¡Nada!... ¡siempre nada!...»

Y entraba en el Círculo.

VI

Los dos Tartarines.—Diálogo notable entre ellos.

CON tan marcado afán de aventuras; con tanta necesidad de emociones fuertes; con una verdadera pasión por los viajes, ¿cómo era que Tartarín no se había ausentado alguna vez de su país?

Porque es un hecho plenamente comprobado que hasta los cuarenta y cinco años el valeroso tarasconense no había traspasa-

do los límites de la ciudad que le vio nacer.

Ni siquiera había ido á Marsella, cosa que todo buen provenzal hace en cuanto llega á su mayor edad.

Apenas si conocía á Beaucaire, y, sin embargo, no está lejos de Tarascón, puesto que para ir allá basta con pasar el puente, un puente largo, es verdad, más

largo que un día de espera, y frágil hasta el punto de haber sido en más de una ocasión arrastrado por las aguas; pero nuestro hombre no le había atravesado nunca. No se presentó jamás la necesidad de hacerlo, y la prudencia, como él decía, es compañera inseparable de los valientes.

A pesar de lo endeble de aquel puente y de lo inseguro que estaba, Tartarín lo hubiera mil veces atravesado, corriendo, si menester fuese, porque no se tenía por cobarde, y sí por previsor y precavido. Se sentía capaz de alcanzar la meta del héroe; mas no la del temerario que obra sin razón justificante y sin examen detenido de las cosas y de las circunstancias, según la fuerza intelectual de cada uno.

Sin embargo, como no siempre el heroísmo se asienta en un espíritu sereno y reflexivo; como los arranques del héroe obedecen en determinados casos á los impulsos de la pasión, del sentimiento y de la superioridad de sus enemigos, ¿á qué causa se debería que en nuestro buen Tartarín no sucediese jamás eso, antes bien, que procediese con calma siempre y no obrase sino después de darse cuenta de sus determinaciones?

Ni la vanidad, ni el orgullo, ni el temor al ridículo, que sabido es ciegan á los hombres y los lanzan á la realización de empresas ó de actos de los que luego han de arrepentirse, obraban de lleno y de repente en su ser, sorprendiendo ó apoderándose de su voluntad, sino que provocaban en su alma cierta lucha y daban lugar á dudas y vacilaciones, hasta el punto de haberse expuesto más de una vez á perder su reputación.

¿De qué medios nos habremos de valer para explicar semejante fenómeno, que determinaba el carácter especialísimo del valiente tarasconense, del célebre Tartarín de Tarascón?

Preciso es convenir en que había en él dos naturalezas muy distintas, contrarias, diametralmente opuestas.

«Siento dos hombres en mí,» dijo no sé qué Padre de la Iglesia; y esto era lo que con verdad pudiera asegurarse, tratándose de Tartarín.

El gran tarasconense, como convendrán en ello cuantos conozcan su historia, llevaba en sí el alma de D. Quijote, los mismos rasgos caballerescos, su mis-

mo ideal heroico, idéntica locura por lo novelesco y lo grandioso; pero desgraciadamente no tenía el cuerpo del célebre hidalgo, aquel cuerpo huesoso y delgado, casi transparente, un escrúpulo de cuerpo, en fin, en el que tan poca presa hacía la vida material, capaz de pasar veinte noches seguidas sin desabrochar su coraza y cuarenta y ocho horas con un puñadito de arroz por todo alimento... El cuerpo de Tartarín, por el contrario, era soberbio, grueso, pesado, muy sensual, asaz delicado, en gran manera quejumbroso, lleno de apetitos de todo género, y amante de la comodidad; en una palabra, el cuerpo barrigudo y corto sobre robustas piernas del inmortal Sancho Panza.

¡D. Quijote y su escudero en un mismo hombre!

Compréndese, desde luego, el mal consorcio que deberían hacer.

¡Cuántos combates! ¡Cuántas reyer-tas!...

¡Qué gracioso diálogo podría escribirse entre los dos Tartarines: el Tartarín-Quijote y el Tartarín-Sancho!

Tartarín-Quijote, exaltándose con las novelas de Gustavo Aymard y gritando: «¡Parto!»

Tartarín-Sancho no pensando más que en el reuma, diciendo:

«¡Me quedo!»

TARTARÍN-QUIJOTE, *muy entusiasmado*: Cúbrete de gloria, Tartarín.

TARTARÍN-SANCHO, *con mucha calma*:

Tartarín, vistete de franela.

TARTARÍN-QUIJOTE, *cada vez más excitado*:

¡Oh, los buenos rifles de dos cañones!

¡Oh, las dagas, los lazos, los trabucos!

TARTARÍN-SANCHO, *con más cachaza aún*:

¡Oh, qué buenos los chalecos de lana,

las rodilleras muy calentitas y las gorras con orejeras!

TARTARÍN-QUIJOTE, *fuera de sí*:

¡Un hacha, que me den un hacha!

TARTARÍN-SANCHO, *llamando á la criada*:

Juanita, mi chocolate.

Y la muchacha aparece con un excelente soconusco caliente, perfumado y acompañado de succulentas tostadas, que hacen reír á Tartarín-Sancho y ahogan los gritos de Tartarín-Quijote.

Y he aquí por qué Tartarín de Tarascón no había salido nunca de su ciudad natal.

VII

Los europeos en Shang-Hai.—Un león del Atlas
en Tarascón.

Poco faltó, sin embargo, cierto día, para que Tartarin se dispusiera á hacer un largo viaje.

Los tres hermanos Garcio-Camús, tarasconenses establecidos en Shang-Hai, le ofrecieron la dirección de una de sus casas mercantiles.

¡Aquella sí que era la vida que necesitaba; la más adaptable á sus aficiones, á sus deseos y á su carácter!

Negocios considerables, una muchedumbre de dependientes que gobernar, relaciones con Rusia, Persia, Turquía Asiática; el alto comercio, en fin.

En boca de Tartarin, la palabra «alto comercio» parecía tan grande... Y sobre todo, halagábase mucho el ir allá á sostener su preponderancia, á hacer palpable su superioridad, á tener á raya á los mercaderes turcos, persas y rusos, imponiéndoles por su hidalguía, por su potente brazo y por la altura de su proceder...

Dicho viaje daba á Tartarin gran concepto entre sus convecinos y gran realce á la vez, porque sabían que la casa Garcio-Camús recibía cuando menos lo esperaba la visita de los tártaros, y era de ver cómo se cerraban apresuradamente las puertas, cómo los dependientes se armaban, con qué ligereza se izaba la bandera consular, y cómo la emprendían á tiros por las ventanas con tan molestos visitantes.

No hay para qué hablar del entusiasmo que Tartarin-Quijote experimentó al hacersele la proposición de encargarse de una casa que le daba ocasión de realizar sus ideales; pero, por desgracia, Tartarin-Sancho no se conformaba así como se quiera, y siendo el más fuerte, el negocio no se arregló.

Hablaron mucho de ello en la ciudad.

—¿Partirá?...

—¿No partirá?...

—Apostemos á que sí, decían unos.

—Apostemos á que no, replicaban otros.

Fué todo un acontecimiento... Y en las calles como en las tiendas, en las casas y en el paseo, en el Casino del mismo modo que en la iglesia, no se hablaba de otra cosa.

La figura de Tartarin se agrandaba.

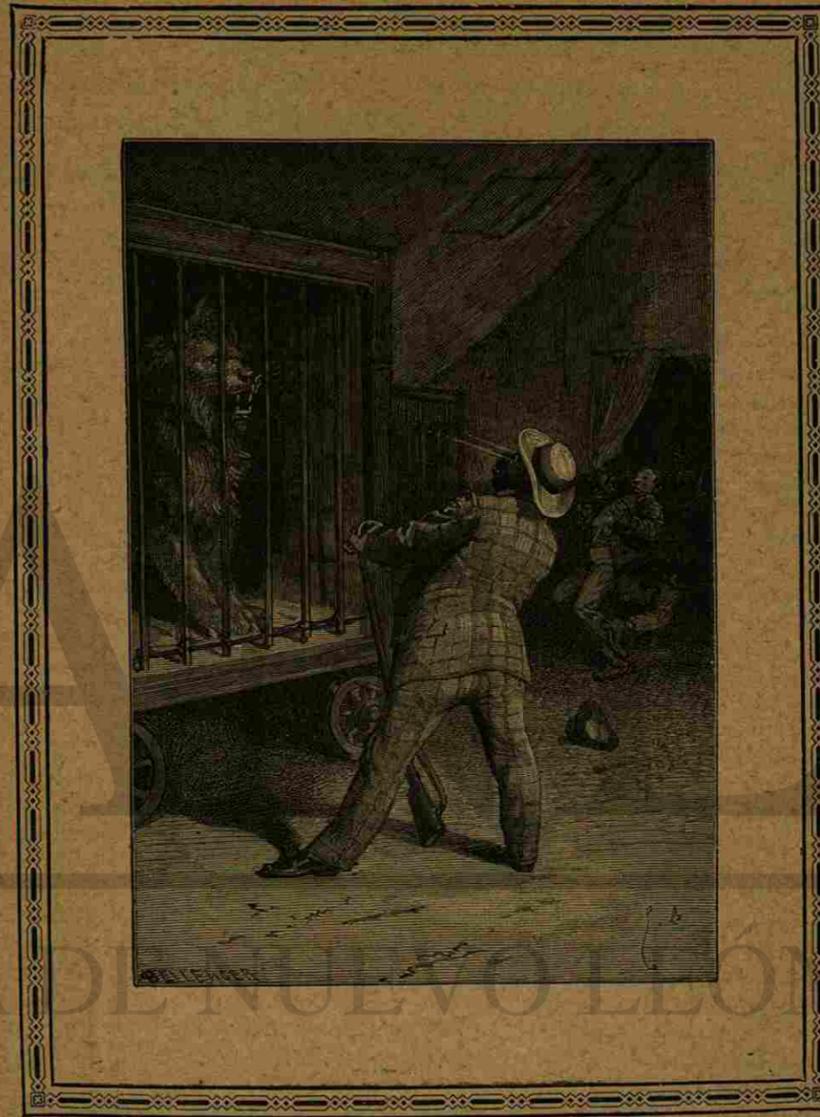
Por último, no se marchó; pero todo aquello redundó en honra suya, pues para Tarascón era lo mismo que su héroe estuviera á punto de ir á Shang-Hai, que haber ido de verdad.

Con tanto ocuparse de aquel viaje, los tarasconenses concluyeron por creer que Tartarin había vuelto ya, y por la noche en el Circulo le pedían detalles acerca de la vida que se hacía en aquel país, de sus costumbres, de su clima, del opio y del «alto comercio.»

Nuestro hombre, perfectamente enterado, daba con mucho gusto los informes que le pedían, y de seguro que andando el tiempo se figuró realmente haber estado allí, porque, contando por centésima vez los episodios á que diera lugar una de las visitas de los tártaros á la casa de los comerciantes Garcio-Camús en Shang-Hai, llegó á decir con mucha naturalidad: «Entonces, mandé que todos los dependientes tomasen las armas, izé la bandera consular, y... ¡pim, pam, pum! por las ventanas tirábamos sobre aquellos salvajes.»

Al oír este relato, los socios del Circulo se estremecían...

Y ahora que hemos mostrado á Tartarin de Tarascón en su vida privada, antes de que la gloria hubiese ceñido sus



Sólo Tartarin de Tarascón no se movió...

sienes con el simbólico laurel; ahora que hemos dado á conocer su carácter heroico desenvolviéndose en una esfera de acción modesta, sus alegrías, sus dolores, sus sueños y sus esperanzas, apresurémonos á llegar á las grandes páginas de su historia y al singular acontecimiento de su incomparable destino.

Una tarde, en casa del armero Costecalde, Tartarín de Tarascón estaba demostrando á algunos aficionados el manejo del fusil de aguja, nueva invención de aquella época, cuando de repente la puerta se abre y un cazador de gorras se precipita todo asustado en la tienda gritando: «Un león!... ¡Un león!..»

Estupefacción general.

Tartarín cala la bayoneta y Costecalde corre á cerrar la puerta.

Rodean al cazador, le interrogan y llegan á saber que la casa de fieras ambulante de Mitaine, después de la feria de Beaucaire, pasaría algún tiempo en Tarascón, que acababa de instalarse en la plaza del Castillo, y que contenía unas cuantas serpientes boas, algunas focas, dos cocodrilos y un magnífico león del Atlas.

¡Un león del Atlas en Tarascón!

Jamás se había visto tal cosa, y nuestros valientes cazadores se miraban con orgullo. ¡Qué radiantes estaban todas las caras, y qué buenos apretones de manos se daban en silencio, felicitándose mutuamente por aquel acontecimiento!

La emoción que experimentaban era tan grande, tan imprevista, que nadie, ni siquiera Tartarín, encontraba palabra á propósito para expresar tamaño goce.

Nuestro héroe reflexionaba, permaneciendo de pie al lado del mostrador... Un león del Atlas ahí cerca, á dos pasos... Un león; es decir, el animal más valiente de la creación, el rey de las fieras, la caza de mis sueños...

¡Un verdadero león... y del Atlas!

Tranquilo, con la cabeza erguida, el intrépido tarasconense se dirigió hacia la

barraca, pasó sin detenerse por delante del baño de la foca, miró con desdén un gran cajón lleno de salvado en que la boa digería un pollo crudo, y se plantó por fin delante de la jaula del león.

¡Terrible y solemne entrevista!

El león de Tarascón y el del Atlas, enfrente uno de otro... De un lado, Tartarín de pie, con la pierna tendida, ambos brazos apoyados en su rifle; del otro, el león, un león enorme, echado en la paja, con los ojos medio cerrados, adormecido, con su enorme hocico apoyado en sus manos... ambos serenos y mirándose.

¡Cosa singular! El león, que hasta entonces había mirado á los tarasconenses con aire de soberano desprecio, bostezando delante de ellos, tuvo de repente un movimiento de cólera..

¿Habría olfateado á algún enemigo de su raza?

Primero dió un resoplido, rugió sordamente, movió sus garras, y se estiró; después se levantó, alzó la cabeza, sacudió su melena, abrió su inmensa boca y lanzó á Tartarín un formidable rugido.

Un grito de terror le respondió, y todos los tarasconenses, mujeres, niños, mozos, cazadores de gorras y hasta el bravo comandante Bravida, se precipitaron hacia la puerta...

Sólo Tartarín de Tarascón no se movió...

Permaneció allí, firme y resuelto delante de la jaula, echando relámpagos su mirada y con la cara feroz que todos le conocían...

Cuando, pasado un instante, los cazadores de gorras, que asustados habían huído, volvieron y se hallaron algo tranquilizados por la solidez de los barrotes de la jaula, se acercaron á su jefe y le oyeron murmurar mirando al león:

«¡Esa sí que debe ser una magnífica cacería!»

Aquel día, Tartarín de Tarascón no habló nada más...

VIII

Singulares efectos del espejismo.

AQUEL día Tartarin, como queda dicho, no pronunció ni una frase más, y, sin embargo, el desgraciado habló bastante...

Al día siguiente no se ocupaba nadie en la ciudad sino de la próxima partida de Tartarin para la Argelia á cazar leones, y sabido es que el buen hombre no dijo una sola palabra de esto; pero ¡ya se ve! el espejismo...

Lo cierto es que Tarascón en masa no hablaba de otra cosa.

En el paseo, en el Casino, en casa de Costecalde, todos se decían unos á otros con aire muy ufano:

—Seguramente sabréis la noticia.

—¿Cuál? ¿La partida de Tartarin?

El hombre más sorprendido, con seguridad, fué Tartarin, cuando supo que se iba á Africa. ¡Pero lo que puede la vanidad! En vez de responder sencillamente que jamás había tenido semejante intención, el pobre Tartarin, la primera vez que le hablaron de ese viaje, respondió: «¡Pchs! ¡pchs!... Puede ser... No digo que no.» A la segunda vez, algo más familiarizado con esa idea, respondió: «Es probable,» y á la tercera: «Es cierto.»

Y por la noche en el Círculo y en casa del armero, animado por el ponche de huevo, los vivos y las luces, embriagado por el ruido que produjo en la ciudad la noticia de su partida, el infeliz declaró formalmente que estaba cansado de cazar gorras y que se iba á perseguir á los leones del Atlas...

Un hurra formidable acogió esta declaración, y se sirvió más ponche, se repitieron los apretones de manos, los abrazos, y hubo serenata con antorchas hasta media noche delante de la casita del baobab.

¡Tartarin-Sancho sí que no estaba contento! Se estremecía de antemano, pensando en el viaje á Africa y en la caza del león, y al entrar en su morada, mientras que la serenata continuaba debajo de sus ventanas, armó á Tartarin-Quijote un escándalo espantoso, llamándole visionario, imprudente, loco rematado, y detallándole minuciosamente todas las catástrofes que le esperaban en tal expedición, naufragios, reumas, fiebres perniciosas, disenterías, peste negra, elefantiasis y demás...

En vano Tartarin-Quijote juraba no cometer ninguna clase de imprudencias, diciendo que se abrigaría bien y que se llevaría cuanto fuese necesario: Tartarin-Sancho no quería atender á razones.

El pobre diablo se veía ya hecho pedazos por los leones, enterrado entre la arena del Desierto, como el célebre Cambises, y el otro Tartarin no llegó á apaciguarle algún tanto sino diciéndole que no partía en seguida, que ese viaje no era perentorio, y que aún no se habían ido.

Claro está que nadie se embarca para una expedición semejante sin tomar algunas precauciones. Es preciso ¡qué demonio! saber lo que se hace, y no irse á la ventura de Dios, como los pájaros.

Antes que nada, el héroe tarasconense quiso leer las obras de los grandes viajeros africanos, Mungo-Park, Caillé, el doctor Livingstone, Enrique Duverrier y otros.

En esos libros vió que aquellos intrépidos exploradores, antes de calzar las sandalias para sus lejanas excursiones, se habían preparado de antemano á soportar el hambre, las marchas forzadas y las privaciones de toda especie. Tartarin quiso

imitarlos, y desde aquel día no se alimentó más que de *agua cocida*, con cuyo nombre designan en Tarascón el alimento consistente en algunas rebanadas de pan, nadando en agua caliente y condimentadas con una cabeza de ajos, un poco de tomillo y hojas de laurel.

El régimen era severo, y ya podrá figurarse cualquiera las muecas que haría Tartarin-Sancho.

Al uso diario del *agua cocida*, Tartarin de Tarascón añadió otras prácticas preventivas; así es que para acostumbrarse á largas marchas, daba siete ú ocho veces seguidas la vuelta á la ciudad, tan pronto corriendo, tan pronto con paso gimnástico, con los codos hacia atrás y dos piedrecitas blancas en

la boca, según la antigua usanza del país.

Después, para habituarse al relente, á la niebla y al rocío, bajaba todas las noches al jardín y se quedaba allí hasta las diez ó las once, solo con su fusil y en acecho detrás del *baobab*.

En fin, mientras que la casa de fieras de Mitaine permaneció en Tarascón, los cazadores de gorras, saliendo de casa de Costecalde, vieron en la sombra, pasando por la plaza del castillo, un hombre misterioso que se paseaba arriba y abajo detrás de la barraca.

Era Tartarin de Tarascón, que quería acostumbrarse á oír sin estremecerse, los rugidos del león durante las sombras de la noche.

Pero no se decidía á emprender el viaje.

IX

Lo que se habló en la casita del baobab.

TENÍA realmente intención de partir?... Esa es una pregunta muy delicada, á la que el historiador de Tartarin no sabría qué contestar.

Lo cierto es, que hacía tres meses que la casa de fieras ambulante había salido de Tarascón y que el futuro matador de leones no se movía...

Cuando, después de tanto tiempo de espera, sus conciudadanos notaron que ni siquiera tenía preparadas las maletas, empezaron á murmurar.

Los pusilánimes, los cobardes como Bezuquet, á quien una pulga asustaba, y que no podían tirar un tiro sin cerrar los ojos, esos, sobre todo, eran despiadados. En el Círculo, en el paseo, por todas partes se acercaban á Tartarin, diciéndole con sorna:

—¿Para cuándo es el viaje?

En la tienda de Costecalde los cazadores de gorras renegaban de su jefe.

Todos se iban previniendo contra él;

CUADERNO TERCERO

sólo el ejército era aún partidario de nuestro héroe.

El bravo comandante Bravida le conservaba su estimación, y ni siquiera una vez hizo alusión al viaje consabido; sin embargo, cuando el clamor público tomó gran incremento, se decidió á hablar.

Una tarde, al anochecer, el desgraciado Tartarin estaba solo en su celebre gabinete pensando cosas tristes, cuando vió entrar al comandante, grave, con guantes negros y abotonada la levita hasta el cuello.

—Tartarin, dijo el antiguo soldado con autoridad; Tartarin, es preciso partir.

Y diciendo esto, se quedó en pie en el umbral de la puerta, rígido y severo como el deber.

Todo cuanto quería decir eso de «¡Tartarin, es preciso partir!» el intrépido tarasconense lo comprendió.

Se levantó de su asiento, muy descolorido, miró con ternura su lindo gabi-

nete tan agradable, la ancha butaca tan cómoda, sus libros, la alfombra, las grandes cortinas de las ventanas, á través de las que se veían las plantas exóticas del jardín; y después, avanzando hacia el bravo comandante, le cogió la mano, se la apretó con energía y dijo con voz conmovida y los ojos preñados de lágrimas: —¡Partiré, Bravida!

Y lo hizo tal como lo dijo.

Pero no en seguida... pues necesitó hacer sus preparativos.

En primer lugar, mandó construir en casa de Bompard dos grandes baules forrados de cobre, con una gran placa, y en ella esta inscripción:

TARTARÍN DE TARASCÓN

CAJA DE ARMAS

El forrado y el grabado necesitaron mucho tiempo. Encargó también en el

almacén de Tastavín un magnífico álbum de viaje para escribir diariamente sus impresiones; pues decía, y con razón, que por más que se vaya á cazar leones, no por eso se deja de pensar.

Después hizo venir de Marsella todo un cargamento de conservas alimenticias, extracto de carne para hacer caldo, una tienda de campaña del último modelo, que se armaba y desarmaba en un instante, botas de marino, impermeable y lentes azules para evitar las oftalmías, y, en fin, el farmacéutico Bezuquet le preparó un botiquín de viaje repleto de aglutinante, árnica, alcanfor y vinagre de tocador.

¡Pobre Tartarín!

Tantos preparativos tenían como principal objeto el calmar, á fuerza de precaución y de delicadas atenciones, el furor de Tartarín-Sancho, que, desde que la marcha estaba decidida, no callaba ya ni un segundo y *refunfuñaba* sin cesar.

X

La marcha.

El gran día, el día solemne, llegó por fin.

Con el alba, Tarascón entero estaba en pie, llenando el camino de Avignon y los alrededores de la casita del baobab.

El gentío era inmenso delante de la puerta de Tartarín, que se iba á matar leones entre los *Teurs*.

Para los tarasconenses, África, Grecia, Persia y Turquía forman un país vago, casi mitológico, y todo eso se llama los *Teurs*, en su jerga meridional: los *Turcos*.

En medio de aquella batahola, los cazadores de gorras iban y venían, orgullosos por el triunfo de su jefe.

—¿No apostabais en contra? decían los más entusiastas.

—Nosotros no hemos dudado nunca de Tartarín, jamás, respondían los otros; pero las circunstancias, la conveniencia de permanecer aquí, y, sobre todo, la prudencia que le caracteriza, nos inclinaba á pensar que no partiría.

—Pues ya véis lo contrario. Tartarín va al África, y estad seguro de que nos honrará á todos.

Delante de la casa estaban parados dos enormes carretones, y de vez en cuando la verja se abría, dejando ver algunas personas paseándose gravemente por el jardín. Mozos de cuerda sacaban baules,

cajas y sacos de viaje, que metían en los carros.

Cada cajón que salía, entusiasmaba á los espectadores, que decían en alta voz: «Este contiene la tienda de campaña... ése las conservas... esotro el botiquín... aquél las armas...» Y los cazadores de gorras daban algunas explicaciones sobre ciertos enseres.

La multitud estaba ebria de gozo. El egregio hijo de Tarascón se disponía á escribir una página en la historia de las glorias tarasconenses, y todos se deshacían en lenguas ponderando las proezas de su ídolo, que daban ya por realizadas. La fama de Tartarín invadiría el mundo; los libros de sus viajes, de sus aventuras, de sus prodigios, se publicarían en todos los idiomas, y llegaría el momento en que decir «soy tarasconense» sería tanto como llevar un talismán que hiciera recaer sobre quien tales palabras pronunciara, toda la consideración y todo el respeto que los héroes conquistan para los suyos.

¡Oh insigne Tartarín, honra y prez de sus progenitores, orgullo de sus conciudadanos, descendiente de aquellos intrépidos provenzales, perseguidores sin tregua de la célebre y legendaria Tarascál

De repente, á eso de las diez, un gran movimiento se operó entre los espectadores, y la verja giró violentamente sobre sus goznes.

—¡Él es! ¡él es! prorrumpieron todos en unisona exclamación.

Era él, en efecto.

Pero cuando apareció en el dintel, gritos de estupor salieron de en medio del gentío.

—¡Es un *Teur*! exclamaban.

—¡Tiene lentes!

Y es que Tartarín de Tarascón había creído deber suyo, puesto que se dirigía á Argel, vestir el traje argelino.

Llevaba, pues, pantalón bombacho de tela blanca, chaquetita muy ceñida, con botones de metal dorado; una faja encarnada de cerca de una vara de ancho alrededor de la cintura, y tenía el cuello

desnudo, la cabeza medio afeitada y una enorme *chechia*, ó sea un gorro encarnado en ella, con una borla de seda azul excesivamente larga. Iba armado con dos enormes fusiles, uno en cada hombro, un cuchillo de monte en la cintura, sobre el vientre una gran cartuchera y en la cadera un revólver con su funda de cuero. Y... nada más.

¡Ah! Llevaba también anteojos, unos anteojos muy grandes, y que, en honor de la verdad, disminuían mucho el aspecto feroz de nuestro héroe.

—¡Viva Tartarín!... ¡Vivaaa!... vociferaba la multitud.

El jefe de estación, antiguo soldado africano de 1830, esperaba en el andén al intrépido tarasconense y le dió con toda la afección de su alma, con envidia tal vez, un vigoroso apretón de manos.

El expreso de París-Marsella no había llegado todavía, y Tartarín y su estado mayor entraron en la sala de espera.

Durante un cuarto de hora se paseó arriba y abajo en medio de los cazadores de gorras; y como les hablara de su viaje, de sus futuras cacerías y le prometiera enviarles pieles, le rogaban todos á porfía que no los olvidase, pidiéndole cada cual que escribiera sus nombres en su libro de memoria.

La campana de la estación sonó anunciando la llegada del tren, poniendo así término á tan enfadosas recomendaciones.

Un ruido sordo y un agudo silbido resonaron en las bóvedas.

—¡Al coche, señores viajeros, al coche! dijeron los mozos de servicio.

—¡Adiós, Tartarín!... ¡adiós!...

—¡Que El quede con vosotros! les contestó.

Y el valiente comandante Bravida abrazó fuertemente á su querido y admirado amigo, quien, lanzándose hacia la vía, montó en un coche lleno de parisienses que por poco se mueren de miedo viéndolo á aquel sér extraño armado de todas armas.



SEGUNDO EPISODIO

ENTRE LOS «TEURS»

XI

La travesía del Mediterráneo.—Las cinco maneras de ponerse la «chechia».—La tercera tarde.—¡Misericordia!

El día primero de Diciembre de 186..., á medio día, con un sol de invierno provenzal, y un tiempo claro y espléndido, los marseleses vieron desembocar en la Cannebière un *Teur*, ¡oh! pero un *Teur*... como jamás habían visto ninguno, y eso que aquel puerto es muy frecuentado por los orientales, y en particular por los africanos.

El *Teur* de que hablamos, no hay para qué decir que era Tartarín, el gran Tartarín de Tarascón, que andaba á lo largo del muelle, seguido de sus cajas de armas, de su botiquín y de sus conservas, dirigiéndose hacia el embarcadero de la compañía Touache para

instalarse en el paquebot *El Zuavo*, que le conduciría al teatro de sus proezas.

Quisiera ahora, queridos lectores, ser pintor, y pintor notable, para dibujaros las diferentes posturas que tomó la *chechia* de Tartarín en los tres días de navegación que pasó á bordo de *El Zuavo*, entre Francia y Argelia.

Os la pintaría, en primer lugar, en el momento de la salida del vapor, encima del puente, heroica y altiva, colocada como una aureola en aquella hermosa cabeza tarasconense.

Después os la mostraría á la salida del puerto, cuando *El Zuavo* empezó á mecarse sobre las olas, estremeciéndose

admirada y como sintiendo ya los primeros ataques del mareo.

En seguida, y ya en el Golfo de Lyon, á medida que avanza en alta mar y que ésta se hace más dura, os la enseñaría, levantándose asustada en el cráneo de nuestro héroe, con su enorme borla azul que se despeluzaba por efecto de la bruma y de la tormenta...

Cuarta postura, á las seis de la tarde, al ver las costas de Córcega. La infortunada *chechia* se inclina por encima de la borda del vapor y mira tristemente al mar...

Y, por último, la quinta postura se ve en el fondo de un estrecho camarote, en una camita que parece el hueco de un estante; una cosa informe se revuelve, quejándose, en la almohada. Es la *chechia*, la heroica *chechia*, que, reducida ahora al estado vulgar de gorro de dormir, se cuela hasta las orejas de una cabeza de enfermo, con la faz pálida y contraída...

¡Ah! Si los tarasconenses hubieran podido ver á su gran Tartarín acostado, como si dijéramos, en un cajón de cómoda, iluminado por la claridad triste que entraba por un tragaluz y envuelto en una atmósfera que despedía olores de cocina, de madera húmeda y de brea; si le oyeran quejarse á cada movimiento de la hélice y pedir té cada cinco minutos, con una voz de niño mimado, ¡cuánto hubieran sentido haberle forzado á partir!...

Os aseguro, á fe de historiador, que el pobre *Teur* daba lástima.

Sorprendido de repente por el mareo, el infortunado ni siquiera había tenido valor para aflojar su cinturón ni para desembarazarse de su arsenal. El cuchillo de monte, que tenía un mango muy gordo, le magullaba el pecho, y el revólver un costado. Además, para alivio de sus males, Tartarín-Sancho no cesaba de refunfuñar, de quejarse y de decir á Tartarín-Quijote:

—¡Anda, estúpido!... Bien te lo decía... ¡Ah! Has querido ir á África... Pues bien, ahí la tienes... ¿qué te parece?

Y lo más cruel de todo era que, desde su camarote y en los cortos intervalos de sosiego que le dejaban sus dolores, el desgraciado oía á los pasajeros en el gran salón reír, cantar y jugar á las cartas.

La sociedad á bordo de *El Zuavo* era tan alegre como numerosa. Oficiales que volvían á sus respectivos cuerpos, cómicos, un rico musulmán que regresaba de la Meca, un príncipe montenegrino muy divertido, que imitaba perfectamente al actor Barón... Ninguno de ellos se mareaba y pasaban el tiempo bebiendo Champagne con el capitán de *El Zuavo*, marsellés de carácter franco y de natural donaire, llamado Barbasson.

Tartarín estaba muy furioso contra todos ellos, pues su algazara le hacía daño...

É ignoramos lo que hubiera sucedido si en la tarde del tercer día no hubiese habido á bordo un movimiento extraordinario, que sacara á nuestro héroe de su ya largo malestar y aislamiento.

La campana de proa se dejó oír, y los marineros corrían por encima del puente.

—¡Máquina adelante!... ¡máquina atrás!... gritaba el capitán Barbasson con voz ronca.

Y luego:

—¡Paral!

Después, una sacudida, y nada más... Nada, sino que el paquebot se mecía silenciosamente de derecha á izquierda como un globo en el aire...

Ese extraño silencio asustó al tarasconense.

—¡Misericordia! ¡nos hundimos! exclamó con voz angustiada.

Y recuperando sus fuerzas como por arte mágico, de un salto se plantó sobre cubierta.

XII

¡A las armas! ¡A las armas!

No se hundían, sino que llegaban al término de su viaje.

El *Zuavo* acababa de entrar en la rada; una excelente rada de gran fondo, con aguas negras y abundantes, pero silenciosa, triste y casi desierta.

Enfrente, y en una colina, se veía la blanca ciudad de Argel con sus casitas en la planicie, que desciende hacia el mar, apretadas unas contra otras y con un cielo diáfano, sonriente, un gran cielo y de un color azul vivísimo, que convida al bienestar del cuerpo y á las más gratas expansiones del espíritu.

El ilustre Tartarin, algo repuesto del susto que experimentara, recreaba su vista con los encantos de aquel panorama, escuchando á la vez respetuosamente al príncipe montenegrino, que, de pie á su lado, le daba explicaciones minuciosas y le nombraba los diferentes barrios de la ciudad, la *casbah*, la villa alta, la calle Bab-Azoun. Este príncipe era muy fino y cortés, conocía á fondo la Argelia y hablaba correctamente el árabe. Era, sin duda alguna, muy guapo y simpático; delgado, con el pelo rizado, perfectamente afeitada la barba y condecorado con órdenes muy extrañas. Tal aspecto, iluminado por la luz que brotaba de sus ojos llenos de malicia, y su acento italiano, le daban una vaga semejanza con Mazarino, advirtiéndosele, á poco de conversar con él, que era muy instruido y un latinista distinguido, toda vez que á cada momento citaba con facilidad, y sin aparecer pesado ni pedante, á Tácito, á Horacio y á sus comentaristas.

De antigua y distinguida raza, según decía, sus hermanos le habían deste-

rrado desde la edad de diez años á causa de sus opiniones liberales, y desde entonces corría el mundo, tanto para instruirse como para divertirse y (coincidencia singular! el príncipe había pasado treinta y seis meses en Tarascón; mas como Tartarin se admirara de no encontrarle nunca en el paseo:

—Salía muy poco, contestó Su Alteza con tono evasivo.

Y por respetuosa cortesía, el tarasconense no se atrevió á preguntarle más.

¡Esos grandes personajes encierran tantos misterios!...

De repente, en todo lo largo de la banda de babur en que se apoyaban, nuestro héroe vió una fila de grandes manos negras que se asian al buque desde el agua, ni más ni menos que si se tratara de un abordaje; una cabeza de crespo pelo y negra faz se presenta de repente delante de él, y antes de que tuviera tiempo siquiera de abrir la boca, el puente fue invadido por un centenar de piratas, negros, amarillos, medio desnudos, asquerosos y terribles.

Bien los conoció Tartarin...

Eran ellos, aquellos famosos ellos que buscó tantas veces de noche en las calles de Tarascón. Por fin se decidían á ponerse en su presencia.

Al principio la sorpresa le clavó en su sitio; pero cuando vió á los forbantes precipitarse sobre los equipajes, arrancar la lona embreada que los cubría, y empezar, cual si dijéramos, el saqueo del buque, el héroe salió de su estupor, y sacando de la vaina el cuchillo de monte:

—¡A las armas! ¡A las armas! gritó á los viajeros, precipitándose desde luego sobre los piratas.

—*Ques acó?* ¿Qué es eso? ¿Qué os pasa? le dijo el capitán, que salía del entrepuente.

—¡Ah! ¿Estáis ahí, capitán?... ¡Pronto, pronto, mandad que la tripulación tome las armas.

—¿Y para qué, *boun Diou!*

—Pero, ¿no véis lo que pasa?

—¿El qué?

—Allí... delante... los piratas...

El capitán Barbasson le miraba sin comprender.

En aquel momento, un negro alto y fornido pasaba corriendo por delante de ellos, con la caja de medicamentos de nuestro héroe á la espalda.

—¡Miserable!... ¡Espérame!... dijo rugiendo de cólera el tarasconense.

Y echó á correr, daga en mano.

Barbasson le alcanzó y le detuvo por la cintura:

—Pero ¿queréis estaros quieto? ¡*Tron de ler!*... No son piratas, ya hace tiempo que no los hay; son mozos de cuerda...

—¡Mozos de cuerda!

—Sí, que vienen por los equipajes para llevarlos al muelle. Volved el cuchillo á su vaina, dadme vuestro billete y sigamos á aquel negro, un buen muchacho que os llevará á tierra, y también á la fonda, si así lo deseáis.

Un tanto confuso, Tartarin entregó su billete, y siguiendo al negro, bajó por la escalera á una gran lancha que se mecía junto al vapor.

Todo su equipaje estaba allí ya; sus baules, sus cajas de armas, sus conservas alimenticias, etc.; y como ocupaban por entero aquella lancha, no fué necesario esperar á ningún otro viajero.

Un mozo se encaramó encima de los paquetes, en los que se acurrucó como un mono, con las rodillas en las manos. Otro empuñó los remos... y ambos miraban riendo á Tartarin, enseñando sus blancos dientes.

De pie en la popa, con esa terrible mueca que aterrorizaba á sus compatriotas, el gran tarasconense empuñaba febrilmente el mango de su cuchillo; pues

á pesar de cuanto le dijo el capitán, no estaba del todo tranquilo respecto á las intenciones de aquellos dos mozos de piel de ébano, que se parecían tan poco á sus colegas de Tarascón.

Tartarin se había figurado que Argel era una ciudad oriental, que debía tener algo de mágico y mitológico; una cosa así, que no fuera ni Constantinopla ni Zanzíbar, pero que participara de ambas ciudades, mas de seguro sin nada de lo que caracteriza á las poblaciones europeas, y, por consiguiente, á Tarascón... Cafés, fondas, anchas calles, casas de cuatro ó cinco pisos, una plaza enarenada en la que uno de los regimientos de la guarnición tocaba polkas de Offenbach; caballeros sentados en sillas de hierro, bebiendo cerveza, señoras, militares, siempre militares...

Todo esto vió y observó; mas ni siquiera un *Teur*... El era el único; así es que le dió cierta cortedad al atravesar la plaza, pues todo el mundo le miraba y hasta los músicos dejaron de tocar, cortando la polka de Offenbach por medio de un compás.

Sin embargo, nuestro héroe, con sus dos escopetas en el hombro, el revólver á la cadera, feroz y majestuoso como Robinson Crusó, pasó por medio de todos, sosteniendo con arrogancia la mirada de tanto descarado como allí había, y de tan impertinentes curiosos.

Pero al llegar á la fonda sus fuerzas le abandonaron.

La salida de Tarascón, el puerto de Marsella, la travesía, los piratas, el príncipe montenegrino, todo se revolvía en su cerebro... Fué preciso subirle á una habitación, desarmarle, desnudarle y meterle en la cama... Se hablaba ya de mandar por un médico; pero apenas la cabeza de nuestro héroe descansó en la almohada, cuando se puso á roncar tan fuerte y con tantas ganas, que el fondista juzgó inútiles los socorros de la ciencia, y todos se retiraron discretamente.

¡Cuánto sufrió nuestro buen provenzal en tan poco tiempo!

XIII

El primer acecho.

Las tres daban en el reloj del palacio del Gobernador cuando Tartarín se despertó.

Había dormido toda la tarde, toda la mañana y parte de la otra tarde.

Es verdad que durante tres días no había tenido un solo momento de descanso.

Al abrir los ojos, su primer pensamiento fué este:

«Me hallo en el país de los leones.»

Y á fe de imparcial, ¿por qué no decirlo? Ante la idea de que dichos animales estaban cerca y de que era preciso cazarlos, ¡brrr! un frío mortal se apoderó de él y se metió bizarramente debajo de las mantas.

Pero después de un instante, la alegría de la calle, el cielo azul, el sol que llenaba su habitación, un buen almuerzo que se hizo servir en la cama, remojado con excelente vino de Crescia, le devolvieron muy pronto su antiguo heroísmo.

—¡Al león! ¡Al león! exclamó saltando del lecho y vistiéndose con presteza.

He aquí cuál era su plan.

Salir de la ciudad sin decir nada á nadie, llegar al Desierto, esperar la noche, ponerse en acecho y al primer león que pasara á su alcance... ¡pim! ¡pum!... Y después, volver al día siguiente á almorzar á la fonda de Europa, para recibir las felicitaciones de los argelinos y alquilar un carro para traer su presa.

¡Seducto programa! ¡Halagadora perspectiva! ¡Mágicos ensueños!

Se armó, pues, apresuradamente, rodeó su cuerpo con la tienda, cuyo palo, puesto en sentido vertical, sobresalía lo menos un pie por encima de su cabeza, y con ésta muy erguida bajó á la calle.

Una vez fuera, y no queriendo preguntar á nadie la dirección que debía seguir, por miedo de despertar sospechas respecto á sus proyectos, tomó resueltamente por la derecha, siguió hasta el fin los portales del Bab-Azoun, en donde, desde el fondo de sus oscuras tiendas, multitud de judíos argelinos le miraban pasar acurrucados en un rincón, atravesó la plaza del teatro, siguió por el arrabal, hallándose por fin en la carretera que conducía á Mustafá.

Aquel camino estaba lleno de omnibus; simones, carricoches, camiones, carretas cargadas de heno y tiradas por sus correspondientes yuntas de bueyes, escuadrones de cazadores de Africa, recuas de horriquillos del país, ó sean jumentos notablemente pequeños, negras que vendían rosquillas, coches llenos de alsacianos que emigraban, spahis con sus capas coloradas, y todo esto desfilando con un torbellino de polvo y acompañado de gritos, cantos y toques de corneta, por entre dos hileras de malas casuchas, en las que se veían mahonesas peinándose delante de la puerta, tabernas llenas de soldados, carnicerías, etc.

—¡Que me hablen luego de Oriente! pensaba el gran Tartarín. ¡Bah, bah! ¡Ni siquiera hay tantos *Teurs* como en Marsella!

Pero de pronto vió pasar á su lado, moviendo ceremoniosamente sus grandes patas y estirando su largo pescuezo, un soberbio camello, y eso hizo latir con más fuerza su corazón.

¡Camellos ya! pensó nuestro hombre. Los leones no deben andar muy lejos, y lo sensible sería me encontrase con un molesto competidor.

Y, en efecto, á los cinco minutos vió venir hacia él, con la escopeta al hombro, unos cuantos cazadores.

—¡Cobardes! se dijo nuestro héroe al pasar á su lado. ¡Cobardes! Ir á matar al rey de los animales tantos hombres juntos y acompañados de perros...

Jamás hubiera podido imaginarse que en Argelia se pudiese cazar otra cosa que leones. Sin embargo, aquellos cazadores parecían honrados comerciantes, y luego aquella manera de cazar la fiera con perros, y eso de llevar los morrales á la espalda era tan patriarcal, que el tarascense, un poco vacilante y curioso, creyó que debía preguntarles algo.

—¿Qué tal caza se ha hecho, señores?

—No del todo mala, respondió uno de ellos, mirando con espanto el armamento del guerrero de Tarascón.

—¿Habéis matado alguno?

—¡Ya lo creo!... Mirad.

Y el cazador argelino enseñaba su morral, lleno de conejos y de chochas.

—¿Cómo, en el morral! ¿Los metéis en el morral?

—¿Y en dónde queréis que los meta?

—Pero, entonces, son... son de los pequeñitos...

—Pequeños y grandes, dijo el cazador.

Y como tenía prisa por volver á su

casa, alargó el paso para alcanzar á sus compañeros.

El intrépido Tartarín quedó inmóvil, estupefacto en medio del camino... Mas después de un momento de reflexión:

—¡Bah! se dijo; son unos embusteros... Nada han matado.

Y prosiguió su marcha.

Las casas eran cada vez más raras, y los transeúntes también. El sol se ausentaba con ligereza, la luz se iba desvaneciendo, y los objetos se confundían ya entre las sombras.

Tartarín de Tarascón anduvo todavía como cosa de media hora, y por fin se detuvo... La noche había cerrado por completo; noche sin luna, pero muy estrellada.

Nadie aparecía por el camino...

Nuestro héroe, pensando, y con razón, que los leones no eran como las diligencias, y que, por consiguiente, no frecuentarían las carreteras, se internó en los campos... A cada paso hallaba zanjas, tropezaba con las malezas y los matorrales. ¡No importa! marchaba siempre... De repente hizo alto.

—Huele á león por aquí, se dijo nuestro héroe.

Y aspiró con fuerza el aire, á derecha é izquierda.

XIV

¡Pim! ¡Pam!

ERA un desierto salvaje, todo lleno de plantas muy extrañas, de esas plantas orientales que parecen animales malos. Con la escasa luz de las estrellas, su sombra se agrandaba, estirándose por el suelo en todos sentidos. A la derecha se veía la masa confusa de una montaña, el Atlas tal vez... A la izquierda se oía el mugido de las olas... Era un sitio que debía atraer las fieras...

Con un fusil delante de él y otro en las manos, Tartarín de Tarascón hincó una rodilla en tierra y esperó... Esperó una hora, dos... ¡nada!... Recordó entonces que había leído en sus libros favoritos que los grandes matadores de leones no iban nunca á cazarlos sin llevarse un cabrito, que ataban á algunos pasos de ellos y que hacían balar tirándole de las patas con un cordel.

No teniendo cabrito, el tarasconense imaginó imitar á este animalito y se puso á balar con voz lastimera: «¡Bél! ¡Béel... Primeramente lo hizo muy bajito, porque tenía algún miedo de que el león le oyese...; después, viendo que no venía, baló con más fuerza: «¡Bél! ¡Béel...» Nada todavía... Lleno de impaciencia, chilló más y repitió muchas veces: «¡Bél... ¡Bél... ¡Bél...» con tanta fuerza, que su balido parecía el mugido de un toro...

De repente, á algunos pasos delante de él, vió un bulto negro y grande que se movía, olía el suelo, saltaba, se revolcaba, echaba á correr, luego volvía, y se paraba de pronto.

No admitía duda; era el león... Ya distinguía perfectamente sus cuatro patas cortas, su espesa melena y sus ojos que relucían en la sombra...

¡Apunten! ¡fuego! ¡pum!... Era cosa hecha. Había matado un león... Su gloria estaba ya asegurada... Tarascón se regocijaria al saberlo, vestiría sus mejores galas, habría gran fiesta entre los tarasconenses, y al regresar triunfante, sus convecinos le llevarían en andas.

Imposible es relatar el estado de alma de Tartarín al pensar que había dado caza á un león en pleno desierto africano. Estuvo á punto de sufrir un desvanecimiento, efecto del gran placer que experimentó en el momento de salir el tiro... Pero se rehizo en seguida, y calculando que la fiera acaso no estuviese sino herida, nuestro héroe dió un salto hacia atrás y desenvainó su cuchillo de monte; en efecto, un quejido especial, pero imponente, que al bravo cazador pareció un rugido espantoso, respondió al tiro del tarasconense.

—¡Está herido! exclamó Tartarín; y con el cuerpo recogido y el cuchillo dispuesto para blandirlo con pujante fuerza, se preparó á recibir el ataque de animal tan fiero; pero éste, en vez de atacar, huyó... Sin embargo, él no quiso moverse, pues esperaba la hembra...

Siempre como en los libros.

Desgraciadamente ésta no vino, según solía acontecer en idénticos casos, á juzgar por lo que él había leído en las relaciones de los más intrépidos cazadores, y después de tres ó cuatro horas de espera, el valiente Tartarín se cansó.

La tierra estaba húmeda, la noche fresca, y la brisa del mar empezaba á soplar.

—Si echara un sueño mientras llegara el día, se dijo.

Y para evitar el reuma, recurrió á la tienda de campaña... Pero ¡qué demonio! Era ésta de un sistema tan ingenioso y lo había ensayado tan poco, que le fué imposible abrirla.

Por más esfuerzos que hizo, sudando á mares, la condenada tienda permaneció cerrada. Nuestro héroe la tiró por el suelo y se echó encima, jurando como verdadero provenzal.

¡Taratá, tará... taratá!

—¿Ques acó? ¿Qué es eso? dijo Tartarín despertándose alarmado.

Eran los clarines de los cazadores de África que tocaban diana en los cuarteles de Mustafá...

Nuestro matador de leones, estupefacto, se restregó los ojos... ¡El que se creía en pleno desierto!... ¿Sabéis en dónde se hallaba? Pues en un plantío de alcachofas, de coliflores y de remolachas. Su Sahara tenía verduras...

Muy cerca de él, en la linda colina verde de Mustafá de Arriba, se veían hermosas quintas argelinas, blancas como palomas y que brillaban con el rocío de la mañana.

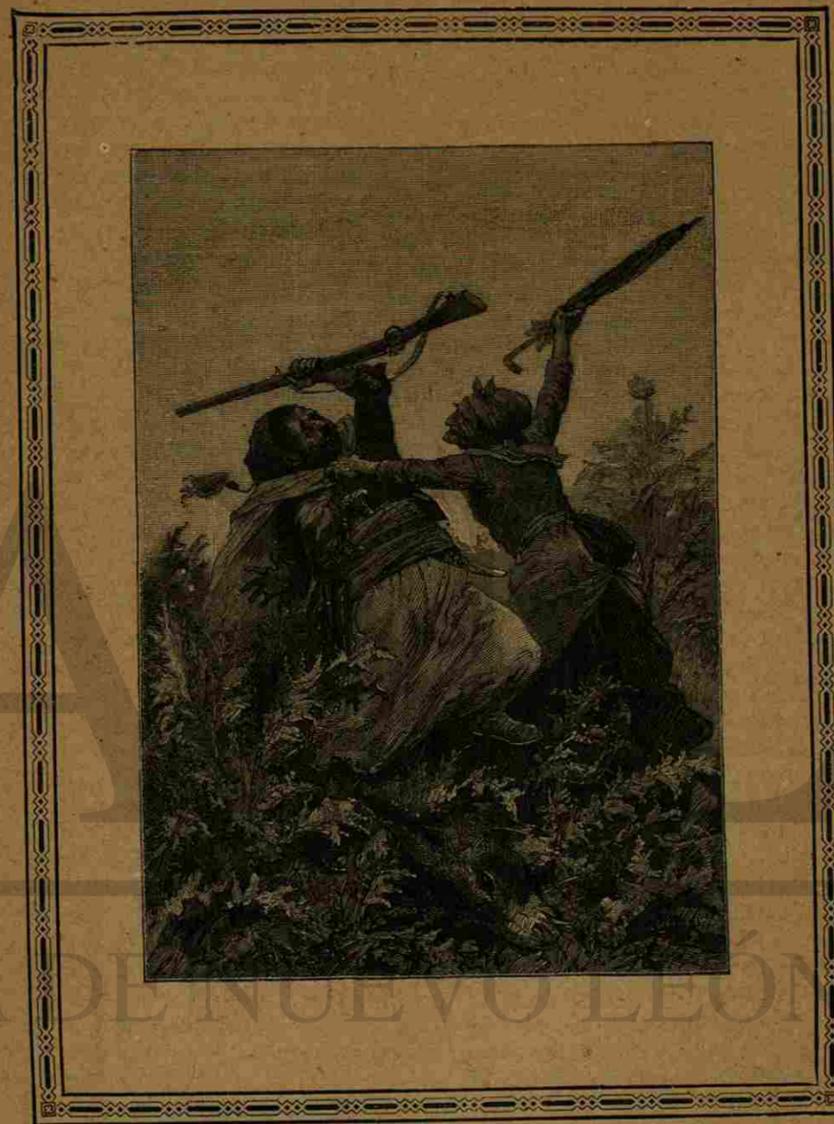
El espectáculo burgués y plácido de aquel paisaje, admiró mucho á nuestro hombre y le puso del más pésimo humor. Después, fijando más la mirada en el sitio, teatro de su hazaña:

—Esas gentes están locas, se decía; plantar alcachofas en donde moran los leones... porque yo no he soñado... Han venido hasta mí... ¡Bien clara está la prueba!...

Dicha prueba eran algunas manchas de sangre que el animal, huyendo, había dejado detrás de sí. Inclinado sobre aquellas huellas sangrientas, con el ojo avizor y e revólver en la mano, el valiente tarasconense llegó de alcachofa en alcachofa hasta un campo de avena... Vió la hierba pisoteada, un charco de sangre, y en medio de éste, echado de costado, con una tremenda herida en la cabeza, divisó un... ¡Adivinad qué!...

—Pues bien, un león.

—No; un borrico, uno de esos borriquillos, tan comunes en Argelia, y que se designan con el nombre de *bourricots*.



El tarasconense, lleno de confusión, paraba los golpes con su carabina.

XV

Llegada de la hembra.—Terrible combate.

La cita de los conejos.

EL primer movimiento del valiente cazador en presencia de su desgraciada víctima, fué de despecho.

¡Hay tanta diferencia de un *bourriquot* á un león!

El segundo fué de lástima.

¡El animalito era tan lindo y parecía tan bueno!

Se acercó á él, lo palpó, y notando que aún estaba caliente, Tartarín se arrodilló, y con una de las puntas de su faja argelina, procuró restañar la sangre del desgraciado animal; y era en verdad cosa que enternecía sobremanera el ver á tan grande hombre cuidar con tanta solicitud á un borriquillo.

Éste, al contacto suave de la sedosa tela, abrió sus grandes ojos grises y movió dos ó tres veces las orejas como para decir: «¡Gracias!... ¡Gracias!...» Después una fuerte convulsión le sacudió desde la cabeza á la cola, y no volvió á moverse más.

—¡Negrito!... ¡Negrito! exclamó de repente una voz angustiada. Y al mismo tiempo, las ramas de un seto próximo se abrieron... Tartarín á duras penas pudo prepararse y ponerse en guardia.

¡Era la hembra!...

Apareció ésta terrible, rugiente, en la forma de una vieja alsaciana, con un pañuelo atado en la cabeza, armada con un enorme paraguas colorado y preguntando por su borriquillo á todos los ecos de Mustafá.

Ciertamente que hubiera sido preferible para Tartarín hallarse enfrente de una leona que de tal bruja. En vano el desgraciado procuró explicarle el caso, diciéndole que Negrito le había parecido un

león. La vieja creyó que se burlaba de ella, y echando por la boca enérgicos *tarteifle!* interjección alsaciana que traducen muy gráficamente y usan sin cesar los españoles, cayó sobre nuestro héroe á paraguazos. El tarasconense, lleno de confusión, se defendía cuanto le era posible, parando los golpes con su carabina, sudando, saltando y gritando:

—¡Pero, señora... pero, señora!

Mas ésta no hacía caso y redoblaba sus golpes.

Felizmente, un tercer personaje se presentó en el campo de batalla. Era el marido de aquella furia, alsaciano también, bodegonero además, y que entendía muy bien de cuentas.

Cuando vió de lo que se trataba y que el matador no pedía otra cosa sino abonar el precio de la víctima, desarmó á su esposa y se entendieron.

Tartarín pagó doscientas pesetas por un asno que valía diez, pues éste es su importe en los mercados árabes; después enterraron al pobre Negrito al pie de una higuera, y el alsaciano, puesto de buen humor por las monedas tarasconenses, invitó al héroe á que fuera á desayunarse á su figón, situado á algunos pasos de allí en la orilla del camino, y se dirigieron á él.

Los cazadores argelinos solían almorzar los domingos en aquella taberna, porque aquella llanura era fértil en caza y en dos leguas en redondo no se encontraba mejor sitio para matar conejos.

—¿Y los leones? preguntó Tartarín.

El alsaciano le miró admirado.

—¡Los leones!

—Sí. ¿Véis algunos? repuso el pobre hombre con menos seguridad.

El tabernero soltó una estrepitosa carcajada.

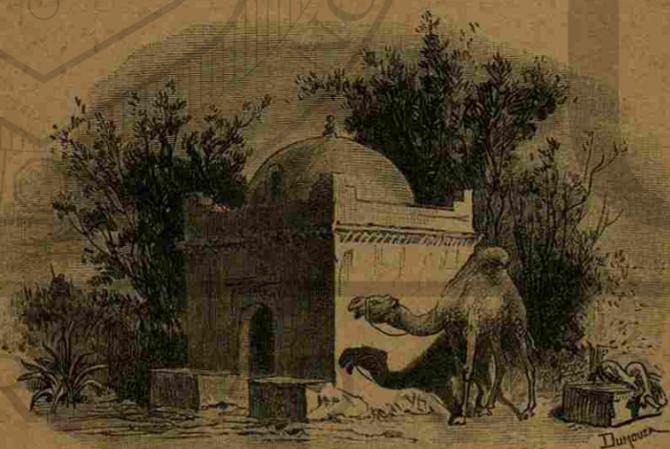
—¡Ah! ¡Qué gracia!... Leones... ¿para qué?...

—¿No los hay, pues, en Argelia?

—¡Jamás he visto ninguno! Y, sin embargo, hace veinte años que habito esta provincia; pero me parece haber oído decir en los periódicos... Mas es muy lejos, allá, al Sur...

En aquel momento llegaron delante del figón, que se parecía en todo á los que, situados en caminos y carreteras, llaman ventas ó ventorrillos, que tenía una rama de pino colgada encima de la puerta, y este letrero, que no dejaba de ser significativo:

LA CITA DE LOS CONEJOS



Esta primera aventura hubiera bastado para desalentar á muchas personas; pero hombres del temple de Tartarín no se abaten tan fácilmente.

—Los leones están en el Sur, pensó el héroe; pues bien, iré al Sur.

Y cuando acabó su desayuno, se levantó, dió las gracias al tabernero por su fineza, abrazó sin rencor á la vieja, vertió una última lágrima en recuerdo del pobre Negrito, y volvió apresuradamente á Argel á buscar su botiquin, sus conservas y sus cajas de armas.

No se tomó más que el tiempo preciso para inspeccionar su convoy, y al cabo de algunas horas el intrépido tarasconense iba en diligencia por el camino de Blidah.



TERCER EPISODIO

EN EL PAÍS DE LOS LEONES

XVI

Tartarín en el ómnibus.

BLIDAH! ¡Blidah! gritó el mayoral.

Y vagamente, á través de los cristales empañados por el aliento, Tartarín de Tarascón divisó una plaza muy bonita, rodeada de arcos y plantada de naranjos, en la que algunos soldados hacían el ejercicio aprovechando el fresco de la mañana.

Los cafés se abrían, y en una esquina se veía un mercado de verduras.

Era encantadora aquella perspectiva; pero nada le olía á león.

—¡Al Sur! ¡Más al Sur! murmuró el buen tarasconense hundiéndose en su rincón.

En aquel momento la portezuela se abrió. Una bocanada de aire fresco entró en el coche, trayendo en sus alas el perfume del azahar, y subió al coche un caballero muy bajito, viejo, seco, arrugado,

con una cara del tamaño del puño, una levita color de avellana, una corbata de media cuarta de ancho, una gran cartera de piel debajo del brazo, y un enorme paraguas.

La vera efigie ciertamente de un notario de pueblo.

Al ver el material de guerra del tarasconense, el diminuto señor, que se había sentado enfrente de nuestro héroe, pareció en extremo sorprendido y se puso á mirar á Tartarín con una insistencia algo incómoda.

Relevaron el tiro, la diligencia echó á andar, y el nuevo viajero no apartaba la vista de Tartarín, hasta que por fin éste, molesto por la insistencia insolente de su vecino, le dijo mirándole á su vez cara á cara:

—¿Mi equipo os admira?

—¡No, me incomoda! repuso el otro con mucha calma.

Y la verdad es que con su tienda arrollada al cuerpo, su revólver, sus dos fusiles enfundados, su cuchillo de monte y su corpulencia, ó sea su excesiva humanidad, Tartarin de Tarascón ocupaba mucho sitio.

La respuesta de su compañero de viaje le enfadó.

—¿Os imagináis, por casualidad, que había de ir á matar leones con un paraguas? replicó el gran hombre con fiereza.

El pequeño señor miró su quitasol, se sonrió con dulzura y dijo, siempre con la misma calma:

—¿De modo que sois?...

—¡Tartarin de Tarascón, matador de leones!

Y pronunciando con énfasis estas palabras, sacudió, como si fuera una melena, la borla azul de su *chechia*.

Entre los compañeros de viaje hubo un movimiento de estupefacción.

Un trapense se persignó, las señoras soltaron un grito de espanto, y un fotógrafo de Orleansville se aproximó al matador de leones pensando ya en la honra insigne de hacer el retrato de tan valiente hombre.

El diminuto señor no se inmutó.

—¿Habéis matado muchos ya, señor Tartarin? preguntó muy tranquilamente.

—¡Ya lo creo! Y os deseo que tengáis siquiera tantos cabellos como leones he hecho morder el polvo.

Y todos los viajeros soltaron la carcajada, mirando los tres pelos amarillentos y tiesos que adornaban el cráneo del pequeño viajero.

El fotógrafo de Orleansville tomó á su vez la palabra.

—Es una penosa profesión la vuestra, señor Tartarin... Se pasan algunos momentos... y si no, ese pobre señor Bombonnel...

—¡Ah, si, el matador de panteras! dijo Tartarin con aire desdeñoso.

—¿Le conocéis? preguntó el viejecito.

—¡Pardiez! ¡Ya lo creo que le conozco!... Hemos cazado más de veinte veces juntos.

Su interlocutor se sonrió.

—¿Cazáis también la pantera, señor Tartarin?

—Algunas veces, á modo de pasatiempo, dijo el ya irritado tarasconense.

Y añadió levantando la cabeza con gesto irónico:

—Esa caza no puede compararse nunca con la del león.

—En verdad, dijo el artista, que la pantera no es otra cosa que un gato muy grande...

—Justamente, dijo Tartarin, que no sentía rebajar la gloria de Bombonnel, y sobre todo delante de las señoras.

En aquel instante la diligencia paró, y el conductor, abriendo la portezuela, dijo dirigiéndose al anciano con mucho respeto:

—Habéis llegado, caballero.

Éste se levantó, bajó, y antes de marcharse, dijo:

—¿Queréis que os dé un consejo, señor Tartarin?

—Hablad, caballero.

—A fe mía, me parecéis un hombre de bien y no rehusó deciros lo que pienso...

Volvéos pronto á Tarascón, señor Tartarin; aquí perderéis el tiempo. Y si bien es verdad que aún quedan algunas panteras en la provincia, es una caza demasiado despreciable para vos... En cuanto á los leones, se acabaron ya. No queda ninguno en Argelia, pues mi amigo Chassaing acaba de matar el último.

Y el señor pequeño saludó, cerró la portezuela y se fué riendo, con su cartera debajo del brazo y su paraguas en la mano.

—Mayoral, ¿quién es ese infeliz? preguntó Tartarin haciendo una mueca.

—¡Cómolo! ¿No le conocéis? Es el señor Bombonnel.

¡Tartarin se había lucido!

XVII

Un convento de leones.

TARTARIN de Tarascón se apeó en Millianah, y la diligencia siguió su camino hacia el Sur.

Dos días de continuo traqueteo, dos noches pasadas con los ojos abiertos mirando por la portezuela á ver si divisaba en los campos ó en las orillas de la carretera la sombra espantosa del león, tantas emociones y tantos insomnios, bien merecían que nuestro héroe descansara algunas horas.

Y luego, en honor de la verdad, es preciso convenir en que desde su mala ventura con el Sr. Bombonnel, el leal tarasconense, á pesar de sus armas, de su terrible mueca y de su gorro colorado, no se hallaba á gusto en presencia del fotógrafo de Orleansville ni de las señoras.

Echó á andar, pues, por una, que le pareció mejor, de las calles de Millianah, que las tiene hermosas, llenas de frondosos árboles y de fuentes, y buscando una fonda que le conviniera, Tartarin no dejaba de pensar en las palabras de Bombonnel...

¡Si fuera verdad que ya no quedaban leones en Argelia!...

—¿De qué le servían entonces tanto viaje y tantas fatigas?

De repente, al revolver una esquina, nuestro héroe se halló enfrente... ¿De qué? Adivinadlo... De un hermoso león que esperaba delante de la puerta de un café, sentado en sus cuartos traseros y con su magnífica melena iluminada por el sol.

—¿Pues no decía que ya no quedaba ninguno? exclamó el tarasconense dando un salto atrás.

Al oír esta exclamación, el león bajó la cabeza, y cogiendo con los dientes un

cuenco de madera que se hallaba en el suelo al alcance de su boca, lo presentó humildemente á Tartarin estupefacto... Un árabe que pasaba por allí, echó una moneda en la escudilla, y el animal meneó la cola... Entonces Tartarin lo comprendió todo; vió lo que la emoción le había impedido ver antes: un gran gentío agrupado alrededor del pobre león, que era ciego, y dos grandes negros armados con garrotes que le paseaban á través de la ciudad, como los saboyanos á sus mar-motas.

La sangre del héroe dió un vuelco.

—¡Canallas! gritó con voz de trueno. ¡Humillar de ese modo á tan nobles animales!

Y lanzándose hacia el león, arrancó la inmunda escudilla de entre sus mandibulas reales. Los dos negros, creyendo háberse las con un ladrón, se echaron sobre el tarasconense con los garrotes levantados... Fué una terrible reyerta. Los negros pegaban, las mujeres chillaban, los niños se reían y hasta el león, aunque ciego, ensayó un rugido.

El desgraciado Tartarin, después de una lucha desesperada, rodó por el suelo entre las monedas y la basura.

Por fortuna, en aquel momento un hombre atravesó por en medio del gentío, apartó con un gesto á los chiquillos, dijo dos palabras á los negros y levantó á Tartarin, le cepilló y le sentó en un guardacantón para que recuperara el aliento.

—¡Cómolo! ¿Sois vos, Príncipe? dijo el infeliz Tartarin, frotándose el cuerpo.

—Sí, mi valiente amigo, yo soy, dijo el príncipe montenegrino; el seductor príncipe del buque de Marsella, que tengo la dicha de llegar á tiempo para salvaros de

la brutalidad de esos tunantes...: ¿qué habéis hecho para ser tratado de ese modo?

—¡Qué queréis, Príncipe! No he podido ver con sangre fría á ese desgraciado león con el cuenco en la boca, humillado, vencido y sirviendo de mofa á todos esos andrajosos musulmanes.

—Pues os equivocáis, mi querido amigo. Por el contrario, ese animal es para ellos un objeto de respeto y de adoración. Es sagrado, y forma parte de un gran convento de leones, fundado hace trescientos años por Mahommed-ben-Aouda, una especie de comunidad trapense, formidable y feroz, rugiente y despidiendo olor á fieras, en donde frailes muy raros educan y amansan centenares de leones, enviándolos después por todo el África septentrional, acompañados por los hermanos mendicantes. Los dones que éstos recogen sirven para cuidar del convento y de la mezquita, y si los dos negros han demostrado tan mal humor y os han maltratado tan cruelmente, es porque están convencidos de que por un solo céntimo perdido ó robado por su culpa, el león que llevan los devoraría inmediatamente.

Tartarin se deleitaba oyendo este inverosímil relato, y aspiraba ruidosamente el aire.

—Lo que más me gusta en todo cuanto me decís, es que, por más que diga el señor Bombonnel, hay todavía leones en Argelia.

—¡Si los hay! exclamó el Príncipe con entusiasmo. Desde mañana iremos á dar una batida en la llanura de Cheliff y ya veréis...

—¡Cómo, Príncipe! ¿Tenéis la intención de cazar vos también?

—¡Pardiez! ¿Creéis acaso que os dejaré ir solo en plena África, en medio de esas tribus feroces de las que ignoráis el idioma y las costumbres?... ¡No, no, ilustre Tartarin, no os abandono ya!... Por donde quiera que vayáis, os acompañaré.

—¡Oh, Príncipe, Príncipe!

Y Tartarin, radiante de alegría, dió un abrazo al donoso extranjero que se llamaba Gregory, pensando con orgullo que, como Julio Gerard, Bombonnel y todos los más afamados matadores de leones, tendría él también un Príncipe para acompañarle en sus cacerías.

XVIII

La caravana en marcha.

A primera hora del día siguiente, el intrépido Tartarin y el no menos denodado príncipe Gregory, seguidos por media docena de mozos negros, salían de Millianah y bajaban hacia la llanura de Cheliff por una deliciosa pendiente llena de jazmines, tuyas, aromos, algarrobos y olivos, entre los que serpenteaban unos cuantos riachuelos, que saltaban juguetones y murmurantes de roca en roca.

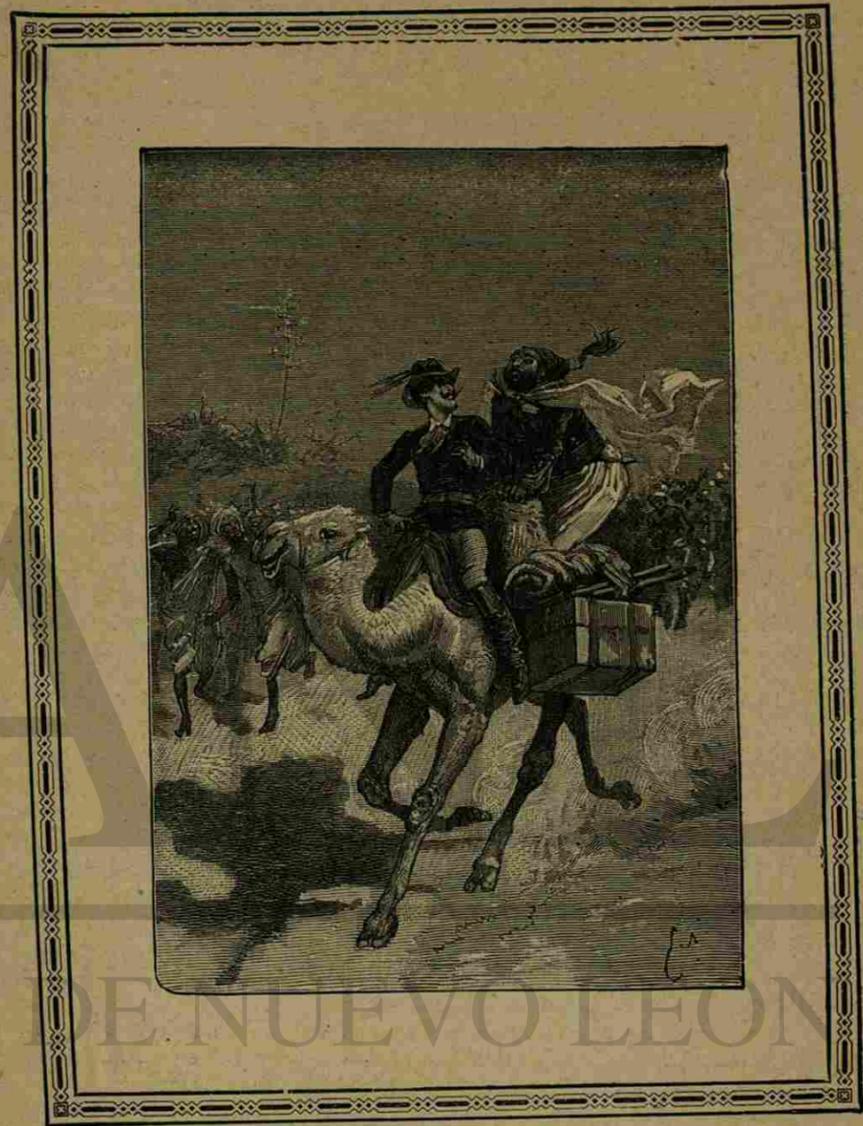
Un paisaje del Líbano.

Los mozos, descalzos, brincaban por encima de aquellos arroyuelos, chillando como monos, y los indígenas que pasaban

por allí se inclinaban hasta el suelo delante de nuestros viajeros. Allá arriba, en los baluartes de Millianah, el jefe de la plaza, que tomaba el fresco de la mañana con su señora, viendo armas que brillaban entre las ramas, creyó que iban á atacarle y en seguida mandó alzar los puentes levadizos y tocar á generala, dictando las órdenes más adecuadas para una enérgica defensa.

¡Buen principio para la caravana!

Y no ocurrió esto solo, pues antes de concluirse el día, otras contrariedades asaltaron á nuestros viajeros.



¡Apeémonos, apeémonos!... murmuró Tartarin.

De los negros que llevaban los equipajes, uno fué atacado de un cólico atroz, por haberse comido el aglutinante encurtido en el botiquín, y otro cayó en la orilla del camino, borracho perdido de aguardiente alcanforado. El tercero, el que llevaba el álbum de viajes, seducido por las relumbrantes rinconeras y los dorados broches, y persuadido de que tenía en las manos los tesoros de la Meca, huyó con su carga hacia Zaccar.

Al ver tales contratiempos, la caravana hizo alto á la sombra de una vieja higuera, para deliberar respecto á lo que podría serles más conveniente.

—Mi parecer es, dijo el Príncipe, procurando, aunque en vano, desleir un poco de extracto de carne en una cacerola perfeccionada; mi parecer es que desde esta noche despidamos á los negros... Hay muy cerca de aquí un mercado árabe, y lo mejor que podemos hacer es llegarnos allí y comprar unos cuantos borriquillos...

—¡No!... ¡No!... ¡Nada de eso!... interrumpió con viveza el gran Tartarín, que se puso muy colorado acordándose del Negrito.

Y añadió el muy hipócrita:

—¿Cómo queréis que esos animales tan pequeños puedan llevar todo nuestro material?

El Príncipe se sonrió.

—Os equivocáis, mi ilustre amigo. Por delgado y débil que os parezca, el *bourriquot* argelino tiene mucha fuerza...

—¡No me importa! repuso Tartarín de Tarascón; no me gusta una caravana de burros; hace mal efecto... Quisiera una cosa más oriental... ¡Si pudiéramos tener un camello!...

—Todos cuantos queráis, respondió Su Alteza.

Y se pusieron en marcha para el mercado árabe, que se hallaba á algunos kilómetros de allí, en las orillas del Cheliff...

Había en él cinco ó seis mil árabes desaharrapados, moviéndose al sol y traficando ruidosamente entre jarrós llenos de aceitunas negras, de pucheros de miel, de sacos de especias, de montones de cigarrillos, de grandes hogueras en las que se

asaban carneros enteros, chorreando grasa, y de carnicerías al aire libre, en las que unos cuantos negros, casi completamente desnudos y con los brazos encarnados, despeaban cabritos colgados de un palo.

Los camellos brillaban por su ausencia.

Sin embargo, á fuerza de buscar, acabaron por encontrar uno. Era el verdadero tipo del camello del Desierto, el camello clásico, calvo, de aspecto triste, con su larga cabeza de beduino, y su joroba, que se había puesto muy blanda por los largos ayunos, caía melancólicamente hacia un lado.

Tartarín le encontró tan hermoso, que quiso que la caravana entera subiera en él...

¡Siempre el entusiasmo por todo lo que era oriental!...

El Príncipe se instaló en el cuello del animal; y Tartarín, para aparecer más majestuoso, se hizo colocar encima de la joroba, entre dos cajones, y desde allí, saludando á toda la concurrencia, dió la señal de marcha...

¡Lástima grande que sus paisanos no hubieran podido verle!...

El camello se levantó, alargó sus piernas y empezó su marcha con celeridad.

Pero ¡oh sorpresa! después de algunos pasos, Tartarín se sintió mal, y la heroica *chechia* tomó una de sus antiguas posturas de cuando estaba á bordo de *El Zuavo*.

El endiablado camello cabeceaba como una fragata.

—¡Príncipe, Príncipe! murmuró Tartarín pálido y agarrándose á la joroba; Príncipe, apeémonos... Siento... siento... que por mi culpa van á burlarse de Francia...

Pero el camello había echado á andar y nada podía detenerle ya.

Cuatro mil árabes corrían detrás de él, descalzos, gesticulando, riendo como locos y enseñando sus blancos dientes.

El gran hombre de Tarascón tuvo que resignarse, y desconcertado, más por la vergüenza que por el mareo, se asió lo más fuertemente que pudo y se dejó llevar, tomando su *chechia* todas las posturas que quiso.

XIX

Acecho de noche en un bosque de adelfas.

Por pintoresca que fuera su montura, nuestros matadores de leones tuvieron que renunciar á ella, continuando su camino á pie como antes, y la caravana se fué tranquilamente hacia el Sur por pequeñas jornadas.

La expedición duró cerca de un mes.

Entregado por completo á su leonícida pasión, el tarasconense marchaba siempre recto, sin mirar ni á derecha ni á izquierda, pensando sin cesar en aquellas fieras cuya persecución tantos disgustos le proporcionaba.

Durante un mes entero, buscando leones invisibles, el feroz Tartarín anduvo de aduar en aduar, en la inmensa llanura del Cheliff, á través de las hierbas abrasadas por el sol, de las malezas y de los cactus.

Encontraba aduares abandonados, tribus asustadas que se iban Dios sabe dónde, algún pueblecillo que otro francés, campos sin cultivo y langostas devoradoras que se comían hasta las cortinas de las ventanas.

Pero los leones no parecían.

Eso no obstante, el tarasconense no perdía las esperanzas, y dirigiéndose siempre hacia el Sur, pasaba días enteros rebuscando entre las palmeras enanas y por las noches pasaba dos ó tres horas en acecho...

¡Trabajo perdido!

Los leones no parecían.

Una tarde, á eso de las seis, atravesando la caravana un bosquecillo de palmeras entre las que saltaban grandes codornices, Tartarín de Tarascón creyó oír, pero muy lejos y muy débil, aquel maravilloso rugido que había escuchado tan repetidamente allá en su país, detrás de la barraca de Mitaine.

Al principio, nuestro héroe creyó que soñaba... mas un momento después, lejanos siempre, pero más distintos, los ruidos empezaron de nuevo, y esta vez, mientras que en todos lados se oía aullar los perros de los aduares, la joroba del camello tuvo un estremecimiento de espanto, que hizo sonar las cajas de conservas y las armas.

Ya no cabía duda.

Era el león... y pronto, muy pronto se puso en observación sin perder un minuto.

Había cerca de aquel sitio, como colocado á propósito, un antiguo morabito, ó sea sepulcro de santón, de blanca cúpula, y colocadas en un nicho que estaba encima de la puerta, las babuchas del difunto, juntamente con pedazos de albornoques, hilos de oro y cabellos que caían á lo largo de las paredes. Tartarín hizo entrar en él al Príncipe y al camello, y se puso á buscar un sitio á propósito para el acecho.

Gregory quiso seguirle; mas el tarasconense rehusó, pues quería encontrarse solo con el león. No obstante, recomendó á Su Alteza que no se alejara, y como medida de precaución, le confió su cartera, una enorme cartera llena de papeles importantes y de billetes de banco, temiendo que el león los rompiera con sus garras. Hecho esto, el héroe buscó un puesto conveniente.

Cien pasos más allá del morabito, había un bosquecillo de adelfas en la orilla de un riachuelo casi seco. Allí fué donde se emboscó Tartarín, con una rodilla en tierra, según fórmula, la carabina en la mano y el cuchillo de monte hincado en la arena delante de él.

Llegó la noche.

En el lecho enjuto del riachuelo relucía

como un espejo un charquito de agua: era el abrevadero de las fieras.

En la pendiente de la opuesta orilla se veía vagamente el sendero trazado por sus enormes patas. Aquella cuestecita misteriosa daba escalofríos, y si juntáis á esto el continuo hormigueo de las noches africanas, roce de ramas, ladridos de chacales, y allá arriba, en el espacio, bandadas de grullas que pasan produciendo sonidos discordantes parecidos á los gritos molestos que lanzan los muchachos cuando se les castiga y huyen, confesaréis que no era extraño que nuestro héroe se sintiera alterado y nervioso.

Tartarín lo estaba, y mucho.

Daba diente con diente el infeliz, y en el mango de su cuchillo, clavado en tierra, el cañón de su fusil sonaba como si fueran castañuelas...

¿Qué fué entonces de su serenidad y sangre fría?

¿Qué de su intrepidez y de su valor?

¿Tuvo miedo quizás?

Pues bien, sí; Tartarín tuvo miedo, y

sin embargo, se quedó en acecho una hora, dos; mas el heroísmo tiene sus límites... Cerca de él, en el lecho desecado del río, el tarasconense oyó de pronto ruido de pasos y de piedras que ruedan. Esta vez el terror le hizo levantarse, soltó á la casualidad dos tiros en la sombra y se replegó á escape en el religioso edificio, dejando su cuchillo de monte en la arena como una cruz conmemorativa del más atroz pánico que haya asaltado nunca el alma de un ser humano.

—¡Socorro! ¡Príncipe, el león!...

Silencio completo.

—¡Príncipe, Príncipe! ¿Estáis ahí? clamó

Tartarín.

Su Alteza no respondió.

En la blanca pared del sepulcro no se veía más que la sombra fantástica del camello.

El príncipe Gregory acababa de tomar las de Villadiego, llevándose la cartera y los billetes de Banco.

Hacia un mes que esperaba aquella ocasión.



Il.

®

XX

¡Por fin!

Al día siguiente de aquella trágica noche, cuando nuestro héroe, al amanecer, se sintió más sereno y adquirió la certidumbre de que el Príncipe y el dinero habían desaparecido para siempre; cuando se vió solo en aquel blanco sarcófago robado, engañado y abandonado en plena Africa con sólo un camello y algunas monedas por todo recurso, el tarasconense dudó.

Dudó del montenegrino, dudó de la amistad, dudó de la gloria, hasta de los leones dudó.

¡Y cuánto el Tartarin-Sancho hizo sufrir al Tartarin-Quijote!

Pero mientras el burlado cazador estaba allí sentado en la puerta del morabito, pensativo, mohino, con la cabeza apoyada en ambas manos, la carabina entre las piernas y el camello mirándole á diez pasos de él, Tartarin, estupefacto, siente de nuevo ruido, levanta los ojos y ve llegar un gigantesco león, avanzando con la frente erguida, sacudiendo la melena y atronando los aires con formidables rugidos que hacen temblar las paredes del sepulcro y hasta las zapatillas del santón en su nicho.

¡Sólo el tarasconense no tembló!

—¡Por fin! exclamó dando un salto y apuntando al mismo tiempo. Suena el tiro. Ya está. El león tiene dos balas explosivas en la cabeza. Durante un minuto se vieron volar sesos y sangre.

Luego todo quedó en silencio, y Tartarin vió que dos gigantes negros corrían hacia él con el garrote levantado.

Eran los de Millianah.

¡Oh desgracia!

Al león amansado, al pobre ciego del convento de Mohammed, acababan de matar las balas de la Provenza.

Esta vez sí que Tartarin se vió á dos pasos de la muerte, pues ambos negros le hubieran despezado, si no llegara á tiempo un guardamonte para impedirlo.

La vista del kepis rural calmó como por encanto la ira de los negros.

Tranquilo y majestuoso, el guarda hizo cargar en el camello los restos del león, y mandando al delincuente, lo mismo que á los negros, que le siguieran, llegaron á Orleansville y entregó todo en el Juzgado.

Fué un largo y terrible proceso.

Y aquí hizo nuevamente de las suyas el implacable Tartarin-Sancho.

¡Pobre Tartarin-Quijote! ¡Cuántas amarguras experimentaba!

Después de la Argelia, que acababa de recorrer, nuestro iluso viajero conoció otra cosa más fastidiosa: la curia.

Antes que nada, se trató de averiguar si el león había sido muerto en territorio civil ó militar. En el primer caso, el Tribunal de Comercio era el que debía entender en el asunto; en el segundo, pertenecía á un consejo de guerra, y á esa palabra «guerra» el provenzal se veía ya fusilado ó pudriéndose en el fondo de una cisterna.

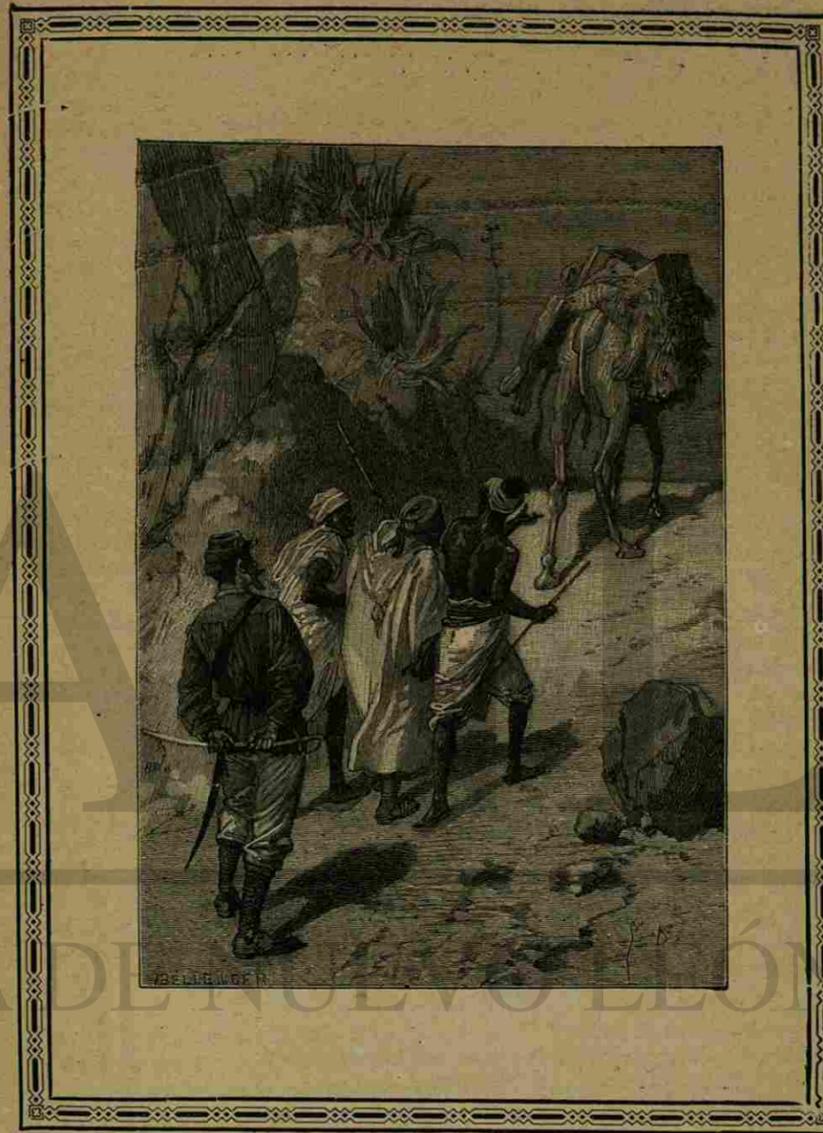
Lo peor del caso lo ofrecía la circunstancia de que la delimitación de ambos territorios es muy vaga en Argelia. Por fin, pasado un mes de mucho andar, de estaciones al sol en los patios de las oficinas, se acordó que si bien el león había sido muerto en una zona militar, Tartarin, cuando tiró, se encontraba en territorio civil.

El asunto se juzgó, pues, con arreglo á este último criterio, y nuestro héroe se vió libre mediante una indemnización de dos mil quinientas pesetas, sin los gastos.

Y aquí su nuevo y grandísimo apuro.

¿Cómo se las arreglaría para pagar todo?

El poco dinero que le quedó después del robo del Príncipe, se había gastado hacía tiempo, y por lo tanto el desgraciado matador de leones se vió en la necesidad de vender en detalle su caja de armas. Un especiero le compró las conservas aliment-



Tranquilo y majestuoso, el guarda hizo cargar en el camello los restos del león.

cias, un boticario lo que le quedaba de medicinas. Las botas de marino y la tienda de campaña siguieron el mismo rumbo. Después de pagarlo todo, Tartarín no poseía más que la piel del león y el camello. ¿Qué hacer?

Por de pronto, embaló cuidadosamente aquella y la mandó a Tarascón, dirigida al valiente comandante Bravida.

Veremos después lo que fué de tan importante despojo.

En cuanto al camello, contaba con servirse de él para volver a Argel, con objeto de venderle y poder con su importe pagar la diligencia; pero en aquel mercado, en donde tantas cosas vendiera, no halló nadie que se lo quisiera comprar, y se vió obligado á conservarlo, si bien concibió la idea de deshacerse de él.

Sin embargo, como Tartarín deseaba regresar á Argel, ganoso de descansar mientras llegaba el auxilio metálico que había pedido á Francia, no titubeó un momento, y triste, mas no abatido, emprendió el viaje á pie, sin dinero y por jornadas cortas.

El camello no le abandonó.

Aquel pobre animal experimentaba por el desgraciado cazador un cariño inexplicable, y viéndole salir de Orleansville, anduvo detrás de él, arreglando su paso al de su amo, y no perdiéndole nunca de vista.

En el primer momento, tanta fidelidad enterneció á Tartarín; tanto más, cuanto que él mismo se buscaba el alimento en las horas de descanso.

Sin embargo, al cabo de algunos días,

el tarasconense se aburrió de tener continuamente á su lado aquel taciturno compañero, que le recordaba todos sus sinsabores, y por fin le tomó tal odio, que no pensó en otra cosa que en desembarazarse de él; mas el animal no aprovechaba la libertad que se le concedía. Tartarín procuró extraviarle, pero el camello le volvió á encontrar; echó á correr, y el mudo servidor corría más que él. Le gritaba: «¡Vete!» tirándole piedras. El pobre cuadrúpedo se paraba mirándole con aire muy triste, luego empezaba á andar de nuevo, y concluía siempre por alcanzar á su amo. Tartarín no tuvo más remedio que dejarle hacer lo que quisiera.

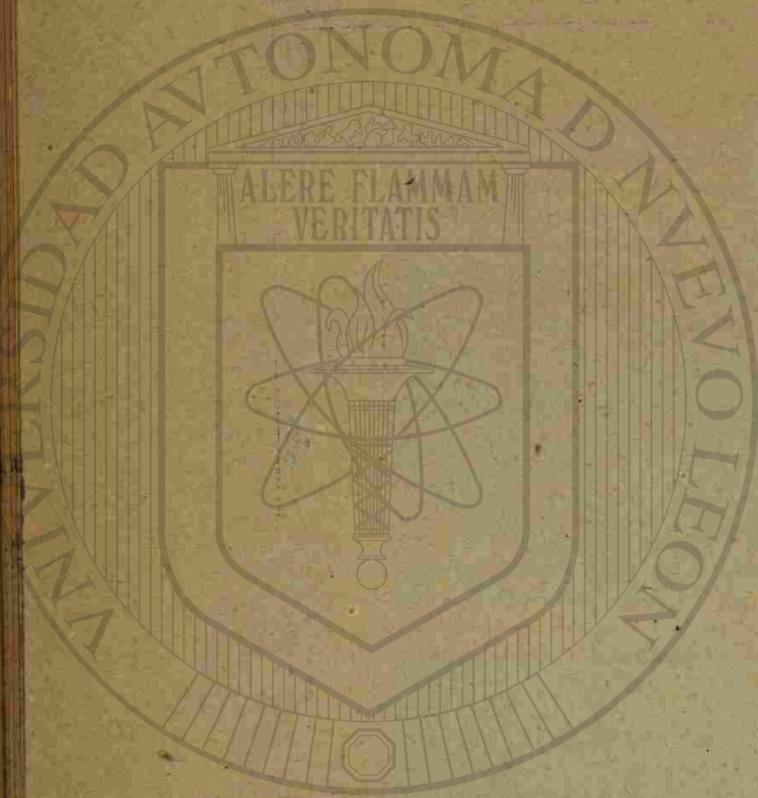
Cuando después de ocho días de marcha, el tarasconense, lleno de polvo y en extremo cansado, vió desde lejos relumbrar, entre el follaje, las primeras azoteas de Argel; cuando se encontró en las puertas de la ciudad, en la avenida de Mustafá, en medio de los zuavos y de las mahonesas, que le miraban pasar acompañado de su camello, perdió por completo la paciencia.

—No, dijo; no es posible. No puedo entrar con este animal detrás de los talones.

Y aprovechando un barullo de coches, se metió por un campo y se escondió en una zanja.

Desde allí vió al camello que corría cuanto le era posible por el camino, alargando el pescuezo con ansiedad.

Entonces, aliviado de un gran peso, el héroe salió de su escondrijo y entró en la población por un sendero extraviado.



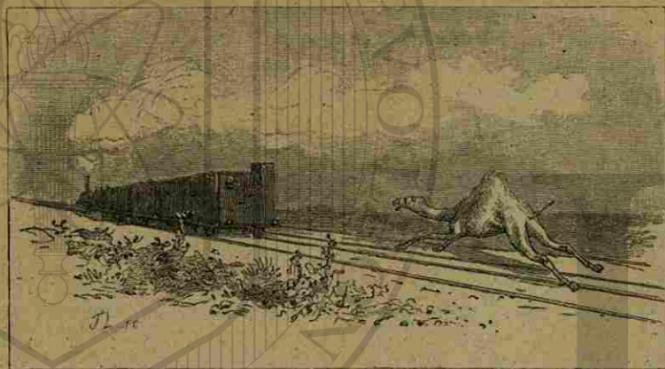
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN XXI

¡Tarascón! ¡Tarascón!

No siempre la desdicha es incesante. Alguna vez se cansa y abandona á aquellos á quienes ha martirizado. Mucho sufrió Tartarín en el país de los *Teurs*; mas el viento de su desgracia cambió, y, ya en Argel, respiró con libertad. No se encontró tan solitario como él temiera en aquella ciudad africana, pues supo con gran regocijo que el capitán

Barbasson, un marsellés, casi un paisano, casi un amigo, se hallaba allí, é inmediatamente fué á visitarle, á contarle su aventura y á manifestarle que no tenía ya ni un cuarto, ni un arma, y que no le quedaba otra cosa que su *chechia* y su valor. Y el marino, sabiendo que en Tarascón nuestro héroe poseía algunos bienes, no vaciló en admitirlo á bordo de *El Zuavo*.

- Las doce.
- El buque va á ponerse en marcha.
- Arriba, en el balcón del café Valentín, los señores oficiales fijan su anteojo en el feliz barco que va á Francia.
- Abajo, los pasajeros se apresuran en amontonar sus equipajes en las barcas que los conducen al buque.
- Tartarín de Tarascón no tiene nada que embarcar más que su persona.
- Heo ahí bajando por la calle de la Marina y por el pequeño mercado lleno de bananas y de sandías.
- El infeliz tarasconense ha dejado entre



este ridiculo Oriente, lleno de locomotoras y de diligencias, en donde no sé qué va á ser de mí. Tú eres el último turco y yo el último camello. No me abandones, ¡oh Tartarín!

—Ese camello, ¿es vuestro? le preguntó el capitán Barbasson.

—No, dijo Tartarín estremeciéndose ante la idea de entrar en Tarascón con tan rara escolta; y renegando de su compañero de infortunio, rechaza con el pie el suelo argelino y da á la chalupa el empuje para navegar. El camello olfatea el agua, alarga el pescuezo, y lanzándose detrás de la barca, náda al par que ella hacia *El Zuavo*.

- Lancha y camello llegan juntos á los costados del buque.

—¡Pobre animal! dijo el capitán. Voy á mandar que lo suban á bordo, y al llegar á Marsella le regalaré al jardín zoológico.

Dicho y hecho. El camello fué embarcado, y *El Zuavo* se hizo á la mar.

Los dos días que duró la travesía, Tar-

los moros su caja de armas y sus ilusiones, y ahora se apresta á regresar á Tarascón con las manos metidas en los bolsillos.

Apenas saltó á la chalupa del vapor, un animal baja corriendo desde lo alto de la plaza y se precipita hacia él.

Es el camello, el fiel camello, que desde hace veinticuatro horas, busca á su amo por Argel.

Tartarín, al conocerle, muda de color y finge no verle; pero el animal se empeña en que su amo se fije en él. Le llama, y mirándole con ternura, parece decirle: «Llévame en tu barco, lejos, muy lejos de

tarín. los pasó solo en su camarote, no porque el mar estuviera malo, sino por causa del camello, que, apenas divisaba á su amo encima del puente, se entregaba á una alegría de las más ridículas...

Mirando por los tragaluces de su camarote, Tartarín vió palidecer el azul del cielo argelino, y una mañana temprano, oyó las campanas de las iglesias de Marsella.

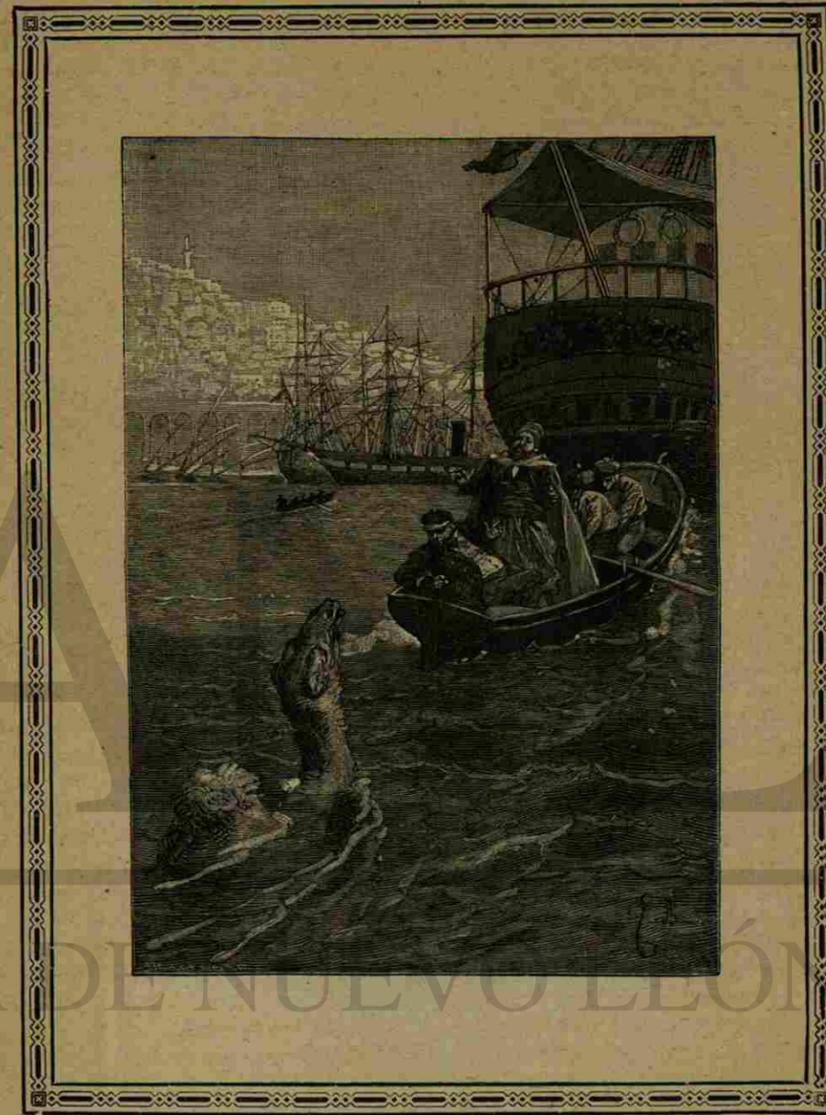
Habían llegado...

El Zuavo echó el ancla.

Nuestro amigo, que no tenía equipaje, bajó sin decir nada, y atravesó la ciudad, temiendo que el camello le siguiera, hasta que, no respiró á gusto, viéndose dentro de un vagón de tercera clase, el tren echó á andar...

—¡Gracias á Dios que me veo libre de ese adefesio!

Pero apenas estaban á dos leguas de Marsella, cuando todos los viajeros se asoman á las ventanillas, admirándose de lo que estaban viendo. Tartarín se asoma



El camello se lanzó detrás de la barca.

á su vez, mira, y... ¿qué es lo que divisa?... El inevitable camello, que corría por en medio de los rails, detrás del tren. Tartarín, consternado, acurrucóse otra vez y cerró los ojos.

Después de su desgraciada expedición, contaba volver á su casa de incógnito; pero la presencia del cuadrúpedo hacía la cosa imposible. ¡Qué entrada iba á hacer, Dios mío! ¡Sin un cuarto, sin leones, sin equipaje y acompañado de un camello!...

—¡Tarascón!... gritó un empleado.

Fué preciso apearse...

Mas ¡oh sorpresa!

Apenas la *chechia* del héroe apareció en la portezuela, cuando un grito de «¡Viva Tartarín!» hizo retumbar los cristales de la estación. «¡Viva el matador de leones!»

Y los coros de los orfeones entonaron canciones en su loa.

Tartarín se sentía morir; creía en una mixtificación. Pero no: Tarascón en masa se encontraba allí, levantando en alto los sombreros. Allí estaba el bravo comandante Bravida, el armero Costecalde, el presidente del Tribunal, el boticario y toda la noble sociedad de cazadores de gorras, que rodeó á su jefe y le llevó en triunfo...

¡Singulares efectos de espejismo! La piel del león ciego era la causa de todo.

Tan modesto despojo entusiasmó á los tarasconenses, y después de éstos,

todo el Mediodía se entusiasmó también.

Como *El Semáforo* habló de Tartarín en sus columnas, sucedió lo que acontece siempre; que se inventó una novela, se abultaron extraordinariamente los hechos y ya no era un león, sino diez, veinte, los que nuestro héroe había matado. Tartarín, pues, era ya célebre en Marsella sin saberlo él, y un telegrama expedido desde allí á sus paisanos les anunció su llegada.

Pero lo que puso el colmo á la alegría popular, fué cuando vieron un animal fantástico, cubierto de polvo y de sudor, aparecer detrás del héroe y bajar las gradas de la estación.

Los tarasconenses creyeron durante un instante que su Tarasca había vuelto; mas Tartarín tranquilizó á sus compatriotas.

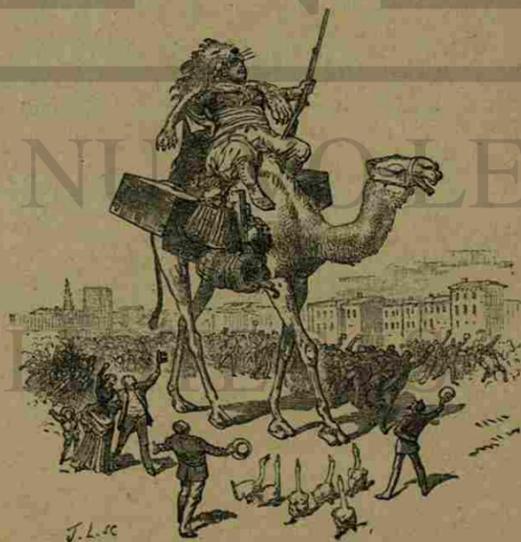
—Es mi camello, dijo.

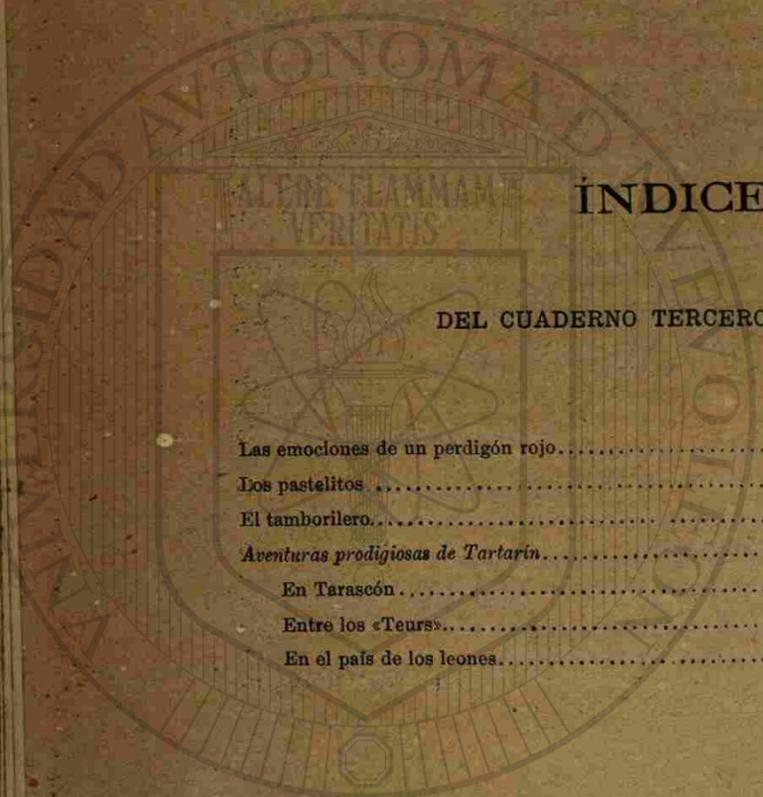
Y ya, bajo la influencia del sol tarasconense, ese hermoso sol que hace mentir con tanta ingenuidad, añadió acariciando la joroba del animal:

—¡Es muy noble y muy valiente! ¡Me ha visto matar todos mis leones!

Y tomando el brazo del comandante, seguido del camello, y de los cazadores de gorras, y aclamado por el pueblo, se dirigió á casa del boabab, y, andando, empezó á relatar sus grandes cacerías:

—Figuráos, decía, que cierta noche, en pleno Sahara...





ÍNDICE

DEL CUADERNO TERCERO Y ÚLTIMO

	<u>Páginas</u>
Las emociones de un perdigón rojo.....	5
Los pastelitos	9
El tamborilero.....	13
<i>Aventuras prodigiosas de Tartarín</i>	16
En Tarascón.....	16
Entre los «Teurs».....	36
En el país de los leones.....	47

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

